



LAS FURIAS
Katie Lowe

Siruela Nuevos Tiempos

LAS FURIAS

KATIE LOWE

Katie Lowe

Las furias

Traducción del inglés de
Virginia Maza

 Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2019

Título original: *The Furies*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

En cubierta: fotografía de Lysandra Coules / Arcangel Images

© Katie Lowe, 2019

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-31-4

Conversión a formato digital: María Belloso

Para Maria.

*No soy profeta —ni es que importe—;
he visto titilar mi momento de grandeza
y al eterno lacayo sostenerme el abrigo y reír por lo bajo,
y, en resumidas cuentas, he tenido miedo.*

T. S. ELIOT,
Canción de amor de J. Alfred Prufrock, 1915

Obsérvese a esta generación de brujas que, si en algún momento son maltratadas por uno de sus vecinos al grito de putas, ladronas o cosas por el estilo, son las más prontas en romper a llorar; estrujarse las manos, derramar lágrimas en abundancia y correr al juez de paz llevadas por la desolación absoluta para presentar sus denuncias con lágrimas incontables. Ahora bien, atiéndase también su estupidez, pues reflejándose en ellas la naturaleza o los elementos, cuando se las acusa del condenable y terrible pecado que es la brujería, no alteran ni mudan el rostro, ni dejan caer lágrima alguna.

MATTHEW HOPKINS,
El hallazgo de las brujas, 1647

Lo extraño, decían —y se estrujaban las manos y susurraban, como si no fuéramos a oírlos ni a estar escuchando por una extensión o a través de las paredes—, era que no podía determinarse la causa de la muerte.

Los resultados no eran concluyentes, decían, como si eso cambiara en algo lo que era: una chica de dieciséis años había aparecido muerta en el colegio y no tenían ninguna pista sobre el porqué ni el cómo. No había huellas inexplicables en el cuerpo, la exploración forense no dio con signos de violencia ni de agresión sexual y no encontraron ni una sola fibra que no llevara hasta ella, sus amigas o su madre, a quien abrazó por última vez antes de ir a clase por la mañana. Era como si el corazón se le hubiera parado de pronto y la sangre se le hubiera estancado en las venas, conservándola para siempre en un instante único y vigilante como el amanecer.

La prensa alimentó la confusión con fotografías de la pantalla de la policía que dejaban a la imaginación el terror oculto tras aquella tela. Aunque para entonces, yo ya lo había visto. Y lo sigo viendo a veces cuando intento dormir. Lo llevo grabado en la memoria, y no porque fuera algo horrible ni porque me dejara una especie de trauma de por vida. En modo alguno, lo que siento al recordarlo es justo lo contrario: un cosquilleo frío y dulce.

Hoy, el escenario se me presenta como un cuadro renacentista, con aquella composición perfecta y la leve inclinación en el cuello de la chica; igual que la *Piedad*, aunque de eso no me percaté entonces. De hecho, no fui consciente del parecido hasta más de una década después, en una visita al Vaticano. Como es obvio, mis alumnas pensaron que si rompí a llorar de repente al contar la historia de la escultura, era por mi gusto exquisito, en una respuesta visceral a la belleza de la obra de Miguel Ángel. No hice nada por sacarlas del error.

Viva, era hermosa —una niña que empezaba a descubrir su potencial, a conocerse, clavículas y carne en flor toda ella—, pero he de reconocer que la muerte la hizo sublime. Algo así como el poema *La Gioconda* de Michael Field:

*Mirada de soslayo, que incrimina desde la historia;
el brillo del terciopelo sonriente en las mejillas;
la sonrisa eleva unos labios serenos; una mano reposa
con delicado rubor, el paciente reposa
de la crueldad que aguarda, pero no va en pos
de su presa...*

Una pareja infravalorada, en mi opinión. Cómo me encantan esas palabras, aún hoy.

Así, en esa postura, fue como la encontraron: con los ojos abiertos y perfectamente sentada en un columpio; dispuesta de forma impecable y viva en todo, salvo por los regueros azules de sangre desoxigenada que desalojaron el rubor juvenil, por los hilos de plata de una delicadeza imposible que le sujetaban las manos a las cadenas y por lo rígida que tenía la espalda —obra del *rigor mortis*— cuando la encontraron sobre el balancín que aún se mecía con suavidad. Tenía los pies cruzados con elegancia por los tobillos, aunque un zapato se le había caído al suelo. Y

llevaba un fino vestido blanco, que el rocío de la mañana había hecho casi transparente. Una obra maestra contemporánea, intensa y profunda.

«Qué desgracia», se lamentaban y la lluvia arrastraba goterones de tinta de las tarjetas de ramos de supermercado que decían «Un ángel ha subido al cielo». Remolacheros y pescadores murmuraban en las lonjas, su cara invadió las páginas de los periódicos locales —cuyo interés no solía ir más allá del aumento de la población local de gaviotas y de los numerosos, cuando no inagotables, fallos del sentido único de circulación— y las cabeceras estuvieron presididas durante semanas por la foto del anuario y un «No te olvidaremos» escrito debajo en una letra demasiado informal. Los periodistas de los informativos —los periodistas de verdad, los venidos de todo el país y también de fuera, de tan fascinante que era la imagen— pasaron ese tiempo merodeando por la ciudad, atentos a lo que se contaba al oído y a la caza de pistas perdidas. La ocupación hotelera creció de forma espectacular y, haciendo gala de humor negro, los dueños de los restaurantes decían que no estaría mal alguna muerte más de vez en cuando. A ojos de todos, ese año resultó formidable.

—Pondremos todos los recursos a nuestro alcance para llegar al fondo de este asunto y evitar que algo así vuelva a suceder en nuestra ciudad —afirmó el jefe de policía, orgulloso de verse ante una cámara. La primera vez lo vi con mi madre y sola en casa años después, cuando un *voyeuranónimo* subió a internet un vídeo lleno de grano que lograba evocar las grandes tragedias de la era de la televisión (algo en él me recordaba a un vídeo del asesinato de Kennedy, la sobriedad de sus formas y el retumbar de la cabeza al caer hacia atrás)—. Indagaremos desde todas las perspectivas, no dejaremos pistas por seguir e investigaremos a toda persona que tuviera relación con la joven, hasta determinar las circunstancias exactas que la llevaron a sufrir tan trágica muerte.

No lo hicieron, por supuesto. Descartaron a los sospechosos habituales —novios, exnovios y un padre perturbado—, y ahí quedó todo. Incluso hoy en día, al buscar su nombre aparecen toda clase de teorías de aspirantes a detective, algunas delirantes y otras, sorprendentemente acertadas. Yo las leo de madrugada, movida por la curiosidad, cuando la oscuridad pesa y me urge verla. Les estoy agradecida a los *voyeurs* de la red y al desconocido que subió las fotografías de la escena del crimen décadas después. Por ellos, bullo de vida y mi recuerdo irradia blanco, cálido y cristalino.

Y es que, a pesar de todo lo que sucedió luego —la investigación, las preguntas, las lágrimas ante la cámara y el gimotear frases lastimeras a periodistas embobados— y de tantos años como han pasado, sigo enfrentada a una verdad inconfesable: no me siento culpable de lo que hicimos. De nada. No sé por qué, pero me es imposible. Soy consciente de que es un crimen y es evidente que me persigue el miedo al castigo. Pero, aun así, su muerte no me produce ningún sentimiento de culpa.

El año en que la conocí y a lo largo de los acontecimientos que llevaron a su muerte —su asesinato—, estuve más viva que nunca, ni antes ni después. Según Pater, el éxito de la vida reside en «Arder siempre con esta llama viva, como una piedra preciosa...»; la verdad, aunque suelo repetirles la cita a mis alumnas, nunca tengo la impresión de que prenda en su imaginación como nos pasó a nosotras. Y al recordarla a ella, siento que esa llama arde viva y brillante.

Estuvimos cerca de la divinidad. Tocamos a los dioses y los dioses nos corrieron por las venas. La lujuria, la envidia y la codicia nos aceleraron el pulso... y, por un tiempo, estuvimos verdadera y terriblemente vivas. Podría haber sido cualquiera de nosotras la que apareció allí

sentada como la Virgen María, meciéndose con suavidad en aquel columpio. Fue simple cuestión de suerte que acabara siendo ella y no yo.

OTOÑO

CAPÍTULO 1

Entre los de fuera corría la broma de que aquel era uno de esos lugares a los que se va a morir. Una ciudad perdida en los confines del mundo y del tiempo, el final de todo.

Los habitantes ancianos, enfermos y cansados, los restos de la vieja fábrica de ladrillos horadada por el viento; algo hacia el sur, un lugar popular entre los suicidas, unos riscos blancos que los desesperados subían y luego sobrevolaban en su caída a un mar gris y helado; unas vías que se cortaban de golpe y caminos que no llevaban a ninguna otra parte... Seguramente, eso era lo más evidente, de donde nació la broma. Aunque no eran las únicas señales.

También estaban los escaparates manchados por la lluvia y los quioscos cubiertos de excrementos de pájaro y de pintadas. Las playas grises, hechas de arena, esquirlas de cristal, latas de cerveza aplastadas y bolsas de plástico a partes iguales. Los salones de juego del paseo marítimo, el Caesar's Palace, el Golden Ticket y el Lucky Strike, con las moquetas empapadas de cerveza y lejía, el repiqueteo de las monedas de cobre sobre el estaño y unos hombres fumando frente al estridente brillo de las tragaperras y bajo el efecto hipnótico de los rodillos y del retintín. Los campos blanquecinos de hierba seca, alambradas y ladrillo. Los terminales de carga, con sus enormes sarcófagos de metal ordenados por bestias mecánicas; el hedor perseverante y lascivo de la lonja de pescado. Los refugios antiaéreos de chapa y la sirena de piedra con la cara erosionada por el viento.

Allí pasé mis primeros años de vida, con la sensación de no poder moverme, de estar convertida en la figura de un óleo; el deterioro ha seguido avanzando inexorable y el mar, arrasando la costa. Un día todo habrá desaparecido y el mundo será un lugar mejor.

No hay mucho que contar antes de que cumpliera los quince, más allá de una infancia tranquila e insulsa, en la que días y años se esfumaban sin que sucediera nada. Mi madre se quedaba en casa, para enseñarme a leer y verme crecer, papá llevaba una pequeña tienda en la que vendía de todo, o esa impresión me daba, y yo me escondía en un almacén frío y oscuro para sacar fosforescentes y sacapuntas de colorines de bandejas de plástico desgastadas y cajas de cartón reblandecidas por la humedad, probar juegos de mesa contra mi sombra y leer libros con cuidado de no doblar los lomos y sujetando las páginas como si fueran antiguos pergaminos. Quizá suene a soledad, pero era acogedor.

A los ocho años, mi madre me dijo que aquella Navidad habíamos sido bendecidos con un regalo muy especial y se frotó la barriga hinchada. Lo busqué en la enciclopedia. Imaginaba las entrañas cediendo, unos puños agarrados a los tendones, el saco amniótico reventando y diminutos dedos escarbando para salir. Es una de las pocas Navidades que recuerdo de adulta.

Fue una niña. Una niña gritona, rabiosa y llorona, con una mata de pelo negro y los ojos grises

y fríos. Ella, su vida entera, estuvo marcada por un aspecto que llevaba a pensar que sabía más de lo que decía y que la convertía en una pequeña guardiana de secretos. Cuando tenía siete años, íbamos de camino a la playa y el coche de mi padre se coló bajo las ruedas de un camión. Él murió en el acto, pero la cría pasó cuatro días agonizando, aunque ya apenas parecía ella. En realidad, apenas parecía un ser humano, con la piel llena de manchas azules y unas hendiduras húmedas en el cráneo.

Por mi parte, salí a rastras del coche, con el brazo manchado de sangre (que no era mía) y un pedazo de hueso mojado (tampoco mío) en el pelo; me sacudí las esquiras que llevaba pegadas a la piel y me alejé andando, como si acabara de despertar de un sueño largo y plomizo.

Ese fue el final, supongo; aunque también podría ser el principio.

Sus vidas terminaron y la de mi madre quedó parada. Aun décadas más tarde, cuando murió y regresé para vaciar la casa, todo seguía exactamente igual que aquel día. El papel pintado, descolorido y la moqueta, raída; los mismos libros en las estanterías y las mismas cintas VHS sin funda bajo la tele, que continuaba emitiendo el mismo zumbido ronco; la misma corbata colgada de un nudo suelto de la puerta del dormitorio, los mismos papeles hechos una pelota en la papelera y la misma frase de últimas palabras a medio escribir en una hoja amarilleada.

«Igual podemos hacerlo de otra forma» fue la última idea de mi padre en quedar grabada en tinta negra y emborronada. Todo estaba allí con recuerdos incrustados, las huellas de mi padre y la risa de mi hermana cubriéndolo todo, como una piel que nunca ha de mudar.

Yo, sin embargo, no sentí nada. Nada al salir del hospital. Nada al arrojar un puñado de tierra húmeda en aquel agujero y nada al escuchar el ruido sordo sobre la madera de pino barnizada. Tampoco nada con mi madre llorando en el sofá, tirándome del pelo y apretándome la cara entre las manos mojadas y calientes, como si tratara de aferrarse a mi vida...

Semanas más tarde, me quedé dormida con ella en el salón, y al despertar, la encontré mirándome como si tuviera delante un espectro inesperado y con el labio tan mordisqueado que asomaba debajo la carne gelatinosa. «He pensado que ella... Creía que tú también me habías dejado», me dijo con los ojos anegados en lágrimas mientras señalaba una cara igual a la mía, salvo por ciertos detalles. Mi pelo rubio, lacio, áspero y quebradizo como una vieja cuerda; el suyo, brillante. Los ojos lo más parecido al negro que una pueda imaginar; los suyos, con un hilo ambarino en el iris izquierdo. Los labios tan redondos que el carmín me hacía parecer un payaso de circo, siempre reseco y embadurnado de bálsamo hasta volverse blancos, un reflejo del que no conseguía librarme; los suyos, de un rubor rosáceo, suaves y con una sonrisa de dientes blancos y perfectamente rectos. Al ver aquella cara que parpadeaba en el televisor, tuve la sensación de estar ante una versión mejorada de mí misma... la que deseaba ser. El ideal artístico en el que un pincel hubiera suavizado mis defectos, con un toque delicado entre las líneas.

«Un mes después de su desaparición, Emily Frost continúa en paradero desconocido. La familia de la adolescente vuelve a hacer un llamamiento y solicita cualquier información que pueda estar relacionada con la búsqueda».

Miré las imágenes de archivo, el conocido acantilado y aquella orilla demasiado conocida. Por entonces, nadie se molestaba en llevar un recuento de los suicidios. A Emily la vieron por última vez caminando por allí, en el punto más alto.

—Mamá, estoy aquí. Esa chica no soy yo. Se habrá tirado al mar —dije, cogiendo el mando a distancia—. Todos hacen lo mismo.

«Solo queremos que vuelvas —dijo su padre, con la vista clavada en el objetivo—. Te

echamos de menos, Emily. Vuelve a casa, por favor».

Cambié de canal y volví a dormir.

Si sobrevivir a un accidente mortal tiene alguna ventaja —además de lo más obvio—, es que nadie va a forzarte a que vuelvas a clase.

—No vayas mientras no te sientas con fuerza —dijo mi madre y el terapeuta asentía por detrás con conocimiento de causa, un copo de maíz atrapado en el bigote y marcas grasientas de dedos en las gafas—. No tienes que hacer nada que no te apetezca. Tómate tu tiempo.

Y así lo hice. Me tomé mi tiempo y no aparecí por clase hasta los exámenes finales, cuando me senté rodeada de viejos conocidos haciendo alarde de «educación en casa». Entré y salí entre los cuchicheos de mis antiguos compañeros y uno de ellos dijo: «Pensaba que se había matado», sin dejar de señalarme con una uña tan mordida que sangraba.

Para entonces, ya tenía planeado mi futuro o, al menos, un borrador con lo básico. Me iba a marchar —aunque no sabía muy bien adónde— y a buscar un trabajo. Me haría camarera en una cafetería tranquila donde los clientes me contarían apasionantes mentiras. O sería librera y les brindaría mundos nuevos a los niños aburridos; o puede que fuera asistente en una galería de arte. Podría aprender a cantar o a tocar la guitarra. Y también, por qué no, escribir un libro, mientras la vida pasaba tranquila a mi alrededor. No sería nada deslumbrante, estaba claro, pero a mí me bastaría. Lo cierto es que en cualquier parte iba a estar mejor que en esa ciudad en la que los tonos grises de las viejas casas, del cielo y del mar calababan en el corazón hasta volverlo irremediablemente negro.

Sin embargo cuando volví a casa el día de las notas, encontré a mi madre estrujando nerviosa unos papeles en la mesa de la cocina.

—A ellos les habría gustado —dijo, mientras me entregaba el formulario de admisión de Elm Hollow, un colegio femenino a las afueras de la ciudad—. Es un privilegio.

Era cierto, y podía permitírmelo gracias a la indecible indemnización que nos ofreció la compañía de transporte del tráiler que nos aplastó el coche.

Para mí, el instituto era ventanas sujetas con cinta adhesiva, paredes agrietadas y colores grises, incluso en los días de sol; pabellones prefabricados de un frío helador, baños con los espejos llenos de pintadas y el tufo terroso del sudor adolescente.

—No quiero —dije y me marché.

No discutió conmigo, pero los papeles siguieron durante semanas en la mesa de la cocina, y, cada vez que pasaba por delante, me veía tentada por las deslumbrantes fotografías del folleto: unos apabullantes edificios de ladrillo rojo sobre un cielo demasiado azul, con el sol perforando nubes nacaradas por detrás de un arco apuntado. Tenía algo de opulencia decadente y almibarada, una riqueza que no me pertenecía, pero que, vista a la luz del fluorescente y entre el vapor de la cocina, parecía transportarme a otro mundo.

Y así —reacia, al menos de cara a mi madre—, accedí a probar. El Volvo destartado seguía rugiendo junto a la entrada y me giré para despedirla, pero ella, creyendo que nadie la observaba, tenía la mirada perdida en el volante, con la sonrisa anquilosada en un rictus por debajo de los mechones de pelo sucio. Me encogí con una mala cara y di media vuelta; una chica que pasaba por allí nos estaba mirando y me di cuenta de que la habíamos hecho sentir incómoda.

Eché a andar rápidamente alzando la vista hacia la imponente torre del reloj —el

resplandeciente «campanil», como pronto me corrigieron, inspirado en sus hermanos de rojo y blanco lechoso de la Toscana— y me sumergí bajo los arcos de camino al edificio principal. Los escalones estaban llenos de corrillos y nadie se fijó en mí al pasar.

Dentro, le repetí mi nombre tres veces a una mujer canosa y rechoncha (la encarnación del Boterismo), quien se limitó a mirarme ausente a través del cristal velado con huellas y desconcertantes rayones. Sin abrir la boca, deslizó un montón de papeles por la ventanilla y señaló hacia una fila de asientos. La lista de actividades extraescolares y de clases avanzadas era interminable —y a mí no me interesaba ninguna—, y mientras la miraba sin saber qué hacer, pasó a mi lado una chica con paso decidido, el pelo teñido de rojo y unas carreras perfectas en los pantis. Me saludó con dos dedos y sonrió sujetando un cigarrillo de liar en la comisura de los labios. Seguí mirándola hasta que, un segundo antes de que desapareciera entre las demás, conseguí dibujar una sonrisa entre tibia y perdida.

Pensé que le habría sonreído a otra, pero tuve que descartarlo al mirar alrededor y hacia la pared de detrás. Sin entender qué pasaba, continué sentada entre bustos de mármol y retratos lúgubres de directores muertos hasta que sonó el timbre y todas se dispersaron. Entonces, seguí esperando aún más tiempo, mirando todo el rato hacia los pasillos vacíos, ¿se habrían olvidado de mí?

Por fin, una puerta chirrió a mi espalda, oí mi nombre y me levanté. Era un hombre alto, aunque no tanto que resultara imponente y algo barrigón; *tweed* y jersey de punto, gafas de carey; la piel, con la palidez cerúlea habitual entre quienes pasan mucho tiempo entre cuatro paredes. Me miró, guiñó un ojo, tosió y me tendió una mano con los dedos de baqueta y manchados de tinta.

—Adelante —dijo, tranquilo.

Apartó una pila de libros y hojas de un butacón raído que quedaba junto al escritorio y me senté. El despacho era confortable, aunque resultaba algo asfixiante, con libros amontonados y cubiertos de polvo apelmazado por todas partes y las paredes llenas hasta arriba de reproducciones de grabados medievales.

—¿Una taza de té? —preguntó; se dio cuenta de cómo lo miraba yo todo. Sacudí la cabeza y agarré una goma de la carpeta.

—Si te parece, empezaré con el discurso de siempre y luego nos presentamos.

Se sentó en la silla junto al escritorio y se echó hacia delante, con los codos sobre las rodillas. Cogió aire, con el aliento marcado por el olor fuerte y agrio del café.

—En nombre de todo el equipo docente, es un placer darte la bienvenida a Elm Hollow. —Hizo un alto y sonrió—. Nuestro centro es pequeño, pero cuenta con una historia amplia y muy prestigiosa. Es un orgullo para nosotros contar con antiguas alumnas destacadas en todas las ramas, tanto de ciencias como de letras.

Se detuvo un instante, como si esperara que yo respondiera algo. Asentí y siguió hablando, con la sonrisa que uno le regalaría a un perro bien amaestrado:

—Nuestros profesores son especialistas en disciplinas muy diferentes, pero, además, os ofrecemos una gran variedad de asignaturas de carácter académico y profesional para que podáis seguir vuestra propia senda. Mi nombre es Matthew Holmsworth y soy el decano de Elm Hollow. Mi principal labor es impartir las asignaturas de historia medieval, pero también me ocupo del bienestar de las alumnas y, por supuesto, de dar la bienvenida a las recién llegadas como tú. Puedes llamarme Matthew, aunque te recomiendo que a los demás profesores los llames por su apellido y doctor (o doctora), hasta que tengas suficiente confianza con ellos (aunque, para serte

sincero, no creo que lo consigas con todos...). En cambio, yo prefiero que me llaméis Matthew.

Paró, respiró hondo y volvió a sonreír. Miré a otro lado. En las semanas y los meses que habían pasado desde el accidente, me había acostumbrado a que me observaran de aquella forma, con esa expresión de «infausto milagro», como si mi presencia los desconcertara. Me asqueaba.

—Dime, Violet, ¿qué te trae por aquí? —preguntó, aunque, a juzgar por su mirada, ya lo sabía.

—Necesito aprobar el examen final de bachillerato —dije con rotundidad, casi gruñendo.

—Fantástico, es estupendo. Me han dicho que el año pasado estudiaste en casa, ¿es eso cierto? —Se inclinó un poco más hacia delante y la silla rechinó. Me miró.

—Sí... claro.

—Es impresionante. Debes de estar muy orgullosa. —Asentí. Ojeó mi expediente y arqueó una ceja en un gesto casi imperceptible. Más allá de mi pose de adolescente apática, sabía que lo había hecho bien; desde luego, mejor de lo que todos esperaban—. Vaya, veo que te interesan las letras.

Tuve la impresión de que optó por ahorrarse los comentarios y, como yo habría esperado algo más por su parte, la decepción se me enredó hasta cortarme el aire y me puse roja.

—Tenemos excelentes profesores de letras. El plan de estudios de inglés no tiene rival y casi todas nuestras alumnas de música continúan después su formación en diferentes conservatorios del país y de Europa. Cualquiera de esas opciones sería perfecta para ti, aunque también podrían interesarte nuestras asignaturas de bellas artes, por supuesto... Annabel es muy exigente, pero estaré encantado de recomendarle que eche un vistazo a tu ficha, si te interesa.

Mientras hablaba, deslizaba un dedo distraídamente sobre el cristal de un grabado que tenía enmarcado sobre la mesa. Seguí los trazos de tinta negra sobre papel de color crema: una mujer atada a una estaca miraba directamente a los ojos a una bestia descomunal de cuernos enroscados y amplias alas. A su espalda, tres espectros tendían los brazos para agarrarla del cuello.

Se hizo el silencio. Me di cuenta de que estaba esperando a que respondiera.

—Suenan... bien.

—Estupendo —dijo, con la alegría de un Papá Noel de grandes almacenes—. Ahora dime, ¿quieres preguntarme algo tú?

—¿Puedo ver eso? —dije, con el impulso de coger el cuadro, aunque retiré la mano al darme cuenta.

—¿Esto? Claro, adelante —titubeó—. Lo he recibido esta mañana. Desde que llegué, estaba intentando conseguir una copia.

Me pasó el cuadro, lo dejé sobre las piernas y me eché hacia delante para examinar las escamas y las plumas de la bestia, los ojos salvajes y demenciales, y aquella sonrisa de vendedor de coches de segunda mano. Las llamas se enroscaban a los pies de la mujer y subían tratando de alcanzar el cabello que le caía desparramado por la espalda.

—Es Margaret Boucher. Seguramente, conocerás la historia de Elm Hollow, ¿verdad? —dijo al rato.

Levanté la mirada.

—He leído el folleto.

—Oh, no. Eso no es más que un panfleto comercial. Por supuesto, todo lo que dice es cierto —dijo, con una sonrisa cómplice—, pero es una versión bastante tamizada. Casi todos los docentes estamos en el centro por un motivo u otro salido de su historia, que es bastante seductora para

cualquier estudioso. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—: Por ejemplo, lo que a mí me interesa son los procesos de brujería que se celebraron en esta propiedad en el siglo XVII. Es probable incluso que sucedieran en el lugar exacto en el que estamos nosotros ahora.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente. El olmo que has visto a la entrada marca el lugar donde la quemaron. —Lo miré petrificada, pero él siguió hablando dicharachero—: Aunque para mí no son más que supercherías sin fundamento, se dice que esta propiedad era terreno abonado para todo tipo de hechicerías. Muchas de las leyendas populares más conocidas nacieron aquí, aunque las referencias a Elm Hollow se fueron perdiendo. En mi opinión, obra de un excelente trabajo de imagen por parte del colegio.

—¿De verdad?

—Desde luego. Los hechos convulsionaron su época y dicen que la llama vuelve a avivarse de vez en cuando... aunque yo soy medievalista y ese no es mi campo. Aun así, no es extraño que aparezcan curiosos para tratar de conseguir una audiencia con el mismísimo Diablo. —Dejó escapar una risita y se recostó en la silla—. En su lugar, con quien se encuentran es con la señora Coxon de recepción, y, después de eso, parece que no les quedan ganas de seguir por aquí.

Carraspeó de pronto, como si eso hubiera sido hablar de más.

—A lo que íbamos... Llevaba mucho tiempo buscando esta pieza. Aunque se trata de una reproducción, es excelente. De todas formas, no te preocupes —dijo sonriente—, por aquí no solo rondan demonios y bestias, al menos que yo sepa... Ahora, vamos a echar un vistazo a tus clases y a ver qué te depara el futuro.

Salí del despacho con un horario lleno de chocantes huecos.

—Lo que pretendemos es que las alumnas dediquéis esas tres horas libres a actividades que os sirvan para adquirir una formación integral —comentó el decano al verme mirar perpleja la planilla.

Me matriculé en artes visuales, en estética (una materia más teórica) y en literaturas inglesa y clásica, una asignatura que no ofrecían en mi viejo instituto pero que me encantaba de niña, cuando mi padre me llenaba la cabeza de historias de Medusa y del minotauro mientras me dejaba arrastrar por el sueño. No podía matricularme en nada más y no sabía qué iba a hacer con todo aquel tiempo libre. Me vi sin amigas y metida detrás de pilas de libros.

El pasillo que atravesaba el departamento de inglés (llegaba más de veinte minutos tarde a clase) estaba en una zona en la que el colegio delataba su antigüedad, aunque continuaba haciendo gala de una dignidad destartalada y una desnudez casi lúgubre, como salida de otra época.

Allí no había rastro de octavillas de educación sexual ni de letreros de cartulina con letras infantiles; ni rastro de los bloques de hormigón pintados ni de los carteles de papel maché, de las taquillas con candado ni de los suelos de linóleo cubierto de rayones. Lo que recorría era un pasillo cálido y de techo bajo, con la moqueta desgastada por las pisadas y flanqueado por puertas de madera con horarios de visita pegados bajo el nombre de los profesores.

Hacía demasiado calor para ser septiembre, pero la calefacción (como iba a descubrir enseguida) solo la encendían entre septiembre y Navidad, con lo que pasábamos los primeros meses del curso con la ropa empapada de sudor y, los siguientes, mirando a los profesores a través del vaho.

Cuando encontré la clase, me incomodó notar la frente brillante de sudor y el suéter pegado bajo la mochila. Llamé a la puerta y asomé la cabeza.

Todas me escanearon, tratando de determinar mi posición en su jerarquía. Me agarré a la puerta con tanta fuerza que los dedos se me pusieron rojos y luego, blancos. El profesor Malcolm (el único que he tenido que insistía en que lo llamáramos así, aunque nunca supe qué títulos lo respaldaban) era un hombre bajito y medio calvo, de facciones exageradamente diminutas, nariz chata, labios finos y ojos negros como de pájaro.

—Soy nueva... —dije, nerviosa.

—Entonces, tome asiento e intente aprender algo. —Se volvió hacia la pizarra y siguió hablando, mientras yo me escurría entre las mesas. Miré hacia los libros y los apuntes de las chicas de al lado para tratar de seguirlo—. Como concluye Blake, «así olvidaron los hombres que todas las deidades habitan en su pecho». ¿Qué significa esta frase?

Ante el silencio, un suspiro. Levanté la mano y suspiró de nuevo.

—Adelante.

—Para Blake, moralidad y religión resultan muy... restrictivas. Le parecen contrarias al espíritu humano. —Me ardían las mejillas, al tiempo que hablaba, me percataba también de lo que estaba haciendo.

El silencio se hizo frío e implacable... Luego, aprendí que era una de las numerosas armas que blandían las alumnas de Elm Hollow.

—¿Cómo se llama? —dijo, tras un momento.

—Violet —susurré, mi traición flotaba densa en el aire.

—¿Cómo ha dicho? —Se llevó una mano a la oreja.

—Me llamo Violet —repetí, algo más alto. Un gallo.

Asintió, continuó con la clase y yo me hundí en el asiento.

—El hombre es una criatura salvaje, en ocasiones sexual y primitiva —dijo, retomando el sonsonete de antes, monótono y siempre fuera de tiempo, que parecía hecho para contrarrestar lo que decía.

Miré alrededor y me sorprendió no escuchar risitas nerviosas ni cuchicheos al oírle hablar de sexo, pero, en efecto, todas continuaron calladas. Entonces me fijé en que la chica del pelo rojo reluciente estaba sentada a tres filas y también me miraba a mí.

Bajé otra vez la cabeza, vi nombres y garabatos labrados en la mesa. Por fin, la miré a los ojos y ella arqueó sonriente una ceja. Creí que ahí iba a rematar la broma y que todas empezarían a reír... sin embargo nadie nos miraba, así que esboqué una sonrisa torcida, en un mal intento de hacerme la relajada.

Señaló al profesor con cara de desgana, sonrió y, después de deletrear un «gilipollas» con los labios, se giró otra vez hacia la pizarra. Hundida en la silla, empezó a liar disimuladamente un cigarrillo sobre las piernas, sin que ningún movimiento la delatara, más allá de unos dedos finos y hábiles con las uñas negras y desconchadas que se encargaban de recoger las briznas de tabaco.

Me quedé absorta. La clase fue aburrida y cada vez se respiraba más impaciencia; para cuando sonó el timbre, estaba ya en una especie de trance. Volví a guardar el cuaderno en la cartera y miré alrededor, con la sensación de que me observaban. Al parecer, había olvidado que mi presencia ya no le interesaba a nadie y la chica del pelo rojo se había ido.

Los miércoles por la tarde se dedicaban a las extraescolares, y como yo no tenía ninguna, pasé lo que quedaba del día explorando mi nuevo colegio y deambulando por el imponente salón de actos, en el que el coro ensayaba una melodía triste y hermosa.

Recorrí los pasillos de altísimos techos del edificio de letras, donde las alumnas de arte dramático se imaginaban escondidas entre matorrales, entregadas a sus soliloquios e imponiéndose al retumbar de las demás voces. En las aulas de música, las violinistas repetían las mismas escalas una y otra vez junto al piano, mientras la cálida brisa otoñal silbaba entre los árboles de fuera y hacía caer las hojas en arcos indolentes. Aún las veo bajar como manos tendidas y las oigo crujir con nuestros pasos. Es un escenario, un estado de ánimo, que sigue fresco y vívido en mi memoria, reanimado por el sabor agrídulce de la juventud, de la lila y la lavanda del aire. El colegio era idilio y fascinación en estado puro.

Salvo por el comedor, claro está, y es lógico que nunca asome en el prospecto ni en las visitas de los padres: es el vientre del colegio, una zona necesaria y burda, una de las pocas en las que la función tiene permitido imponerse a la forma.

La cafetería chasqueaba a la luz fluorescente y silbaba, exhalando el hedor rancio a carne en grasa licuada. Las máquinas expendedoras se agitaban sin descanso y las alumnas bullían en corrillos alrededor de mesas de conglomerado, con una extraña mezcla de sillas de plástico baratas y un banco de iglesia que alguien había sacado del sótano para un ensayo de teatro hacía unos cuantos años. Décadas después permanece allí, solo que más agrietado y destartado.

Me senté en un rincón y devoré a mis compañeras con los ojos, como si estuviera realizando un estudio antropológico (una actitud que podría dar alguna pista de las razones por las que, sin llegar a ser una marginada, me había costado tanto hacer amigos en mi anterior instituto).

Me fijé en cómo se habían arreglado los uniformes, de un tejido que parecía diseñado para clavarse en la piel como si tuviera agujas. Toques informales, Dr. Martens negras, rojas y cuero; pasadores de mariposa en tonos pastel al final de unas trenzas desgredadas. Chaquetas de tela vaquera y tartán atadas a la cintura. Diademas de terciopelo, pendientes, collares de perlas y cadenas de plata... Todo para dejar traslucir personalidades y secretos que yo, vestida como dictaba el manual, no daba la impresión de tener. Me sentí tristemente fuera de lugar y hundí la cabeza en el libro (una novela con una heroína bobalicona que empezaba a resultarme irritante y que pronto abandonaría para no terminar nunca).

Me di cuenta de que, aun con toda mi simpleza, no había pasado desapercibida. Notaba sus miradas, aunque nunca conseguía sorprenderlas y las oía cuchichear «parece un...» al pasar entre los grupitos. Imaginaba en qué estarían pensando, seguro que en algún animal de granja, un cerdo, un perro o una vaca. A cada minuto que marcaba la torre del reloj, daba la sensación de que los cuchicheos crecían en un siseo cada vez más fuerte que llegó a amenaza; mientras, yo me hundía más y más en mi asiento, encendida y deseando que me tragara la tierra.

Me escondí ausente tras un libro para tragarme las lágrimas y entonces, tres siluetas pasaron desfilando al otro lado de las enormes ventanas del comedor. La chica sacudió en un fregonazo el pelo rojo y se me fue la vista detrás; caminaba entre otras dos que sonreían, hablaban y pisaban las hojas caídas.

Se me pasó por la cabeza que me iban a mirar y me habría gustado que, al girarse, me sonriera con el desenfado de antes, así que me re Coloqué en la silla para parecer resuelta y relajada.

Pero no lo hicieron. Continuaron adelante y se fundieron con la luz del sol, escoltadas por unas sombras largas y altivas.

CAPÍTULO 2

El estudio estaba cubierto de arriba abajo con papel de color crema y dibujos al pastel que salían reptando de las esquinas, como pesadas nubes de humo. Tenía algo frío en el codo, una mancha violeta que me embadurnaba la manga de la camisa.

A lo largo de la semana, las alumnas del taller habíamos llenado hasta el último hueco de aquella habitación y era imposible salir de allí sin el uniforme cubierto de tiza rosa y azul. Luego, dejábamos huellas de tonos pastel a modo de homenaje por todo el colegio: pulgares verdes en los libros de la biblioteca, una palma de color melocotón en la probeta, tazas de café marcadas con labios azules, igual que las mejillas. La lección que debíamos aprender (Annabel, la profesora de arte, rara vez nos ofrecía una conclusión clara... o de cualquier tipo) era que una artista deja su huella en todo lo que toca, aunque tardé muchos años en comprender lo cierto que era.

Se sentaba al borde de la mesa y balanceaba los pies a ras del suelo, mientras las alumnas de estética conteníamos la respiración, esperando a que comenzara a hablar. Siempre vestía de negro y el pelo le caía en rizos blancos sobre los hombros..., parecía salida de otro mundo. Incluso en el recuerdo, la veo dueña de una autoridad que no necesita palabras, el poder de quien puede callar a toda una clase sin despegar los labios.

—Oscar Wilde —comenzó, por fin— definió el esteticismo como «la búsqueda de los signos de lo bello, la ciencia de lo bello por medio de la cual los hombres buscan la relación entre las artes. Para ser más exactos, la búsqueda del secreto de la vida». Y justo esto es lo que hemos venido a hacer aquí. No os equivoquéis. Puede que seáis jóvenes y que el tiempo os parezca infinito, pero aprenderéis (y espero que sea más pronto que tarde) que, si merece la pena estar vivas, es por los momentos puntuales y únicos de iluminación. Os corresponde a vosotras buscarlos, descubrir de qué están hechos. Y cuanto antes comencéis, más plena será vuestra vida.

Se abrió la puerta y entró una chica rubia y bajita, cargada de insignias del colegio al mérito deportivo. Masculló una disculpa, se sentó a mi lado y me saludó. No me lo esperaba, así que le devolví una sonrisa aturdida. Annabel le lanzó una mirada fría y ella la rehuyó, avergonzada.

—Deberíais elaborar vuestra valoración estética de lo que es bello o digno de atención —siguió diciendo—, por medio de una filosofía propia, una teoría particular que fundamente vuestros gustos y la forma en que se entrelazan con el resto de vuestra experiencia vital.

Se recostó y movió los hombros en círculos. El colgante de plata destelló.

—Después de todo, esta no es una asignatura para alumnas perezosas que solo quieren pasar el rato oyéndome hablar cuatro horas a la semana. De hecho, es justo lo contrario. Espero que planteéis vuestros propios juicios y que profundicéis en vuestra valoración subjetiva del arte. Quienes participéis también en mi taller, y creo que sois casi todas, deberéis aprovechar la

oportunidad de llevar todas esas ideas más allá de lo que Wittgenstein denominó los «límites del lenguaje», un concepto con el que espero que os familiaricéis en esta clase.

Un impulso eléctrico barrió la clase y todas temblamos de emoción. Solo los mejores profesores saben que, con toda su amargura y dramatismo, los adolescentes son excepcionalmente sensibles a la frase turbadora, a lo que alienta su individualidad y su talento. Puede que sea un cliché, pero estoy convencida de que incontables espíritus creadores se han forjado por medio del poder que ejerce un simple atisbo de inspiración a esas edades.

Por supuesto, en aquel momento nos sentimos todas avivadas por ese potencial, aunque ninguna sabíamos quién era Wittgenstein (incluso ahora admito que mi conocimiento es rudimentario, siendo generosa, y que sus teorías son algo esotéricas para mi gusto), por qué habrían de existir límites para el lenguaje ni por qué, lo que es más, un grupo de chicas de dieciséis y diecisiete años no estaba en condiciones (cuando menos) de elaborar teorías propias sobre el arte. No... lo cierto es que, animadas por aquel aliento, nos sentimos renovadas y entusiasmadas por la intuición de lo posible.

—Marie —se dirigió a una chica morena que reconocí en cuanto habló, por su voz aflautada y chillona, la sombra de una risilla nerviosa que había escuchado en el comedor—, dime una obra que te parezca bella.

—El *David* de Miguel Ángel —respondió con aplomo.

—¿Por qué? —preguntó Annabel, con una sonrisa burlona que dejó asomar unas encías prácticamente blancas que se fundían con los dientes.

—Porque simboliza la fuerza y la belleza humana.

Annabel calló y el silencio, mortífero, abrió sus fauces como una trampa.

—¿Es lo que piensas de verdad o lo que crees que debes repetir como un loro? —Se acercó a su mesa, levantó una hoja de papel y dejó a la vista un libro de escultura renacentista; la chica hundió la cabeza y perdió el color—. Aunque a otros profesores pueda gustarles que sus alumnas repitan como autómatas frases que no comprenden —dijo, dándole la espalda—, el objetivo de esta clase no es que me deis la respuesta que creáis correcta, sino decir lo que pensáis de verdad. Yo ya tengo clara mi opinión y no necesito que me la recuerden.

Eché un vistazo alrededor y nos fue mirando de una en una. Al final, se quedó conmigo y me dio un vuelco el estómago.

—Violet.

—Sí, señora.

Me quedé un momento sin aire y me estremecí entera. Era la primera vez que se dirigía a mí en clase. Había en ella un brillo que brotaba de su interior, como si la sangre que le corría por las venas fuera de plata, nada de azul, y le iluminara la piel desde dentro. Al recordarlo ahora, me pregunto si de verdad era como la veíamos o solo la imbuíamos de aquella luz, si no era la fuerza de nuestro deseo la que la convertía en una semidiosa. Lo evidente sucede en los días de frío y de razón, en los que todo lo impregna el silencio gris del otoño. Puede que fuera únicamente efecto de la luz.

—Puedes llamarme Annabel —dijo sin sonreír—. Dime, ¿cuál escogerías tú?

Todas me miraron expectantes y Marie me lanzó una mirada asesina, fulminándome a mí con la rabia que era para Annabel. Pensé en lo que había leído o visto, pero el pánico no me dejaba recordar ningún nombre, hasta que, por fin, me posé en una imagen: unas mujeres ríen en un frenesí

delirante sobre una ciudad que asoma a lo lejos, mientras el diablo les roe las piernas con ojos desorbitados.

—Las *Pinturas negras* de Goya. —Las palabras se me atravesaban en la lengua.

Trazó tres círculos en el aire con los dedos, para que continuara la explicación.

—Tienen algo... algo que me gusta mucho.

—¿Que te gusta mucho? —dijo Annabel, arqueando una ceja—. Estoy segura de que puedes elaborarlo un poco más.

El corazón se me iba a salir del pecho. Lo cierto era que las había visto cuando tenía cinco o seis años y que me recorrió un particular deleite al ver aquel espanto. Mi madre me arrancó el libro de las manos casi al momento, pero las estampas se me quedaron grabadas. Años después, robé aquel volumen en una librería de viejo, porque me avergonzaba admitir cuánto deseaba tener las caras cruentas que sonreían perversas desde la portada. Atormentada por la culpa, regresé a los tres días con una pila de libros viejos de mi padre, una donación que cubría con creces el precio del libro.

—Bueno, no es que sea muy bello —dije, muy despacio—, pero lo pintó encerrado en casa, para él solo. Es famoso por sus retratos y la verdad es que están bien, pero son... aburridos. —Esbozó una sonrisa al oírme decir eso, quería que siguiera—. Cuando estaba a solas, le apetecía pintar cosas terribles, como el diablo devorando a un hombre o la caída en la locura. Era una descarga, una liberación que solo podía tener cuando no había nadie cerca.

Asintió y se recogió un rizo blanco detrás de la oreja. Tuve la sensación de que se acercaba, como si tratara de oír mejor algo que no había llegado a decir.

—Imagino que conocerás *El sueño de la razón produce monstruos*.

Se me fue el color.

—¿Cómo dice?

—Un grabado de una serie similar.

—Oh —dije—. No, no lo he visto.

—Pues búscalo, te gustará. —Me dio la espalda—. De hecho, trae una copia el próximo día, para que lo analicemos entre todas.

Siguió hablando y todas me observaron. No pude resistir la tentación de mirar hacia atrás. La chica del pelo rojo mordisqueaba pensativa la uña del pulgar y torció el gesto al notar algo de tiza en la lengua; se dio cuenta de que estaba mirándola, sonrió y se lo devolvió. Un eco.

Aunque entonces volvimos la vista hacia Annabel, no me enteré de nada de lo que dijo en toda la clase, me había ganado su aprobación (aunque fuera por un instante) y estaba deslumbrada.

Cuando sonó el timbre y comencé a recoger mis cosas, la pelirroja y sus amigas se acercaron cuchicheando a la mesa de Annabel. La más alta me miró de reojo y bajó todavía más la voz. Como me quedó claro que estaban esperando a que me marchara (me ardieron las mejillas al darme cuenta), cogí la cartera y eché a andar hacia la puerta.

—Oye, espera —oí decir a mi espalda—. ¿Fumas?

Me di la vuelta y sonrió con picardía. Las otras dos (y Annabel) me miraban inexpresivas, casi como unas máscaras.

Aunque no fumaba, le respondí que sí (luego, dije que llevada por la sorpresa, pero lo cierto es que solo lo hice porque estaba desesperada por hacer amigas) y echamos a andar juntas por el pasillo.

—Dime, ¿te gusta Elm Hollow?

—No está mal. Por ahora, todos parecen agradables.

Empujó la puerta, al aire fresco y vivificante de fuera. Notaba el sudor seco y helado sobre la frente mientras marchábamos calladas hacia la marquesina. Quedaba detrás del edificio principal y apartada del aparcamiento, para poder fumar entre pintadas y sin miradas de reproche. El viento arrastró un grito de júbilo desde los campos deportivos y las golondrinas trazaban círculos sobre nuestras cabezas a ráfagas bruscas, como si les asustara de pronto verse allí arriba.

—Bueno, ¿de dónde vienes? —preguntó, intentando encender el mechero. Lo sacudió unas cuantas veces y por fin salió la llama.

—Del Kirkwood —le respondí—, aunque el año pasado no asistí a clase.

—¿Educación en casa? —Arqueó una ceja perfilada, por debajo de la que asomaban puntitos rojos de pelusilla.

—Más o menos... La verdad es que estudié por mi cuenta.

—¡No me digas! ¿Y eso por qué?

—Yo... mi padre murió. Dijeron que me tomara el tiempo que me hiciera falta, así que...

—¡Vaya! —dijo radiante—. Mi padre también está muerto —vaciló—. Lo digo para que sepas que te comprendo.

—Claro, es terrible. Siento haberlo mencionado.

—No pasa nada. La verdad es que no llegué a conocerlo. Mamá dice que era un gilipollas.

—Caramba —dije yo—. Lo siento, de todas formas...

Sonrió y miró hacia otro lado. Vista a la luz del día, era pecosa, de largas pestañas y con el rubor febril que da el aire frío del otoño en las mejillas.

—Mierda —masculló y se encogió de dolor cuando el cigarrillo le quemó los dedos. Lo tiró al suelo y lo aplastó con una bota con puntera de metal. Oímos sonar el timbre del colegio.

—¿Querrás quedar algún día? —Se giró hacia mí.

—¿Quedar?

—Sí, quedar, gili. Ya sabes, pasar el rato con amigas. —No tenía palabras. Al ver que no respondía, siguió hablando ella—: Voy a suponer que eso es un sí, porque si fuera otra cosa, estarías siendo una borde. El viernes en la parada del autobús, a las tres y cuarto. No te retrases.

Dio media vuelta y se alejó sin decir nada más. Cruzó el césped entre gorriones a la desbandada y yo me quedé plantada por detrás, tratando de asimilar aquel encuentro.

No podía ser así de sencillo.

Nunca había tenido amigas de verdad, aunque tampoco había sido una marginada. Me deslizaba a un segundo plano, convertida en una discreta secundaria, mientras mis compañeros convertían la rebeldía en una competición deportiva. Yo, demasiado tímida, demasiado nerviosa y demasiado lenta, me quedaba siempre apartada, agarrada a un libro y relajándome con las vueltas que daban las bobinas del *walkman* en el bolsillo, como si la cosa no fuera conmigo. No es que no fuera capaz de mantener una conversación ni que me desagradara en sí, pero no conseguía descifrar cómo se cruza la barrera que separa a compañeros de amigos, como si hubiera algún toque o una palabra de paso secretos y necesarios para incorporarse a cada grupo.

Sin embargo de pronto, cuando no llevaba más que unos días en Elm Hollow —la nueva ya avanzado el cuatrimestre, sin nada que me hiciera destacar, ni extravagantes rarezas ni ropa cara

—, tenía una amiga que quería quedar conmigo... Me preguntaba si no me estarían tomando el pelo e, incluso, llegué a convencerme a medida que pasaban las horas y más aún al día siguiente, cuando pasé por delante del taller y no vi rastro del grupo ni de Annabel.

Por fin, llegué la tarde del viernes y eché a andar hacia la parada del autobús, invisible entre grupos de compañeras. En lo alto de la pendiente, un parque infantil algo destartado se recortaba contra la luz de la tarde. Los hermanos pequeños de las chicas que iban a volver a casa con sus padres se columpiaban, chillaban y correteaban alrededor de adultos exhaustos. Imaginé entre ellos la cara blanca de mi hermana, la textura gomosa de su piel tumefacta. Sacudí la cabeza y busqué a Robin.

—No sabía si vendrías —dijo, agarrándome por detrás y pasándome unos dedos callosos por la mejilla.

—¿Por qué? —Me quedé parada de golpe, paralizada. Acababa de darme cuenta de cuánto hacía que nadie me tocaba. Mi madre me hundió las clavículas contra el cuello cuando papá llevaba muerto solo unos días. Esa fue la última vez.

—No sé —respondió—. Tuve la sensación de que no te hizo mucha gracia.

—Oh, no, qué va. Es que... —Sonaron gritos de alegría, una agradable interrupción. Una niña había empezado a bailar y a dar vueltas sobre sí misma, tan rápido que parecía un borrón.

Sin soltarme la mano en ningún momento, subimos al último autobús con las pocas chicas que quedaban. Se deslizó junto a la ventanilla y dejó la guitarra sobre las rodillas. Yo me puse a su lado cada vez más cerca, a medida que el autobús se llenaba de piernas blanquecinas y aliento viciado.

—Bueno... —Me miró expectante—. ¿De dónde vienes?

—Del Kirkwood —le repetí.

—Eso ya lo sé. Te lo diré de otra forma. Cuéntame todo, quiero conocer tu historia.

La miré, no tenía nada en la cabeza, había perdido la memoria.

—Esto... no sé.

—Interesante —dijo sonriente, llevaba los labios pintados y una pequeña mancha de color morado. Se dio cuenta de que la estaba mirando y se llevó una mano a la boca—. ¿Eres de por aquí?

—Sí.

—Encaja. Es aburrida, aburrida y aburrida. —Se detuvo y entornó los ojos—. No me refiero a ti. Digo la ciudad, es aburrida.

—Sí.

—Sí. —Se recostó en el asiento—. Vale, vamos a probar otra cosa. Examen sorpresa. Violet no habla porque: a) es tímida; b) tiene cosas superinteresantes que decir, pero no quiere contármelas a mí; o c) resulta que no es tan interesante y me he equivocado de cabo a rabo. Un, dos, tres, responde otra vez.

—La «c» no es —dije, aunque me vi caer por el abismo de la mentira. «Tiene razón, no soy nada interesante», pensé.

—La «a» y la «b» no se tienen por qué excluir... Así que eres interesante y no quieres contarme tus secretos. —Me miró sonriente—. Me parece bien.

Busqué otro camino, una línea de conversación más sencilla.

—¿Y si probamos algo diferente? Háblame de ti.

—Oh, ¿de mí? Yo sí soy superinteresante. Una caja de Pandora unipersonal. Pero, en realidad, somos bastante parecidas, porque yo tampoco regalo nada. —Sonrió con ironía—. Tendremos que ir despacio, ¿no?

Sonreí.

—¿Tocas la guitarra?

—Fatal —dijo, estrujando el cuello de la funda entre los dedos—. Pero con ella, parezco guay. Me vale para empezar.

—Ya eres guay —dije y me ruboricé. No quería que se notara tanto que estaba desesperada por gustarle.

Río, un bufido ronco.

—Vaya, creo que con eso está decidido. Debes de ser la única persona de por aquí en pensar que Robin Adams es guay, lo que te convierte en mi nueva mejor amiga. —Me tendió la mano y nos dimos un apretón con un ceremonial cómico que me resultó sorprendentemente íntimo entre tanta gente. Me dio un golpecito con el codo—. Vamos.

El autobús se detuvo con una sacudida y salimos a la calle, el olor del mar se escurría entre los edificios y entonces me di cuenta de que no se respiraba en el colegio. Con el correr de la tarde, el cielo había pasado del azul al gris, y comenzaban a caer minúsculas gotas de lluvia, tan discretas que no me percaté hasta que Robin se tapó la cabeza con un periódico viejo y me hizo señas para que la siguiera.

—Se me va a estropear el pelo —dijo, corriendo para ponerse a cubierto.

La acompañé hasta el local de la International Coffee Company que, pese a lo ampuloso del nombre, contaba con ese único establecimiento decadente en una calle apartada de una ciudad olvidada por el mundo. Al entrar, saludó con un «Hola, capullas» y la camarera —pelo negro, labios carmesíes y bronceado con el color y el tacto del cuero— le devolvió el saludo y gritó: «¿Café?». Robin asintió, levantó dos dedos y fue directamente hacia el fondo del local, donde el resto del grupo cuchicheaba en unos asientos de piel llenos de parches.

—Esta es Violet —dijo y me dio un empujoncito, hundiéndome los pulgares en los omóplatos.

Las dos chicas me miraron con curiosidad desabrida y yo, a cambio, trastabillé, me sonrojé y sonreí. No dijeron nada. Al rato, la más bajita —una chica de ojos verdes y piel blanquecina, casi translúcida— sonrió, sacudió el pitillo con afectación y me invitó a sentarme a su lado. Compartían una tetera —era evidente que estaba pensada para una persona— que humeaba perezosa junto a un libro grueso y encuadernado en cuero que había sobre la mesa.

—Esta capulla de aquí es Alex. —Robin se deslizó sobre el asiento y agarró por el hombro a la otra chica, quien enseguida le apartó el brazo. Asintió con frialdad, se recostó y comenzó a hacerse una trenza tan gruesa como una soga, sin dejar de examinarme con unos ojos caídos y prácticamente negros.

—Y este otro angelito... —Robin le pellizcó la mejilla con el índice y el pulgar, y la apretó hasta que se puso blanca— se llama Grace.

Esta entornó los ojos, le devolvió el pitillo a Alex y el humo se quedó serpenteando en medio. Me coloqué a su lado y se movió hacia la pared, como si quisiera dejar un palmo de distancia entre las dos. Robin se volvió hacia las chicas, que me sonrieron antes de mirarla otra vez a ella.

—¿Ya has...? —preguntó Alex, en voz baja.

—Todavía no —respondió—. Pero lo bueno se hace esperar, ¿no es así?

La camarera dejó dos vasos de café con un golpe seco y derramó alrededor un charquito de líquido que comenzó a correr hacia mí sobre la mesa. Lo secó con el delantal y, al mirarla, me encontré a una chica con las facciones rotundas de la camarera, pero con veinte años menos.

—Hola, Dina —dijo Robin, con retintín—. ¿Cómo estás?

—Bien —le respondió Dina, que dio media vuelta y salió airada hacia el almacén de detrás de la barra.

—Mojigata chiflada —dijo Robin, pasándome un café—. Me sorprende que aún no nos haya atacado con el rosario.

—O con una estaca. —Alex rompió a reír.

—El poder de Cristo te obliga...

La mujer de la barra le recriminó a Robin con la mirada y las chicas comenzaron a susurrar. Yo bebí unos sorbos de café y disimulé la mala cara al sentir el sabor amargo y la película exageradamente seca que me dejó sobre la lengua. No era la primera vez que hacía ver que me gustaba —había leído lo suficiente como para saber que les encantaba a todas las personas a quienes admiraba, así que lo tomaba solo—, pero entonces, como siempre, el sabor me provocó una náusea ardiente y expeditiva, y el pulso se me aceleró como el de un conejito que acabara de caer en una trampa. Aun así, no solté el vaso y, lista para tirarlo a la planta mustia que había junto al banco en cuanto las otras se distrajeran, aguanté el mordisqueo del calor en la punta de los dedos. La planta era de plástico, debería haberme dado cuenta en cuanto vi el cuero raído de los asientos, el parpadeo de las lámparas y los cuadros polvorientos y desvaídos.

—¿En qué más te has matriculado? —Grace se dirigió a mí. Alex y Robin estaban enfrascadas en una conversación enmarañada, de la que había perdido el hilo hacía ya rato. Desenvolvió un bastón de caramelo a medio comer, el aliento le olía a azúcar.

—En literaturas inglesa y clásica —dije.

Me miró de arriba abajo, tan rápido que bien podían haber sido imaginaciones mías.

—Parece que a Annabel le gustó lo que dijiste ayer en clase. —Se detuvo—. Creo que...

—Escuchad —dijo Robin, metiendo la cabeza entre las dos—, esto es importante.

Grace se recostó en el asiento, en contrapeso.

—¿Qué?

—¿Sangre o cereza? —La miramos—. El pintalabios, gilis. Madre mía, menuda ayuda sois.

Alex golpeó a Robin con el codo al sacar la mochila que tenía debajo de la mesa.

—Tengo que irme.

—Pero aún no lo hemos decidido —se quejó Robin, que no se movió.

—¿Te vas a poner el vestido negro? —preguntó Alex.

—Claro.

—Entonces, el rojo. Será la caña —respondió, besándola en los labios—. Venga, mueve el trasero.

Robin salió del banco, se echó sobre la mesa y alargó una pierna por detrás. Alex la apartó de un puntapié y estuvo a punto de tirar a Dina.

—Encantada de conocerte... mierda. —Alex echó a reír—. ¿Cómo te llamabas?

—Violet —respondió Robin—. Se llama Violet.

—Es verdad —dijo Alex—. Entonces, encantada de conocerte, Violet.

Asentí, algo enfadada. Había olvidado mi nombre.

—Lo mismo.

Cuando se marchó, seguimos hablando y elegimos entre las tres los colores de las uñas, el largo de las pestañas y las lentillas que llevaría Robin para ir a la fiesta de ese fin de semana en la residencia de su novio. Cuando aún seguía intoxicada por la cafeína y la perenne nube de humo que cubría nuestra mesa (siempre había encendido un pitillo que se pasaban de una a otra; el único mechero que tenían era el de Robin y estaba a punto de gastarse), pensé que lo mejor era marcharme y dejarlo antes de que se estropeará.

—Nos vemos la semana que viene —me dijeron, como si no dudaran de que fuera a volver, y me ardieron las mejillas, agradecida por lo que eso implicaba.

Volví a pie. El camino era largo y atravesaba la playa, entre el susurro monótono y relajante del mar, y un tenor que canturreaba en el quiosco al final del muelle. Cerca de casa, los solitarios observaban a familias en la pantalla rutilante del televisor, todas las cortinas iluminadas por el mismo parpadeo embustero; el perro de los vecinos me olisqueó la mano a través de la valla, hasta que lo llamó una anciana con el pelo gris.

—¡Buenas noches, señora Mitchell! —grité con mi mejor voz para hablar a ancianitas.

Ví a su nieto (un muchacho achaparrado, de mejillas rojas, pelo de paje y más o menos un año mayor que yo) sentado junto a la ventana del piso de arriba y las paredes blancas cubiertas de pósteres de dragones y hechiceros. Lo miré, sonreí y él corrió la cortina al tiempo que la señora Mitchell cerraba la puerta sin ni siquiera mirarme.

CAPÍTULO 3

No conseguí pegar ojo en todo el fin de semana. Fui de un lado para otro, vi reposiciones de *Se ha escrito un crimen* con mamá a las tres de la madrugada y las noticias de las seis, las siete y las ocho. Despegué con un cuchillo las migas reseca de la bandeja y preparé tostadas para las dos, mientras ensayaba las conversaciones que podría tener con las chicas (si es que me volvían a invitar). Pensé en los gustos que podíamos compartir y elaboré listas de temas que sacar a relucir para hacerme la interesante, la ocurrente o las dos cosas. Garabateé entradillas y temas de conversación en el diario, luego rompí las páginas, avergonzada al ver tal desesperación.

Encontré una pila de catálogos desmadejados junto a la puerta y elegí la ropa con la que ser más como ellas y el maquillaje que podrían llevar un día cualquiera y yo, ninguno. Cuando mi madre se quedó dormida, imité su forma de hablar por teléfono, mientras arrancaba compulsivamente tiras del papel pintado de las escaleras. No se dio cuenta.

Y así llegó el lunes, pero no había ni rastro de ellas en el instituto. Fui de una clase para otra, convencida de que iban a aparecer a la vuelta de cada esquina, entre todas las caras desconocidas. Me acerqué a los campos deportivos, porque vi el nombre de Alex en las alineaciones de lacrosse y de netball; deambulé por las gigantescas salas de la biblioteca en busca de Grace; y me asomé por los talleres de arte, imaginando que allí estaría Robin. Estaba al acecho como un bicho raro, pero no se lo habría reconocido ni lo admitía. De hecho, llegué a convencerme de que estaba conociendo mejor el colegio.

Mientras esperaba a entrar a clase de inglés, vi escrita en la pizarra con letra sinuosa una cita de Chaucer que todavía recuerdo: «¡Qué poderosa resulta una emoción intensa! A veces, una impresión llega a marcarse tan hondo que la gente puede morir de imaginación».

—¿Qué tal va la nueva? —Me sobresaltó de pronto una voz cantarina a mi espalda.

Al darme la vuelta, vi a una rubia bajita —menuda, sería la palabra—, llena de insignias deportivas. Me observaba con recelo, sin dejar de jugar con el esparadrapo que llevaba enrollado en los dedos. Era guapa, de una belleza somnolienta y párpados gruesos como los de una muñeca. De esos que dan ganas de bajar con el pulgar.

—¿Qué haces? —Me miraba con una media sonrisa en la que se mezclaban dulzura y desconfianza.

—Nada... ubicarme —dije, estrujándome los dedos, tenía las palmas de las manos tirantes y sudorosas.

—Te vi la semana pasada con las raritas. No es asunto mío, pero pareces simpática... Si quieres hacer amigas, no te conviene ir mucho con ellas.

—¿Por qué? —No me sorprendió tanto lo que opinaba del grupo (aunque, por supuesto, sentía

curiosidad) como el que se hubiera fijado en mí. Creía que era invisible, que nadie me veía entre el resto.

—¿Lo quieres saber de verdad?

Asentí. Una soprano comenzó a cantar en mitad del pasillo algo desentonada, y la chica torció el gesto al oírla.

—De acuerdo —dijo y se pasó la mochila de un hombro al otro—. ¿Te acuerdas de Emily Frost?

Le di vueltas y vueltas al nombre, rumiando las pistas que se me ocurrían. Me sonaba de algo, pero no sabía dónde lo había oído. Me encogí de hombros.

—¿A qué instituto ibas?

—Al Kirkwood.

—Entonces, eres de por aquí. Debes de haberlo visto en las noticias. Es la chica que se marcó un Richey.

—¿Un qué?

—Un Richey. Por Richey, el de los Manic. Desapareció sin dejar rastro. Madre mía, ¿es que no lees la prensa? —Sonó extrañamente dulce, como una reprimenda hecha con cariño; asentí—. El año pasado, Emily salió en todos los periódicos. Os parecéis mucho, aunque... —vaciló y yo volví a ver su fotografía, sabía lo que estaba a punto a decir—: Era guapa, más todavía quiero decir.

—Claro, ya sé quién dices, pero...

—Bien, estupendo. —Eso la animó un poco y se acercó. Noté el roce de un pañuelo de papel y el olor químico a Clearasil y desodorante, almizcle químico—. Era la mejor amiga de Robin y las cuatro hacían todo juntas. Un día, discutieron y pasaron una semana sin hablar y, entonces, ¡puf! Se esfumó. Todos dicen que se suicidó, pero nunca encontraron el cuerpo.

»Está claro que debe de haber algo más —siguió diciendo—. Si alguien la menciona cerca de ellas, se marchan sin decir nada. —Bajó la voz—. Mira, si le pasara algo así a mi mejor amiga, no me lo tomaría tan bien, ¿sabes a qué me refiero?

Traté de dibujar una sonrisa, una respuesta lo más neutra posible.

—¿Por qué me lo cuentas? —opté por decir.

Se encogió de hombros.

—Será que me preocupo por los demás. ¿Quieres ir a comer? Por cierto, me llamo Nicky.

En el calor lúgubre del comedor, me encontré sumergida en una nube de mezclas confusas y olores artificiales (coco, lavanda, limón, todo desubicado), entre las risitas y los cacareos de adolescentes con piernas de pájaro y dientes perfectos. La chica de al lado tenía los ojos sin vida de un escarabajo y la risa como el relinchar del caballo.

Hablaban muy rápido y la conversación saltaba con ligereza de un tema a otro, en frases largas y pronunciadas sin coger aire, salpicadas de nombres que no conocía, aunque no dejé de asentir para no desmarcarme. Enfrente de mí, una chica se pintaba las uñas, deslizado bandas lentas de añil, otra garabateaba listas ininteligibles en un cuaderno lleno de pegatinas y a mí, me dio por preguntarme si sería capaz de encajar en aquel lugar.

Entonces, las vi. Robin, Grace y Alex pasaron lentamente por el césped igual que el primer día, sonriendo las tres, satisfechas y templadas, despreocupadas y salvajes a su manera. Vi arder el pelo de Robin al sol y la elegancia apolillada de su abrigo; vi la lividez sobrenatural de Grace

y esas enormes gafas de sol con las que ocultaba los círculos negros que siempre le acechaban los ojos; vi el blanco sin mácula de la camisa recién planchada de Alex, que lanzó una mirada sofisticada al otro lado del patio.

—Uf. —Nicky se apretó contra mí—. Qué raras son.

Masculé algo por quedar bien y me dolió la envidia, una punzada amarga en los dientes. Me levanté para irme (me disculpé, todas asintieron y sonrieron sin atención, para volver inmediatamente a lo suyo), pero Nicky me agarró la muñeca con unos dedos huesudos.

—Iremos al muelle luego, ¿quieres venir?

—Es que tengo deberes...

Gruñó.

—Todas tenemos deberes. Anímate, será divertido.

Me estaba clavando el pulgar en la muñeca. Ardía de rabia por tener que seguir allí y primero la odié a ella y luego, a todas las demás.

—Claro, tal vez. ¿Nos vemos allí? —dije, por compromiso. Sonrió y me azotó la culpa de golpe, aunque desapareció tan pronto como las chicas de fuera doblaron la esquina y las perdí de vista.

Una vez libre de la presa atrozante de Nicky, traté de escabullirme entre los grupitos que me cerraban el paso (no sabía si era a propósito o por haberme zambullido tan rápido entre aquella masa informe). Fuera hacía frío y no las vi por ninguna parte; en el patio no quedaban más que unas cuantas chicas, todas por parejas y cuchicheando secretos. Los estorninos brincaban en los arquitrabes sobre las puertas abiertas y se lanzaban en picado para sacar gusanos retorcidos del barro.

Entonces, dos manos me agarraron la cara por detrás y unos dedos torpes se me hundieron en los ojos y las mejillas; grité y una carcajada retumbó en el patio. Al girarme, vi la sonrisa torcida de Robin y sus ojos abiertos como los de una marioneta; resplandecía.

—Ven conmigo. —Y dicho eso, dio media vuelta y echó a andar.

No podía moverme.

—Aún me quedan clases —le grité por detrás.

Se giró y dos chicas se volvieron al oír aquella voz rota por los nervios. Me puse roja y el corazón me empezó a latir tan fuerte que me pregunté si también lo oirían. Les sonreí para que dejaran de mirar.

—Robin —repetí, pero siguió marchando resuelta hacia el camino de acceso del colegio. No miró atrás, como si le diera igual que la siguiera o no.

Y lo hice, la seguí sin pensarlo —sin preguntas, dudas ni el menor destello de orgullo—, bajé la pendiente y crucé con ella el portón del colegio, mientras el campanil tañía a nuestra espalda.

—Venga, coge uno. Solo uno. —Robin se apretó contra mí. Estábamos en la única tienda de moda de verdad que había en la ciudad, de las que tienen música pop sonando por altavoces ocultos y chicas correteando sonrientes de un probador a otro, haciendo pasarelas en los pasillos.

—No puedo —le susurré, sin levantar la vista de las filas de esmaltes de colorines y unos nombres que no casaban: Botón de Oro para el verde hierba, Caracola para el azul celeste y Luz de Luna para el negro.

—Es muy fácil —me dijo al oído—. Yo te enseño.

Estiró los dedos como un mago que se dispusiera a practicar un juego de manos, se tomó su tiempo en elegir y al final se decidió por un amarillo neón, que hizo desaparecer de repente. Aunque estaba mirando, no supe si se lo había guardado en el bolsillo o dentro de la manga.

—¿Lo ves? —Pasó a mirar las barras de labios de fundas negras, tan brillantes como escarabajos. Yo continué parada y confundida, esperando a que un vigilante de seguridad apareciera de pronto y nos sacara a rastras de allí.

No pasó nada ni vino nadie.

Acompañé a Robin hasta el mostrador, paró enfrente y se mordisqueó el labio, pensativa.

—La semana que viene es mi cumpleaños —dijo, sin rodeos ni apartar la vista de una barra de labios roja—. Me quedaría bien con el pelo, ¿no crees?

—Te lo compro. No me importa.

Llevaba veinte libras en la cartera, mi paga semanal; aunque sabía cuánto dinero tenía mi madre en el banco y que la indemnización seguía prácticamente intacta, era como si a ninguna de las dos se nos hubiera ocurrido cambiar las cosas, así que seguimos repitiendo lo mismo de siempre, comiendo latas de marca blanca y calentando platos precocinados en el microondas. Mi madre no necesitaba nada más.

Robin entornó los ojos.

—Lo que quieras. Si te da miedo, no pasa nada.

—No me da miedo. —No tenía sentido haber dicho eso.

—Entonces, adelante —dijo y se puso a mirar una camiseta rosa que no se habría puesto ni por asomo, atenta a lo que hacía yo.

Dejé una mano temblorosa sobre el mostrador, cogí un pintalabios y luego, otro, y los observé procurando parecer despreocupada. La dependienta estaba apurada, tratando de explicarle las normas de devolución a la madre de una niña de nueve años que no paraba de gritar. En cuanto miró a otro lado, colé la barra dentro de la manga.

Me agarraron del hombro, un palmetazo. Me encogí de miedo.

—Así se hace —dijo Robin—. Vamos.

Sentí el aire fresco de la calle y un cosquilleo de alivio. Al tragar por fin saliva, me di cuenta de que no había respirado desde que cogí el carmín. Echamos a andar. Robin sacó la laca de uñas con dos dedos y me la plantó delante de la cara.

—Yo también te he pillado algo. —Me ardieron las mejillas, un dulce escalofrío al ver aquel regalo.

Saqué la barra que llevaba en la manga y repetí el gesto. Lo cogió, sacó un espejito del bolsillo (no sabía cuándo lo había metido ahí) y comenzó a pintarse los labios bien oscuros y sin frenar el paso. Todos tenían que apartarse entre bufidos de nuestro camino.

—¿Qué tal estoy? —Se giró hacia mí y frunció los labios.

—Espectacular. —Reí. Era verdad, al menos a mí me lo parecía.

Me agarró por el hombro y me plantó un beso exagerado y absurdo en la mejilla.

—Ahora tú también estás espectacular —dijo sonriente.

Con el golpe, se corrió el pintalabios y se le mancharon de rojo los dientes y, aunque lo suyo habría sido reírse, fui incapaz. Estaba deslumbrada. Seguí a su lado dando tumbos y sin decir ni ver nada, mientras ella me hablaba de clases, de deberes que se negaba a hacer («cuestión de principios», me dijo, sin concretar cuáles eran esos principios) y de las chicas a las que odiaba

(para mí, esas faltas eran un manual de instrucciones, cosas que no debía decir ni hacer bajo ningún concepto).

Al echar la vista atrás, puede resultar absurdo. Pero, aunque en las décadas que han pasado desde que nos conocimos he amado y me han amado, no he encontrado nada tan intenso y desbordante como aquellas primeras semanas que pasé con Robin.

Quería saberlo todo de ella, que hacía lo propio para arrancarme secretos a mí. Sentíamos las dos la atracción en crudo de las terminaciones nerviosas de la otra; compartíamos vivencias grandes y pequeñas, y nos sentábamos bajo los árboles para ver caer a nuestro alrededor hojas rojizas, radiantes al sol del otoño. A veces, al pasar por delante de una farola o de un árbol con un póster descolorido, pensaba en Emily Frost y la pregunta se me anudaba en la garganta: «¿Te gusto por ella?». Pero enseguida la borraba, la arrinconaba a la fuerza en el olvido e imaginaba que le gustaba por ser quien era y sacaba otro tema de conversación o le confesaba algo nuevo.

Ahora, una pasión tan ferviente, semejante delirio, parece inconcebible. Puede que sea síntoma de la edad y que las emociones se entumescan y pierdan brillo. Pero, aun así, al pensar en Robin y en aquellos primeros días en los que nuestra amistad era nueva y territorio virgen, siento una sacudida en lo más hondo del pecho, un eco de aquellos días embriagadores en los que nos colábamos en locales de pescado frito maltratados por la lluvia y compartíamos un cucurucho por el paseo marítimo, riéndonos de las ancianas decrepitas y los niños llorones, que tan bobos, tan inferiores y tan dignos de nuestro desprecio nos resultaban. Aquellos días en los que fumábamos tabaco de liar y aplastábamos las colillas en la arena, moviendo bajo nuestros pies los desperdicios del verano (latas y vidrios rotos con aspecto de esmeraldas). Los días en los que bebíamos empalagosos refrescos con alcohol en botellas de cristal y chafábamos las chapas en los respaldos metálicos y pintarrajeados de los asientos del autobús. Cada respiración y cada momento eran un espejismo de sensualidad y de voluptuosidad, por el mero hecho de pertenecernos; las dos éramos dueñas de un mundo primigenio, extremo y propio, una estrella en colapso que estallaba sublime en medio de la oscuridad.

Por supuesto que no podía ni imaginar nada de eso cuando íbamos paseando por el muelle, con el mar de rojo sangre y yo sin atreverme apenas a hablar. Oí una voz conocida y, al girarme, vi que Nicky venía hacia nosotras dando saltitos. Robin dejó escapar un gruñido y le di un codazo. «Chist», le susurré y las mejillas comenzaron a quemarme al verme sorprendida en una mentira.

A Robin sí le había hablado de aquella invitación de Nicky y admito que fue para darle celos, aunque solo sirvió para lo contrario: dijo que era una suerte tenerla de salvadora, dejando bien claro lo poco que le gustaba. Entonces, me di cuenta de que había sido idea suya que fuéramos allí.

—¿Cómo estáis? —Cargaba con un enorme oso de peluche (o tal vez fuera un gato, no estaba muy logrado)—. Me lo ha conseguido Ben —dijo al darse cuenta de cómo lo miraba, y señaló a un chico alto y bronceado con camiseta de fútbol que nos observaba a unos pasos—. ¿No es una monada?

—Sí a ti te va eso... —masculló Robin.

Nicky hizo oídos sordos y siguió hablando conmigo.

—¿Irás a la fiesta del viernes? —Miró a Robin, que refunfuñó.

—¿Qué fiesta? —pregunté.

—Sí que va a ir —respondió Robin al mismo tiempo que yo y soltamos las dos una risa nerviosa.

—Genial —dijo Nicky, haciéndose la despistada, aunque con una media sonrisa de satisfacción—. Quería preguntaros una cosa... —añadió, poniéndose seria de golpe, como maquinando algo—: ¿Cómo está Grace?

Noté una punzada en el estómago y miré a Robin.

—Yo no la he visto... ¿Por qué lo dices?

—Stacey... ¿Conoces a Stacey, la del equipo de lacrosse? Resulta que se rompió el dedo en un partido el viernes pasado y la verdad es que no podía haber sido en peor momento, porque vamos a jugar y la necesitamos en el equipo... —Me vi sumergida en un relato largo y tedioso de la historia del equipo de lacrosse del colegio, así que me dediqué a asentir mecánicamente hasta que retomara el hilo. Por fin, lo hizo—: El caso es que cuando estaba en urgencias vio a Grace en la sala de espera. Estaba con Alex y parecía que le había pasado un autobús por encima.

—Está bien —dijo Robin y levantó la vista hacia las gaviotas que zigzagueaban en el aire y se lanzaban en picado sobre algún turista incauto que tuviera en la mano una rosquilla o un cucurucho de patatas fritas.

—No sé... Le sangraba la nariz, tenía un ojo morado... Aunque no se le notará nada con todo ese maquillaje, claro. De todas formas, es una pena. Es guapísima.

Sacudí la cabeza.

—No he hablado con ella, no sabía nada. —Me dirigí a Robin—. ¿Sabías algo tú?

—No —respondió, mirando por los huecos de los tablones del muelle.

—Vaya, pensé que lo sabrías. Jodie (ya sabéis, la del pelo corto, la que parece lesbiana) vio a Alex a la mañana siguiente y le preguntó por Grace, pero le dijo que no sabía de qué le hablaba. ¿No es muy raro? Si estaba allí... y tengo claro que lo estaba, porque Stacey no mentiría con algo así.

Me encogí de hombros, aunque por la mirada de Nicky, tuve la impresión de que no había logrado hacerme la indiferente.

—Si me entero de algo, te lo diré —opté por decir y a ella pareció gustarle la respuesta. Sonrió, me besó aparatadamente en la mejilla (tuve la impresión de que trató de imitar con malicia a Robin, marcando los labios justo donde estaba el carmín de la otra, aunque no podía estar segura) y se marchó contoneándose en dirección a la ciudad, con el novio a remolque; mientras, nosotras dos seguimos caminando hacia el mar en silencio.

Llegamos a la barandilla y miramos el vacío, entonces Robin por fin habló:

—Su padre está loco. —Agarró la barra con fuerza, se echó para atrás y se meció un instante. Se incorporó—. Me refiero a Grace. Por eso siempre va llena de cardenales.

Me volví a mirarla, me entraron náuseas.

—¿Le pega?

—Sí —respondió.

—Oh. ¿Y no podemos...?

—No quiere que nos metamos, y tampoco habla nunca del tema. Jamás.

—Vaya.

No sabía qué decir. Nos quedamos calladas, solo sonaban el repiqueteo de las gaviotas y el romper de las olas contra el muelle por debajo.

—¿Dónde es la fiesta? —dije al final, desesperada por acabar con ese silencio. Me sentía mal por Grace, mal de verdad, pero no dejaba de darle vueltas a la otra parte de la conversación. La

fiesta. Robin no había dicho nada y estaba segura de que no me habría enterado de no haber sido por Nicky.

—Es una fiesta de Halloween —dijo—. La da mi novio. Tienes que conocerlo. —Pensativa, se mordisqueó un padastro y lo escupió al agua—. Habrá muchos chicos, puede que te guste alguno.

—Aún falta una semana para Halloween.

—¿Y qué?

—No tengo disfraz.

—No te hace falta. Ve como ahora y nadie notará la diferencia.

Le lancé una chapita, el viento traía arena. Nunca había estado con un chico, ni siquiera me habían besado y, la verdad, tampoco estaba convencida de querer hacerlo. Recordé a los chicos gritones y desgarbados de mi antiguo instituto, sobando y metiendo mano a las chicas que se dejaban y los provocaban, para contarse luego con todo lujo de detalles quién le gustaba a quién y cómo follaba cada cual. Me resultaba un esfuerzo excesivo, aunque alguna vez le hubiera gustado a alguien (lo que, por supuesto, nunca fue el caso).

Aun así, no pude resistirme a pasar una noche con Robin, en compañía de unos universitarios que imaginaba maduros y sofisticados.

—Iré encantada —dije, al tiempo que el último destello del ocaso recortaba el horizonte y el viento resonaba con el primer toque de aire nocturno.

La universidad estaba en la otra punta de la ciudad, a solo un par de kilómetros de Kirkwood, y no tenía ni sombra de la majestuosidad a la que ya me había acostumbrado (ni siquiera hoy soy del todo inmune al fulgor de la tarde detrás del campanil ni al chapotear de la lluvia reluciente sobre la cúpula de color plata y savia del salón de actos los días frescos de primavera). Hasta entonces, apenas le había prestado atención e, incluso ahora, me cuesta recordar que es una universidad. Para los de la ciudad era «el antiguo politécnico» y jamás lo había visto de otra manera.

Era todo hormigón visto y malla metálica, gris desgastado en negro, una mole imponente a su manera y perfectamente a juego con la ciudad, de una fealdad que parecía intencionada. Resultaba agresivo, incluso. El bloque de pisos para estudiantes, de hecho, me acompañó en la infancia como una presencia aislada pero omnipresente, el único edificio así de la ciudad: ancho y macizo, con dos mitades conectadas por pasarelas y una escalera que se perdía en el cielo. Las hojas se mecían en los árboles o crujían bajo los pies, rascando contra el suelo. El cielo gris y denso de niebla, las palabras hechas visibles por el frío aire nocturno.

Nos encontramos en la penumbra de la parada de autobús, con la marquesina azotada por el viento, y me envolvió en un abrazo demasiado efusivo.

—Estás fantástica —dije, con la voz aplastada entre su hombro y el ala ancha y negra de su sombrero de bruja.

Di un tirón a la capa que llevaba puesta, un fognazo rojo.

—Caperucita. —Aun antes de terminar el gesto me di cuenta de lo infantil que era y me sonrojé yo también.

Robin se echó a reír.

—Muy bien y, antes de decir nada más, quiero que sepas que estás adorable —dijo, con las

palabras veteadas de sarcasmo—, pero vamos a una fiesta de mayores. Hay que ponerte a tono.

Me sentó a su lado sobre el banco frío de metal y empezó a rebuscar en el bolso, mordisqueándose los labios pintados de negro.

Me agarró de la barbilla y se paró a mirarnos un anciano que apestaba a sudor y a alcohol rancio. Robin me dijo que cerrara los ojos y que me quedara quieta, así que no sé cuánto estuvo el hombre ahí parado, su olor se quedó todo el tiempo y no dejé de sentirme observada. Pero tenía su contacto, la confianza con la que me extendía el maquillaje sobre la cara y me cubría los párpados con sombra, la forma en que rio al decirme que juntara los labios, el calor de su aliento sobre la piel al acercarse a pintarme los labios... Y me dio igual quién estuviera mirando. «Qué más da».

—Ya está —anunció por fin—, ¿qué te parece?

Abrí los ojos y parpadeé para acostumbrarme a la luz, sorprendida al ver mi reflejo en la marquesina de cristal mientras el autobús se detenía detrás con una sacudida. Tenía los ojos suavemente perfilados y parecían aún más grandes, con una expresión que, de alguna manera, no era la mía; los labios, de un rojo carnosos y rebosante; y los pómulos, resaltados con colorete.

Parecía otra, como si me hubiera llevado hasta una versión diferente de mí. Parpadeé un par de veces y tuve un escalofrío al reconocermela. Mis facciones estaban remarcadas y más vivas, y por fin era la Emily Frost de las fotografías desvaídas que había pegadas en las farolas, con la marca del viento.

—¿Te gusta? —preguntó, mirando ella también mi reflejo en el cristal.

—Caramba... —No se me ocurrió otra cosa que decir.

No dejé de hablar hasta que llegamos, casi sin coger aire y saltando de un tema a otro. Me contó que su hermana pequeña estaba tan obsesionada por un programa de televisión que lo oía sonar a través de los tabiques en mitad de la noche. Me dijo que quería hacerse un tatuaje y que lo había dibujado «cincuenta mil veces», pero no acababa de salirle. Me habló de una película de terror que había visto, no recordaba el título, pero había una escena en la que descuartizaban a una mujer y que ella encontraba «nada creíble», porque estaba claro que debería haber «un montón más de sangre». Se me pasó por la cabeza decirle que en el accidente prácticamente no la hubo (al menos, que yo recordara), pero no supe cómo. Le había contado casi todo, pero nunca eso. No quería darle lástima. Me resultaba insoportable no ser la chica que ella pensaba que era.

La música y las voces rugían ya al pie del bloque de apartamentos, por una ventana abierta a varios pisos de altura. Robin me cogió de la mano para cruzar las puertas de madera; en el vestíbulo, había un guarda de seguridad sentado frente a una pantalla diminuta y rodeado de pintadas obscenas y postales garabateadas.

—Señoritas —dijo, refunfuñando—. ¿Son alumnas de la universidad?

—¿Es que no me conoces? ¡Soy yo! Robin, la del décimo.

El hombre se encogió de hombros y volvió a mirar la pantalla con indiferencia.

—No puedo creer que haya funcionado —me susurró Robin cuando ya estábamos en el ascensor y se retocó el maquillaje en el espejo cubierto de polvo, dedos y un «PUTOS TORIES» escrito con carmín—. Aunque daba lo mismo, habría bajado a rescatarnos algún chico —dijo, con un guiño teatral y yo reí. Por lo que Alex y Grace me habían contado esa semana, no estaba muy convencida de que Andy lo hubiera logrado, pero me mordí la lengua.

El ascensor se paró de golpe en la octava planta.

—Solo sube hasta aquí, pero la fiesta es en el décimo. —Trató de abrir la puerta de un

puntapié; una vez y luego, otra.

Por fin, se abrió con un crujido y salimos a un pasillo. Estaba desangelado y el aire, cargado con el olor penetrante a ropa húmeda y cerveza derramada.

Me quedé por detrás, mirando las fotografías y los llamativos pósteres de las puertas. Había uno del festival de Glastonbury de hacía un par de años con una letra tan diminuta que tuve que pegar la cara para leerlo y, justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe. Estuve a punto de caer al suelo y Robin se volvió a mirar.

En el umbral apareció un chico alto y desaliñado, con el pelo revuelto como si acabara de despertar, aunque lo dudé al oír la música que sonaba dentro a todo volumen (en la universidad, en cambio, iba a descubrir por experiencia que es posible dormir con cualquier cosa si una pone el empeño suficiente para ignorarlo).

—¿Qué pasa? —dijo, con un bostezo.

—Buenas —respondió Robin, sin perder un segundo. Le tendió la mano con una ceremonia impostada con la que era capaz de sofocar las situaciones más tensas—. Robin Adams, un placer. Esta es Vivi. Vamos a una fiesta, ¿te apetece venir?

El chico siguió un rato mirando ausente aquella mano y entonces parpadeó para despejarse.

—¿Me estáis invitando a una fiesta en mi edificio?

—Es la fiesta de mi novio y eso, técnicamente, me convierte en la anfitriona. Puedo invitar a quien quiera, aunque viva unas plantas más abajo y le parezca que no necesita una invitación formal, y tampoco se haya presentado.

Me miró de reojo por una fracción de segundo y volvió con Robin.

—Soy Tom —dijo, con una sonrisa que le dio un aspecto casi voraz, un atractivo que no sabía calificar.

A mi pesar, noté una punzada de celos cuando por fin se decidió a darle la mano a Robin.

—Encantadísima —le contestó, con coquetería—. Bueno, nosotras nos vamos a la fiesta. Ven si te apetece. Lo que tú quieras.

Se giró y echó a andar por el pasillo. Fui tras ella y cuando me volví hacia atrás, Tom estaba recostado contra el umbral, como si siguiera deslumbrado por el encuentro. Me saludó, di media vuelta y eché a correr detrás de Robin, avergonzada y con las mejillas encendidas.

—Vaya baboso, ¿eh? —me dijo cuando llegué a la décima planta; la encontré sentada en la barandilla, sobre el vacío.

—Le hace falta una buena ducha.

—Son universitarios, todos tienen esa pinta. —Se rio—. Uf, si ese no te ha gustado, espera a conocer a Andy.

En eso, no se equivocó. Andy era un tipo flacucho, con cuerpo de mantis. Cuando por fin entramos en su habitación —tras una enrevesada conversación con un universitario con los ojos rojos que había echado en el suelo del pasillo—, estaba sentando cátedra sobre una cama individual que parecía ridículamente pequeña en esa habitación, con unas rastas repugnantes apelmazadas en la espalda lechosa y llena de espinillas. El aire estaba caliente y apestoso. Se le oía hablar con la voz chillona por encima de la música, rodeado por universitarios abotargados que se pasaban unos enormes porros.

—No digo que Ayn Rand no sea controvertida —decía, con petulancia—, pero algunas de sus ideas no estaban desprovistas de verdad. Solo hay que abrir la mente para llegar al corazón.

Tosió como un perro y cuando Robin se deslizó a su lado para darle unas palmadas, le tiró del brazo y le dio un beso largo y vomitivo; al rato paró, fumó de un porro y volvió con ella para soltarle el humo en la boca abierta. Para mi horror, Robin se giró hacia los demás y me señaló:

—Esa es Vivi —me presentó.

—Hola, Vivi —contestaron, como hipnotizados.

«Vivi —pensé mientras los saludaba azorada y me marchaba hacia la barra improvisada que había al fondo—, suena bien». Eché cola de marca blanca en un vaso que parecía limpio con un sello descolorido de la universidad, que anunciaba con orgullo: «Carreras excepcionales para alumnos excepcionales». Era como un caldo, se me pegó a la garganta, intenso y empalagoso.

Viendo a aquellos universitarios, me pregunté si así estaría yo en unos años y no se me ocurrió qué tenía de bueno. Una chica con diadema y un vestido entallado a lo Audrey Hepburn se bamboleaba peligrosamente cerca de la ventana en compañía de un joven macilento y con sangre de pega que le hablaba y la miraba ensimismado, aunque no se atrevía a acercarse. A un par de metros, dos chicas —las dos con el pelo de colorines, verde turquesa y rosa Barbie, y un vistoso maquillaje de payaso— estaban sobre el suelo sentadas a lo indio y enredadas en una conversación que parecía subir de tono. La que tenía de frente se tambaleaba más y más cada vez que bebía de una botella de vodka, para entonces casi vacía. Conté tres tragos antes de que se marchara dando tumbos hacia el resplandor blanco del pasillo. Al fondo, unos trogloditas comenzaron a dar alaridos y procedieron a vaciar una caja de detergente por la ventana sobre alguna pobre víctima. Todavía bramaron más al dar en el blanco y sus berridos me recordaron a unas criaturas monstruosas que había visto en un documental de animales.

Robin se acercó de un salto, llenó un vaso y echó un buen chorro de ron en el mío.

—¿Te gusta? —dijo, con una sonrisilla.

—Sí, mucho —mentí, llevándome la jarra a los labios. El líquido estaba caliente y caldoso; el olor químico a rancio. Bajé el vaso sin tragar, contenta de que no me estuviera mirando.

—Me encantan las fiestas de la universidad. No es que sean el culmen de la sofisticación, pero me gusta estar rodeada de adultos para variar. —Busqué en su cara la ironía que no reconocí en la voz, y al no verla tampoco ahí, asentí con solemnidad, callando cualquier opinión que pudiera tener al respecto—. Mira, sé que no sueles tomar esto, pero... ¿te apetece una?

Abrió la mano y me enseñó un par de pastillas de color blanco, rugosas y con una florecilla estampada.

—Si no es una aspirina, desde luego —dije, sin más.

—No quiero forzarte a nada. Se me ocurrió que debía ofrecerte, para que no te sintieras apartada.

Los del disfraz de cavernícola volvieron a bramar, ahora arrojaban pastillas de jabón y bolas de papel higiénico mojado a la calle. La princesa regresó, le dio un toquecito a su amiga en el hombro y la besó tímidamente. La chica bamboleante seguía bamboleándose y el chico hablador, hablando.

Cogí la pastilla de la mano que me tendía Robin y la sujeté en la mía, temblorosa. Noté que me agarraba del hombro de una manera que me pareció tierna.

—Si no estás a gusto, dilo y nos marchamos. Si te encuentras mal, nos iremos directas a casa.

Su empuje y aquella promesa me bastaron. Me tragué la pastilla y la pasé con un sorbo de brebaje caldoso.

Durante quince minutos no noté nada, aunque cada sofoco me estremecía y cada latido me hacía pensar en la perdición. Había oído hablar de buenas chicas que murieron en su primer coqueteo con las drogas y ya imaginaba la fría exposición del informe forense. El pulso se me aceleraba y frenaba, la arroyada del pánico y su caída en cuanto me acordaba de coger aire.

Nada, un momento de nada tras otro, una nada hueca de expectación hasta que de golpe estalló a mi alrededor una plenitud panorámica y magnífica, el aire se convirtió en jarabe y los demás, en vaporosos e irreales. Me desconecté de repente, convertida en observadora imparcial de todos, de sus preocupaciones e ideales propios, una con el resto y capaz de percibir subjetividades más allá de la propia. Química potente y desenfreno empapado en sudor cuya fuente, sin duda, era el idealismo sin prejuicios que caracteriza a los universitarios.

Me giré hacia Robin para contarle todo. No solo ese momento, sino la historia entera de mi vida, cada secreta emoción que se me hubiera posado siquiera en el corazón, todas las cosas que no era capaz de decir... pero vi que su asiento estaba ocupado por el chico del octavo cuyo nombre no recordaba. De hecho, ni siquiera podía asegurar si nos lo había llegado a decir.

—¿Cómo has llegado aquí? —pregunté, sujetando los brazos de la silla para que la habitación dejara de moverse.

—Por las escaleras —dijo, sin inmutarse—. ¿Has tomado...? ¿Vas borracha?

—No voy a ningún lado, estoy parada. —No sabía lo que decía. Las palmas de las manos me ardían y liberé la silla de la presa.

—Por esas pupilas, creo que algo más que borracha —dijo, acercándose.

Yo me aparté.

—A ti qué te importa.

Torció el gesto.

—Vaya.

—Perdona —murmuré. Busqué el brillo rojo del pelo de Robin por toda la habitación y la encontré al fondo, sobre la cama. Andy estaba en el suelo y cuando se inclinaba para besarla, lo cubría con la melena al tiempo que la agarraban unos dedos ávidos. Me encontraba mal, tremendamente mal, y hundí la vista; entre las rodillas, las líneas de la moqueta dibujaban curvas y ondas, como el oleaje del mar.

—¿Quieres agua? —Había olvidado que me estaba mirando. Me giré hacia él muy despacio, con el cuello y la mandíbula en tensión y la lengua, hinchada en la garganta.

—Sí, por favor. —Estaba rebosante de vida y a punto de morir, a partes iguales—. Aquí hace mucho calor.

Me ofreció un vaso de plástico lleno de hielo sucio.

—Bebe a sorbos —dijo, sin soltar el vaso—. No tragues de golpe o vomitarás.

—Vale —respondí. Las sílabas sonaron extrañas, como un soniquete—. Va-le-va-le-va-le.

Me resultó fascinante la cadencia de las letras. Rio y se apartó un poco, como si dudara qué hacer; tras vacilar un momento, volvió a sentarse y siguió bebiendo despacio. Sentí un arrebato, una nueva descarga de amor por todos los que estaban conmigo en esa habitación y, al momento, por aquel desconocido que me había llevado agua con hielo y era tan amable conmigo.

—Gracias —le dije, tratando de remedar una sonrisa.

—Ningún problema. ¿Qué tal un poco de aire fresco?

—No... no voy a acercarme a esa ventana. —Mientras hablaba, noté que las palabras se

escurrían y volvían luego convertidas en eco.

—No, claro que no. No vas a acercarte a ventanas abiertas, a cosas que corten ni a nada que no sea a prueba de niños.

—No soy una...

—No digo eso —dijo, sin dejar que terminara la frase—. Solo quiero que no te preocupes, no pretendo ponerte en una situación peor de la que estás.

Me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Contenta de poder escapar de allí, me tambaleé a su lado hacia el pasillo, donde las luces brillantes y los llamativos pósteres flotaban en un caleidoscopio sobre moquetas de un marrón desvaído y paredes sucias. Bajamos a trompicones las escaleras entre los destellos acompasados de las luces fluorescentes que se encendían y apagaban siguiéndonos el paso, como si el tiempo hubiera decidido acomodarse a un parpadeo que normalmente no se ve.

Las palabras de los pósteres me perseguían por las escaleras: «Reunión del club de danza la semana que viene, pabellón Mason, 17:00 h», «Pruebas para el equipo de baloncesto los martes, ¡abstenerse bajitos!», «¡¡¡Ensayos para la *Metamorfosis* de Kafka el lunes!!!». En un momento dado, me golpeó la duda y el calor sudoroso de siempre me subió desde las plantas de los pies hasta el pecho, pero la sensación desapareció en cuanto la identifiqué, aquel recuerdo delirante y huidizo.

La música continuaba retumbando al llegar abajo, como si no hubiéramos salido todavía de la habitación. Me tapé los oídos, me iba a estallar la cabeza. Tom se paró en una esquina y me cogió por los costados.

—Intenta disimular —me susurró y así pasamos por delante del vigilante de seguridad, aunque habría sobrado la advertencia, porque estaba absorto en un ajado librito de bolsillo y no tenía el menor interés en lo que pudieran hacer aquellos críos por amargarle la lectura.

Me acordé de Robin fuera ya del edificio. «Estará bien —me dije, y entonces pensé también, con algo de amargura—: De todas formas, me da igual, prometió estar conmigo y no lo ha cumplido».

Cuando vas colocada, el aire fresco es casi mágico. Aún debo mejorar lo de andar recta cuando recorro esas mismas calles sola después de una larga noche de buen vino y, de vez en cuando, una mezcla de polvos y pastillas. Hoy en día, claro está, suelen ser opiáceos o sedantes prescritos por mi amable y comprensivo médico de cabecera, pero la sensación siempre me transporta a aquella noche en la que el aire estaba cargado y avivado con magia.

Fuera, el cielo estaba despejado en negro. Miré al chico, que me ayudó a esquivar el charco resbaladizo de detergente y jabón, y seguimos caminando en silencio hacia el lago que había entre los pabellones. Al recordarlo, llamarlo «lago» puede resultar exagerado y, visto de día, no sería más que un estanque de jardín algo grande y rodeado por muros de hormigón. Una bandada de pájaros alzó el vuelo al llegar nosotros y se perdió en la oscuridad infinita que nos cubría.

Se metió las manos en los bolsillos y las sacó inmediatamente, como si hubiera hecho algo que no debía.

—No te gusta hablar mucho, ¿no? —dijo. Me dio lástima, me sentí dolorosamente identificada con él. Yo tampoco sabía qué hacer.

Me encogí de hombros.

—¿De qué te gustaría hablar?

No respondió. Se giró y se sentó sobre un banco pintarrajeado. Me senté con él, sorprendida de lo que estaba haciendo, no sabía por qué estaba tan dispuesta a seguir a aquel desconocido en mitad de la noche.

Se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —mentí y me avergoncé en cuanto lo dije. ¿Adónde quería llegar?

Se volvió a mirarme, estaba claro que no sabía qué hacer. Desde el bloque, una bengala estalló y chisporroteó, y una estela amarilla atravesó el cielo. La vi dar vueltas y consumirse hasta caer en el agua con un chapoteo. El chico respiró hondo a mi lado. Una pausa.

—Mi novia... —empezó a decir y a mí me sacudió la pérdida de unas expectativas de las cuales no había sido consciente o que no había querido admitir. Un beso de medianoche, la fantasía pueril de una historia de amor—. Ella está en Cambridge.

Lo miré, no sabía si el tono de disculpa eran imaginaciones mías.

—¿Cómo la conociste? —pregunté, haciéndome la desenvuelta. Éramos dos actores aficionados ensayando un diálogo.

—Lo típico. Íbamos juntos a clase, teníamos los mismos amigos... Ya sabes. —Asentí con gravedad, aunque no tenía ni la menor idea—. De todas formas, seguramente habrá conocido a alguien. —Suspiró.

Masculé cualquier cosa y él continuó hablando, aunque a mí me entraron ganas de regresar — el frío de la noche me roía la piel y el recuerdo de Robin dolía—. Lo dejé continuar (no le escribía cartas, le devolvía las llamadas tarde o no lo llamaba) hasta que, por fin, tirité sobreactuado.

—Tengo frío.

Tardó un momento en reaccionar, como si le sorprendiera que lo interrumpiera, como si le sorprendiera que estuviera yo allí. Parpadeó, se levantó y lo seguí. De cuando en cuando, se paraba para inspeccionar una botella de cerveza tirada en el suelo o las muñecas que había colgadas de los árboles —las vi entonces—, con las ramas crujiendo al viento.

Cada vez que me volvía a mirarlo, sonreía y yo hacía lo mismo, sin saber qué otra cosa podía hacer. Era como si estuviéramos jugando a un juego cuyas reglas no alcanzaba a comprender (al menos, estando bajo el efecto de las drogas).

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó Robin furiosa en cuanto nos vio aparecer en el vestíbulo.

Estaba sentada sobre el mostrador del guarda, que parecía indignado al tener que reconocer así lo inútil que era su presencia. Bajó de un salto y se acercó tanto que se nos mezclaron los alientos. Tenía las pupilas grandes y hondas, y tuve la sensación de que había llorado, con los ojos húmedos y pegotes de máscara esparcidos debajo. Nicky husmeaba por detrás, así que la saludé discretamente, me sonrió y desapareció escaleras arriba.

—Está bien —dijo un Tom apagado—. Solo necesitaba tomar un poco el aire.

—¿En serio? —dijo Robin, subiendo el tono. Se dirigió a mí—: ¿El aire?

Asentí. Cuando hice el esfuerzo de recordar por qué la había dejado allí, me golpearon la vergüenza y la culpa.

—¿Quieres que volvamos a casa? —preguntó Robin. Todo se tambaleó de pronto y volví a sentir náuseas, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Sí, estupendo.

—Vale. —Robin se volvió hacia Tom, que ya estaba yendo hacia las escaleras—. Gracias por cuidarla —le dijo, aunque creí apreciar algo de sarcasmo.

—Ningún problema —contestó sin girarse. Sus pasos retumbaron en las escaleras mientras salíamos del edificio.

El breve momento de calor del vestíbulo solo sirvió para que el frío resultara penetrante y despiadado al salir otra vez a la calle. Caminamos las dos sin decir nada, siguiendo la linde del campus, por un paseo oscuro y flanqueado por vallas metálicas y árboles que entrelazaban las ramas formando un dosel sobre nuestras cabezas.

—Siento haberme marchado —dije, algo aliviada al notar que, después de horas, mi voz volvía a ser la de siempre.

—No pasa nada —dijo Robin, que iba unos pasos por delante. Seguimos un rato calladas—. He discutido con Andy. Creo que hemos roto.

Me alegró oírlo; tal vez no había llorado por mi culpa, después de todo.

—Seguro que no es para tanto —dije con torpeza.

—¿Cómo lo vas a saber? —Estaba furiosa.

—Claro, no puedo. Lo que digo es que... —Busqué una frase que quedara bien, algo que la tranquilizara—. No sé, puede que mañana lo veas de otra forma.

Suspiró.

—No quiero ser desagradable —dijo despacio—, pero ¿en qué experiencia te basas para dedicarte a dar consejos de pareja?

A la luz anaranjada de las farolas, tenía los ojos negros y la sombra, larga y desproporcionada. A mí me ardían las mejillas; miré hacia abajo contenta de poder ampararme en la oscuridad y me dediqué a observar cómo destelleaba la tela de los zapatos y a escuchar el ruido de nuestros pasos.

Cuando llegamos a la sirena, Robin se acercó, me dio un beso seco en la mejilla y me tiró del pelo de la nuca con demasiada intención. Sin decir una palabra, giró sobre los talones y se marchó, proyectando una sombra alargada hasta fundirse con la noche. Regresé a casa aturdida y hasta que llegué no recordé que le había dicho a mamá que iba a pasar la noche con Robin (su casa era la coartada para una fiesta que debía durar hasta el amanecer). Subí las escaleras y me metí en la cama con un nudo en el estómago; me dormí mientras buscaba alguna respuesta a la desesperada, hundiéndome en un sueño desolado y frío.

CAPÍTULO 4

Robin mordisqueaba el lápiz y lo hacía girar entre los dientes con un chasquido. Me levanté como si fuera a sacar punta al mío, aunque lo que buscaba en realidad era apropiarme de alguna idea. No se me ocurría nada. Annabel no podía haber dado una instrucción más vaga: «Destino». La atmósfera lechosa y teñida de rosa, por las ventanas cubiertas de gasa y tul; un leve aroma a flores en lenta descomposición mezclado con tiza y aguarrás. A Annabel —daba la impresión de que los pómulos estaban a punto de romperle la piel arrugada en algunos puntos, mientras el pelo blanco le caía por la espina dorsal en gruesos tirabuzones— le gustaba transformar el taller cada semana con diferentes temáticas. A veces, la ambientación era espartana, blanca y limpia; otras, nocturna, con luces fluorescentes y telas indias que ocultaban el cielo. Así, transmitía la sensación de cambio perpetuo, desafiando una y otra vez nuestras percepciones.

No me había dicho nada desde hacía semanas. De hecho, ni siquiera me miraba. En ocasiones tenía la sensación de que me observaba mientras yo trataba de desentrañar una instrucción o los argumentos de alguna lectura, pero siempre que la miraba estaba absorta en un libro, mordisqueándose un padrastro o garabateando con ímpetu en un cuaderno manchado de pintura, como si estuviera sola.

Bocetos embarullados de aeropuertos y coches; playas y bañistas en tonos pastel, realistas y de tipo cómic, idealizados y grotescos. Mis compañeras habían seguido la instrucción con tan poca imaginación como la mía, aunque con diferentes grados de éxito. Todas salvo Robin, claro está. Ella tenía los dedos y las muñecas manchados de polvo negro, y un boceto a carboncillo, oscuro y tétrico; un bosque de árboles que asemejaban garras al final de un camino empedrado, y de una luz al fondo, emergían dos figuras silueteadas, con unas piernas monstruosamente delgadas y las manos en contacto, rozándose apenas.

El suyo era el único dibujo en el que se fijó Annabel mientras deambulaba por la clase (normalmente, solo lo hacía cuando pasaba por allí el director, que tomaba demasiado al pie de la letra su entusiasmo por la «enseñanza activa», cuando no, por Annabel). Me fijé en que las demás chicas la miraron con una envidia que desapareció al instante, como una sombra que se hubiera deslizado por el rabillo del ojo, una debilidad por ganarse las atenciones de Annabel que ninguna estaba dispuesta a admitir. Pero cuando pasó a mi lado, la sentí yo también en toda su crudeza —ser vagamente consciente de ello suponía ya una suerte de desgracia—, así que me eché un poco hacia delante y traté de tapar el dibujo, avergonzada de aquellos rayones infantiles.

Annabel levantó la vista como si fuera a decir algo, pero la interrumpió el timbre y el desperezar de las alumnas saliendo del silencio.

—Terminad los dibujos para analizarlos en la próxima sesión. —Tuvo que alzar la voz sobre

el ruido—. Si podéis, no vayáis a lo sencillo. —Se paró y se dirigió a mí—: Violet, me gustaría hablar contigo.

Me quedé congelada y Robin me miró con una sonrisa burlona, mientras guardaba el dibujo en la cartera sin cuidado. Susurró un «Nos vemos» al pasar a mi lado y sonreí tímidamente, estaba aterrada.

Mientras se vaciaba el taller, Annabel se dedicó a rebuscar en un montón de papeles sin mirarme, así que seguí allí plantada, en silencio y nerviosa, dejando que la aguja de plástico del reloj recorriera un minuto entero.

—Aquí está —dijo por fin, entregándome un papel arrugado—. ¿Esto lo has escrito tú?

Se me contrajo el estómago, estaba avergonzada y sabía lo que iba a venir luego. Era un escrito de presentación belicoso y poco esmerado, un borrador a medio escribir con la esperanza de que me rechazaran, antes de que me sedujeran las fotografías de las antiguas bóvedas y el brillo del sol por detrás del campanil. Aunque hasta aquel momento había conseguido gustarle a Annabel —al menos, había evitado que me fulminara con una mirada de hielo—, aquello iba a volverse en mi contra, de una manera u otra.

—La finalidad del arte —leyó mis palabras— es horrorizar a los idiotas que se creen con gusto. Pero el gusto no es nada. A la mierda el gusto. El concepto en sí no es más que la reliquia de una versión de la historia que no me concierne, porque solo lo hace a quienes tienen el pie más en la tumba que en la cuna. —Arqueó una ceja—. ¿Has escrito tú esto?

—Sí, señora —dije, sin dejar de mirar aquella hoja.

—¿Y es lo que piensas? —Levanté la vista. Estaba mirándome a los ojos con frialdad y jugueteaba con una pluma de plata entre los dedos.

—Más o menos, sí...

Paró la pluma.

—¿Más o menos?

—Sí.

—Sí, ¿qué? ¿Más o menos sí o es lo que piensas?

—Es lo que pienso —opté por decir, aunque no estaba segura de verdad. Lo que en su momento creí sublime, me resultaba entonces absurdo. Fue un salto al vacío, tratando de dar con la respuesta que quería escuchar.

—Bien —dijo despacio—. Muy bien, Violet. Verás, imparto clases avanzadas para las alumnas más prometedoras. —Una pausa interminable. Aparté la vista, incapaz de sostener la mirada—. Si te interesa, puedes incorporarte a nuestro pequeño grupo de estudio.

El viento sacudió violentamente las persianas.

—Sí, señora. Annabel, quiero decir.

—Magnífico. Me alegra mucho. —Se levantó de la silla y se acercó a la ventana—. Eso sí, voy a pedirte discreción. Para unirse al grupo, se requiere invitación. Podría decirse que es un secreto. —Cerró la ventana—. ¿Conoces a la señorita Adams?

—Creo que no.

—Robin. —Me miró—. La del pelo rojo. Has estado mirando su trabajo. Tiene mucho talento. Me sonrojé.

—Lo tiene.

—Te recogerá antes de clase. —Se sentó en la mesa, cogió la pluma y empezó a deslizar la

mano sobre mi redacción. Seguí allí parada, esperando alguna indicación, una hora, ¿qué tal un día?, pero no dijo nada. Al cabo de un rato, me miró como sorprendida de que siguiera allí—. Eso es todo, Violet.

En el aire fresco y limpio del pasillo, el taller me resultó opresivo de pronto, tenía los pulmones apelmazados con aguarrás y pintura, y tuve que acostumbrarme de nuevo a la luz del día. Una chica bajita, con la cara redonda y pelusilla sobre el labio superior, me observaba nerviosa. La miré avergonzada y me marché a toda prisa, sin saber muy bien adónde.

Las suelas de los zapatos chasqueaban sobre el suelo de mármol y el corazón me latía con fuerza. Estaba sola, el sitio, desierto y solamente se oía el zumbido infrarrojo de los escáneres. Miré hacia abajo desde la entreplanta abierta que daba al vestíbulo, hecha de columnas dóricas y pasamanos dorados, con expositores de caoba llenos de sonrisas topillos disecados, máscaras mortuorias y joyas de colorines.

Estaba estudiando un manual tedioso y enrevesado —que continúa siendo una obra de referencia todavía hoy— sobre historia del realismo artístico y me quedé dormida en la mesa, mecida por el arrullo narcótico y cálido de los radiadores y por las vetas de sol de la tarde que inundaban la planta de arriba. Cuando desperté, encontré una pajarita de papel azul celeste encima del libro, diminuta, delicada y precisa. La desdoblé con cuidado y leí: «Bienvenida al club. En el campanil a las seis en punto. Prepárate. R.». Al mirar por la ventana, vi las manecillas a diez minutos de las seis, así que metí las cosas en la cartera a toda prisa y salí corriendo.

Oí pasos a mi espalda y una maldición por lo bajo. Al otro lado de la entreplanta, el decano acababa de tropezar, aunque logró evitar que se derrumbara la pila de libros que llevaba encima.

—Violet —dijo, al notar que lo estaba mirando—. Por Dios, ¿qué haces aquí a estas horas?

La pregunta retumbó en el vestíbulo. No quise responder a gritos con mi voz de pito, así que esperé a alcanzarlo junto a las escaleras.

—Estaba estudiando, señor. He perdido la noción del tiempo.

—Eso está claro. —Dejó escapar una risita—. Ya sabes que las alumnas no podéis estar en la biblioteca a partir de las cuatro, salvo en época de exámenes.

—No me he dado cuenta —respondí—. Me marché inmediatamente.

Cogió aire, como si se dispusiera a decir algo, pero cambió de idea y dejó los libros sobre la repisa. Tenían los lomos de piel, de colores desvaídos y cada uno, un título diferente: *Historia de la caza de brujas*, *Demonios y oscuridad*, *una historia de lo oculto*, *Teorías actuales sobre magia ritual*. Imaginé el escándalo que harían al caer abajo y deseé que pasara por un momento, para cortar de raíz la conversación que estaba a punto de soportar.

—Violet —comenzó a decir y echó la cabeza atrás y adelante (visualicé cómo se le estiraban los músculos y también sus nombres: trapecio, esplenio, elevador de la escápula...)—, si tienes problemas para hacer amigas...

Tendió la mano para agarrarme del hombro con esos dedos de baqueta llenos de cortes diminutos.

—No tengo —dije bruscamente y echándome para atrás.

La mano quedó suspendida un instante en el aire y, al caer en la cuenta, la volvió a guardar en el bolsillo y a jugar con algo que llevaba dentro.

—Verás... has entrado avanzado el curso. No es que no os animemos a entregaros a los

estudios, pero...

—Soy amiga de Robin. Y de Grace y Alex, también —dije con un ligero temblor en la voz, bien porque hubiera supuesto que estaba sola y sin amigas o por sentirme abordada de aquella manera. Torció el gesto un instante, en una duda fugaz.

—Suena bien —dijo por fin—. Pero intenta conocer también a chicas de otros grupos. No te cierres a una sola pandilla tan pronto, ¿de acuerdo?

—Claro, señor —mentí. No se me ocurría nada más apetecible.

—Bien, estupendo. Tengo que irme. —Empezó a cargar libros en los brazos, sin borrar la sonrisa—. ¿Te importa abrirme la puerta?

En cuanto desapareció, me lancé escaleras abajo y a punto estuve de caer en la tercera y luego, en la primera planta. Abrí las pesadas puertas de entrada —el aire, de un frío tonificante— y corrí hacia el campanil.

Al primer tañido estaba ya debajo de la bóveda, el ensordecedor sonido vibró en el aire y a través del suelo que pisaba. Robin no estaba.

Abrí la pajarita que llevaba en la mano (no había sabido doblarla de nuevo) y volví a leerla. A las seis en punto. Me asomé hacia el patio, pero estaba desierto y lo único que sonaba era el crujir de las hojas entre una campanada y otra. Volví a la sombra de la bóveda y levanté la vista hacia el vientre dorado de la torre. Luego, miré alrededor siguiendo el trazado de una serpiente tallada en el enrejado, y la vi. Escondida entre las barras, había otra nota plegada. Otra pajarita, esta vez de color carmesí y más enrevesada que la primera. La saqué de la reja y, al tiempo que dejó de sonar la última campanada, una llave cayó tintineando al suelo. La cogí y probé a abrir el candado.

Un chasquido, un repiqueteo y la reja se abrió a un vacío tenebroso. Extendí los brazos para buscar a tientas un agarre, me arañé los nudillos contra las paredes de piedra y cerré la puerta de un golpe. El silencio se coló entonces por todas las rendijas, por las grietas de los sillares y los nudos de la puerta de madera. Toqué el ojo de la cerradura con un dedo, agarré la manija y me quedé inmóvil hasta que el aire también dejó de moverse y el pánico comenzó a adueñarse del lugar. Respiré hondo. ¿Sería algún ritual de iniciación? ¿O simplemente (al pensarlo, se me revolvían las tripas) una novatada cruel?

Y si lo era, ¿cuánto tiempo iban a dejarme allí metida? ¿Una hora? ¿Toda la noche? Se me aceleró el pulso, me volví hacia la cámara y di un paso hacia un recoveco que encontré a la derecha. Extendiendo un brazo para cubrirme la cara y apretándome contra la pared húmeda y resbaladiza, empecé a buscar un encendedor. Lo de fumar aún tenía más de pose que de hábito, una excusa para merodearlas, así que, en un absurdo arranque de vanidad (para dárme las de bohemia anacrónica), había comprado cerillas y tardé tres intentos en lograr encender una que, por fin, iluminó la sala con una luz cálida y fugaz.

—Si esto fuera una película de miedo, estarías a punto de palmarla —dijo Robin y su aliento caliente me rozó la mejilla—. Capulla. —Empezó a desternillarse de la risa y a mí se me iba a salir el corazón el pecho—. ¿De qué va esto?

La cerilla me chamuscó los dedos al consumirse y volvimos a quedarnos a oscuras. Robin encendió una linterna y llenó la sala de una luz cegadora.

Al verme otra vez, se recostó contra la pared y siguió con el ataque de risa.

—Lo siento —me dijo, cuando yo también empecé a reír (más por alivio que por lo divertido de la situación, tal vez)—. No he podido resistirme.

—Pues muchas gracias. Me has quitado por lo menos diez años de vida.

—¡Eso es! Ese es el espíritu. Acabo de hacerte un favor. Muere joven y deja un bonito cadáver, bla, bla, bla. —Me miró de arriba abajo, una mirada de una fracción de segundo que me hizo ser consciente de repente de cómo llenaba mi cuerpo aquel diminuto espacio—. Sígueme —dijo, cambiando de tema—. El ascensor no funciona, tenemos que subir andando.

Alumbró unas escaleras con la linterna; el techo y las paredes de la habitación estaban cubiertos de palabras extrañas en tiza blanca y casi borrada. Mientras subíamos, la oscuridad se retorció y aleteaba por detrás de la sombra desfigurada de Robin. Después de dos tramos de escaleras, la piedra del suelo se convirtió en madera. Nuestros pasos sonaban altos y huecos, y de cuando en cuando algún tablero se combaba o crujía bajo los pies para advertirnos. Robin tomó la delantera y se esfumó, escuchaba sus pisadas por encima y tuve que seguir a tientas. Avancé girando con la escalera y guardando el equilibrio con la pared. Encendí otra cerilla, miré hacia arriba y vi que quedaban todavía cinco o seis plantas, la luz apenas duró, extinguida por una corriente de aire.

—¿Violet? —La voz de Robin bajó rebotando por las escaleras en un soniquete que me atravesó y continuó su camino hacia la oscuridad de abajo.

—Dime —le grité, tras tomarme un momento para recuperar el aire.

—Muévete, culo gordo. Acelera un poco. —Me encogí de vergüenza y me apresuré obediente, contenta de que la oscuridad disimulara los colores.

Cuando llegué arriba, estaba mareada y sin resuello; dos pisos antes, la barandilla había desaparecido y tuve que subir incapaz de sustraerme a la altura y a mi propia falta de equilibrio. En el centro de la torre se abría un agujero aterrador que se perdía en la oscuridad. Luego, entendí que era el hueco del ascensor y seguramente una caída habría sido mortal.

Me quedé un momento parada, estaba agotada, oía los siseos y arañazos de las ratas unos pisos más abajo (también el aleteo de los murciélagos en el campanario, sobre nuestras cabezas, pero eso no lo sabía entonces). Me apoyé contra la pared para recuperar el equilibrio y fue un movimiento afortunado, porque la puerta se abrió de golpe y una ráfaga de aire caliente entró como una tromba en el hueco de la escalera.

—Vamos, mujer, muévete —dijo Robin con una sonrisa burlona. Me tendió una mano y la cogí, me tambaleaba abrumada por la oscuridad que se me echaba encima.

Entré con ella en una habitación amplia y me cegó el resplandor de la luz blanquecina que se colaba por las enormes esferas de reloj que prácticamente llenaban las cuatro paredes. Oí el eco de mi respiración saliendo de ellas como una salmodia y, por encima, las campanas que canturreaban cada vez que las acariciaba una racha de viento.

Era imponente y los detalles se revelaban despacio, uno tras otro: divanes victorianos con brocados desgastados, cubiertos por un revoltijo de papeles y bocetos, pintura y tinta. El pájaro de mármol posado sobre un gran mostrador de caoba, rodeado de velas y unas extrañas muñequitas de cara seria. Todavía hoy, décadas más tarde, siguen los mismos cachivaches en las paredes y, cada año que pasa, aparecen otros nuevos, objetos bellos y perdidos que se instalan en la torre.

—Hola, Violet —dijo Grace, sin levantar la vista del libro que tenía abierto delante. Alex estaba a su lado y dibujó una sonrisa, dándome tiempo para recuperar el aliento. Me acerqué a la

esfera de la pared opuesta y miré a través, me llegaba a la altura de los hombros.

Fuera, la luna brillaba fastuosa sobre los árboles y cubría de luz todo el colegio. Por detrás, la ciudad mortecina y, aún más allá, el mar destellaba de negro infinito en el instante en que se fundía con el cielo. Unos metros más abajo, un cuervo se precipitó al vacío y desapareció en la oscuridad del bosquecillo que quedaba más allá de la verja.

Lo seguí con la vista, pero el vértigo me hizo apartarme y me puse a dar vueltas por la habitación. Me estaban observando, esperando a que dijera algo. Empecé a coger cosas, como si necesitara tocarlas para saber que eran de verdad. Una muñeca de trapo con un sucio vestido a cuadros y los ojos arrancados, en una postura grotesca sobre una pila de libros; un jarrón de flores que llevaban muertas mucho tiempo pero que, por alguna razón misteriosa, conservaban el aroma.

Una máscara de teatro y un trajecito de bebé que me manchó los dedos de polvo blanco cuando tendí la mano para tocar la seda y el encaje. Una figura de latón alada, tan pesada que no pude levantarla, aunque la base me cabía en la palma. Un jarrón de vidrio marrón, desvaído en gris y manchado de tierra. Cuatro cráneos de ciervo, de astas anchas y afiladas, semejantes a manos extendidas.

—¿Por qué no te pones cómoda? —dijo Robin al rato. Se dejó caer en el diván, puso los pies sobre la mesa con los pantalones llenos de carreras y bebió whisky de una botella que llevaba metida en el forro de la chaqueta. Me la ofreció—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. —Sonreí tímidamente. Subir las escaleras ya había sido lo bastante horrible. Me parecía imposible tener que bajar estando sobria, ni imaginar lo que sería yendo borracha.

Con una descarga, un motor comenzó a traquetear y sacudirse, y el ascensor cobró vida. Fulminé a Robin con la mirada y ella se limitó a encogerse de hombros.

—Pensaba que estaba roto, ha estado bien el ejercicio, ¿no? —Las mejillas comenzaron a arderme, me volví hacia la estantería y pasé el dedo por la cara blanca y magullada de una muñeca de porcelana.

Unos tacones sonaron sobre las losas del suelo. La puerta volvió a abrirse y una ráfaga de aire frío entró desde las escaleras y silbó entre los resquicios del enladrillado acompañada por el implacable tictac. Annabel apareció de pie en el umbral, alta e imponente, con dos libros bajo el brazo. Nos miró una a una, como evaluándonos por turnos. Cuando me tocó a mí, frunció el ceño un momento casi imperceptible, y me sentí desnuda. Por fin, sonrió, aunque con unos ojos apagados y fríos.

—Bueno, al fin volvemos a ser cinco —dijo despacio—. ¿Os apetece un té?

—Antes de empezar, os pido disculpas —comenzó a decir, sentándose en una butaca con las piernas cruzadas—. Dado que tenemos una nueva alumna, querría repasar algunas cosas. ¿Os importa, señoritas?

Miró a Robin, Alex y Grace, que asintieron sin decir nada. Luego, se dirigió a mí, con ojos de pájaro, negros y rodeados por un círculo oscuro.

—Bueno, Violet, bienvenida a nuestro pequeño círculo. —Sonrió, tenía un hueco minúsculo entre las palas que las hacía parecer dos lápidas; el calor me atravesó la piel, era una muñeca cobrando vida—. ¿Qué te han contado las chicas?

—Por ahora, nada —respondí, mirando de reojo a Robin, que destapó el boli y empezó a garabatear en los márgenes del libro.

—Muy bien. —Annabel se detuvo y sopló suavemente en la taza antes de dar un sorbo y de mirarnos a todas—. Las reuniones duran dos horas y son los jueves a las seis y cuarto. Si tienes algún problema con las tareas, puedes pedir una tutoría, pero nunca lo menciones en clase ni hables de estas lecciones fuera de estas cuatro paredes. ¿Entendido?

Asentí y ella sonrió impertérrita.

—Seguramente, conocerás la historia del colegio, ¿verdad?

¿Por qué todos los profesores preguntaban lo mismo? ¿Y por qué daban siempre por supuesto que era así?

—Algo —dije, casi sin voz.

—Entonces, empezaremos por el principio —dijo, dejando el vaso y su vapor sobre la mesa; ardía—. Margaret Boucher fundó este centro en 1604. En un principio, solo contaba con cuatro alumnas, todas huérfanas o apartadas de unos padres que no podían ofrecerles los cuidados necesarios. La ley de pobreza no hizo sino facilitarle las cosas a la señora Boucher, ya que las niñas en situación de indigencia podían incorporarse al centro como aprendizas. Por supuesto, en una región en la que apenas había colegios masculinos, el futuro de una escuela femenina era más que delicado, pero la señora Boucher tuvo la astucia de presentarla como una academia de formación para que las jovencitas aprendieran buenas maneras, etiqueta y cosas por el estilo.

Se sacó una horquilla del pelo, la metió bajo las uñas y dejó un diminuto pegote de tiza blanca en la mano.

—En realidad, claro está, era algo completamente diferente. La señora Boucher era una erudita, pero, en su época, una joven cultivada como ella no tenía muchas oportunidades de dar valor a sus conocimientos. Le apasionaban las tragedias de Grecia y Roma, también los mitos populares, que estudiaba con una perspectiva que hoy consideraríamos antropológica. Leía teatro y poesía, devoraba cualquier cosa que cayera en sus manos y solía viajar a Londres para ver representaciones de Shakespeare, Marlowe y muchos otros ya olvidados. También pasó unos meses en Italia, donde visitó Roma y Florencia. Lo hizo sola, para admirar las obras de Miguel Ángel y otros grandes pintores del Renacimiento.

»Como imaginaréis, no le interesaba mucho enseñar a sus alumnas a poner la mesa. —Dibujó una sonrisa burlona y se mordió el labio, como si se le hubiera escapado—. Muy pronto, el colegio pasó a tener sesenta alumnas que, enseguida, fueron cien. Las madres enviaban aquí a sus hijas con partidas falsas de defunción de sus padres en la mano y la esperanza de una vida mejor de la que les deparaba el destino.

En el cielo, se apartaron las nubes y la luna se movió de la esfera del este a la del norte.

—Sin embargo, en 1615, llegó a la región la fiebre por la caza de brujas. Sacaban a las mujeres de las camas y las quemaban en piras o las arrojaban al mar atadas de pies y manos y lastradas con piedras. Los vecinos se traicionaban entre ellos por meterse en el bolsillo el oro de los cazadores de brujas. La sociedad de las «buenas costumbres» perdió el control y todo lo inundaron acusaciones malintencionadas. Que Dios ayude a las mujeres imperfectas o que escapen de lo normal... Ya podréis imaginar lo que le sucedió a la señora Boucher. Para muchos, la mujer no debía ser más que una presencia callada, sin ideas ni opinión. Así, su escuela despertaba odios y envidias, y la acusaron de practicar la magia negra, de invocar demonios y de enseñar a sus discípulas las pérfidas artes de la brujería. La condenaron a muerte.

Volvió a coger el vaso. Se había enfriado un poco, así que empezó a beber, creando un silencio pesado.

—Es horrible —opté por decir, tratando de darle pie para continuar.

—Pues espera —me interrumpió Robin.

Annabel la miró con desaprobación.

—No obstante, ahora sabemos que sus delatores, aun con todas sus faltas, no estaban del todo equivocados. Aunque por supuesto eso no lo sabían. En aquel tiempo, las acusaciones de brujería no necesitaban prácticamente base alguna. Fue simple y llanamente mala suerte. Un campesino dijo que había lanzado una maldición sobre sus cosechas, que los espíritus vagaban por los campos y arrancaban de raíz las plantas. Fue su palabra contra la de ella y, por supuesto, prevaleció la del hombre.

»Aun así, lo cierto es que la señora Boucher estaba muy interesada en las ciencias ocultas. Conocía los mitos, los rituales ancestrales, los misterios griegos y los conjuros celtas. Ciertamente, su interés era ante todo erudito, pero el conocimiento siempre lleva ligadas ciertas tentaciones. ¿Por qué limitarte a leer, cuando puedes probarlo en carne propia? Así pues, esa curiosidad cuasi científica la llevó a practicar algunos rituales, aunque, por lo que sabemos, los ceremoniales que celebró antes de su proceso no tuvieron ningún éxito.

»Según la leyenda, sin embargo, la noche antes de su ejecución, invitó a cenar en la torre a cuatro de sus alumnas, todas de dieciséis años. Fue aquí, en esta misma habitación.

No pude evitar sentir un escalofrío y miré a Grace, que me sonrió tímidamente. Tuve la sensación de que había entrevisto ese mismo destello del pasado.

—Cenaron, bebieron vino y hablaron de los estudios, como si todo estuviera bien, si no fuera por que la señora Boucher iba a morir al día siguiente. Entonces, a las nueve en punto, celebraron un ritual de invocación de las erinias, y las furias del mito antiguo se aparecieron ante las muchachas temblorosas, vestidas con pieles de color negro, altas y majestuosas, con el pelo entreverado por serpientes y llamas, y los dedos goteando sangre. Por sus ojos asomaban las simas más insondables del alma humana, los deseos más oscuros que es posible imaginar reflejados en la mente del observador, irrenunciables y nauseabundos.

»Entonces, dijo: “Erinias, cuidado de las almas de estas muchachas y ayudadlas a proteger este lugar. Oh, diosas, si les concedéis vuestros dones, serán vuestro conducto, vuestro propósito hecho carne; destruirán lo que está corrupto y matarán lo malvado”. Y las erinias lo hicieron. Las furias unieron las manos y las tendieron hacia aquellas muchachas que se entregaron temblorosas, pero con una confianza suprema en su maestra que se impuso al terror que les infundían los espectros que tenían ante ellas. Por cierto, ojalá mis alumnas me respetaran a mí de esa manera —añadió, con una sonrisa burlona.

Las cuatro rompimos a reír, una sacudida nerviosa. Alex y Grace se miraron, mientras que Robin no apartaba la vista de Annabel, sosteniendo el lápiz sin llegar a rozar el papel.

—Al día siguiente, murió quemada en una pira en el centro del patio, en el lugar exacto donde hoy crece el olmo. Pero los testigos juran que, mientras ardían las llamas, vieron a su alrededor tres figuras que la protegían del fuego. Casi todas las pupilas estaban reclusas en sus habitaciones, para no presenciar aquel horror dentro de su casa. Recordad que este era el único hogar que tenían muchas de ellas y que, en ausencia de sus propias madres, la señora Boucher era la única que las había protegido y quien las salvó de su destino.

»Pero esas cuatro muchachas seguían aquí, en la torre. Vieron la hoguera y juraron venganza por los actos funestos de los hombres con la fuerza de las erinias que reposaba en sus almas. —Hizo un alto y se recostó despacio, mirándome a los ojos. Me sostuvo la mirada hasta que yo la

aparté y, entonces, dejó escapar una risa lenta y suave—. Desde luego, esto no es más que una leyenda, pero la historia es bastante buena y los hechos, en sí, son ciertos.

La miré.

—¿Qué hechos?

Volvió a sonreír y empezó a jugar con un colgante negro que llevaba al cuello.

—La víspera de la ejecución de la señora Boucher nació un círculo que ha seguido vivo hasta nuestros días y del que vosotras cuatro sois los últimos eslabones. Yo también lo fui, como la madre de Alex y muchas otras a quienes conoceréis sin duda. Pero sabemos guardar los secretos y no os daré ningún nombre. La verdad se desvela por sí sola cuando es necesario.

—¿Y vamos a hacer rituales mágicos?

Annabel rompió a reír.

—Madre mía, no. A algunas de las nuestras les gusta practicar ceremonias y ritos antiguos por pura diversión, pero todo esto no son más que los mitos que rodean a nuestro círculo, una leyenda que da algo más de encanto al pasado. —Cruzó las manos sobre el regazo, con las uñas clavadas en los nudillos—. Lo que hacemos en esta clase es debatir sobre la historia de las grandes mujeres del arte y de la literatura, sobre los placeres de la experiencia estética... sobre asuntos olvidados hoy en día y relegados de los planes de estudios. Básicamente, estudiamos lo que la señora Boucher habría querido enseñar, por respeto a sus conocimientos y por amor al aprendizaje.

Sentí una punzada sorda de decepción en el estómago y se quedó allí.

—De acuerdo —dije—, pero ¿por qué nosotras?

Tenía los ojos tan oscuros como aguas estancadas.

—¿Por qué no?

—Yo... no lo sé.

Las demás me observaron y el aire se volvió de repente muy espeso. Tras un silencio que se hizo interminable, Annabel se movió en el sillón y cogió un libro de la mesa que tenía al lado.

—¿Continuamos donde lo dejamos? —se dirigió a las otras y fue como si no estuviera allí ni lo hubiera estado nunca.

Robin me miró con comprensión mientras abría el libro y Annabel comenzaba a leer. Las manecillas negras del reloj siguieron marcando los segundos. «Las mujeres tuvieron mucho poder», apunté en mi cuaderno de notas cogiendo al vuelo lo que iba oyendo, sin saber a qué mujeres se refería, «pero lo pagaron caro».

Estábamos en esa hora tranquila y suave que solo tienen las noches de otoño, cuando el olor a ascuas de las hogueras se entremezcla con el aliento salino del mar y las hojas dejan de caer por un instante, como si tuvieran miedo. Las torres eléctricas acechaban sobre los campos silentes y lo único que se oían eran nuestros pasos aplastar las hojas sobre el asfalto, húmedo tras la suave llovizna que había salpicado las esferas del reloj mientras Annabel nos veía marchar.

Cuando llegamos al pie de las escaleras, Robin encendió un pitillo y me lo pasó. Nos quedamos bajo los arcos, fumando las dos en silencio y esperando a que llegaran las otras; oíamos sus pisadas retumbando en vagos círculos en lo alto. Por fin salieron y acompañé a las tres por el camino de entrada del colegio hacia —imaginé— la parada del autobús. Allí me detuve para mirar los horarios, pero Robin se dio la vuelta y arqueó las cejas.

—¿Es que no vienes? —preguntó, mirando a Alex y a Grace de reojo.

—¿Adónde? —Estaba encantada. «Mantén la calma», pensé, sabiendo lo que significaba aquella pregunta.

—A la iglesia —respondió, mostrándome las palmas de las manos, ¿acaso no era obvio?

Así que continuamos caminando a través de campos vacíos y por debajo del viejo puente. Saltamos sobre las vías del tren y sobre madrigueras de tejón. Entramos en el bosque, las zarzas se nos engancharon a los tobillos y a las muñecas, mientras los animales acechaban en lo alto, haciendo crujir las hojas secas. Robin encabezaba la marcha, silbando una canción que me resultaba conocida pero que no llegué a identificar. Alex y Grace cuchicheaban, siempre cogidas de la mano.

Nos paramos de pronto al llegar a la linde del bosque. La pradera llegaba hasta las vías del tren, sobre las que se sacudían los cables. Esa era la línea principal, la ruta que llegaba a Londres y desde allí, al resto del mundo. Más allá de las vías, una valla con flores de plástico descoloridas en recuerdo de un nombre borrado hacía tiempo y detrás, la vieja iglesia recortada contra la luna. Robin dio un puntapié contra la hierba y se sentó de cara a las vías. Miró hacia arriba y dio unos golpecitos en el suelo, a su lado.

—Aún es pronto —dijo, mientras me sentaba.

Ya conocía el vino que sacó del bolso. Un vino peleón del que había muchas botellas vacías en la cocina, dejando cercos rojos resecos sobre la encimera que ni mamá ni yo teníamos la intención de limpiar. Robin quitó el tapón, dio un buen trago y le pasó la botella a Grace, que hizo lo mismo. Alex también bebió y me la ofreció a mí.

—Vamos, bebe un poco.

—Te vendrá bien —añadió Robin.

Cogí la botella, se había derramado con un olor cobrizo. Tuve la sensación de estar ante un desafío en el que no tenía alternativa. Di un sorbo, torcí el gesto y volví a beber, y aquel ardor me recorrió el pecho en línea recta.

Robin sonrió y me quitó la botella. Las mejillas me ardían y me sentí protegida, como si una mano cálida me acariciara la piel. Entendí por qué le gustaba tanto a mi madre.

—Bueno, ¿te apuntas?

La miré.

—¿Apuntarme a qué?

—Al club, cabeza de chorlito —dijo, pasándome los nudillos por el brazo—. Pensé que Annabel te habría asustado. Si hueles a debilidad, no tendrás piedad contigo.

—Ni pensarlo —dije y me sonrojé con tan solo pensarlo. «No soy débil», pensé, como si al decirlo se hiciera cierto—. Me apunto.

Lo cierto era que no lo tenía claro ni estaba segura de creer nada de lo que me habían contado; aquella historia no podía ser verdad, por mucha que fuera la convicción de Annabel. «De todas formas, ¿qué hay de malo? Estar con ellas es mejor que estar sola», me decía, aunque con una sombra de duda que no sabía a qué respondía. Echando la vista atrás, diría que era intuición, pero en ese momento me pareció miedo.

Arqueó una ceja.

—¿Lo juras?

—¿En serio...?

Sonrió con picardía.

—Vamos.

—Lo juro.

A mi espalda, sonó un encendedor y el inconfundible olor dulzón del cannabis llenó el aire. Se echó hacia atrás, cogió el porro que le ofrecía Alex y volvió a mirarme.

—Te queda mucho que aprender.

Reí.

—¿Como qué?

Sacudió la cabeza.

—Todo a su tiempo —dijo antes de dar una calada larga e intensa. A lo lejos, la ciudad brillaba en una neblina naranja y las luces se iban apagando de una en una. Grace jugaba distraída con el pelo, buscando puntas abiertas a la débil luz de la luna. Alex se agachó para coger la botella de vino y una racha de viento la derrumbó sobre la hierba.

—Empieza a refrescar —dijo, como para sí.

Por el este, comenzó a retumbar un ruido seco, cada vez más fuerte.

—Qué puntual —dijo Robin, que se puso de rodillas. Yo miré hacia el cielo. Miré hacia el cielo esperando a que lo iluminara un rayo, pero estaba despejado. El ruido se fue haciendo un estruendo, un temblor imparable. Me agarró de la mano y me levantó—. ¿Lista?

—¿Cómo?

—Prepárate. —Me miró iluminada por una luz blanca que se encendía al tiempo que crecía el bramido, ahora inconfundible: era el ruido atronador de un tren.

Me giré hacia Alex y Grace que estaban a mi lado serenas e impávidas, con la vista clavada en la luz. El corazón me latía con fuerza, el pulso me golpeaba en las sienes y Robin me clavaba las uñas en la piel. Por un instante, me pregunté si querían empujarme a las vías, en una idea vívida y tan real como una pesadilla.

—No podemos... —traté de decir, aunque el rugido mecánico del tren ahogó mis palabras.

Ante mis ojos, el recuerdo cobró forma de oscuros destellos de pasado fragmentado. Visiones macabras de cuencas oculares abrasadas y uñas arrancadas. Entonces, tiraron de mí y corrimos entre trompicones hasta la otra ladera, empujadas por las rachas de aire. Me giré y vi unas caras adormecidas a través del cristal, sin perder la desorbitada sonrisa que me hacía de careta.

—¿Lo ves? —dijo Robin, entre jadeos y risas—. ¿A que ahora te sientes viva?

Asentí, aún sin aire. Me pasó la colilla del porro que, por algún milagro, no se había apagado, di una calada y el corazón se me agitó al lado de los pulmones. Una sensación agradable cuando una es tan joven que no lo imagina fallando en un último y amargo latido.

—Joder. —Tosí.

—Sí, je. —Alex siguió riendo.

Cuando volvió el silencio, lo hizo convertido en una presencia física que se adueñó del aire. Atravesamos la valla por un agujero, con cuidado de no tocar el destartado altar del poste. «NOS DEJASTE MUY PRONTO», decía, y la cara ya casi estaba borrada. Las chicas empezaron a andar entre las lápidas y sus sombras como de tinta deambulaban entre las hileras de tumbas. Grace me miró con unos ojos que se veían huecos en la oscuridad, y sonrió.

—Ya llegamos.

Se detuvieron al final del cementerio, en el punto más alejado de la iglesia. Una hilera de lápidas menudas y descuidadas, llenas de musgo y con los nombres prácticamente cubiertos por

matorrales. Robin bebió un sorbo de vino y derramó más por el suelo.

—Un brindis —dijo y todas sonrieron, con la sombra de una risa. Entonces, me miró—. Volvamos a la historia que te ha contado Annabel. ¿Te ha gustado el final?

—Ha estado bien, sí. —susurré.

—Puedes hablar normal —dijo Alex—. No van a oírte.

Carraspeé.

—Vale.

—Voy a hacerte una pregunta. —Robin se balanceaba de atrás adelante—. Imagina que eres Margaret Boucher. ¿Para qué invocarías a unos antiguos demonios vengativos salidos del inframundo si no buscaras venganza?

—Es que no...

—Era una pregunta retórica, Violet. Verás... —Se recostó contra la lápida que tenía al lado y le dio unos golpecitos—. Este es el señor Edward Cooke. Acusó a Margaret de haber maldecido sus vacas para que no dieran leche. Murió un mes después de la pira, corneado por su propio buey. —Señaló otra tumba—. La señora Elizabeth Moran le contó al cazador de brujas que había visto a Margaret adorando al demonio. Tres meses después, una vela de su altar le prendió el vestido y ¡chof! —Empezó a hacer aspavientos con las manos—. ¡Quedó para chuparse los dedos!

Reí.

—Estás como una cabra.

—Todo aparece en los registros de defunción —dijo Grace muy despacio—. Es como una masacre.

—En efecto —apuntó Robin—. Porque eso es lo que fue.

Fue señalando una lápida tras otra. Un hombre que dijo que había envenenado el pozo, ahogado; una mujer que la acusó de provocarle pesadillas, aplastada por una viga mientras dormía. Seguimos la linde del cementerio, con las lápidas abigarradas y lejos de la iglesia... Una superstición que parecía confirmar lo sobrenatural de sus muertes.

—Pero ahí no termina la cosa —dijo Alex, cuando llegamos al final de la hilera—. Todos esos padres dejaron huérfanas y a todas las acogió Elm Hollow, dirigido entonces por la mano derecha de la señora Boucher, que todavía lloraba su pérdida. Las educó para ser señoritas de bien y auténticos pilares de la comunidad, y las cuatro afortunadas que accedían a las clases de estudio avanzado... —Lo dejó en el aire.

—Esta es mi favorita. —Robin limpió el musgo que crecía en las hendiduras de una lápida resquebrajada—. Jane White invitó al amante de la señora Boucher a cenar en su casa... ya sabes a qué me refiero. Murió envenenada con hierba mora mortal.

—¿Y eso qué es?

—Belladona, seguro que te suena.

—¿En serio?

—En serio.

Nos quedamos calladas.

—No sabía que funcionaba de verdad —dije, y era cierto. Siempre había pensado que era una leyenda, lo mismo que la magia, las maldiciones y los espíritus demoniacos vengadores.

—Lo sé, yo tampoco. No te preocupes —dijo Robin, echando mano a otro pitillo. Solo se oía el siseo del tabaco ardiendo—. De todas maneras, es gracioso que eso sea lo único que te

sorprenda...

—Bien visto —dije y eché a reír, a pesar de la situación. Tenía razón. Todo era una locura, un cuento pasado de rosca.

Alex me pasó el vino, apuré la botella y los posos me tiñeron la lengua de negro. Las chicas me observaban con la tensión enredada entre las cuatro. Tenía la piel helada y los brazos con carne de gallina, pero una corriente incandescente me recorrió la espalda.

—Bueno... —empezó a decir Robin mirando hacia la luna; luego, me miró a mí y sonrió, una sonrisa oscura que (como ya sabía a esas alturas) siempre daba paso a un desafío—. Has hecho un juramento, ¿lo recuerdas?

Un cuervo aleteó sobre nuestras cabezas y las cuatro nos sobresaltamos.

—Por Dios —dijo Alex, entre risas—. Es señal de mal agüero.

—Sí —dije yo—. Contad conmigo.

Los cuervos graznaban en lo alto y el cielo de la madrugada era de un blanco intenso y despiadado.

Trataba de dormir con desesperación, sin dejar de sentir el pellizco gélido del sudor y del rocío en la frente, y la garganta reseca. Se me revolvió el estómago, primero una vez y luego, otra, así que me levanté como pude, me alejé de las ascuas humeantes de la hoguera y fui hacia los matorrales, procurando vomitar sin armar demasiado escándalo.

—¿Qué pasa? —Oí a mi espalda.

—No es nada. —Me pregunté si bastaría con desearlo con ansia para que se hiciera cierto—. Soy yo, estoy bien.

Me limpié la boca con la manga y me sobresaltó el olor ácido. La doblé hacia dentro para que no vieran la mancha.

Robin resopló, con la voz ronca por el tabaco.

—La pobre Vivi ha tenido que soltar la bebida, ¿eh?

—Sí.

Me dejé caer al lado de Robin que cruzó las piernas y empezó a liar un cigarrillo a tientas. Grace se sentó recogiendo las rodillas entre los brazos con el pelo enmarañado en un revoltijo negro y Alex recostó la cabeza contra su hombro. Me pasó una botella de agua casi vacía y la terminé de un trago. Me sentí mejor un instante y, entonces, muchísimo peor. Me tumbé y cerré los ojos, con el brillo rojo del sol atravesándome los párpados.

Comenzaron a emerger los recuerdos, uno a uno, como burbujas de champán, y todos desaparecían antes de que pudiera aferrarlos. Corrimos, caímos y reímos. Robin se descolgó de la pila bautismal limpiándose un escupitajo de la boca, metió dos dedos en el vino y los puso contra mi cabeza, diciendo algo que ya no recordaba. Un ruido seco y frío, el metal cortando el aire. Una risa, primero tímida y luego, desenfundada, un alarido, un pasen y vean.

—Oye. —Abrí los ojos sobresaltada y vi que Robin me daba toquecitos en el hombro con la bota—. Tenemos que irnos, bella durmiente.

Me incorporé y gemí mientras el mundo comenzó a ponerse del revés. Me tendió una mano riendo.

—No te ofendas, pero estás hecha una mierda.

—Gracias. —Me sacudí las briznas de hierba de la espalda y las rodillas, y supliqué que todo

se quedara quieto un momento, mientras los árboles se mecían al fondo.

—Rápido, joder —gritó Alex, que ya iba hacia el túnel—. Tengo que ducharme antes de ir a clase.

—Ay, Dios —dije, imaginando lo que haría mi madre al descubrir que no había vuelto a dormir a casa.

En los meses antes del accidente, había empezado a «portarme mal» y a poner a prueba los límites llegando a casa dos horas tarde. Nunca les decía a mis padres dónde había estado, para que dejaran volar la imaginación. Solía estar leyendo en la playa o dando vueltas por la biblioteca, pero las cosas que ellos sospechaban, siempre puestos en el peor de los casos, me sirvieron para granjearme la atención que tanto ansiaba y para alimentar un gratificante sentimiento de injusticia. Todas las veces me castigaron sin dejarme salir, lo que era perfecto para pasar más tiempo en mi habitación, sola y sin molestias. Seguramente, se trataba de eso.

Ahí, sin embargo, imaginé a mi madre dando vueltas por casa, desencajada y cada vez más furiosa, pero abandonándose al terror a medida que el amanecer se colara en casa. Imaginé el castigo que me esperaba inevitablemente cuando llegara descolorida, resacosa y apestando a tabaco. Ahora que me habían aceptado en el grupo, no podría soportar quedarme en casa sin salir.

Robin le dio un puntapié a mi cartera y me agaché a levantarla.

—En serio, mueve el culo. —Me dio la mochila en la mano y echó a andar. Extendió los brazos al llegar a las vías para caminar en equilibrio siguiendo la curva.

Fueron hablando sin parar, con una Robin que parecía empeñada en no permitir ni un solo silencio, y nos separamos junto a la sirena que perdía la mirada en el mar. Fui a casa despacio, observada desde las ventanillas de los coches por mi reflejo demacrado, y me paré a comprar caramelos de menta y una pinta de leche (mi padre siempre bebía un vaso en las contadas ocasiones en las que tuvo resaca; normalmente, solo para Año Nuevo).

Metí la llave en la cerradura. Dentro se oían murmullos y voces. Esperé a escuchar las zapatillas de mi madre acercándose por el pasillo, con una mezcla de alegría y de cólera en la respiración.

Pero entré y no hubo nada.

Los pies de mamá colgaban del brazo del sofá y la habitación estaba caldeada por el sueño y el sudor estancado. Las voces eran las del televisor. Había vino derramado en el suelo y el vaso, roto. Fui a mi habitación y el desahogo del primer momento se fue convirtiendo en algo amargo. Me quité la idea de la cabeza, me cambié de ropa y fui a clase. Cerré la casa de un portazo.

CAPÍTULO 5

Me senté junto a Grace con un vaso de café en la mano (sin leche, pero con tres sobres de azúcar; aún tenía que acostumbrarme a aquel sabor), abrí una cajetilla de tabaco que había comprado de camino (Lucky Strikes, la marca de Robin) y les ofrecí sin decir nada. Grace sacudió la cabeza, pero Robin cogió un par y se echó uno al bolsillo, para más tarde.

Llevaba varias semanas en las clases avanzadas de Annabel, y en ese tiempo, Alex y Grace se acercaron mucho a mí y me ayudaron a ponerme al día con las clases.

—Me gusta tu abrigo. —Grace me pasó una mano por el pelo raído del chaquetón—. ¿Es de verdad?

—No creo —dije, aunque no estaba segura. Lo había cogido del armario de mi madre, sacudiendo los recuerdos que llevaba pegados de fotografías descoloridas de mi padre y ella, con las caras encendidas por la nieve.

—Sabes que el humo se traga, ¿verdad? —dijo una Robin inexpresiva.

—Me duele la garganta —mentí y ella dio una calada honda (demasiado, tratando de demostrar lo que decía) y soltó el humo en tres aros.

—¿Dónde está Alex? —decidí preguntar.

—Ya viene. Ayer le tocó trasnochar —respondió Grace.

—¿Dónde estuvo?

—Cenando no sé dónde. Una cosa de su madre, le hizo ir para hacer contactos o algo así.

—Ser asquerosamente rica tiene muchos inconvenientes, querida —añadió Robin, imitando la forma de arrastrar las palabras de Alex.

—Todas sois asquerosamente ricas —dije, con un toque de amargura en la voz; seguramente, la resaca de los años de pobreza. Robin y Grace se miraron, luego, me miraron a mí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Robin, que bebió de mi café y puso cara de asco—. Pero ¿qué le has hecho a esto?

Las miré, estaba confundida.

—Eso querrá decir que vamos mejor vestidas de lo que yo pensaba —siguió diciendo al rato—. Tenemos beca, ella es la empollona y yo, la artista. Por eso estamos en la clase de Annabel, joder. —Se echó para atrás y bebió té—. No pensarías que estaba por mi cerebro, ¿no? Literalmente, soy la mascota de la profesora. Ni yo misma tengo claro por qué me admitió, no es que con mis dibujos vaya a ayudarla a conquistar el mundo o lo que sea que esté tramando...

Me miró esperando que dijera algo.

—Yo... no lo había pensado.

Y era cierto. A esas alturas, ya sabía reconocer a las chicas que estaban becasadas. Las delataban su timidez y la mirada huidiza... lo mismo que a mí. Pero cuando Robin y Grace se movían por el colegio, parecían invulnerables y todas las miraban como si de verdad lo fueran... Jamás pensé que estuvieran con una beca. Aquel sitio les pertenecía a ellas más que nadie.

Robin se echó a reír y Grace sonrió mientras vaciaba otra bolsita de edulcorante en el vaso.

—¿Y Alex, no? —pregunté finalmente.

—Qué va, su madre está forrada. Además... —Grace se acercó—: Annabel y ella se conocen de toda la vida. —Bajó la voz—. Aunque su madre no sabe que está en la clase, así que no digas nada si está delante.

—¿Por qué?

Grace carraspeó y señaló hacia la puerta sin mover apenas la cabeza. Alex entraba con unas gafas de sol, anunciada por el taconeo.

—Esta resaca me va a matar. —Tiró un bolso de cuero sobre la mesa y se acercó a la barra—. ¿Queréis algo?

—Café... tan solo y negro como tu alma —gritó Robin y Alex levantó dos dedos.

—Cuando su madre está en casa —me susurró Robin—, se le suben los humos y se porta como una auténtica zorra, te lo advierto.

»A mí me ha gustado —dijo de pronto, cuando se acercó Alex—, pero no sé si es para vosotras.

—¿De qué habláis? —preguntó Alex, que se sentó a mi lado.

—Nada, de una peli. —Robin se encogió de hombros—. No te gustaría.

Grace cambió rápido de tema, yo encendí otro cigarrillo y Robin dejó el café sobre un cuaderno de dibujo desvencijado y empezó a garabatear los márgenes.

Por mucho que me hubiera acostumbrado a la opulencia del colegio, la casa de Alex no dejó de sorprenderme. Quedaba apartada de la carretera y sumergida entre las frondosas calles de lo que mi padre llamaba «Avenida Pijotería», al final de un sendero sinuoso que unía las puertas de forja y el edificio principal. Al otro lado del césped, vimos una casita de planta baja, a la que Alex se refirió como el «cobertizo del jardín», pero que era casi igual de grande que mi casa.

—Es para los invitados —susurró Grace al pasar por delante—, aunque su padre vivió allí un tiempo durante el d-i-v-o-r...

—Yo también sé deletrear, ¿sabes? —gritó Alex por delante.

—¿De verdad? —Robin le pasó un brazo por los hombros, pero Alex se lo quitó de encima (tuve la impresión de que, con demasiado ímpetu, aunque Robin ni se inmutó).

¿Por qué se divorciaría nadie que viviera en un sitio así? Si mi madre y yo podíamos evitarnos en nuestra casa diminuta y destartalada, seguro que podías pasar días enteros por allí sin que nadie supiera de tu existencia.

Las chicas desaparecieron en una habitación en cuanto se quitaron las botas, pero yo me acuclillé en el recibidor y empecé a desatarme los cordones con parsimonia, para observar paredes llenas de cuadros, bustos de piedra y esculturas que hasta entonces solo había visto detrás de vitrinas. Deslicé la punta de los dedos sobre el brazo de bronce de una mujer con los ojos de un verde reluciente, atravesada por la sensación de que, en cualquier momento, iba a dispararse la alarma y a aparecer un guarda malhumorado.

—Vamos, Violet —oí gritar a Robin a varias habitaciones de distancia. Seguí el tintineo de unas copas, el ruido de cajones y una silla arrastrada sobre el suelo de piedra, y las encontré en una cocina amplia y resplandeciente, como las de las revistas de decoración que mi madre compraba antes—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha pillado el fantasma? —me preguntó, dando unos golpecitos sobre un taburete vacío. Al sentarme sobre la encimera de mármol, se me helaron las manos.

Alex resopló.

—Os lo digo en serio, esta vez papá no va a volver. —Sacó dos botellas de una pared recubierta por una enorme rejilla—. Aunque por lo menos, ha dejado la colección de vino.

—Ah, *oui, oui* —dijo Robin—. El mejor chianti, *garçon*. —Me dio unos golpecitos en el muslo, con dos dedos—. Siempre he querido decir eso. —Reí y me apretó la pierna, con las manos suaves y las uñas, afiladas—. ¿Está hoy en casa la señora?

—No, por Dios —dijo Alex, entornando los ojos—. Estará fuera bastante tiempo. Ha ido a Estados Unidos, a investigar no sé qué.

—Vaya... —dijo Robin—. ¿Así que tenemos la casa para nosotras solas?

—Eso es —contestó Alex—. La arpía de al lado pasará de vez en cuando a echar un ojo, pero esta noche ha salido, así que no hay peligro. Sé que se lleva una botella de estas cada vez que pasa por aquí, así que se me ha ocurrido que, cuanto más beba yo, más probable es que mi madre se dé cuenta y la culpe a ella.

—En tal caso, será un honor ayudarte en tan noble misión —dijo Robin y bebió un trago. El vino tinto le dejó la marca de un beso sobre el labio agrietado.

—Gracias, Robin —respondió Alex y alzó la copa—. Eres una gran amiga.

—Vamos. —Robin me agarró del brazo al levantarse—. Voy a enseñarte la casa.

La acompañé a través de la cocina hasta el comedor, todo de blanco y oro, con unos candelabros que campanillearon al abrir la puerta.

—Caramba —dije, incapaz de contener la envidia.

—Esto no es nada —dijo Robin mientras empujaba una pesada puerta de madera y buscaba a tientas el interruptor—. Mira.

Una larga fila de luces cobró vida para acompañar sus palabras. La seguí por una habitación gigantesca, llena de arriba abajo de cuadros y con una chimenea en el centro, tan grande que la repisa me llegaba a la altura de los ojos.

—A esto lo llaman despacho —dijo, girándose hacia mí—. ¿Te lo puedes creer?

Empezó a recorrer las estanterías y a coger objetos que examinaba a la luz, como en busca de pistas. Hice lo mismo imitando su deambular distraído, sin dejar de mirar las pinceladas vastas y enérgicas del cuadro de una mujer que sujetaba a una niña en brazos, riendo las dos de alegría.

—¿A qué has dicho que se dedica su madre?

—Investiga no sé qué. Hace unos años publicó un libro sobre ocultismo que ponía los pelos de punta. No es que con eso se gane mucho dinero, pero tampoco tengo la impresión de que les haga falta. Su patrimonio viene de antiguo... —dijo, mientras se ponía una mariposa de vidrio en la palma de la mano entre destellos de luz.

Sin decir nada, me volví a mirar los voluminosos tomos que llenaban las estanterías. *Rituales místicos de la antigua Grecia*, leí en uno y *Demonología*, en otro.

—Chicas. —Alex asomó por la puerta y nos quedamos paralizadas, como si nos hubiera

pescado in fraganti—. ¿Pedimos pizza?

—Ay, Alex, no irás a hacernos comer otra vez esa bazofia chamuscada, ¿no? Debería darte vergüenza.

—Si no queréis, no pasa nada —respondió Alex, cortante.

—Solo te estoy tomando el pelo. Vamos, Violet. Disfrutemos de la hospitalidad de nuestra anfitriona.

Devolví el libro a la estantería y las acompañé hasta un salón acogedor y de luz tenue, en el que el fuego chisporroteaba al compás del viento que soplabá fuera. Grace estaba tumbada en un sofá de cuero, arrebujada bajo una gruesa manta de pelo, y el brillo dorado de las llamas le teñía la piel de un cálido tono melocotón. Me acurruqué en un sillón orejero y me tapé las rodillas con un cojín. La habitación aún tenía que desembarazarse del frío.

—¿Un poco de vino? —Alex me ofreció la botella.

—Gracias —dije, aunque ya empezaba a sentir los efectos de la primera copa, el vino era fuerte y mi embriaguez, almibarada y apacible.

Robin se sentó en el suelo junto a mis rodillas y el pelo me caía sobre los pies. Sin mirarme, levantó un brazo y le pasé la botella. La sacudió y la miró a la luz.

—¡Alex, trae más vino! —gritó. Grace le lanzó un reproche y a mí empezaron a arderme las mejillas.

Nos quedamos calladas, escuchando el rumor del viento y la voz sofocada de Alex que estaba pidiendo comida en la cocina.

—Pongámonos con el trabajo —dijo Robin en cuanto Alex regresó y se metió bajo la manta con Grace—. ¿Qué se supone que tenemos que investigar?

Cuando Alex la miró, Grace se incorporó sobre un brazo.

—Pero ¿habéis leído algo? ¿Alguna habéis leído algo? —preguntó mirando a Alex, que me sonrió avergonzada.

—No te pongas así, Grace. Creí que no haría falta —dijo Robin, sonriendo con picardía—. Ya sabía que lo harías tú.

Grace suspiró, un suspiro exagerado que dejaba ver que no le importaba de verdad (pensé que, por dentro, estaba encantada de ser ella la responsable, la encargada de salvarnos a todas el pellejo).

—El quid del asunto es que, para Mirandola, hay dos tipos de magia, y que la una es buena y la otra, mala.

—¿Algo así como la magia negra y la magia blanca? —propuso Alex.

—Más o menos. Aunque aquí estamos hablando de un ilustre filósofo del Renacimiento, así que el asunto es algo más... Esperad. —Se echó sobre el respaldo del sofá y sacó un libro del bolso. La camisa se le levantó un poco y dejó entrever un cardenal en la cintura.

Me estremecí solo con atisbar aquel recordatorio. Al no mencionarlo, le negábamos la existencia y eso nos unía. Pero, aun así, había momentos en los que la verdad se ponía ella sola al descubierto; una crueldad terrible, la violencia marcada en la piel.

Robin me miró. Ella no se había dado cuenta.

—Hala, menudo bodrio.

—Aquí está —dijo Grace, que no escuchó el comentario de Robin o decidió pasarlo por alto—. «La magia es doble», bla, bla, bla... ¡Lo tengo! «Una se funda exclusivamente en las obras y

en la autoridad de los demonios, y, a Dios pongo por testigo...».

—¿De que no volveré a pasar hambre? —dijo Robin, entornando los ojos.

—Calla ya —la interrumpió Alex, que seguía el dedo con el que Grace subrayaba palabras a medida que iba leyendo.

—«A Dios pongo por testigo de que es cosa del todo execrable y monstruosa; la otra, por el contrario, si bien se la considera, no es sino la consumación absoluta de la filosofía natural». — Nos miró tímidamente y siguió adelante—: Aquí dice algunas cosas más y luego añade: «Todos los que con aquella practicaron, lo disimularon siempre, pues el difundirlo les habría granjeado la ignominia y, por cierto, la condena; en el ejercicio de la magia divina, muy por el contrario, tanto en la Antigüedad como en los tiempos venideros, se ganó suma celebridad y gloria en las letras».

—Vaya friqui —se mofó Robin—. Me refiero a él, no a ti.

—Yo creo que Annabel quiere ejemplos de lo segundo —siguió diciendo Grace— y eso es bastante fácil, porque los enumera él mismo.

—Genial —dijo Alex—. Seguro que mamá tiene un montón de cosas sobre eso. —Sonó el timbre y se levantó—. Voy a por la pizza, elegid vosotras una peli.

—O... —dijo Robin, con una sonrisa pícaro.

—Elegid una peli —oímos decir a Alex desde el recibidor.

Dediqué un momento a maldecirme por mi curiosidad y por mis ganas de complacerla, hasta que, por fin, le hice la pregunta que estaba esperando.

—¿O qué?

Robin señaló las pilas de libros y el sinfín de chismes y cachivaches de las estanterías.

—O podríamos hacer algo divertido de verdad.

—Yo estoy cansada —dijo Grace, mirando hacia la puerta, en tensión—. Prefiero ver una película.

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes miedo?

—No, pero...

La puerta principal se cerró y nos sobresaltamos las tres. Unos pasos apresurados se acercaban desde el recibidor.

—Robin —dijo Alex en cuanto apareció por la puerta—, me prometiste que no empezarías otra vez con eso.

—¿De qué estáis hablando? —dije yo, confundida.

Alex suspiró.

—Esta de aquí...

—¿Esta de aquí? —Robin se hizo la enfadada, pero me guiñó un ojo para que le siguiera el juego. Le brillaban los ojos.

—Robin... La última vez que estuvo en casa —siguió diciendo Alex—, pasó toda la noche insistiendo en que hiciéramos algún ritual de los libros de mi madre y parece que quiere empezar otra vez con lo mismo.

Miré a Alex y luego, a las otras dos.

—¿Algo así como decir tres veces Bloody Mary delante del espejo?

Robin resopló.

—¿Es que tienes doce años?

—Sí, eso es, como lo de Bloody Mary —dijo Alex—, una tontería de juego para niños.

Robin me miró de reojo abandonando la esperanza, y yo me encogí de hombros. Entorné los ojos, en una mala imitación de su gesto (incluso antes de terminarlo, me pregunté por qué lo estaba haciendo, así que crucé los dedos para que no se hubieran fijado).

Comenzaron a discutir de nuevo, aunque el tono se fue relajando y pronto volvían a charlar como siempre. Robin y Grace abrieron un armarito lleno de cintas VHS que había oculto detrás de un enorme biombo (al parecer, desentonaba con la elegante decoración de la sala).

Envidiaba un poco la forma en que las demás se sentían como en casa y conocían dónde estaba cada cosa, sin prestar atención al lujo, hechas a él. No pude evitar una sonrisa al verlas reñir como hermanas por la película que querían ver («¡Siempre eliges la misma!», «¡Porque es buena!») y seguí observándolas algo apartada, para copiarles los gestos.

Al final, no importó nada la elección (aunque resultaron ser dos películas de terror de la Hammer, una de zombis y otra de vampiros; ya no recuerdo cómo se llamaban). Después de beber una copa más de vino y de comer una porción de pizza (aunque tenía hambre, fue solo una, porque había oído a Robin mofarse de una chica que tendría dos tallas menos que yo y daba la impresión de estar dispuesta a sacarlo a relucir en cualquier momento), me fui amodorrando, me pesaban los párpados y me recosté en las acogedoras orejas del sillón.

Cuando desperté, volví a envolverme en el abrigo de piel. Todo estaba en silencio y del fuego no quedaban más que unas brasas ardiendo en la oscuridad. La pantalla del televisor palpitaba con una línea blanca y gruesa que alumbraba la habitación a sacudidas.

Parpadeé para despejarme, tratando de recordar dónde estaba y por qué no había nadie más. Al incorporarme, vi a mi lado un armarito lleno de hierbas, esquiras cristalinas y polvos blancos. En una placa de plata leí: «Arnold Hill, 1969». Las botellas de vidrio, del tamaño de mi dedo pulgar, eran anchas y redondas, con tapones de corcho y una auténtica tentación. Cogí una del estante de abajo. «Perejil lobuno (*Cicuta maculata*)», leí en tinta negra desvaída. La devolví a su sitio y cogí otra: «Adelfa (*Nerium oleander*)». En el momento de dejar la botella, me llamó la atención un frasquito medio vacío de hojas secas que había al fondo del armario. Lo recogí: «Hierba mora mortal (*Atropa belladonna*)». Recordé esa primera noche de risas, me dije «esto le gustará a Robin» y, sin pensarlo dos veces, lo guardé en el bolsillo.

El suelo que pisaba estaba tan frío y quebradizo como el hielo, así que me agradó el tacto afelpado de la moqueta al salir al corredor. Llamé en un susurro hacia la oscuridad y Robin asomó la cabeza al final del pasillo. Me hizo señas y fui hacia ella, frotándome los ojos para desperezarme.

—¿Qué estás...? —susurré. Tuve que agarrarme a la puerta con una mano. Me tambaleaba el cálido sopor del vino.

—Estoy buscando algo —respondió, sin más explicaciones.

—Tengo sed —suspiré.

Señaló hacia mi espalda.

—Tercera puerta a la derecha. Cuando termines, acude al despacho.

Cuando regresé después de confundirme varias veces de habitación —aquella casa era gigantesca y daba la impresión de haber crecido con la oscuridad—, vi a Robin sentada con los pies sobre la mesa y un enorme libro en el regazo.

Me senté en el pico de la mesa.

—¿Qué es eso?

Me quitó el vaso de agua que llevaba en la mano y bebió un trago.

—Una cosa execrable y monstruosa —dijo, con una sonrisa maliciosa—. ¿Quieres ayudarme?

No respondí.

—Vamos. —Robin me dio un tirón de la manga—. Echa un vistazo a esto y luego di que no quieres.

Me acerqué y le moví el cabello con el aliento. Era un libro antiguo, con las páginas pintadas en vibrantes colores y los bordes, cubiertos de pan de oro.

—Caramba. —Deslicé los dedos por la página y me incorporé con un suspiro—. ¿Dónde están las otras?

—Déjalas, prefieren estar solas y sin molestias. Ya sabes.

Lo supe entonces. Vi a Grace compartiendo el sofá con Alex, las piernas de una sobre las rodillas de la otra, la ternura con la que se tocaban las manos y sus dedos, entrelazados.

—Esto... No. Quiero decir, genial. No me había dado cuenta de que fueran...

—Bueno, tampoco es que lo vayan pregonando a los cuatro vientos... De todas formas, esto lo quiero hacer contigo. Es un hechizo de amarre para mejores amigas. —Me sujetó los dedos y los colocó sobre el libro—. Es como un trabajo voluntario para subir nota. Annabel estaría muy orgullosa.

Cogí una pitillera de plata que había sobre el escritorio, haciéndome la interesante, como si no me importara o no le estuviera dando vueltas. En cierta medida, sabía que me estaba regalando los oídos. Pero aun así... Qué más daba, solo quería que fuera verdad y con eso prácticamente bastaba. La sombra de Emily, la última mejor amiga de Robin, nos rondaba. Era mi *alter ego*, como Nicky se encargaba de recordar cada vez que se le presentaba la ocasión; una presencia constante con la que me sentía puesta siempre en comparación. Pero Robin acababa de decir «mejores amigas» y yo estaba encantada y con la respiración ardiendo por el vino y la expectación. Para mi vergüenza, al oírla pensé: «He ganado».

—Vale —decidí decir.

—Te quiero. —En menos de un segundo, se levantó, dejó el libro sobre la mesa y empezó a moverse por las estanterías, echándose a los brazos toda clase de chismes y velas—. Acerca el libro —me dijo y la acompañé hasta la sala de estar, en una oscuridad densa y callada.

Nos sentamos sobre la alfombra, junto a la mesita de centro que seguía llena de cajas de pizza y botellas vacías; encendió tres cirios que hicieron destellar las esquirlas de una copa rota y los colocó sobre un elegante candelabro que había sacado del despacho. Entonces, abrió una caja de madera, puso cinco piedras sobre el suelo y trazó un círculo con el polvo blanquecino de la bandeja que había estado inspeccionando yo antes.

—Vamos. —Dio unos golpecitos en el suelo, a su lado.

Cogí un cojín del sofá y me senté con cuidado en el suelo enfrente de ella, separadas por las velas.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Chist... No hay nada oculto que no haya de ser manifestado. —Cruzó las piernas, abrió el libro y hojeó las páginas mojándose la punta de los dedos hasta encontrar la que buscaba. Entonces, sonrió con picardía—. Abracadabra.

Miré lo que había puesto sobre el suelo y cogí aire muy despacio. El viento empezó a soplar

otra vez azotando la lluvia contra las ventanas, y yo esperé. Una espera interminable. Por fin, dejó caer el libro sobre el suelo con un golpe seco y una sonrisa.

—Entonces... —le dije—. ¿Qué hacemos?

—¿No te he dicho ya que te calles? —Ni me miró—. Ahora entiendo por qué Annabel habla más despacio cuando estás tú.

Me sonrojé. Me había dado cuenta de que las otras se revolían en los asientos cuando Annabel repasaba cosas que ya habían visto en clase. Había observado sus miradas y los atisbos de frustración. También me había fijado en que Robin siempre sacaba su cuaderno y empezaba a garabatear con el papel ligeramente vuelto hacia Annabel, como queriendo distraerla.

Cuando me hablaba solo a mí, sentía descargas de electricidad y se me erizaba el vello en los brazos; pero también sabía que a Robin se le enturbiaba la mirada y que la envidia hervía en el aire.

Carraspeó y me puso las manos entre las suyas.

—Vamos a empezar, cierra los ojos.

Le hice caso, pero los abrí enseguida y me la encontré sonriente.

—Sabía que ibas a hacer eso. No los abras hasta que hayamos terminado.

—De acuerdo. —Suspiré. Aún estaba mareada por el vino y comenzaba a dolerme la cabeza, justo detrás de los ojos.

Me apretó los dedos con fuerza y empezó a leer el libro.

—Hécate, oh Diosa, a ti acudimos tus hijas voluntariosas, para rogarte benevolencia.

Se me puso la piel de gallina. Fuera, sonó el estallido que anuncia el trueno.

—Diosa de la luna, a ti acudimos con las manos abiertas y entregándote nuestros corazones, a la luz dorada del cielo de tu madre. Diosa de las encrucijadas, a ti acudimos abiertas a lo que estés dispuesta a ofrecernos, sabiendo que los caminos que recorreremos solo a ti te pertenecen, y cediendo nuestros corazones a tu poder inmortal. —Me soltó una mano y la colocó sobre rodilla, con la palma hacia arriba—. Diosa de la oscuridad, confiamos en tu luz y te suplicamos que nos guíes por los abismos de la noche, cuando las estrellas caigan desmoronadas a nuestro lado. Diosa de la hechicería y de los sortilegios, concédenos el saber de la magia y la fuerza de tu corazón. Diosa, a ti acudimos nosotras, tus hijas, y te ofrecemos nuestra sangre desbordante de voluntad.

Un dolor punzante me atravesó la palma de la mano y la aparté. Al abrir los ojos, vi un reguero de sangre y un corte rojo ancho y profundo. Miré aterrorizada a Robin, que se deslizó un cuchillo fino y retorcido por la mano y la apretó contra la mía.

—Pero ¿qué haces? —grité, intentando zafarme.

—Calla... —susurró. Me miró completamente seria un segundo y, entonces, rompió a reír—. Vamos, si te hubiera dicho lo que iba a hacer, no me habrías dejado.

—Me haces daño. —Seguía sin soltarme y la sangre se nos encharcaba entre las palmas, espesa y caliente—. Suéltame.

—Espera —dijo. Sobre la mesa había una botella casi vacía. Bebió un sorbo y me la pasó—. Un brindis por nuestra unión.

—Ni pensarlo —dije, retorciendo la mano y sorprendida por la fuerza con la que me estaba agarrando.

—Te lo estoy diciendo en serio, vamos. —Agitó la botella.

No me quedaba otra, así que se la quité de la mano y apuré hasta la última gota.

—Ya lo has conseguido. —La dejé de un golpe sobre la mesa—. Ahora, suéltame.

La palma de la mano me ardía y caían goterones rojos sobre el suelo. Me la llevé a la boca para detener la sangre que me mojó los labios, salada y tibia.

Robin resopló.

—Tu cara parece un poema.

Me puse en pie tambaleándome y aturdida por el dolor.

—Vete a la mierda —le dije y fui hacia el baño, con la mano envuelta en la sudadera para no manchar la moqueta. Eché el pestillo, abrí el grifo y dejé correr el agua con la mano debajo, tiñendo el lavabo de rojo oscuro.

«Pero ¿qué narices?», susurré mirando el corte. El corazón me latía en las sienes, estaba temblando, conmocionada y con náuseas, y tan pronto me ponía a sudar como a tiritar. Bajé la tapa del retrete y me senté vacilante, sin sacar la mano del lavabo.

Oí llamar despacio a la puerta.

—¿Estás bien? —susurró Robin. No dije nada, continué callada y conteniendo la respiración. Volvió a llamar una vez y luego, otra—. Si eso quieres, vete a la mierda.

Robin se alejó furiosa por el pasillo.

Me quedé allí hasta que dejé de sangrar, vencida por el mareo y las náuseas. Recordé el siseo de la carne al desgarrarse y me encogí de dolor, hirviendo de rabia. «Cómo ha podido —pensé enfadada, recordando el ritual—. Ni siquiera ha servido de nada».

La sangre se cuajaba ya en coágulos oscuros, aunque al mover los dedos volvían a salir burbujas frescas. Abrí otra vez el grifo, limpié la pila y miré si había manchado algo al entrar. La sudadera tenía una capa reseca, oscura y crujiente, pero había conseguido no ensuciar nada.

Metí las manos por las mangas para despegar la tela apelmazada y al ir a dejarla sobre el retrete para vendarme la herida, vi la sangre en la tapa. La observé bien y con el papel en la mano comprendí qué eran esa sangre y el calor húmedo que tenía entre las piernas. En el espejo, vi un cerco oscuro en la parte de atrás de la falda.

Cada vez que le preguntaba a mi madre por qué todavía no tenía la regla, me decía que había tardado en «desarrollarme» y añadía que «era una suerte», una respuesta con la que no llegaba a satisfacer toda mi curiosidad. Así que entonces, me bajé los pantalones hasta los tobillos y examiné a fondo aquella mancha de sangre que me empapaba la ropa interior y que olía a animal y a corteza de árbol. Rebusqué en el armario del baño, leí las instrucciones de la caja de tampones (lo conseguí al tercer intento), enrollé los pantalones y los tiré a la papelera.

Cuando regresé al cuarto de estar, estaba todo recogido y, de no ser por una pequeña mancha de sangre en el interruptor, era como si no hubiera pasado nada. La limpié con la manga, me tumbé en el sofá y me enrollé en una manta. «Será una coincidencia —me dije—, una simple coincidencia».

INVIERNO

CAPÍTULO 6

Me senté a los pies de la sirena, sobre una piedra tan fría como una mesa de autopsias. Había llegado pronto y él se retrasaba, así que me entretuve observando el trajín de las compras navideñas a través del vaho; el ambiente estaba animado y rebosante de vida: primer día de vacaciones, calles llenas de gente y luces parpadeantes. Me picaba la mano y aunque traté de rascarme a través del guante, al final tuve que quitármelo. Asomé la herida aún pegajosa, con sangre coagulada y oscura.

Habían pasado semanas desde que estuvimos en casa de Alex, y en ese tiempo me había acostumbrado a aquel latido mortecino, caliente y sudado. Nunca llegaba a curarse del todo y, de vez en cuando, manchaba de sangre los cuadernos de clase o dejaba un cerco viscoso en las tazas de café o en las botellas de vino. Ni Robin ni yo les dijimos nada a las otras dos y aunque veían las cicatrices y las marcas, no abrieron la boca ni preguntaron nada. Estaban enfadadas con nosotras, las hijas traviesas.

Imagino que eso bastaba para considerar que el conjuro había sido un éxito. Robin y yo nos hicimos inseparables, éramos una y lo hacíamos todo juntas, aunque en esos últimos días había estado algo distraída y apartada de ella.

El motivo era que conocí a un chico, o sería mejor decir que me reencontré con él, y en ese segundo encuentro me besó. Los detalles estaban algo confusos, porque había sido a las tantas de la madrugada y después de beber no poco en la habitación de Andy, entre espumillones tirados por el suelo. Tuve la sensación de que Andy y él se habían hecho amigos, aunque apenas hablaron; entre el humo que llenaba el aire, fue Robin quien dirigió la conversación, el ambiente y hasta el último movimiento.

Cuando ella y Andy se marcharon para pasar un rato a solas, salí con Tom junto al lago; estábamos congelados de frío, exactamente igual que la primera vez (aunque mis recuerdos de aquella noche estaban borrosos, con la pátina de las drogas apelmazada por encima).

—Me gustaría quedar contigo algún día —me dijo y le respondí que a mí, también.

Al recordar luego aquel primer beso, trataba también de recordar si su saliva sabía diferente a la mía, de encontrar el olor exacto a almizcle de su cabello y de olvidar las preguntas que no paré de hacerme (¿De verdad me gustaba que me besara?, ¿lo estaría haciendo yo mal?, ¿por qué me estaba besando?).

«Qué más da —me decía para sacármelas de la cabeza—, lo importante es que me ha besado». Y es que con aquel beso superaba una etapa, era un paso inicial y apasionante en el camino hacia la vida adulta.

Cuando Robin me preguntó si había pasado algo, me encogí de hombros y dije que no, que no

me gustaba y que no sabía de qué me hablaba. Y no quedé con ella esa primera tarde de las vacaciones. Aún llevaba el beso azucarado en la memoria y su recuerdo me mordisqueaba la piel con un cosquilleo. Era un secreto en el que solo podía pensar cuando estaba sola en mi habitación, como la caja con ropa de bebé de mi hermana que mamá tenía escondida bajo la cama. Mi intención era contárselo al día siguiente, cuando hubiera pasado todo y lo pudiéramos repasar para hacerla sentir orgullosa (otra cosa que me hacía vibrar).

—Vaya, aquí estás —dijo Tom, como si fuera yo quien hubiera llegado tarde. Se pasó la mano por el pelo con un gesto que había visto muchas veces en la tele y que tenía mucho de pose. Me sorprendió mirándolo demasiado tiempo y me sonrojé—. ¿Quieres ir a dar una vuelta?

—Claro.

Caminé a su lado. Él hablaba y yo mascullaba algo de vez en cuando. Me contaba cuánto había estudiado y yo, mientras, me preguntaba lo mismo que cuando cualquier otro chico se sentaba a mi lado en el autobús o me rozaba sin querer. Para mí, los chicos eran un enigma: ¿pensaríamos de la misma manera? ¿O eran diferentes en esencia?, ¿no estarían programados para ser nuestros contrarios? ¿Sentirían aquel roce como yo? ¿Me verían siquiera?

—¿Y cómo lo llevas tú?

Había perdido el hilo.

—Perdona, ¿qué decías?

—¿Qué tal los estudios?

—Ah... bien. Algo aburridos, ya sabes.

Me miró y entrecerró los ojos.

—Tienes pinta de que te gusta.

—¿Me gusta el qué?

Río.

—Estudiar. Tengo la sospecha de que te estás haciendo la interesante.

Encogí los hombros y miré hacia el agua, me había pescado en una mentira.

—¿Has aclarado ya las cosas con tu novia? —Había pensado mucho en cómo y cuándo hacer esa pregunta y entonces las palabras salieron solas, sin esperarlas.

—Sí y no... —dijo, con la cabeza hundida—. Hemos roto.

—Oh. —Hice un mohín—. Lo siento.

No era verdad. Estaba contenta, por supuesto.

—No pasa nada, los dos sabíamos que iba a pasar tarde o temprano. —La voz se le tiñó de rencor.

Lo miré.

—¿Quieres ir a tomar algo?

—Suena bien. Dame solo un segundo, tengo que comprar tabaco.

Entró en una tienda y lo esperé fuera, haciendo como que leía los carteles que había pegados al escaparate, tarjetas que anunciaban servicios que nadie quería; tiras de papel, gatos perdidos y perros encontrados. Por fin, Tom apareció por la puerta y agachó la cabeza para salir, aunque no le hacía falta. Estuve a punto de decírselo, pero me contuve.

—Señorita, ya tenemos suministros. —La bolsa tintineó cuando la levantó.

—¿Qué es eso?

—Bebida —dijo, sin burla—. No tienes edad para entrar a un bar, ¿no?
Me quedé mirándolo.

—Podríamos... Bueno, podrías entrar tú.

—Bah. —Me pasó el brazo por los hombros y dejé que me guiara por el paseo—. Lo pasaremos mejor al aire libre.

Cruzamos el muelle entre gente, letreros luminosos y monstruos de feria, y fuimos hacia el parque, con su enorme quiosco de música antiguo lleno de agujeros. La sombra del crematorio cubierto de finos remolinos de humo y unos botes que atravesaban los estuarios a velocidad endiablada. Había hecho ese mismo camino cientos de veces y era el de siempre, por mucho que deseara verlo de otra forma por recorrerlo con Tom, que hablaba entonces de música y de sus libros favoritos. Tenía la vaga sensación de que debería estar impresionada por él, tan sabio, tan erudito, tan mayor... pero también me parecía haberlo oído todo ya antes y mejor, en boca de otros. Aun así, asentía.

—Ah, y Bukowski, claro... Es un genio. ¿Has leído *Cartero*?

—No —respondí, aunque había hojeado un ejemplar en la biblioteca y me pareció aburrido y autocomplaciente, a partes iguales.

—¿Qué dices? No puede ser, es el mejor. El mejor de todos. —Se paró, miró alrededor, echó el abrigo sobre el césped y se dejó caer encima.

Me senté a su lado sobre el abrigo, que estiré con cuidado y sin quitármelo. La hierba estaba húmeda y se me congelaron las manos.

—Probemos con otro —dijo, al tiempo que abría una botella de sidra y me la pasaba—. *Matadero cinco*.

Me encogí de hombros. Lo había visto y leí la solapa. Me pareció una tontería, infantil e insulso.

—Madre mía, ¿qué os enseñan en ese instituto para chicas? ¿A bordar?

—Algo así. —Sonreí. Seguramente, sabía de forma instintiva cuál era el papel que debía interpretar.

Debía entusiasmarme por sus intereses y mostrarme reservada con los míos (carentes de interés, insípidos y sosos). Debía escuchar con atención, sin perder una sola palabra y respetar su amplia experiencia. No sé cómo lo sabía. Imagino que nos pasa a todas.

Sin embargo, cuanto más hablaba, más se me aclaraban a mí las ideas, que se desvelaban de una en una. No quería estar allí, me aburría. No quería besarlo, aunque antes me pareciera que sí. No quería ser la coartada de ese divagar interminable suyo. Así que me dediqué a beber, sin dejar de preguntarme cuándo me podría marchar. Podría decir algo así como «Tengo una cena con mis padres», padres en plural y a tono con la insipidez que me tocaba representar.

Con un «ha sido divertido», desaparecería envuelta en el misterio y no volveríamos a vernos nunca. Si le había hecho daño, se recuperaría enseguida y yo me marcharía a casa para no cometer jamás el mismo error. Todo acabaría en una tarde perdida, sin mayores consecuencias.

Lo que pasó en realidad fue que en dos horas iba a estar bajo la luz azul del retrete de la estación de autobuses, entre el hedor a cítricos y a vómito, papel matamoscas y barras fluorescentes. Me iba a lavar las manos, a sentarme e inspeccionar la falda en busca de manchas, hojas o restos de sangre en las costuras. La luz le hacía perder el color a todo. Después de cerrar los ojos, me iba a quitar una hoja seca del pelo y a aplastarla entre los dedos. Contado de esta

forma, suena más trágico de lo que en realidad fue. Seguramente, todo fue más anodino, y en su momento decidí lo más lógico: que no podía irme a casa de esa forma, aunque, por primera vez en mucho tiempo, estaba desesperada por volver.

—¿Qué vas a hacer luego? —Se incorporó sobre los codos. Una pregunta trivial, relajada. Incluso algo distante.

—Tengo una cena... —respondí, mirando el reloj—. Con mis padres. No puedo faltar.

—Claro.

Nos quedamos callados.

—¿Qué pasa? —dije al rato.

—Nada.

Otro silencio.

—Vale.

—¿El qué vale? —Me miró con una sonrisa tímida que dejó ver los dientes de abajo amarillos, con una capa de alquitrán.

—Vale no quiere decir nada.

—Vale.

—Eres idiota, ¿lo sabes?

—Muchas gracias.

—Para eso estoy.

—Menos esta noche.

—Menos esta noche.

El suelo comenzó a moverse. No tenía claro qué estaba pasando ni el terreno en el que me adentraba. Tenía la impresión de estar coqueteando sin ser muy consciente de ello y el corazón me iba a estallar, aunque tampoco me abandonaba una sensación vaga de culpa que no lograba entender. En cierta manera, temía defraudarlo y me pesaba no poder ser la chica que le ofrecía. Nunca iba a estar a la altura de las expectativas que yo misma creaba.

Hay que apuntar, sin embargo, que este análisis resulta de la perspectiva que da el tiempo. En aquel momento no fue más que esa sensación que una tiene en las tripas cuando sabe que está haciendo algo mal.

—Bueno, yo me voy ya —dije por fin.

—Como quieras. —No se movió.

Me sacudí hojas húmedas y briznas de hierba de las piernas y las manos. Él me miró un momento antes de imitarme y dejó escapar un suave suspiro al coger la chaqueta.

Un disco volaba a toda velocidad entre unos niños chillones y un corrillo de madres con cochecitos y chismes. Después de atravesar el parque, entramos en el arboreto, en el que no había más que unas cuantas filas de árboles y una obra vallada con llamativos letreros que anunciaban la construcción de un nuevo hotel condenado a no existir. Volvía a hablar como si no hubiera pasado nada, con lo que me convencí de que era así. Lo escuché y le di la razón con más entusiasmo, gracia y fascinación por sus ideas que antes, intentando compensar así mi desdén.

—Me gustaría pasar el verano en algún voluntariado. Aunque aún no sé dónde. Puede que con Greenpeace... Algo así.

—Genial —dije—. Sería increíble.

Se detuvo, me pasó el brazo por los hombros y me besó en la frente. Siguió allí un instante, con la nariz y los labios entre mi pelo, hasta que me aparté y traté de quitarle importancia con una risa.

—Ven un momento —dijo, agarrándome de la mano.

—Tengo que...

Me apretó un poco y lo seguí sin doblar el brazo, con los hombros bloqueados y el cuerpo rígido. «Está bien», pensé. Empezar a gritar o soltarle la mano sería exagerar, ponerse teatrera. «No pasa nada, todo está bien».

Paramos entre los árboles y la luz que se colaba parpadeando entre las hojas. Me miró, sonrió y me besó en la mejilla, con una boca que olía a levadura. Me eché para atrás, pero volvió a besarme. «¿Y si esto es romántico? —me pregunté—. ¿Y si estoy demasiado tensa?». Pasó un niño a la carrera, riendo y arrastrando un ruidoso juguete con ruedas, así que nos adentramos un poco más en la espesura y andando sobre cascotes de botella rotos.

—¿Adónde vamos? —pregunté, incapaz de zafarme de esa mano caliente y húmeda con la que me agarraba.

—Calla —dijo.

A veces, al recordar su sonrisa, imagino que tenía algo de siniestra, aunque no creo que lo tuviera de verdad. No fue más que una sonrisa, pero a mí se me aceleró el pulso y me estremecí de miedo.

—Tengo que...

—Chist... Solo serán cinco minutos —dijo y volvió a apretarme la mano.

Llegamos a un claro junto al cercado y nos quedamos rodeados de árboles. Entonces, me acercó a él y volvió a besarme en las mejillas; primero en una y luego, en la otra.

—¿Estás bien? —susurró.

—Tengo que irme.

—Claro. —Me pasó un brazo por la cintura y deslizó la otra mano bajo la mochila, para hundirme los dedos en el omóplato. Se me doblaron las rodillas y caí al suelo. Unas ramitas crujieron por debajo.

—Yo no...

—Chist... —repetió, un sonido que nunca dejaré de oír.

Podría haber forcejeado, arañado, peleado, empujado, gritado o llorado... todo lo que se supone que hace una chica en una situación como esa. Pero no lo hice. Obedecí y callé, cerré los ojos y no dije ni una sola palabra.

—¿Te parece bien? —dijo, mientras me levantaba la falda por encima de la cintura y, con el otro brazo, me hundía el hombro en el barro, bajo su peso.

No respondí, solo cerré los ojos y él me besó la frente.

Del resto solo veo destellos de recuerdos fragmentados.

De caricias suaves sobre el cuello y una respiración caliente en el oído; de todas y cada una de las ramitas y piedrecitas que se me clavaron en la espalda. Un beso en cada mejilla, una mano que me retira el pelo de los ojos, y yo que me mancho de polvo y barro. Su olor amarillo, frío y húmedo, el sudor agrio. Aquella primera punzada y un dolor penetrante que me atraviesa y que se rompe en un gemido. Y de nuevo, ese dulce chisteo...

Cerré los ojos y sentí unas manos tratando de parecer tiernas. Su cara y el sudor que me

resbalaba por el cuello, el gesto retorcido, como si el cráneo intentara atravesarle la piel. Nuestra espantosa presencia animal, nuestra verdadera forma. ¿De verdad quería estar ahí? Me dije que sí y, para convencerme, recordé todas las veces en que había pensado en el beso. Puede que fuera culpa mía. Puede que lo hubiera deseado con demasiada fuerza. Que hubiera confundido las cosas y que lo hubiera confundido a él.

Entonces, terminó. Acabó con un jadeo y un suspiro, y me clavó el mentón en el hueco del cuello al caer derrumbado sobre mí. Oí su respiración y conté los segundos a medida que iban pasando. Por fin, se apartó, se puso de pie y me tendió una mano para levantarme.

Me sacudí la ropa y lo seguí en silencio de vuelta por el mismo camino. Volvió a hablar sin parar, como si no hubiera pasado nada y no quise desengañoarlo. Reí, asentí y le di la razón entre la gente hasta llegar a la estación de autobuses y las marquesinas de plástico cubiertas de arañazos en los que la luz quedaba atrapada. Me senté a esperar para volver a casa.

El autobús de la universidad se detuvo junto a la parada; Tom lo miró y luego, me miró a mí.

—Deberías cogerlo —dije, porque sabía lo que estaba esperando. La teoría decía que debía quedarse hasta que me fuera yo.

—¿Seguro? —dijo, echando ya a andar.

—Claro, no te preocupes. El mío no tardará.

—Vale, genial. —Sonrió y se acercó para besarme en la mejilla. Me entraron náuseas al notar su aliento—. Nos vemos.

—Vale —dije y se marchó.

Me hundí los dedos en la boca del estómago, me clavé las uñas y esperé de pie un momento. Entonces, fui a limpiarme al retrete de luz azul. Ya en el autobús, de camino a casa y con la espalda mojada, me arranqué una astilla y sangré.

—Hola, mamá. —Estaba de pie en la sala de estar, con las luces apagadas, las cortinas corridas y la televisión parpadeando.

—Hola, cariño —dijo sin mirarme—. ¿Qué tal el día?

Pensé en aquella pregunta y me pasé una mano por el pelo; estaba apelmazado. Sacudí la mano.

—Bien. —Aunque no me miraba, lo dije con una sonrisa para que fuera menos mentira.

—Me alegro —dijo, atrapada por el televisor.

Arriba, metí la ropa en una funda de almohada, evitando mirar las manchas. No podía dejar aquella ropa en la colada, pero verla —su mera presencia— me ponía enferma, así que até la almohada con un nudo, la eché al fondo del armario y lo cerré de un portazo.

Llené la bañera con agua hirviendo y me metí dentro. Al principio, me escaldé la piel, pero no me moví ni dejé de mirar asqueada mi cuerpo, hasta que anocheció y empecé a tener frío.

«No pasa nada», me dije y observé una araña que recorría el techo recubierto de moho negro. «Todo está bien», me dije y deslicé los dedos para dibujar la cuerda que lía el papel encerado, el envoltorio de la carne cortada a filetes. «No es para tanto», me dije, deseando que fuera cierto, y me sumergí en el agua. Oí sonar un trueno y me alegró que hubiera tormenta, la lluvia empezó a azotar la ventana haciéndose eco de mi corazón cansado de tanto correr.

Aún no me había visto.

Estaba echada sobre un libro con la espalda encorvada, un sándwich en una mano y café, en la

otra. Cuando veía a Robin sola, nunca dejaba de maravillarme lo pequeña que podía llegar a ser, casi invisible si no fuera por aquel cabello y por su forma de sonreír al verte, una sonrisa generosa y de dientes torcidos. Era como si la chica que conocía fuera una impostura, una personalidad excesiva que se encogía hasta casi desaparecer en cuanto se quedaba a solas y dejaba a un lado el caparazón.

—Hola —dije, mientras me sentaba en el banco de enfrente.

Me miró y guiñó un ojo. Allí estaba otra vez.

—Hola, capulla. ¿Qué haces?

—Nada. ¿Qué lees? —Ya lo sabía. Semanas antes, lo había dejado en la torre para que lo encontrara, sabía que le iba a encantar. Era un relato escabroso de los asesinatos de Manson, plagado de detalles morbosos. Habíamos encontrado una obsesión común por las historias más sórdidas de crímenes reales y por unos infumables libros de bolsillo. Aquel lo tenía todo.

—Nada interesante —dijo, dejándolo sobre la mesa. Le crujió la espalda y me miró, con una sonrisa feroz.

—Dicen por ahí... —empezó a hablar despacio, saboreando las palabras, sacándolas de una en una—. Dicen por ahí que la mejor amiga de alguien comenzó la Navidad haciendo cochinas con un amigo de su novio.

Se me encendieron las mejillas y de pronto tuve ganas de llorar.

—Por Dios, es verdad —dijo, acercándose—. ¿Te lo tiraste en el parque?

—No sé de qué me hablas. —Me temblaba la voz. El recuerdo trajo un hormigueo en las mejillas y náuseas. Las manos, el barro, el pelo apelmazado, su presa.

—Sí lo sabes. Dios mío, claro que lo sabes. Joder. No pensaba que fueras tan guarra. —Se echó a reír y sacudió la cabeza—. Creí que de esa parte me encargaba yo.

Me giré al ver que saludaba a alguien, Alex entraba por la puerta y miró seductora al músico acabado que la contemplaba desde el rincón y que llevaba tres meses dedicándole canciones. No le hacía el más mínimo caso, pero le gustaba jugar con él, intercalando miradas coquetas con el rechazo más absoluto, a lo que nosotras respondíamos con carcajadas, cuchicheos y miradas en su dirección.

—No le digas nada —susurré, con una mirada de súplica—. Por favor.

—Eh, zorra —dijo Robin, sin dejar de mirarme—. ¿Qué tal?

Alex se lanzó a contarnos con entusiasmo una pesadilla culinaria, una historia de desventuras fruto de la incapacidad de Grace para seguir una receta y que terminó (como solían hacer todas las historias de Alex) con un «así que nos rendimos y abrimos una botella de vino». Siempre conseguía impresionarme la naturalidad con la que Alex trataba con gustos que (al menos para mí) eran sofisticados y de adulto.

Tenía un año más que nosotras y al terminar secundaria pasó otro en Nueva York trabajando de becaria en la modernísima agencia de publicidad de una amiga de su madre. El que reservara tiempo para hacerse la manicura (una costumbre que nos resultaba extraña y sin sentido a las demás, que cubríamos las uñas desconchadas con laca de colores chillones), que supiera conducir y su capacidad para describir con todo lujo de detalles los diferentes tipos de vino —o, al menos, eso nos parecía a nosotras, que no podíamos darle la razón ni quitársela— le daban un aura de madurez que no podíamos más que imitar, remedando los gestos robados ante nuestros padres y compañeras.

—Vuelvo enseguida. —Robin se levantó del asiento—. Tengo que hablar con alguien. — Señaló a un hombre vestido con un traje chillón de color morado. Estaba demacrado. Le compraba polvos y pastillas cuando Andy no podía pasarle nada o se había enfadado con ella.

Nos quedamos viendo cómo se le acercaba y entablaba lo que parecía una conversación desenfadada, con una soltura que no podía más que envidiar. Miré a Alex —los labios carnosos mordisqueados, la caída profunda de sus cejas— y nos reímos cuando Robin le puso una mano en el brazo, un gesto sencillo que le valió un café, como las dos sabíamos que pasaría. Con Robin, algunas cosas eran inevitables. Eran su consecuencia.

—Violet —dijo Alex en voz baja. La miré, tenía los ojos brillantes de color verde y perfilados en negro, y unas pestañas de un largo imposible—. Quería preguntarte algo. —Miró hacia Robin—. No sabrás nada de un libro que ha desaparecido del despacho de mi madre, ¿verdad?

Me ruboricé. No tenía ni idea, pero podía imaginarlo.

—¿Qué libro?

—Uno de esos raros que tiene mamá. Es bastante antiguo y va encuadernado en cuero, con los bordes de oro... Ha desaparecido y está que se sube por las paredes. Me ha amenazado con llamar a la policía si no le digo dónde está.

—¿A la policía?

—No lo hará, seguro que solo es una amenaza.

Bebí un sorbo de café mientras buscaba una excusa.

—¿No habrá sido la vecina? —Me costó hacer salir aquellas palabras.

—Lo dudo —dijo, recostándose—. Está siempre tan borracha que no podría leer nada. Además, no creo que le interesen mucho los rituales antiguos y las prácticas de ocultismo. —Me miró la palma de la mano y, automáticamente, cerré el puño y lo metí debajo de la mesa.

—Nunca se sabe. —Solté una risilla.

Sonrió.

—No digas nada, pero tengo la corazonada de que lo cogió Robin. Estuvimos hablando de eso mismo la noche que estuvisteis en casa y, oh casualidad, al día siguiente desaparece el libro.

—Um... —No recordaba haber hablado de eso con las otras dos. «Estabas borracha, seguramente fue cuando te quedaste dormida».

Nos quedamos calladas.

—Bueno —empecé a decir, llevada por los nervios—. Si comenta alguna cosa, te lo diré. Pero... no creo que vaya robando cosas por ahí, ¿no?

Alex resopló.

—Vaya, así que lo cogió ella. Por Dios, Violet, qué mal mientes.

—¿Estáis listas, capullas? —Robin apareció y se inclinó sobre la mesa.

Alex me sonrió.

—Listas —dijo. Se levantó y fue hacia la puerta, dejándome atrás, como siempre.

CAPÍTULO 7

Nicky señaló hacia unas chicas que estaban junto al olmo y yo vi a la señora Boucher ardiendo entre un corro de mujeres —de niñas como yo— deshechas en llanto y suplicando cogidas de la mano, para que terminara aquel sufrimiento. El decano y el director trataban de acordonar con postes y cinta el tronco chamuscado y partido después de que le cayera un rayo en las vacaciones de invierno.

—Seguro que no es más que un rumor (ya sabes cómo es este sitio), pero me han dicho que le hizo una mamada a Patrick Chase en las escaleras cuando terminó la fiesta. A mí se me hace raro, porque siempre me ha parecido una estrecha.

Me caía bien o, al menos, no entendía por qué les caía mal a las otras. Era bastante simpática. Algo cotilla, es cierto, pero incluso eso me parecía útil, una especie de guía rápida en los secretos del colegio, en el que seguía siendo «la nueva».

—De todas formas, eso no es nada comparado con lo que me han contado de Victoria Riley. ¿Sabes quién te digo? La de las cuadras, la que va siempre tan arreglada, que tiene cara de caballo y es ancha de caderas... Bueno, da igual, el caso es que Anna me ha dicho que la vio...

Desconecté. Las chicas cuchicheaban y se mofaban del director, que parecía tener serios problemas para mantener un poste erguido.

—Y tu amiguita Robin, también...

—Espera, ¿qué? —dije, reincorporándome a la cháchara de Nicky al escuchar un nombre conocido.

—Que también estuvo el año pasado.

—¿Dónde?

—En la clínica. Melanie Barker estuvo con ella.

—¿Qué clínica?

Nicky me miró enfadada.

—¿Has escuchado algo de lo que te he contado?

—Perdona, me he distraído. Vuelve un poco para atrás.

Suspiró.

—Vale, escucha. Melanie Barker... Sabes quién, ¿no? La que se parece a Madonna, si Madonna fuera fea y gorda. —Hablabla despacio, como si tratara de comunicarse con alguien que no hablara su idioma.

—Sí. —No era verdad.

—Pues bien, tiene bulimia, aunque viéndola, nadie lo diría. El año pasado, se enganchó a unas

pastillas para adelgazar que le pasaba la amiga de una amiga, o lo que fuera. El caso es que eran una especie de *speed* y se ponía como una moto.

Me pregunté si Nicky habría probado el *speed* alguna vez. Era más que improbable, me pareció extremadamente inocente de pronto, y no estaba segura de que eso fuera nada malo. Aún me quemaba el tajo que llevaba en la palma de la mano.

—Al final, sus padres la pillaron, estaba claro, y la mandaron al Appleyard, que es igual que el Priory, pero sin famosos. Está lleno de niños ricos que beben como esponjas, le roban el Valium a su madre y cosas por el estilo.

—Ajá. —Estaba jugueteando con una pulsera, para hacerme la indiferente—. ¿Y qué tiene que ver todo eso con Robin?

—Estuvieron las dos ingresadas al mismo tiempo. Melanie y Robin. Pero no es que la experiencia las haya unido, ni nada de eso.

—¿Y por qué estaba allí?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Tendría algún problema con las drogas, el alcohol, la comida o de la cabeza... Eso es como un súper. Lo que cuentan es que un día tu amiguita perdió la razón. Del todo. Empezó a ir por los pasillos gritando que nunca iban a encontrar a Emily Frost, que el cuerpo no iba a aparecer y que todo era culpa suya... Pero a lo que iba... —Empezó a contarme otra historia, una sobre Melanie, un «acción o verdad» y una botella de vino. No tenía muchas ganas de saber cómo terminaba.

Volví a mirar hacia el olmo. Los profesores acababan de terminar el trabajo. El decano se echó para atrás y se protegió la vista de la luz blanquecina que atravesaba las ramas, mientras el director les dijo algo a las chicas, que rompieron a reír. El otro sacudió la cabeza, dio media vuelta y se marchó apretando los puños, aunque al pillarme mirando, abrió las manos, me saludó y desapareció bajo los arcos con la cabeza hundida.

Annabel estaba sentada en la butaca con las piernas cruzadas y nosotras cuatro, apoltronadas en sofás, rodeadas por pilas de libros, bebiendo té con especias y escuchando. Los antiguos radiadores del campanil crujían y gemían en coro, y las mujeres de las paredes vigilaban la escena. Estábamos estudiando los arquetipos femeninos, los orígenes de lo que Annabel denominaba el «mito de la feminidad». Yo me ocultaba detrás del libro, con la sensación de ir demasiado retrasada con las lecturas y de ser incapaz de ponerme al día. En vacaciones, no había tocado un libro. Todos los que me llevé a casa se quedaron sin abrir entre ceniceros y botellas a medio beber de mamá y mías, enganchadas las dos al olvido con el que tratábamos de protegernos.

Ante mis ojos, flotaban lánguidamente con su ritmo torpe y complicado interminables estrofas de literatura griega y romana de las que debíamos sacar nociones básicas sobre las figuras que dominaban el arte.

—Aunque la mujer estaba mal considerada en la sociedad ateniense, que la relegaba a una posición secundaria junto con extranjeros y esclavos, la tragedia la dignifica y fortalece —dijo, con una sonrisa—. Nos basta Medea para dar buena cuenta de nuestra situación, tanto es así que sus palabras resuenan de cuando en cuando en boca de las nuestras: «Pues la mujer es medrosa y no puede aprestarse a la lucha ni contemplar las armas, pero, cuando la agravian en lo que toca al lecho, nada hay en todo el mundo ser más sanguinario que ella». Medea era la gran amenaza, una

mujer agraviada por el hombre y en busca de una venganza que a su público le costaría condenar, por mucho que fueran casi todos hombres.

Grace asintió y noté que Robin estiraba un poco el cuello para llamarme la atención.

«Aún me cuesta creer que lo hicieras —me había dicho de camino a clase, volviendo al tema de las cochinas, que no parecía dispuesta a olvidar tan fácilmente—. Voy a tardar meses en recuperarme».

«Y yo», le respondí tajante y, para mi sorpresa, su expresión me hizo sentir comprendida por una fracción de segundo, pero Grace apareció y tuvimos que cambiar de tema. Desde entonces, me había estado dedicando torpes sonrisas de disculpa, pero yo seguía sin poder mirarla a la cara.

—¿Qué más temen los hombres? Dirijamos la mirada a la tragedia, en la que habitan sus miedos más inconcebibles. Lo peor que podría sucederles aparece representado sobre el escenario, ante sus propios ojos. Las obras sugieren que las relaciones entre hermanas (*Antígona* e *Ismena*, *Electra* y *Crisótemis*) son buenas, comparten afecto y cariño, y la tragedia parece encantada de permitirlo. Lo mismo sucede con los coros, que suelen ser femeninos y que, por lo general, se inclinan a favor de las mujeres.

»Pero ¿encontramos amistades entre mujeres en el ámbito privado y sin guía masculina? No, jamás. Cuando las mujeres se quedan solas y sin hombres que las supervisen, las cosas terminan casi siempre en desastre para su hogar y para toda la comunidad. Esa libertad da lugar a la locura, la cólera, el deseo sexual o los celos y la muerte. Las mujeres no pueden quedarse juntas a solas o se desencadenará sin remedio la tragedia.

Dio unos golpecitos sobre el manido manual que tenía abierto sobre las piernas.

—Un crítico dijo, y cito: «las mujeres se convierten en figuras trágicas ante la ausencia de los hombres o cuando estos fallan al orientarlas» —continuó, sin disimular la mofa—. En Sófocles, «*Antígona* comienza a actuar cuando su tío Creonte se niega a enterrar a su hermano Polinices. En la *Orestíada*, Clitemnestra solo toma el poder de Argos cuando su esposo lleva diez años en la guerra de Troya» (y lo asesina por haber sacrificado a su hija, entre otros desmanes, añadiría yo) y «*Medea* se convierte en la agresora cuando su marido la abandona para contraer un matrimonio con el cual espera mejorar su posición social, dejando que sus hijos y ella se mueran de hambre». Esto de aquí —dijo cerrando el libro y dejándolo sobre la mesa— es vuestro manual de literatura clásica. Pero veréis, por muy extremos que sean los actos de esas mujeres, a todas nos costaría condenarlos. Si buscan venganza es a resultas de actos cometidos por hombres; no son el fruto de su ausencia ni de sus errores al orientarlas como dice el manual, sino de su crueldad y su egoísmo.

Se levantó, como hacía cada vez que llegaba adonde quería, y se acercó a la ventana, ofreciéndonos la espalda. Me cayó sobre las piernas una bola de papel. Al levantar la vista, vi que Robin me hacía señas para que la abriera, le brillaban los ojos.

«Pareces triste». Estaba escrito con su letra grande y angulosa, que prácticamente se salía del papel, lo cogí entre los dedos por el borde, buscando las palabras.

—Imaginad una sociedad construida sobre la idea de que los actos de los hombres se basan indiscutiblemente en la razón, mientras que las mujeres son irracionales y dadas al error, por naturaleza. No creo que os cueste mucho, ¿verdad?

Cogí el boli, empecé a escribir «Estoy triste», y le lancé de vuelta la bola. Annabel se giró hacia nosotras y le sonreí. Parecía del color de la luz tenue del invierno y se mostraba tan orgullosa como las mujeres de las que hablaba. Cuando hago lo mismo, la veo ante mí y tengo la sensación de estar representando un papel como seguramente también hacía ella.

—Bien, veamos qué nos dice Melanipa (aunque, claro está, a través del dramaturgo Eurípides): «Las críticas que los hombres vierten sobre las mujeres no son merecedoras de que tensemos el arco ni de nuestra maledicencia. Como he de mostrar, las mujeres somos mejores que los hombres... Pensad en lo que, en mi opinión, es lo más importante, nuestro papel en la religión. Nosotras, las mujeres, tenemos la función más importante, porque profetizamos la voluntad del Loxias en los oráculos de Febo. Y en el santo lugar de Dodona, cerca del roble sagrado, las mujeres revelamos la voluntad de Zeus a quienes, de toda Grecia, la consultan. Y los rituales sagrados de las moiras y las diosas sin nombre (las erinias) no serían santos si fuesen realizados por hombres, en cambio prosperan en manos de las mujeres. De esta forma, las mujeres tenemos una participación correcta en el servicio de los dioses. ¿Por qué razón, entonces, hemos de tener las mujeres mala reputación?». Tiene razón y lo sabe mostrar.

»Aun en este fragmento, sin embargo, parece que las mujeres tenemos reservados dos únicos destinos, que estamos condenadas a ser tenidas por mortales irracionales e impredecibles, agraviadas y sometidas por los actos de los hombres, o por seres sagrados, diosas salidas de una esfera superior que habitamos entre las parcas y las furias.

Las enormes manillas de las esferas del reloj avanzaban al unísono y llegaron a las seis en punto. Annabel suspiró, nos miró de una en una y volvió a sentarse en el sillón, como si estuviera agotada. Como si la fuerza de las palabras le hubiera superado.

—Eso es todo por hoy, chicas —dijo con la voz apagada—. No os portéis demasiado mal hasta la próxima clase.

Cuando llegamos a la ciudad (la oscuridad iluminada por la luna llena, las farolas y los pasajes comerciales), Robin me cogió del brazo y fuimos así y sin hablar hasta la sirena.

—Son todos unos cerdos —me dijo y yo apoyé la cabeza en su hombro un momento, entre el tacto suave y el olor dulzón a tabaco de su cabello.

En el autobús habíamos ido las dos juntas y no nos hizo falta decir nada, Robin lo había comprendido, se le había ido el color y le temblaban las manos. Cuando Alex y Grace se marcharon, me apretó la mano con fuerza y, aunque la masa negra y aterradora que me llenaba las tripas siguió donde estaba, pareció hacerse más liviana, como si perdiera fuerza al estar compartida.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije despacio.

Asintió.

—¿Conoces a Melanie Barker?

No había pensado en hacerle esa pregunta y entonces no pude contenerme, sin saber por qué. Continuó mirando hacia adelante, sin apenas reaccionar. Al cabo de un rato, se volvió hacia mí.

—¿Quién dices?

—Melanie Barker. —Otro silencio—. La que se parece a Madonna, pero en gorda y fea.

—No.

El silencio pesaba como una losa. Solo las gaviotas gritaban a lo lejos en el muelle. Respiré hondo y decidí insistir.

—Nicky me ha contado que estuvo en una clínica o algo así, y que os conocéis.

—¿Y la crees?

—Yo... no lo sé.

—En serio, Violet. No creas ni una palabra de lo que te digan esas capullas. Sus vidas son un muermo y necesitan meter cizaña para entretenerse. —Calló un momento—. No sé por qué hablas con ella, sobre todo porque es quien se ha dedicado a contar por ahí lo que hiciste con...

Se me subieron los colores. «¿Quién más lo sabe?», pensé, mientras la vergüenza se abría paso como un torrente. Traté de desviar la conversación.

—¿Qué les pasa a las otras?

—¿A quién?

Me giré hacia ella e hice una mueca, como diciendo: «¿Quién va a ser?». Grace y Alex se habían marchado sin despedirse al llegar a la sirena, aunque Grace me suplicó con la mirada que fuera con ellas. Alex entornó los ojos al verme dudar y Robin sonrió, en lo que me pareció era un gesto de victoria. Durante esa fracción de segundo de indecisión, elegí un bando en una guerra que no entendía.

Sonó una risa irónica y cargada de resentimiento.

—Bueno, ya sabes...

—¿Es por el libro?

Sacó un rollo de chicle de la chaqueta y se enroscó un trocito en el dedo.

—¿Cómo lo sabes?

No respondí, esperando a que siguiera. Se metió el chicle entre los dientes y tiró de él, que le dejó una marca roja por un lado y blanca, sobre la uña.

—Querían quemarlo —dijo, por fin.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero ¿sabes quién quema libros? —Cogió un escarabajo que le estaba subiendo por el calcetín y lo sujetó a la altura de los ojos. El bicho desplegó las alas, para alzar el vuelo. Lo lanzó hacia arriba y cayó trazando un arco sobre la arena—. Los nazis.

Lo dijo tan convencida que eché a reír. Me miró.

—¿De qué te ríes?

—No puedes comparar a Alex y a Grace con los nazis.

Dio media vuelta furiosa, pero vi que esbozaba una sonrisa.

—Somos las diabólicass lesbianas nazziss, y vamos a quemarr tus librrros. —Lo dije preguntándome por qué le tocaba a ella hacerse la ofendida y a mí, ablandarla. Tal y como estaban las cosas, me resultó un poco raro.

Resopló, la situación se destensó y el aire volvió a correr.

—Qué tonta eres.

—Bueno, ¿dónde está el libro? —añadí, al cabo de un momento.

—Ni lo sueñes.

—¿Cómo dices?

—Se lo dirás a Alex —respondió.

—No lo haré.

—Lo siento Vivi, no quiero correr ese riesgo. —Me sonrió con picardía—. A menos que te apetezca... ya sabes.

No dije nada, haciendo como que miraba un trozo de papel que llevaba pegado a la suela.

—Sí que te apetece, ¡claro que sí! —Dos chicas pasaron a nuestro lado y miraron en nuestra

dirección, habían presentido el cotilleo.

—Chist —dije—. No quiero. —Añadí, aunque hasta a mí me sonó a mentira.

—Sí, sí y sí. —Me cogió la mano—. Vamos, Vi. Di la verdad, será divertido.

—¿Tanto como la última vez? —pregunté—. Cuando me apuñalaste, digo.

—No te apuñalé —dijo entre risas—. Fue una forma de demostrarte mi amistad, de unirme a ti para siempre.

—Habría preferido una pulsera.

—Si aguantas lo suficiente, también te regalaré una, oh yin de mi yang —dijo, soltando y sacudiendo la melena—. Te doy tiempo para pensarlo, pero no le des muchas vueltas... —Levantó la mochila y se la colgó del hombro—. El sábado iré a pillar cosas. Estaré aquí a las once si te apetece divertirme un poco...

—¿Cosas para qué? —le pregunté cuando ya se iba, pero no respondió.

«Y de esta forma, la bella Medusa sufrió el castigo de Poseidón, que la transformó en un ser monstruoso, en una criatura que, por su sacrilegio, fue condenada a convertir en piedra a quien la mirase», pasé la página, estaba arrebatada. «Así pues, es ella el motivo más fértil para Da Vinci, Caravaggio y muchos otros nombres de la historia del arte. El destello de sus ojos, el depredador convertido en presa, y vuelta a empezar. Es la mujer que se niega a ocupar el lugar que le está reservado y que es devuelta a él: su cabeza decapitada nos sirve de advertencia a todas».

Deslicé los dedos por la fotocopia; las palabras de Annabel en tinta brillante reflejaban las luces de la recepción. Me habían llamado para recoger unas faltas de asistencia sobre las que acabaría falsificando la firma de mi madre, como siempre.

—Violet, me gustaría hablar contigo. —El decano apareció sonriente en la puerta del despacho, con esas baquetas que tenía por dedos agarradas al marco como si fueran cáscaras vacías.

Una desagradable sorpresa. Había conseguido hacerme con las cartas que habían enviado a casa, todas con el crespón de Elm Hollow que las delataba. «Estamos preocupados», empezaban siempre y terminaban invitando a mi madre a «reunirse» con el decano.

Cuando eres adulta, acabas acostumbrada a todo tipo de reuniones insustanciales, a pasar horas interminables sentada en una mesa, a los diálogos de sordos en los que todas las partes actúan por inercia y se marchan sin que haya cambiado nada. Pero entonces, como parece que les pasa ahora a mis propias alumnas, una reunión entre padres y profesores parecía la mayor de las humillaciones posible, de esas que te acompañan de por vida.

Ya sería suficiente bochorno que el decano viera a mi madre vestida con una sudadera llena de lamparones y unos vaqueros raídos, pero me entraban escalofríos con tan solo pensar en la posibilidad de que Annabel la viera —que viera de dónde salía yo y, por tanto, cómo podría acabar—. El momento de la revelación sería insoportable, ese instante en el que Annabel se ruborizaría antes de dar media vuelta y desaparecer. Era un encuentro que estaba decidida a evitar a toda costa.

Me senté al borde del sillón y lo observé mientras él tomaba asiento, con la carne apretada trasluciéndose a través de la camisa y unos pequeños aros de sudor en el pliegue de los codos. Sonrió, una sonrisa amable, de una franqueza ensayada que había visto ya en los ojos de los de la ambulancia, de los médicos y de la policía: la empatía hueca de quien se ha preparado para cuidar

de otros. Estar allí no me gustaba y me parecía injusto tal y como estaban las cosas. Antes de las vacaciones de Navidad, había sacado buenas notas, aunque no brillantes. Y también reconocía que había descuidado un poco la asistencia, porque la tentación de ir a dar una vuelta con Robin me resultaba irresistible, pero aun así, me parecía que lo había hecho bien, por lo menos hasta poco antes.

—¿Cómo te va, Violet?

—Bien, señor —dije apagada y mirándome las manos, cruzadas en el regazo.

—Estupendo. —Chasquéo la lengua tres veces y se acercó—. Violet, estoy algo preocupado. He estado viendo tus notas y creo que estás por debajo de lo que esperábamos de ti. —Se detuvo, para que lo mirara a los ojos—. Sé que estás acostumbrada a un método de enseñanza menos convencional y por eso quería hablar contigo. ¿Te resulta difícil seguir el ritmo de las clases?

El pecho se me hinchó de orgullo herido. Lo miré.

—No, señor.

Se humedeció el labio con una lengua que asomó seca, como la de un gato.

—Entonces, ¿entiendes bien las tareas?

—Sí, señor. —Sonreí tímidamente, en una mueca.

Suspiró.

—En ese caso, Violet, si te puedo preguntar... ¿Hay algo que te impida rendir más?

Lo seguí mirando a los ojos sin decir nada, con la esperanza de que, solo por yo quererlo, pudiera obligarlo a cambiar de tema. Me sostuvo la mirada y noté un escalofrío, una sensación de miedo fulminante que no supe identificar. El corazón empezó a latirme rápido, como si fuera a salirse del pecho.

—Verá... —empecé a decir casi sin voz—. Si estoy en un lío...

—No estás en ningún lío —dijo recostándose y haciendo crujir la silla—. Solo quería charlar contigo, para ver si puedo ayudarte a volver a centrarte. Imagino que querrás ir a la universidad, ¿no es así?

—Sí, señor. —No era del todo cierto, pero tampoco falso.

No le había dado muchas vueltas, aunque escuchaba conversaciones sueltas entre las chicas y por todo el colegio. Para las alumnas de Elm Hollow, ir a la universidad era algo que se daba por sentado, la meta ineludible hacia la que nos dirigíamos todas. Seguramente era lógico, porque cuando terminara el instituto, ¿quién en su sano juicio querría quedarse en los confines de nuestra miserable y pequeña ciudad?

—Excelente. Me alegra mucho, Violet, pero voy a ser sincero contigo. Las mejores universidades abrirán el plazo de solicitudes en octubre. Deberás presentar tu expediente y por ahora no tienes gran cosa que enseñar, francamente. —Suspiró y se le escapó un pequeño michelín por encima del cinturón—. Sé que te parecerá aburrido, pero si de verdad quieres optar a esas universidades, tendrás que empezar a pensar en el futuro y a subir las notas. A juzgar por tus resultados antes de este cuatrimestre, estoy convencido de que podrías.

Noté una punzada en la garganta y las mejillas comenzaron a arderme. Había puesto una mano vacilante sobre la mía y yo aparté la vista. Me enfadé por llorar, sobre todo delante de un profesor... sobre todo delante del decano, porque todas conocíamos su gusto por dárselas de salvador. A todas nos habían contado que «hizo todo lo que pudo» por Emily, que incluso dedicó una semana de sus vacaciones a colaborar en la búsqueda. No quería ser otra obra de caridad.

Pero cuando cayó la primera lágrima, la siguieron más, tantas que empecé a temblar entre sollozos.

Me ofreció un pañuelo.

—Violet, no pasa nada por flaquear alguna vez. Nos pasa a todos, lo importante es que ahora mismo estás en lugar de recuperarte y nadie tendrá por qué saberlo. —Notaba una mano enorme, caliente y húmeda sobre la mía, tenía la palma callosa y áspera. Lo miré—. Entre tú y yo, podemos preparar un plan para que te pongas al día en un santiamén.

Me encogí de hombros tímidamente, no sabía cómo responder a aquella pequeña muestra de generosidad y tenía miedo de llorar todavía más si intentaba hablar. «Quiero irme», pensé y me acordé de Tom, me repugnó el contacto entre su piel y la mía, el nauseabundo correr del sudor. Por fin, me soltó. Me limpié la mano en la falda.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Hizo como que no se había fijado y empezó a hojear un libro lleno de programas y códigos de universidades—. Hay alumnas que realizan trabajos voluntarios para demostrar su compromiso con los estudios. ¿Estás en alguna extraescolar?

—No —respondí y él esperó, para que siguiera—. No me van los deportes.

—¿Y la música? ¿Te gustaría estar en la banda?

Suspiré.

—No sé tocar nada.

Se recostó en la silla y empezó a dar golpecitos con el pie contra el borde de la mesa.

—Bueno, ¿qué hay de...? Um...

—¿Qué?

—Verás, estoy trabajando en un libro y me vendría bien una ayudante para la investigación. Claro que no es una extraescolar al uso, pero podría escribirte una recomendación cuando llegue el momento de presentar las solicitudes. Si te la has ganado, claro.

Tardé un momento en responder.

—¿Qué clase de libro?

—Una historia de Elm Hollow... O más bien, sobre los mitos y leyendas que rodean este lugar. —Dio unos golpecitos con una pluma en el borde de la mesa—. Por supuesto, si no te interesa, no pasa nada. Seguro que podemos encontrar otra cosa que...

No lo dejé terminar.

—No, me parece perfecto —dije, secándome los ojos con el pañuelo arrugado.

—Fantástico —dijo—. Nos vemos en mi despacho los martes por la tarde. A tu madre no le importará que llegues algo más tarde, ¿verdad?

Entendí que era el momento de levantarme.

—No creo que se dé cuenta.

Entrecerró los ojos un instante y optó por hacer oídos sordos al comentario.

—Eso sí, quiero pedirte un favor, Violet —dijo, mientras me acompañaba a la puerta—. Te agradecería que esto quedara entre nosotros.

—Por supuesto, señor —dije. Con la sonrisa, se le vieron las encías y un hilillo de saliva colgando entre los labios, y cerró la puerta.

Me dio un escalofrío y traté de sacarme de la cabeza aquella mirada, la preocupación empalagosa y aorable, como si fuera a comprenderme con tal de que le dejara probar... Mientras me marchaba, me dediqué a meter los libros en la cartera sin ningún cuidado.

Alex y Grace estaban fumando en la marquesina, arrebuajadas en el abrigo y con las piernas al aire y amoratadas de frío. En el tiempo que pasé en el despacho, había comenzado a llover y los goterones azotaban el cristal cuando me colé dentro.

En cuanto las saludé, me di cuenta de que había interrumpido una conversación privada que no me incumbía (a no ser, me dije como buena adolescente que hace girar el mundo en torno a ella, que estuvieran hablando de mí... y la idea me revolvió el estómago). Sin decir nada, Grace me sonrió y Alex se miró las rodillas, una estaba llena de arañazos.

—¿Qué te ha pasado? —dije, señalando las heridas.

—Jugando a hockey. —Se encogió de hombros—. Lo de siempre, Nicky pierde la cabeza cuando ataca.

—Pareces... —empezó a decir Grace muy despacio—. Pareces cansada, ¿estás bien?

Se me pasó por la cabeza contarles lo que me había pasado con Tom, pero podría decirse que reconocer que apenas había dormido y que no podía comer nada todavía estaba en periodo de prueba. Me miraron con cariño.

—Estoy bien —dije, forzando una sonrisa—. Pero gracias.

—Si alguna vez... Bueno, ya sabes.

Nos quedamos otra vez calladas y la niebla, arremolinada alrededor del campanil y enganchada a los relucientes relojes de la torre. Grace entornó los ojos y miró el reloj.

—¿Has hecho los deberes de estética?

Torcí el gesto.

—Se me ha olvidado. Annabel me va a matar.

—No te pasará nada —dijo—, te adora. Tienes suerte.

—Qué va... —Aunque el comentario me alegró, la perspectiva de decepcionarla en un par de horas también me cerró el estómago—. No los tengo...

—Si quieres, te dejo los míos.

—Te lo agradecería.

—Claro, yo encantada.

Callamos otra vez.

Faltaba Robin, que no parecía dispuesta a tolerar ningún silencio o, mejor dicho, ninguno que no sirviera a una finalidad estética, una pausa dramática con la que marcar un acento. Imaginé cómo sería una amistad entre nosotras tres: tranquila, serena, agradable y (supuse, con cierto remordimiento) aburrida.

—¿Sabes qué se trae Robin entre manos? —dijo por fin Alex y me pregunté si estaría pensando en lo mismo que yo.

—¿A qué te refieres?

Eché a reír.

—No lo sé, por eso te pregunto. —Abrió un paquete de chicles y se puso uno en la punta de la lengua hecho una bolita. Grace se le acercó como si fuera a cogerlo con los dientes. Me sonrojé al verlas y, aún más, cuando me pillaron mirando—. No creo que dijeras nada aunque lo supieras —dijo Alex con amabilidad y sin comentarios. Seguramente, estarían acostumbradas, al ser la única pareja del colegio o, al menos, la única en reconocerlo—. Pero tampoco lo sabes, ¿verdad?

—No me tiene que contar todo —respondí, cortante.

—Pero estaría bien, ¿no? —Estiró el chicle con la lengua, que se vio blanca, entreverada de rosa y azul.

Grace sacó un papel y lo plantó entre las dos, agitado por el viento.

—Los deberes. —La miramos perplejas—. Son los de estética. —Cogí la hoja y traté de desentrañar aquella letra menuda—. Y tú... —dijo, dándole unos golpecitos insistentes a Alex en el hombro—. Ya vale de interrogar a Violet. Si supiera algo, nos lo diría, ¿a que sí, Vi?

La verdad, no lo tenía claro, pero sonreí animadamente y asentí.

—Claro que sí. —Guardé los deberes en la cartera con cuidado y me dispuse a marcharme—. Nos vemos en clase —dije alegre, preguntándome si notarían ellas lo hueca que estaba mi voz.

El viento soplaba con fuerza junto a la sirena y Robin llegaba tarde, como de costumbre. Intenté encender un pitillo, con el paraguas metido bajo el brazo y la llovizna calándome la chaqueta. Bajo aquella lluvia mortecina, la ciudad parecía aún más ajena a la opulencia de Elm Hollow. Una ciudad costera, triste y olvidada, con playas sucias, cristales rotos y bolsas de plástico desperdigadas por la arena.

Una gaviota aterrizó a unos metros y me miró con unos ojos amarillos y sin vida. Robin corrió hacia ella y el animal batió las alas mojadas para alzar el vuelo.

—No sé si te has dado cuenta, pero acabo de salvarte la vida. Esos bichos son el mal. —Reí y ella me sonrió—. Me alegro de que hayas venido.

—Sí —dije algo incómoda—. Yo también...

Echamos a andar por el paseo decadente, entre niños con molinetes y ancianos que se echaban patatas fritas a la boca con los dedos sucios; el aire estaba cargado y sabía a sal. Pasamos por delante de *grow shops*, carnicerías y salas de juego venidas a menos, con el tintineo de las tragaperras, el repiqueteo de las monedas y un mareante revoltijo de música. El olor a rosquillas se mezclaba con la peste a cerveza seca que salía de bares cerrados ya. Entramos por una calle estrecha y empedrada de edificios blancos y negros, todos replegados sobre sí mismos y crujendo bajo el efecto de la gravedad y del deterioro.

Dos hombres compartían en silencio una botella de whisky en un banco del parque y una madre le suplicaba a su hijo que dejara de llorar, aunque solo fuera un segundo.

—Aquí es. —Se detuvo frente a un escaparate cubierto de polvo y una puerta de color azul desvaído. El letrero de madera en forma de media luna crujía a cada racha de viento. «Runa lunar», leí en letras ensortijadas y desconchadas—. Vamos.

Me arrastró dentro cogida de la mano. Cuando se cerró la puerta, me arrollaron el ruido de la campanilla y el humo asfixiante del incienso a sándalo y lavanda. De las vigas del techo colgaban atrapasueños trenzados y móviles que cobraron vida al entrar nosotras.

Las paredes estaban cubiertas de arriba abajo por estantes con velas, cachivaches y piedras con tarjetitas descoloridas que explicaban sus propiedades místicas únicas. Escondido en alguna parte, sonaba un altavoz con una mezcla de cánticos de ballena y música gregoriana que me hacía castañetear los dientes.

—Señoritas —dijo una voz.

—Mierda, Annabel —dijo Robin, mirando a mi espalda—. Hola, no esperaba verla por aquí.

—Podría decir lo mismo —le respondí, esbozando una media sonrisa.

Robin sonrió como siempre y empezó a balancearse sobre los talones.

—¿Qué va a comprar, señora?

—Ya sabes que me gusta más Annabel. —Extendió una mano y tocó la mecha de un cirio—. Es muy complicado encontrar velas que duren más de una noche. —Lo dijo mirándome y luego se dirigió a Robin que se puso recta al percatarse. Sentí un cosquilleo por haber sido yo la primera, por que se fijara en mí antes que en ella—. Y vosotras, chicas, ¿qué hacéis por aquí?

—Solo veníamos a echar un ojo —dijo Robin, con lo que me pareció un ligero temblor en la voz. Annabel nunca conseguía deslumbrarla, en apariencia al menos. Pero en aquel momento, tuve la sensación de que se le había escapado la confianza, como si hubiera olvidado ser ella. Se echó sobre los talones y dio media vuelta.

Annabel la siguió observando y dibujó una sonrisa. Entonces, volvió conmigo.

—En fin, nos veremos el lunes. Pasadlo bien el fin de semana.

Se alejó casi con brusquedad, igual que hizo cuando la conocí en el taller. Me fascinaba la forma en la que, con un simple gesto, podía poner punto final a una conversación y hacerte desaparecer, como si no estuvieras allí, pero dominada por el deseo punzante de hacerte ver, de ganarte otra vez su atención, de ser aceptada.

Empezamos a dar vueltas por la tienda sin decir nada, escuchando el sonido rítmico de la vieja caja registradora, los susurros y el roce de unas bolsas de papel marrón. Por fin, la campanilla volvió a sonar y supimos que Annabel se había marchado. Robin se echó a reír.

—Qué raro es ver a los profesores fuera del colegio, ¿no?

—Mucho más, en un sitio así. —Cerré el libro que tenía abierto para disimular, con las páginas llenas de mujeres bailando y unos árboles que les tiraban del pelo.

—Sí —dijo—. Vamos.

Por fuera, la tienda parecía pequeña y sencilla, pero tras aquella fachada mohosa, se abría una sala enorme y llena de libros, con entreplanta alzada. Deambulé entre estanterías dedicadas a «Folclore y mitos celtas» y por delante de una pared entera sobre «Criaturas de la tradición popular» (subdividida en las categorías de «Hadas», «Unicornios», «Animales» y «Bestias en general»).

En «Dioses nórdicos», unos lobos rampantes tallados en piedra sostenían enormes tomos de cuero, e incluso vi una sección de «Herbología», en la que las enredaderas dejaban marcas de hojas en los lomos de los libros.

—Oye —dijo Robin, desde el otro lado de la sala. Hizo señas al verme dar la vuelta y se llevó un dedo a los labios.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Acércate.

Fui hacia ella.

—Un poco más —susurró. Di un paso y se abalanzó sobre mí con una calavera blanquecina en la mano. Grité y, al ir para atrás, golpeé un expositor de folletos que cayeron por el suelo, anunciando terapias curativas y magia con cristales.

—¿Qué hacéis? —Una mujer alta y delgada apareció por la puerta y nos lanzó una mirada fulminante, mientras intentábamos contener la risa.

—Perdón —dijo Robin tímidamente—. Mi amiga se ha asustado.

La mujer nos miró con cara de pocos amigos mientras yo me afanaba en recoger folletos.

«Paseos místicos de los dioses paganos» decía uno y «El poder de la mar: un taller», el otro.

—Esto es absurdo —susurré mientras Robin movía los dedos dentro de un enorme cuenco de cuentas, que rugían como el mar—. Aquí no vamos a encontrar nada, no son más que sacacuartos para turistas.

—¿Eso crees? —dijo—. Entonces, ¿qué es esto? —Me enseñó una vela gorda y negra metida en una botella de cristal con tapón de corcho.

—Una vela.

—El sarcasmo no es lo tuyo, ya lo sabes.

Entorné los ojos.

—Vale, ¿qué tipo de vela?

—De las que nos hacen falta. —Me la pasó y cogió otras dos, haciendo tintinear los frascos de cristal—. Más vale que sobren.

Pagamos, sin que la mujer nos perdiera de vista un solo instante.

—Esto no son juguetes, lo sabéis, ¿verdad?

—Lo sabemos —respondió Robin, con una sonrisa irónica.

La mujer titubeó antes de coger el billete y, sin darle tiempo a cambiar de idea, salimos a la calle, cegadas un instante por la luz blanquecina. Volvimos por el mismo camino, dando tumbos entre carcajadas al recordar a la mujer y la extraña tienda de curiosidades, al pensar en la clase de gente que iría a comprar allí, jipis trasnochados y solteronas en busca de pociones de amor, todos tan condenados como bestias salidas de grabados antiguos.

Robin se sentó al pie de la estatua y comenzó a liarse un porro. En cualquier ciudad más civilizada que la nuestra, habría sido arriesgado consumir drogas de forma tan ostentosa, pero allí era normal sentir el aroma dulzón del cannabis entremezclado con la sal del mar, la madera a la deriva y algodón de azúcar. Dio una calada larga y lenta y me lo pasó.

—Oye... Te he cogido una cosa. —Hizo una de sus pausas y me dio un vuelco el estómago; era su preámbulo, estaba eligiendo las palabras exactas. Me giré hacia ella al ver que tardaba, arqueé una ceja y le solté el humo en la cara—. Vete por ahí. —Eché a reír y me hundió el codo en las costillas.

—Dime, ¿qué es?

Rebuscó de uno en uno en los bolsillos, antes de pasar al abrigo.

—Aquí —dijo por fin. Con la mano que tenía libre, me quitó el porro de los labios y soltó el humo muy despacio mirándome a los ojos—. Es una fricada.

—Lo normal, siendo tú —dije, dándole un empujoncito.

—Me pareció que te iba como anillo al dedo.

—Bien jugado.

Sacó dos cadenas de plata entrelazadas, con un colgante de plata cada una, y las puso en forma de círculo.

—¿Qué te parece? Es una pulsera de la amistad. Dijiste que querías tener una. —Estaba algo sonrojada, pero bien podía ser por el viento.

Le pasé el brazo por los hombros.

—Eres tonta.

—Ya lo sé. Dame la mano. —Le tendí el brazo, subió la manga y me ató la pulsera en la muñeca con cuidado—. Ahora eres mía.

Le puse la suya y la cadena me congeló los dedos.

—Ya está —me dijo, con una sonrisa—. Amigas para siempre y todo eso.

Me apretó la mano con fuerza y nos quedamos observando a los solitarios de aquella ciudad. Sentíamos lástima por ellos; de hecho, a nuestro lado, todo el mundo nos parecía digno de lástima.

CAPÍTULO 8

Mientras escuchábamos a Annabel, cogió entre los dedos el dobladillo de mi sudadera y empezó a enrollarlo. Traté de concentrarme y de prestar atención, pero no podía dejar de mirar aquella mano atenta y posesiva, que era incapaz de soltar lo suyo.

—Todas habéis jugado —iba diciendo Annabel—, inventado historias mágicas y mundos enteros con vuestras amigas. En la infancia, juego e imaginación son una forma de expresión y de experiencia compartida. De niñas, aprendemos a acordar cosas y a creer en ellas en común, y para los que no son de los nuestros son puras invenciones y fantasías, meros productos de la imaginación.

Cruzó las piernas una vez sentada y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Para una niña, en cambio, esa imaginación no es un proceso que comienza y termina, ni nada que se lleve a cabo. Para ella, todo eso es real. Por ejemplo, yo creía en las hadas y las veía, tan convencida como si fuera la mismísima *lady* Cottington. Pero mirad, todas las hadas que veía aplastadas entre las páginas de su diario las había dibujado ella misma, porque, cuando somos niñas, podemos creer en cosas que somos conscientes de estar creando.

Robin se acercó un poco más y me rozó la mano. Me incliné hacia el brazo del sillón, para apartarme.

—Habréis contado historias hechas con esas invenciones, leyendas y fábulas de vida y muerte, de amores y traiciones, de mundos que entran en conflicto una y otra vez. Relatos respaldados por el peso del mito y por las grandes historias que sustentan toda la experiencia humana. —Levantó la mirada y nos miró de una en una—. Pero ¿cómo lo hacemos? Siendo solo unas niñas, ¿cómo sabemos que la traición de una persona amada puede llevar a la muerte y al sufrimiento? ¿Cómo sabemos que el bueno del médico puede salvarnos la vida con una intervención milagrosa en el último momento? ¿O que las parcas acuden con su aterradora belleza cuando se cierne la sombra de la muerte? ¿Cómo sabemos que la venganza es un derecho en ocasiones?

Robin carraspeó y miró a Alex y Grace, que siguieron con la vista clavada al frente, decididas a no ceder. Antes de que entrara Annabel habíamos discutido y la tensión seguía allí, entre nosotras, alimentada por las palabras que estábamos callando.

—Una vez más, nos enfrentamos a lo inexplicable. Atisbamos lo eterno, lo anterior a todas las cosas, el arquetipo imperecedero. Y es que esas ficciones son algo que vemos, en lo que creemos y que conocemos. Ellas son las verdades que apuntalan nuestra existencia y nuestra humanidad. Puede que sean juegos infantiles, pero sustentan los relatos con los que aprendemos a vivir (o lo recordamos, según como se mire).

»Aun así —continuó al tiempo que abría una página del cuaderno, con las palabras rodeadas

de dibujos estilizados, como figuras de Giacometti que estuvieran leyendo desde los márgenes—, sin duda conoceréis (o, al menos, empezareis a descubrir) todo lo que se desintegra al ser adultas. La pérdida de la imaginación, la desgracia seca y rígida de creer únicamente en lo que se ve y de confiar solo en lo que puede tocarse. Aún soy incapaz de comprender que se valore positivamente la entrada a la edad adulta, la «pérdida» de las viejas formas de pensar y la aspiración a una vida que se vive en un nivel simple y apagado. Casarse, ir al trabajo y dejar de maravillarse. La marcha hacia la muerte por un camino en el que perdemos el conocimiento por la intuición, el amor por la belleza y la alegría. Los procedimientos repetitivos y tediosos de unos empleos sin propósito y el entretenimiento vacío que se antepone a la experiencia cargada de significado. Nos dedicamos a llenar las horas de vigilia hasta que podemos sumergirnos en un dormir errático y sin sueños. Conversaciones anodinas, hora tras hora, sin ideas que las sustenten, arrastrándonos momento a momento hacia el abismo.

Los pájaros que anidaban en la torre del reloj habían dejado de batir las alas, arrebatados. El viento se había detenido y todo guardaba silencio. Pensé en las chicas que no formaban parte de nuestro círculo secreto y solo veían la apariencia y no el potencial de sus vidas.

—Sin embargo, para los antiguos griegos, la realidad vivida compartía presencia con lo que hoy denominaríamos «fantasía». Para Hesíodo, los *daimones* compartían la tierra con nosotros los mortales. En *Fedón*, Platón nos dice que las almas de los que han abandonado el mundo con ira siguen errantes por los cementerios y alrededor de las tumbas, sin abandonar el mundo de los mortales. En la *Ciropedia* de Jenofonte, esas mismas almas asedian a los malvados y toman venganza siempre que pueden.

»Esas almas, los mortales difuntos, caminaban codo con codo con los dioses y monstruos de la cosmología griega. Las divinidades deambulaban por el mundo visible, tan reales y tangibles como nuestra propia piel. Compartían espacio en el mundo de los mortales, participando todos de una única realidad y de un mismo espacio físico. Para los griegos, era lo propio, como para prácticamente todas las culturas que precedieron a nuestra modernidad. No cercenaban su imaginación al hacerse adultos, sino que la hacían florecer, dejaban que alimentara una visión del mundo conformada por numerosas capas superpuestas, libre de los muros artificiales en los que ahora nos gusta encerrarnos.

»Nos preguntamos por qué tenemos siempre la sensación de pérdida, la nostalgia y la ausencia de algo que no sabemos identificar. Nos preguntamos qué nos falta para ser felices, qué es lo que queremos o necesitamos.

Robin me pellizó en el muslo y le aparté la mano de un golpe. Annabel se sobresaltó y nos miró. En cuanto continuó, me giré hacia Robin y la mandé a la mierda moviendo los labios, pero ella sacudió la cabeza y me pellizó de nuevo.

El día anterior, había quedado con Andy al caer la tarde y me pidió que la acompañara, pero no quise arriesgarme a ver a Tom. No habíamos coincidido desde nuestra «cita» ni me había llamado y, aunque debería molestarme, en realidad era un alivio. Casi había conseguido dejar de pensar en él y solo se me aparecía en sueños (los mismos sueños que arrastraban la letanía de otras cosas que habría de olvidar antes, hechas todas de sangre, huesos y cristales rotos). Me conformaba con que se quedara así.

Volví a casa, vi la tele y leí un libro. Fumé un cigarrillo asomada a la ventana y me metí en la cama. En ese momento de calma justo antes de quedarme dormida, me sobresaltó un ruido y, al descorrer la cortina, vi que el cristal se había rajado.

—Pero ¿qué haces? —Robin estaba tiritando bajo la ventana. Solo llevaba puesta una camiseta.

—Déjame entrar —pidió sin voz y señaló hacia la puerta de atrás.

Bajé sigilosamente y pasé por delante de mi madre, que se había quedado dormida en el sofá, con la cabeza caída sobre el pecho en un ángulo imposible. Abrí la puerta muy despacio, echándome a temblar ante cada ruido. Robin entró con cara de felicidad y me dio un abrazo, apretando su piel congelada contra la mía. Olía a canela y a humo de leña, y cuando me agarró las mejillas con las dos manos, noté que había estado fumando hierba. Tenía los ojos rojos, con las pupilas dilatadas y negras.

—¿Qué haces aquí? —le susurré. Se llevó un dedo a los labios y señaló hacia las escaleras.

Recorrí con ella los pasillos de casa con una mezcla de vergüenza y tristeza, y vi que se paró a mirar la silueta solitaria de mi madre recortada sobre el destello azul del televisor. ¿Qué pensaría de la cinta aislante que sujetaba el pasamano y de la humedad que rezumaba por el techo y las paredes? A cada paso, me hundía un poco más y, cuando cogí la manilla de mi puerta, me pregunté si aún estaba a tiempo de pedirle que se marchara y que olvidara todo lo que había visto.

—Hola. —Movió la mano como saludando—. ¿Qué haces?

—Nada —susurré y abrí la puerta.

Dio una vuelta por mi habitación, cogiendo cosas y tocando todo lo que estaba a su alcance, mientras, yo me senté a esperar en la cama. Abrió la puerta del armario, deslizó los dedos por los pliegues de un vestido viejo. Cogió una vela que había encendida y derramó cera sobre la mesa. Movió una cajonera y le dio la vuelta dejando a la vista el panel de conglomerado y se acercó también para ver la bisutería que tenía colgada de un espejo polvoriento.

—Robin —decidí decir al rato—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Ya sabes que soy una criatura nocturna. —Sonrió y me miró jugando a las figuras con un cordel lleno de nudos que llevaba unos cuantos meses caído al lado de la cama.

—Sí, lo sé. Pero yo no, y tengo sueño.

—Tenías la luz encendida.

—Iba a apagarla ahora. —No era verdad. Desde el accidente, siempre dormía con luz, me tranquilizaba como si fuera una niña. Me despecé—. ¿Quieres beber algo?

Asintió.

—Seguro que hay vino en la planta de abajo. —Me levanté de la cama—. Quédate aquí y no te muevas. Mi madre me matará si se despierta y te encuentra aquí.

Cuando regresé, Robin estaba levantándose pedazos de laca negra de las uñas y recostada contra el cabecero de la cama. Tenía abierto el libro (el de Alex) sobre las piernas y la luz hacía brillar las páginas en color dorado.

—¿Para qué es eso? —Serví el vino en dos vasos de juegos diferentes. Eran los únicos que podía subir sin que se notara, aunque también era cierto que todas las copas de vino que teníamos estaban rajadas o abandonadas por alguna parte con una capa reseca dentro.

Giró el libro para que lo viera y me senté a su lado.

—¿Has oído hablar de la magia con monigotes? —Sacudí la cabeza y ella dio unos golpecitos sobre la página—. Lee desde aquí.

—El uso de monigotes para lanzar conjuros sobre un individuo —comencé a leer en voz alta—. El destinatario del conjuro quedará a merced de los deseos de la bruja, tanto si el lanzamiento

es para su protección como por venganza. —Deslicé los dedos sobre el dibujo de un monigote fabricado con ramitas y trapos—. Los conjuros deben utilizarse con extremado cuidado —decía justo debajo—. La magia con monigotes rituales no es para principiantes.

Miré a Robin.

—¿Qué ha hecho?

—¿Quién?

—Andy.

—Nada —dijo—. Está bien, muchas gracias.

—Entonces, ¿de qué va esto?

—De Nicky —dijo, como si tal cosa.

Suspiré, cerré el libro y lo dejé a un lado.

—Ni pensarlo.

—¿La estás protegiendo?

—No me ha hecho nada —respondí.

—Y una mierda.

—Vamos, Robin. Esto es absurdo.

—No seas gallina —dijo y me cogió de la mano—. Si alguien se lo merece, esa es Nicky. Lo único que vamos a hacerle es un pequeño toque espiritual. Nada del otro mundo. —Me dio un pellizquito—. El equivalente mágico a esto. Nada más.

Solté la mano.

—Vale, como quieras. —Mientras lo decía, me venció la sensación de haber elegido mal. Pero con Robin, no había marcha atrás—. Dime, ¿qué hacemos?

Me regaló una sonrisa espléndida.

—¿Tienes una Barbie?

—¿Qué?

—Una muñeca Barbie. O la muñeca que sea.

—Tengo dieciséis años, Robin, vete a la mierda.

—No quiero saber si todavía juegas con muñecas. Lo que te pregunto es si hay alguna Barbie en esta casa. Me da igual si está metida en una caja en el desván o escondida bajo las sábanas...

El estómago me dio un vuelco y sentí náuseas, como siempre que pensaba en mi padre y en mi hermana. En lo que dura un parpadeo, estaban allí otra vez el hedor a sangre y el destello azul de siempre.

—¿Por qué?

—¿Eso es un sí?

—En la habitación de mi hermana —admití, con un suspiro—. Le gustaba jugar con muñecas.

Bajó de la cama y fue hacia la puerta.

—Vamos a echar un vistazo.

—Espera, Robin... No puedo.

Me miró sorprendida.

—¿Por qué?

—No he entrado allí desde que murió. Mi madre quiere dejarlo todo como estaba.

—Venga, volveremos a dejarla en su sitio. Solo será un segundo.

—Pero ¿para qué la quieres? —Tenía la voz rota—. Robin, no puedes...

—Tranquila. Vuelvo enseguida y no tocaré nada más. Te lo juro.

—Robin... —Mientras susurraba, desapareció en el pasillo.

Me dejé caer contra el cabecero y cerré los ojos, sacudida por la rabia. Los minutos se hicieron interminables. Quería que volviera y me espantaba la idea de tener que ir a por ella, de poner un pie en la habitación abandonada de mi hermana, con sus osos amorosos, las tiras de luces y los dibujos de pájaros que había recortado de un libro clavados con chinchetas por las paredes.

—¿Qué tal, preciosa? —susurró una cabeza rubia de muñeca que asomó por la rendija.

—Robin, entra aquí —dije en voz baja.

Cerró la puerta y se sentó en la cama, moviendo la muñeca por los aires, como si fuera un trofeo.

—Violet, para tu información, esto no es una Barbie. Es Sindy, la versión inglesa, cutre y barata. Es una putilla y, seguramente, se chuta. Pero creo que, para lo que queremos hacer con ella, nos viene al pelo. —Cambió de tema—. ¿Cómo se llamaba tu hermana?

—Anna. —Desde que murió, no había pronunciado su nombre en voz alta.

—Entonces, por Anna. —Derramó algo de vino al levantar el vaso—. Coge las velas.

Me estiré sobre la cama y cogí las velas que seguían guardadas en la bolsa de papel. Robin rebuscó en la mochila y sacó una navaja multiusos, una cinta negra y unos cuantos frasquitos llenos de hojas secas y polvos, etiquetados en tinta verde.

—¿Dónde está la basura? —preguntó, echando un vistazo.

—¿Qué?

—La basura.

Señalé hacia la papelera que tenía bajo la mesa, llena a rebosar de papeles viejos, uñas cortadas, colillas y tiques de la compra. Volcó todo en el suelo y la acercó a la cama.

—¿Era necesario?

—Perdona, ya está todo bastante sucio, ¿no?

Le di un puntapié.

—Que te den.

Dio media vuelta para sentarse mirándome sobre la cama, colocó la muñeca bocabajo entre las dos y volvió a abrir el libro; las páginas rozaron al pasar.

—Bien, se supone que tendríamos que hacer el monigote nosotras, pero se me ocurrió que una de estas horripilantes y desalmadas zorras de plástico sería lo suyo para Nicky, ¿no te parece?

Entorné los ojos.

—Vale —le dije—, ¿qué hacemos?

—Imagina que Nicky está aquí y que se ha encarnado en esta muñeca. —Se pinchó un dedo con la espina de unos abrojos al sacarlos de un tarro y se lo metió en la boca. Luego, dejó las plantas sobre el pecho de la muñeca y me la pasó—. Voy a atarla, sujétala bien.

Sostuve a la Sindy en alto y traté de mantenerla firme mientras Robin enrollaba la cinta.

—Monigote, vemos lo que eres y a quién representas —susurró, sin apartar la vista de la muñeca—. Vivi. —Me miró—. Tenemos que decirlo las dos. Repítelo conmigo. —Carraspeó y volvió a empezar—: Monigote, vemos...

Repetí frase a frase en un susurro, mientras ella enrollaba la cinta en las piernas y el cuello de

la muñeca; luego, abrió el sacacorchos de la multiusos.

—Lo que eres... —repetí una vez más.

—Chist. —Colocó el destornillador sobre la boca de la muñeca y empezó a girarlo hasta que reventó el plástico—. Guarda tus secretos, monigote, guárdalos bien. Sea nuestra voluntad tu destino.

Me miró, cogí el sacacorchos y tiré del mango mientras repetía sus palabras, dejando un agujero informe en la cara de la muñeca, que continuaba mirándonos con una sonrisa resplandeciente.

—Monigote, te maldecimos por lo que has hecho y te amarramos para que no puedas hacer lo que tienes pendiente. Que las furias se lleven tu aliento y las parcas te corten el hilo. —La miré fijamente. Eso sonaba mucho peor que un simple pellizco. Cortó la cinta y la muñeca cayó con un golpe seco en la papelera—. No respire.

—¿Qué?

—Que no respire. —Abrió una pequeña botella de cristal y derramó en la papelera una sustancia negra y viscosa que transformó el pelo de la muñeca en serpientes. Con aquel agujero en la cara, era como ver a la Medusa gritando de espanto.

Aun conteniendo la respiración, el olor químico me raspó la garganta, tan ardiente como la gasolina, la laca de uñas o un jarabe para la tos. La cerilla centelleó e inmediatamente supe lo que se disponía a hacer.

—No... —dije, pero ya la había dejado caer y la papelera estalló en llamas rojas y vivas, humo negro y monstruoso, y hedor a plástico y pelo quemado.

Abrí la ventana de par en par y Robin sacó la papelera bajo la lluvia, el vapor se le arremolinó en los brazos y puso cara de dolor. Cuando volvió a meterla dentro, tenía las manos chamuscadas y la piel, levantada.

—Joder —masculló, soltó la papelera y, al levantarla yo de un puntapié, me quemé también con el plástico—. Por eso dirán que se haga al aire libre —dijo, como si no hubiera pasado nada.

—Y por eso se tenía que hacer con cualquier cosa que no fuera una Sindy... —dije. Nos miramos y luego miramos la papelera. La cara de la muñeca se había derretido y ahora tenía una sonrisa deforme, los brazos, doblados y el pelo, fundido en una masa sólida y apestosa. Volvimos a mirarnos y rompimos a reír. Al principio, solo fue una risita nerviosa, sin embargo acabó estallando en carcajadas, y seguimos riendo hasta que nos dolió el estómago y se nos agarrotaron las mandíbulas.

Cuando volvimos a controlarnos (aunque de vez en cuando alguna resoplaba, hipaba o dejaba escapar una risita), despegó la muñeca del fondo de la papelera y la sujetó cabeza abajo entre dos dedos.

—Voy a ponerla en su sitio. —Desapareció por el pasillo.

Me tumbé y enseguida abrió la puerta, se acostó a mi lado y entrelazó sus dedos con los míos; cuando me volví hacia ella, apartó la vista, con una sonrisa.

—Estoy hecha polvo —dijo, casi en un susurro, y se fue quedando dormida. Los huecos que se le hundían junto a las clavículas se destensaron para quedar a ras del hueso—. Lo he pasado muy bien.

Nos quedamos las dos allí dormidas de la mano y con las pulseras una al lado de la otra. Ya se había marchado cuando desperté, pero encontré un pajarito de papel sobre la almohada. Lo abrí y

me manché los dedos con la tinta que seguía húmeda. «Nos vemos en clase. Te quiero».

Me incorporé sin borrar la sonrisa. El viento sacudía las ventanas. Quería conservar aquel día en la memoria, igual que metido en ámbar. Fui a por el diario con las palabras listas en la cabeza, iban a ser el relato de un día perfecto y cargado de emociones.

En la mesita, encontré los vasos vacíos, ceniza apelmazada en la superficie, papeles viejos y bolígrafos gastados... sin embargo el diario no aparecía por ninguna parte. Miré detrás de la mesa, entre la mesa y la cama, en los cajones y por debajo. Puse todo patas arriba y no dejé de mover nada. Volví sobre mis pasos y recuerdos, repasé cada momento desde la última vez que lo vi.

Pero siguió sin aparecer.

Al día siguiente, las chicas me miraron perplejas cuando entré en la torre. Estaban sentadas alrededor de un libro y, en cuanto me acerqué y reconocí aquellas páginas desgastadas y la tinta emborronada, me dieron escalofríos.

Mi diario.

Mis secretos eran suyos.

Recordé todo lo que había escrito, las palabras destinadas a ser arrancadas y desechadas, el horror de lo que me había sucedido con Tom marcado a raspones sobre el papel en blanco mientras seguía en crudo, aunque se había ido desvaneciendo un poco cada día. Lo habían visto, habían leído las palabras, sabían cómo me había quemado la humillación... Y fue como si hubieran vuelto a violarme.

Regresé al ahora. Miré a Alex y Grace, escuché a Annabel y retomé el hilo.

—Tal vez —iba diciendo— sería preferible vivir en pos de aquellas cosas que unen el mundo de lo real con el de la imaginación. Tal vez no deberíamos proyectarnos hacia el futuro (hacia lo que seguramente veréis como repetición, aburrimiento y una muerte insignificante), sino hacia la magia de nuestro propio pasado y del pasado que compartimos con los que nos precedieron y para quienes la experiencia vivida era la búsqueda de aquello que hace que se nos acelere el corazón en el pecho, y así, llenar la vida de algo más de magia y conseguir que nuestras almas vibren de emoción al sentirse reconocidas en otras.

Cerró el libro y nos miró de una en una.

—Tal vez deberíamos ejercitar la mente, seguir en igual grado creencias y deseos. Tal vez en eso consista vivir o, incluso, sea el camino para alcanzar lo sublime.

Sonó el timbre y nos miró sorprendida.

—Bueno —concluyó—, supongo que eso es todo por hoy. No sé qué ha pasado entre vosotras antes de entrar en clase, pero si pudierais arreglarlo, os estaría muy agradecida.

Continuamos calladas hasta que escuchamos el rugido mecánico del ascensor y, entonces, estallamos todas. Alex y yo le gritábamos a Robin reproches por los libros que nos había robado. Grace no levantaba la vista de las páginas, con los dedos teñidos de tinta en azul y negro. Entonces Robin se sentó sonriente en la silla de Annabel y parecía encantada de ser el centro de atención.

Nos interrumpieron las campanas. Mientras sonaba el repique sobre nuestras cabezas y los pájaros aleteaban en respuesta, nos quedamos mirándonos sin decir nada. Cuando pararon, Robin se reacomodó en el asiento, con los codos sobre las rodillas.

—¿Y si nos calmamos todas un poco? Aunque solo sea un minuto.

Alex y Grace la miraron fijamente, aunque Alex me miró de reojo cuando me senté siguiendo sus órdenes, y me avergoncé, incluso pensé en levantarme otra vez.

—¿Os acordáis de la clase que dio Annabel sobre la venganza? —dijo Robin en tono ampuloso, aunque sus ojos delataban que estaba más nerviosa de lo que daba a entender y que no sabía cómo abordar el asunto, como si caminara demasiado cerca de un precipicio.

Aquella diminuta fractura en su bravuconería me tranquilizó y recordé por qué estaba enfadada con ella... Pero no fui capaz de sentirlo con el mismo ímpetu de tan solo momentos antes.

—Robin... —comenzó a decir Alex.

—Si recordáis —continuó con la mano en alto—, dijo que las mujeres debemos vengar a las que han sido agraviadas.

Miró un momento a Grace y luego, a mí.

—Dijo que era algo así como un derecho.

—Una necesidad —dijo Grace—. Creo que dijo que era la base de la sororidad.

—Exacto. —Robin estaba radiante—. En tal caso, cuando se presenta la ocasión de actuar en venganza, nuestro deber es tomarla, ¿no es así?

Alex se giró hacia mí.

—Es una mala idea —dijo, suavizando el tono—. Es muy peligroso. —A su espalda, Robin la imitaba con muecas de burla—. Hay otros libros de conjuros, pero...

—Pero este es el que funciona de verdad —dijo Robin—, que es de lo que se trata.

La miré, luego miré a Alex y volví con Robin.

—¿Qué dice? —pregunté por fin.

Refunfuñando, Alex echó la silla para atrás y se acercó a la ventana del este para echar un vistazo hacia el patio.

—Dice que se puede invocar a las furias para restaurar el orden y arrebatarse el poder a quienes abusan de él. Al llamar a esas divinidades, se reclama que la justicia divina actúe en el mundo de los mortales para contrarrestar los pecados de los hombres malvados.

—¿Y qué más? —Alex se giró hacia nosotras—. ¿Qué más dice, Robin?

Robin frunció el ceño.

—Que estos ritos solo deberán realizarse cuando la situación de verdad lo requiera e, incluso, en tales casos, solo deberán practicarlos verdaderas expertas. —Se detuvo—. Aunque eso lo dice prácticamente siempre. Además, nosotras ya tenemos experiencia.

—¿Que tenéis qué? —Alex fulminó a Robin con la mirada y suspiró—. ¿Sabes qué? No lo quiero saber. —Se sentó a mi lado—. Violet, lo que te hizo es horrible y estuvo muy mal... pero no te dejes arrastrar. Es una estupidez.

Se me puso la piel de gallina al oírla y solté el aire muy despacio silbando entre los dientes. Después de una copa de más de vodka mezclado con azúcar, había escrito que era una «puta condescendiente». Robin dibujó una sonrisa y me pregunté si estaría pensando en eso mismo. También pensé que Alex casi siempre respondía de la misma manera y quise demostrarle que se equivocaba. Pero sin darme tiempo a decir nada, Robin me pasó el brazo por los hombros y yo me lo quité de encima.

—No —dije—. Olvídalo.

Robin me miró, con el cuello crispado en tendones como cuerdas.

—¿Qué haces...?

—Déjalo ya, Robin. No quiero.

Salí dando un portazo y ninguna dijo nada. Notaba unos golpes secos en las sienes y en el fondo, mientras comenzó a sonar la maquinaria y llegaba el ascensor, deseaba que salieran a buscarme, pero no ocurrió.

Siguieron todas calladas, como esperando a que me marchara.

Leía las palabras una y otra vez, tratando de ignorar sus insistentes golpecitos con el boli. El calor era soporífero y el radiador olía a polvo quemado (piel muerta, pensé, carne chamuscada). Me mordí el labio, mordisqueé un pedacito de piel seca y lo arranqué, manchando la página de rojo sangre.

Fuera la puerta de recepción se cerró con un golpe seco y entonces vino una vuelta de llave y luego, otra. El taconeo de la señora Coxon se alejó por el pasillo, hasta desaparecer tras la puerta principal. Había llegado a odiar aquel sonido, ese último movimiento, el golpe de gracia. Tenía la sensación de que, en nuestras sesiones vespertinas, el decano y yo éramos las únicas personas — los únicos seres vivos, incluso— que quedaban en todo el colegio.

Se detuvo un momento y me miró.

—¿Cómo vas?

—Bien —dije, algo de mal humor.

Volví a mirar ese cuaderno que tanto había leído. El decano tenía una letra diminuta que me había resultado prácticamente ininteligible en las primeras semanas de trabajo, sin embargo para entonces (y para mi extraña satisfacción), leía con soltura aquellos garabatos bruscos, siempre en mayúsculas y llenos de tachones. Mi tarea consistía en pasar los apuntes a limpio en unas fichas que acababan colgadas por la pared siguiendo extraños esquemas.

A veces, reconocía nombres que había visto en las lápidas cubiertas de musgo de la primera noche o garabateados al margen de los libros en los que curioseaba en la torre mientras esperábamos a Annabel. No comprendía qué hacían en esos párrafos, me parecía todo sujeto con alfileres.

—Has suspirado unas cuantas veces —dijo con una sonrisa—. ¿Seguro que...?

Me incorporé y lo observé, algo incómoda por su forma de mirarme a los ojos expectante, como si supiera algo y solo esperara a que saliera a la luz.

—No es nada... —respondí, apartando la vista—. ¿Qué tiene que ver esta historia con todo lo demás?

Por supuesto, sabía lo que era. Había reconocido el nombre de Jane White y me acordé de la señora Boucher y de la leche con belladona. Pero las notas del decano no decían nada de su muerte, tan solo que vivía en la ciudad durante el proceso y que murió en circunstancias extrañas unas semanas antes de que quemaran a Boucher. Aquel trabajo no tenía sentido, estábamos los dos perdiendo el tiempo.

Miró hacia el patio, hacia la luz blanquecina de la tarde y hacia los edificios recortados por la niebla; hacia las esferas doradas de la torre del reloj, las cuatro lunas del campanil. Había estado evitando a Robin y a las otras dos, aunque ellas seguían mirándome con cara de lástima y a mí, eso solo me hacía sentir más abochornada.

—Supongo que todo esto es algo árido... —dijo pensativo. Se volvió hacia mí y sonrió. Al

rato, se levantó de la silla con movimientos pesados—. ¿Quieres ir a dar una vuelta?

Lo observé petrificada al oír aquellas palabras, aquella voz, el eco de Tom.

—Estoy bien, señor —dije casi sin voz—. Lo siento, pero es que... —No pude continuar. El miedo se me había enganchado a la garganta con garras de hielo.

—¿Violet? —dijo después de darme un momento.

—Yo... —Me temblaba la voz y traté de desviar el tema—. He discutido con mis amigas.

Se sentó despacio.

—¿Qué amigas?

—Robin, Alex y Grace —contesté, acompañando cada nombre con una punzada de humillación. Contándolo, me estaba portando como una niña y nunca me perdonarían, si se enteraran.

—Um... —Cruzó los brazos y las costuras de la chaqueta parecieron a punto de estallar.

Desde lo de Tom, era más consciente del tamaño de los chicos y de su fuerza, sobre todo. Ahora, la figura del decano me resultaba imponente, de hombros anchos y capaz de... Cerré los ojos un momento, la mente giraba en una espiral vertiginosa y no podía detenerla.

—Verás —dijo despacio—, normalmente te recomendaría que arreglaras las cosas. A mí no me gusta estar mucho tiempo peleado con nadie. —Chasqueó la lengua, pensativo—. Pero en este caso, te reconozco que no lo tengo tan claro.

Levanté la vista y lo miré enfurecida, aunque enseguida apagué la llama.

—A tu edad —siguió diciendo—, puede parecer que las amistades son lo más importante del mundo, y por eso, a veces somos incapaces de reconocer que no nos hacen ningún bien. —Una farola chisporroteó en el patio y la lámpara del despacho titiló, como en respuesta—. Sé que te parecerá imposible —dijo con una sonrisa benevolente, sintiendo en su ser el peso de la sabiduría—, pero a veces es mejor no tener a nadie que a unas malas amigas.

Noté una punzada intensa y ardiente en el pecho. La crueldad implícita en aquellas palabras. «Sin ellas, ¿qué amigas me quedan?», pensé. Tenía a Nicky, aunque nuestra amistad era hueca y superficial. Había hablado con condescendencia, pero tenía razón, para mi vergüenza. Sin ellas, estaba sola. Recordé cuánto había deseado ser su amiga y ahora estaba a punto de tirarlo por tierra. Y todo, ¿por qué? Porque Robin quería vengarse del chico que me había...

—Violet —dijo el decano y fue a cogerme la mano; se mordió el labio, un gesto que le había visto incontables veces, un tic. Me aparté con el corazón a punto de salirse del pecho, me levanté y fui tambaleándome hacia la puerta.

—No —dije, estallando en llanto—. No se acerque.

Se levantó confundido, me mostró las manos muy despacio y se agachó para coger la mochila y el abrigo del suelo. Luego, se acercó, me dio las cosas y cogió el pomo de la puerta, pasando la mano a unos centímetros de mi cadera.

Siguió allí parado en un momento que se hizo interminable entre el humo de su pelo, el olor a *aftershave* y el sudor nauseabundo.

—Violet —repitió. Yo cerré los ojos y las lágrimas se me engancharon a las pestañas. Noté su aliento, demasiado cerca y demasiado intenso.

Abrió la puerta y salí corriendo sin decir nada, al abrigo de la noche.

—He cambiado de idea —anuncié sin resuello y dejando salir las palabras a trompicones—.

Hay que hacerlo, tiene que...

Se cerró una puerta y las voces de fondo se apagaron. Nunca había llamado a Robin a casa. En otro momento, habría tratado de hacerme con todos los detalles, de pescar alguna pista sobre ella y los secretos más banales de esa casa de la que apenas hablaba (y entonces, siempre resoplando o entornando los ojos).

—¿Estás segura? —dijo despacio, con un extraño nerviosismo, algo que recordaba al miedo.

Tardé en contestar.

—¿Es que no quieres?

—¡Mamá! —gritó y me aparté el teléfono del oído—. Cuelga ya. Solo es Grace. —Un chasquido y un silencio pesado—. No te enfades, es que solo la conoce a ella.

Mascullé algo, ya no estaba tan decidida como antes de que nos interrumpieran.

—Si tú quieres —dijo, en un susurro—, cuenta conmigo. Pero tendrás que convencer a las otras dos. Lo harán, pero solo si se lo pides tú.

En la salita de estar, mamá se levantó del sofá y fue dando tumbos hasta la cocina, agarrándose como podía a paredes y mesas que se sacudían con los golpes. Me miré las manos, los cortes y los cardenales ya no estaban, y oí la respiración de Robin al otro lado de la línea.

—Vale. —Decirlo fue como quitarme un peso de encima—. Hagámoslo.

CAPÍTULO 9

Tenía los recuerdos de la cala enmarcados con la melosa dulzura de la infancia, me recordaba jugando entre las ruinas de la vieja fábrica de ladrillos y escondiéndome en las diminutas cuevas que asomaban por las grietas de los acantilados que rodeaban la ensenada. El mar devoraba a lengüetazos los edificios horadados bajo una luz cerúlea y goteaba por las ventanas de lo que en su día pudo servirme de castillo de cuento, todo lleno de agujas y chimeneas: la vieja fábrica de ladrillos.

Imaginaba que era una princesa perdida, asomaba la cabeza por cualquier agujero y cogía cangrejos ermitaños y estrellas de mar de las paredes recubiertas de algas. Cuando nació mi hermana, estuvimos una temporada sin ir porque el camino era intransitable con un cochecito, y, cuando aprendió a andar, seguimos sin hacerlo porque el sitio se había hecho popular entre marginados y jipis que acampaban allí para ver el amanecer (siguiendo un calendario que pocos en la ciudad llegaban a comprender) y adolescentes descarriados que querían pillar algo de hierba.

O tal vez me había hecho mayor y la veía como era en realidad.

Fuera como fuera, hacía años que no bajaba por el angosto sendero entre los olmos que nacían en las paredes y mucho menos, de noche. Tampoco he regresado nunca, aunque el recuerdo de aquel día continúa estando nítido y a todo color, como si lo llevara grabado en la memoria. Supongo que nunca lo olvidaré. La vieja aguja gemía al viento entre ladrillos esparcidos y gaviotas que se dejaban arrastrar en círculos por el aire, como si fueran buitres. A mis pies, la arena raspaba sobre la piedra, los cangrejos salían despavoridos para esconderse donde podían y entre las ruinas gruñían los zorros.

En la bóveda que quedaba más alejada, vi una ventana iluminada. Unas voces resonaban en la cala, aferradas al viento; al otro lado de un montículo, unos chicos daban alaridos y, en lo alto del risco, había dos viejos sentados, con la mugre calada en la ropa, olvidados de la lluvia y del viento que empezaban a batirlos. Ellas estaban dentro (como yo, de un negro impecable, por indicación de Robin) alrededor de una hoguera que chisporroteaba y crujía plácidamente en el centro de la habitación.

Rodeaban el fuego montoncitos de flores y hierbas arrancadas de la tierra: cardo marino azulado, amapolas y coles marinas, adelas y lengua de vaca. No faltaban tampoco todo tipo de cachivaches: velas de un sinfín de formas y tamaños, cuentas de cristal y botellas desgastadas por el mar. Y alrededor de todo eso, cuatro antorchas doradas y decoradas con grabados y otros tantos cuchillos a juego, clavados en la tierra.

—Vivi. —Robin se giró hacia mí con una sonrisa generosa y el pelo ardiente a la luz—. Me

alegra verte.

—Habíamos quedado a las ocho y media, ¿no? —respondí, mirando el reloj.

—No hemos podido esperar —se encogió de hombros—. Se nos ocurrió venir y prepararlo todo antes de que se fuera la luz.

Esbocé una sonrisa. No me imaginaba a Grace y Alex impacientes por empezar. Alex se había negado a venir en toda la semana y solo en el último momento se despidió con un «hasta mañana» y un guiño que daba todo a entender. Puro teatro, según Robin que la conocía bien y sabía que no podría resistirse, por mucho que protestara.

Desde un rincón, un aleteo retumbó entre las sombras y me volví a mirar. Grace hacía sonar las barras de una jaula desvencijada y verdosa de herrumbre.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras me acercaba a verlo. Oí el tintineo suave del metal al posarse unas garras encima. Levantó con cuidado la jaula para ponerla a la luz. Era una paloma con las alas pringosas y blanquecinas, de un gris verduzco por debajo.

—Es la única que hemos conseguido atrapar —dijo Grace, con una sonrisa disimulada por las sombras—. Hemos descubierto que la caza no es lo nuestro. Alex echaba a correr cada vez que se le acercaba una.

A Robin se le escapó una risa y Alex sacudió la cabeza.

—Es que no me gustan los pájaros. Son... —Se estremeció—. Son un foco de infecciones, es repugnante.

La miré. Tenía los ojos de color negro y ámbar, con un círculo dorado alrededor. Grace me acercó la jaula con una mano en la puerta, para que no se abriera.

—Encárgate un momento de ella. Que no se escape.

Me senté a su lado. El animal aleteaba aterrorizado cada vez que chisporroteaban las llamas. Seguro que notaría el calor, las lengüetadas de fuego en la cola y las puntas de las alas. La última vez que estuve tan cerca de un pájaro (voluntariamente, al menos) fue en nuestra salita; un gorrión cayó por la chimenea y mi padre trataba de sacarlo de casa entre las risas y los gritos de diversión de Anna y míos.

Cuando consiguió atraparlo, nos dejó acariciarlo. Sentí aquellas alas sedosas y el temblor de un cuello de terciopelo, una vida entera recogida entre las manos de papá. Se me ocurrió contarles aquella anécdota, pero dicha en voz alta pareció manida y pueril. Alex y Grace cruzaron una mirada que no supe descifrar, luego, se giraron las dos a la vez y con una sonrisa igual de forzada.

—Muy bien, capullas —dijo Robin poniéndose en pie junto a la hoguera, con gesto majestuoso y los brazos abiertos como un predicador—. Vamos a empezar.

Se colocó junto al fuego y nos unimos las tres, cada una con cuchillo y antorcha. Tenía a Grace y Alex a su lado y a mí, enfrente. Vista a través del fuego, parecía una Medusa de salón recreativo, con el rostro enmarcado por el humo y las chispas cuando el viento barría las llamas.

La lluvia había pasado a azotar el tejado con tanta fuerza que no parecían gotas de agua, sino olas del mar embravecido. Abrió una botella de vino tinto y derramó un poco sobre las llamas, que estallaron en naranja, como escupiendo orín en la arena.

—Por las diosas que vamos a invocar.

Bebió un trago de la botella y la hizo circular, antes de escupir el chicle en la arena. Alex me pasó el vino y bebí un trago que se deslizó dulce y amargo sobre la lengua.

—Espero que hayáis leído lo que os dije —nos recordó Robin, en una imitación

espeluznantemente buena de Annabel.

Asentí, pensando en las fotocopias que nos había dado al salir de la última clase en la torre. El dossier se titulaba *Las parcas y las furias* y tenía al pie una reproducción del tormento de Orestes de Bouguereau en un negro descolorido.

Recordaba un párrafo en especial: «Una vez se ha invocado a las furias, no se las puede despedir y solo se marchan cuando ellas así lo deciden. Por tanto, invocarlas sin motivo legítimo es arriesgarse a una vida de sufrimiento, el mayor calvario que cabe esperar para el alma humana. Ellas son jueces y verdugos, y nadie fue influir en su juicio».

Pensé en Tom al leerlo, en las punzadas penetrantes en el vientre, en mis hombros clavados en piedras y en su sudor pegado a la piel. Me pareció que era un «motivo legítimo» y seguí leyendo.

—Empecemos —dijo Robin, frotándose las manos y acercándolas al fuego—. ¿Has traído eso?

Asentí. Le entregué la falda y la ropa interior que llevaba aquel día, la ropa se había secado en la forma en que se quedó en el fondo del armario y seguía manchada. La cogió con cuidado y la dejó a su lado. Muy despacio, acercó la antorcha al fuego; el olor del queroseno prendió en el aire una fracción de segundo antes de estallar en llamas y, entonces, las otras tres hicimos lo mismo, de pie alrededor de la hoguera, con el vértigo de la expectativa. El pájaro gorjeó, un sonido chillón. Puse el pie contra la puerta de la jaula y las plumas me rozaron en el tobillo, seguro que trataba de escapar.

—Repetid conmigo.

Lo dijo con voz ronca y levantó la antorcha por encima de la cabeza con una mano. Vi el filo del cuchillo destellar en la otra mano y me agaché para coger el mío. Robin, entonces, cerró los ojos y cogió aire muy despacio y muy hondo. Nunca olvidaré las caras de mis amigas mientras esperábamos nerviosas a que lo soltara. Grace, que solía tener una mirada pensativa y tímida, siempre clavada en el suelo, tenía entonces los ojos desorbitados de miedo y Alex estaba embelesada.

—Nos presentamos ante vosotras, furias —dijo por fin Robin en voz baja y rasgada por el humo—. Os suplicamos que compartáis con nosotras vuestros secretos, vuestros conocimientos y vuestro poder. Acudimos a vosotras como vuestras humildes siervas y aceptamos vuestro juicio, sea cual sea.

Repetimos aquellas palabras. Mi voz me pareció extraña, como si saliera de un sitio que no fuera mi propio pecho, a un par de metros por detrás. Una ráfaga de viento atravesó la bóveda y el aliento ardiente de las llamas se arremolinó alrededor de la hoguera.

Se me puso la piel de gallina y cerré los ojos cuando regresó el frío. Levantamos las antorchas aún más alto.

—Furias, os invocamos del inframundo y os suplicamos que nos acompañéis en el mundo de los mortales.

Sonó un crujido atronador entre las llamas, un leño se había partido y estalló en chispas de luz y fuego, derramando polvo de oro sobre la arena. El pájaro comenzó un arrullo rítmico, cada más rápido, más frenético a cada respiración.

Robin abrió los ojos y me miró. Grace me quitó la antorcha.

—Coge el pájaro —susurró.

Miré a Alex.

—Dice que tiene pulgas.

—Por Dios, Vi, venga. No seas gallina.

—Pero...

—Ay... —dijo, entornando los ojos—. Vamos, lo vas a estropear.

Me agaché junto a la jaula y metí una mano vacilante entre las barras, pero la retiré al notar el roce rojo de un arañazo en la palma. Solté una maldición entre dientes y el fuego se avivó como si tuviera un batir de olas ardientes a mi espalda. Metí otra vez la mano y agarré al pájaro desde arriba para que no pudiera abrir las alas. Se retorció, moviendo las patas a toda velocidad mientras lo levantaba y me lo llevaba al pecho, convulsionándose de dolor entre mis dedos que parecían apretados por una mano invisible.

—Os ofrecemos este sacrificio —dijo Robin—, para que conozcáis lo ciertas que son nuestras intenciones. —Sonriente, me hizo un gesto con la cabeza y noté la caricia cálida del cuchillo en la mano con toda su intensidad. Comprender lo que iba a pasar fue como recordar algo que siempre había sabido, como liberar un trauma reprimido.

—No puedo —dije, sin que apenas me saliera la voz.

—Tienes que hacerlo —sentenció y yo miré a las otras. Alex sonreía con una mirada centelleante que me hizo preguntarme si todo aquello no sería más que una prueba (una que iba a fallar, sin duda).

El pájaro trataba de escapar y, por fin, se rindió como si lo entendiera.

—Solo es una paloma —dije.

—Violet —dijo Alex cortante—. Tú misma has dicho que está llena de pulgas. Es asquerosa. Ponla en alto y apunta al cuello. Es lo más rápido.

Miré a Alex, los ojos se le veían dorados al fuego y tenía la piel empapada de sudor. Cerré los míos, cogí aire y levanté al pájaro, que se retorcía en la mano.

—Tienes que ver para hacer un corte limpio —dijo Robin—. Si no, le dolerá.

Miré al pájaro y las garras que sacudía en círculos por el aire. Cogí aire, suspiré y volví a respirar. Al apuntar, vi el reflejo espectral del cuchillo en las paredes y cerré los ojos. «Deberías mirar», pensé y lo hice. Levanté el cuchillo, lo clavé, luego, arrastré la hoja a través del cuello, me sorprendió lo fácil que era desgarrar pellejo y carne. El filo se quedó parado al llegar al hueso. La sangre empezó a resbalar caliente por los brazos, me entró en los ojos y cayó por el cuello y el pecho. Recuerdo que me llamó la atención que algo tan pequeño pudiera tener tanta dentro.

Esperé a que llegara el espanto, pero no lo hizo. No sentí repugnancia ni miedo, ninguna de las cosas que había esperado sentir cuando el cuerpo se fue tranquilizando y se volvió más pesado. Se estremeció una sola vez y, entonces, se quedó quieto y perdió calor, al tiempo que a mí se me entumecían los brazos, empapados en sangre pegajosa.

—Os ofrecemos este sacrificio, oh furias, de la misma forma que nos ofrecemos nosotras, instrumentos de vuestra voluntad. Os rogamos que nos desveléis vuestros misterios y nos ayudéis a corregir los agravios que nos han sido infligidos a nosotras y a otras de las nuestras. Os ofrecemos nuestras almas, suspendidas del hilo de oro de las parcas, y suplicamos vuestra gracia.

Alex me quitó el cadáver del pájaro sujetándolo por las patas. Le deslizó el cuchillo por el pecho y se lo pasó a Robin, que hizo lo mismo. Grace fue la última y susurró algo, mientras arrojaba aquel cuerpecillo diminuto al fuego, que se volvió negro, plata y dorado de nuevo.

—Mirad. —Robin señaló hacia unas figuras blancas que acechaban en los arcos de la bóveda, aferradas a ellos con largos dedos.

El mar azotaba la arena a nuestra espalda y las estrellas formaban en lo alto una red blanquecina. En lo que dura un parpadeo, habían desaparecido y yo me desplomé sobre la arena. No sabía cuándo había alzado el vuelo.

Me desperté en casa, metida en la cama. Seguía con el pelo mojado y lleno de sal y la ropa, pegada a la piel.

Los recuerdos eran como fognazos. Un grito, unas manos frías asidas a la mandíbula y un aullido hondo como el de una bestia, retumbando al fondo de la cala. Una ambulancia que se detiene a mi lado, mientras camino junto a las ruedas de un coche volcado que no paran de girar en el aire, la atracción de feria de una calle repleta de gente. La tela de araña con luz atrapada dentro en el parabrisas, el parpadeo deslumbrante sobre el cristal en rojo, ámbar y verde. Olía a sangre, la misma sangre caliente del pajarito que se estremeció cuando lo degollé.

Me di la vuelta y volví a quedarme dormida, soñando con la noche.

CAPÍTULO 10

Al leer *Macbeth*, se puede pensar que lavarse las manos es una metáfora de la culpa, pero en realidad es mucho más literal de lo que un lector cualquiera pueda imaginar. Aunque el color se apaga y no se aprecia nada a simple vista, la piel sigue pegajosa y tirante, como cuando se seca arcilla por encima y marca todas las líneas y se te mete hasta en la grieta más pequeña. Entonces, una se pregunta también cómo podía Shakespeare saber eso.

Pasé el fin de semana frotándome las manos y embadurnándolas de crema hidratante que había robado en la farmacia hacía tanto tiempo que lo había olvidado. Aparte de eso, lo único que recuerdo es que mi madre asomó por la puerta de mi habitación para preguntar si quería algo de té o un zumo. Me di la vuelta y no respondí. Tenía roto el corazón y estaba atrapada en sueños febriles de ciervos y perros, de sangre, arena y fuego blanco.

Cuando por fin reuní fuerzas para ducharme, vi dos líneas delgadas y amoratadas justo debajo de los omóplatos y también unas alas, solo una imagen, puede que fueran negras y con las plumas rotas. No pensaba en mis amigas ni en lo que habíamos hecho, sino que un delirio interrumpía al otro, siendo todos uno solo.

Entonces, volví en mí. Caí por un abismo que me arrastró vertiginosamente de un estado al otro. Y me recuperé.

—¿Quién podría hablarme de las convenciones que se utilizan para representar la venganza?
—El profesor Malcolm echó un vistazo alrededor y nosotras rehuimos la mirada a cambio.

Hacía mucho que ya no esperaba que respondiera voluntariamente, de hecho, había empezado a lanzar un suspiro cada vez que me devolvía algún trabajo corregido, con unas notas en caída libre y rezumante tinta roja.

El «Podrías hacerlo mejor» del primer trimestre se convirtió en un «Decepcionante». A esas alturas, lo único que escribía era la nota rodeada por un círculo junto a mi nombre y, cuando nos cruzábamos por el colegio, se limitaba a sacudir la cabeza en un gesto casi imperceptible y a tensar la mandíbula: la decepción mal disimulada.

Suspiró.

—Gracias por vuestra valiosa aportación. Me alegra comprobar que todas habéis estudiado el tema. —Se volvió hacia la pizarra y empezó a escribir con tiza, con un chirrido que se clavaba en el oído.

«ASESINATO» fue lo primero que escribió. Se me fue la vista hacia el asiento que tenía vacío al lado. Robin no había ido a clase. Por detrás, Nicky hizo estallar el chicle mientras pasaba las páginas del manual con la mirada vidriosa.

«LOCURA», escribió debajo el profesor Malcolm.

Nicky se percató de que la estaba mirando y sonrió, una sonrisa educada, como si saludara a un extraño que pasara a mi espalda, pero que a mí me quitó un peso de encima. Estaba bien a pesar del monigote. Lo mismo que mis amigas y yo, sin importar lo que hubiera pasado antes del fin de semana. Todo fue una simple locura transitoria, nada más que un *folie à deux*.

Me giré hacia la pizarra, donde había aparecido el «FANTASMA DE LA VÍCTIMA QUE EXIGE VENGANZA» en letra cada vez más pequeña y caída hacia abajo. Aun así, todo había sido muy real en su momento, lo mismo que la sensación (un dolor frío y penetrante en la boca del estómago, como si las ramas de una enredadera se me hundieran en el pecho) de que habíamos hecho algo que estaba mal. Una cosa execrable y monstruosa.

Estaba impaciente por ver a las chicas y preguntarles si tenían esa misma sensación, la sombra del pasado alzándose en la oscuridad, unas garras huesudas clavadas en los huecos entre las costillas, unos ojos acechantes y una sonrisa de dientes afilados entre las sombras encharcadas... ¿De verdad podíamos haber imaginado algo así solo por desear que fuera cierto?

—«La venganza está en mi corazón y la muerte, en mis manos; planes sangrientos y de carnicería martillean en mi cabeza». —Leyó el profesor Malcolm.

Nicky tosió y unas motas de polvo quedaron suspendidas entre las dos. Los cuervos del campanil echaron a volar seguidos por su sombra.

Después de unas cuantas vueltas, encontré a Alex y a Grace sentadas sobre el murete del edificio de letras. Grace tenía la cabeza recostada en el hombro de Alex y los ojos cerrados, como si durmiera. Solo los labios delataban que estaba despierta y susurrando algo. Fui hacia ellas; aún continuaba débil y, al caminar, se movían los tendones y las venas de las pantorrillas. Me senté a su lado.

—Hola.

Alex masculló un saludo y Grace se incorporó sonriente.

—¿Estás mejor?

—Sí —respondí—. Más o menos. —Cambié de tema, seguía en carne viva por la experiencia—. ¿Dónde está Robin?

—No la he visto —dijo Grace, sin dejar de mirar hacia la biblioteca. Unas chicas señalaban con extraña fascinación hacia las excavadoras que se movían al otro lado del patio.

Iban a arrancar los árboles en las vacaciones de primavera, desoyendo las quejas de las alumnas. Yo misma había firmado una petición, aun sabiendo que no iba a servir de nada. El director estaba decidido a sacar provecho de aquel enorme espacio verde y no había protesta estudiantil que pudiera disuadirlo. Se había tomado el rayo que partió el viejo olmo como una señal o una excusa fácil para despejar el patio y echar abajo los árboles cuyas ramas habían brindado siglos de sombra y de cobijo a las alumnas de Elm Hollow.

Grace sacó una manzana de la cartera, mordió un bocado y el jugo le resbaló por la barbilla. Recordé la sangre del pájaro deslizándose de aquella misma manera, su sabor y su calor. Me saqué la idea de la cabeza.

Observamos en silencio el brillo del sol entre los edificios, la luz mantecosa y llena de polvo. Por fin, apareció Robin con su caos de siempre y vino hacia nosotras a zancadas y con la mochila colgada de un hombro.

—Al fin te encuentro —dijo, pellizcándose el brazo mientras se sentaba.

—Aquí me tienes —respondí apagada.

—Traigo buenas noticias. —Se dejó caer sobre mí para dar un bocado a la manzana de Grace. Masticó, se echó hacia delante y escupió lo que llevaba en la boca—. Aún no puedo comer nada, por Dios.

—¿Estás enferma? —le pregunté.

—Fatal, tengo el estómago revuelto. Llevo días sin tragar nada.

—¿Qué noticias son esas? —dijo Grace, inclinándose.

—Veréis, ayer fui a ver a Andy y estaban todos llorando y vestidos de negro, porque... Un retumbe de tambores...

La miramos las tres fijamente. Sabía lo que iba a venir y me sacudió una náusea ardiente y pegajosa. Me miré las rodillas y me nubló la vista un recuerdo (o, más bien, la atroz imagen de una rueda volcada sin parar de girar reflejada en el cristal). Pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un accidente. Una tragedia. —Me miró y me guiñó un ojo, tan rápido que apenas lo vi—. Iba con el coche y volcó en la autopista de madrugada. Dicen que los paramédicos encontraron pedacitos suyos por toda la carretera. Se quedó como el huevo Humpty Dumpty.

Silencio, no sabíamos cómo reaccionar. No podía ser. No podíamos haberlo hecho. Tenía que ser una coincidencia.

Pero ¿y si...? Todas tenían en la mirada la misma mezcla de esperanza y miedo que yo. Unos dedos alargados se cerraron sobre mi corazón. «¿Y si no es casualidad? ¿Y si lo habíamos matado por medio de la fuerza de nuestro deseo y de la legítima venganza de las parcas? ¿Y si la sangre del pájaro era la suya, pegándose a la piel como arcilla?».

«No puede ser verdad».

Por fin, Alex echó a reír y la agarró por la garganta.

—Estás enferma, Robin.

Encendió un cigarrillo.

—Lo sé, por eso os gusto. —Se puso de medio lado, recostó la cabeza sobre mi regazo y los pies contra la pared, y soltó el humo dibujando unos círculos perfectos en el aire.

Seguimos así sentadas, en silencio y sumidas en nuestros pensamientos —unidas por ellos— hasta que la torre del reloj marcó las diez. Como si fueran una, Grace y Alex bajaron de un salto, se limpiaron el polvo y marcharon en direcciones opuestas hacia la próxima clase. Robin y yo nos quedamos donde estábamos, viéndolas marchar sin decir una sola palabra. El aroma a lavanda y limón que llenaba el aire cada vez se hacía más denso y asfixiante, no me cabía en los pulmones y se me cerró en seco la garganta. Me agarré al muro con las dos manos. Robin metió un dedo por el hueco y apretó. «No puede ser —pensé—, es una casualidad». Pero el recuerdo no desaparecía, como una sombra atrapada en un estanque. Las esquivas de cristal reflejando la luz azul de la ambulancia, el brillo anaranjado de las farolas, los charcos negros y relucientes sobre el asfalto, haciéndose cada vez más pequeños a medida que me alejaba de ellos. Había estado allí, estaba segura.

Me entraron náuseas y ganas de llorar. Al menos, estábamos juntas en eso. Levanté la vista hacia el cielo y vi el azul que separaba las nubes blancas. Cogí aire, suspiré... y me eché a reír.

Más un gañido que una risa, algo casi inhumano. Robin me miró boquiabierto, el humo se le fue por el otro lado y empezó a toser tanto que tuvo que incorporarse para respirar. Nos reímos de las caras que ponía la gente al pasar a nuestro lado, reímos hasta que nos dolió, hasta que se nos secó la garganta y no podíamos coger aire. Reímos con las mejillas empapadas de lágrimas y nos abrazamos. Éramos todo alegría y yo estaba profundamente agradecida de tener una amiga que me comprendía de verdad

PRIMAVERA

CAPÍTULO 11

—«A mitad del camino que llamamos vida, me encontré en una oscura selva, por haberme apartado de la senda recta».

El profesor Malcolm hablaba con los brazos extendidos como un actor de tercera sobreactuado.

—Os aseguro que es un sentimiento fácil de entender, se esté a mitad del camino de la vida o no.

Hubo risas burlonas. Robin arqueó una ceja y puso cara de desesperación. Por mi parte, tenía la vista perdida en la espalda de la chica que estaba sentada delante, para tratar de desperezarme y quitarme de encima la insoportable resaca.

Humo blanquecino saliendo de un cenicero de cafetería en nubes lánguidas; el suave crujido de unas tabletas de chocolate con leche en toboganes de plástico; el cadáver destrozado de un pájaro, el chasquido del pico y de los huesecillos al aplastarlos Robin con la bota. El corazón que palpita enloquecido al desplomarme en la cama y ver los pósteres por el rabillo del ojo; la sensación de que todos me miran y empezar a tirar del papel para rasgarlo y dejar atrás caras retorcidas y rotas.

Unos niños miraban asustados cómo nos balanceábamos las cuatro en los columpios de un parque vacío, agarradas a las frías cadenas, hasta que estalló la tormenta. Entonces, corrimos y gritamos bajo la lluvia, enloquecidas y vivas con un aliento impetuoso.

Me manché las manos de negro cuando le teñí el pelo a Robin y luego, el mío. Rodillas raspadas, jirones de piel blanca entre la tierra; agua caliente y vino barato a morro. Náuseas. Vómito veteado de saliva, el frío descanso del retrete. Huesos doloridos. Rímel de la noche pegado a la mejilla. A día de hoy, estos siguen siendo mis recuerdos de aquellas vacaciones de primavera, abotargados por el alcohol y las drogas.

Lo que recuerdo de esas semanas no son más que fogonazos inconexos, arrancados de la tierra y arrastrados por el viento, lo que sin duda dice mucho del estado en que nos encontrábamos todas.

—Estás hecha una mierda —me dijo Robin por lo bajo mientras me pasaba una bola de film transparente—. Tómame una, te vendrá bien.

—¿Qué es? —susurré, aunque ya lo sabía.

—A mí me espabila.

Estaba seria y con el cansancio marcado como una sombra bajo los párpados. Era evidente que aquello no bastaba para contrarrestar los efectos de la noche anterior. Con un suspiro, cubrió

el paquetito con la mano.

—Si no las vas a tomar, al menos disimula —dijo, con una mirada feroz y las pupilas vidriosas.

Sacudí la cabeza y las pastillas desaparecieron como por arte de magia. Avergonzada, me hundí en la silla y Robin volvió a atender.

Me puse a mirar por la ventana, hacia los edificios de ladrillo rojo y las bandadas de gorriones que se lanzaban en picado para recoger las miguitas del césped, aprovechando que el campus estaba vacío; las alumnas, en casa todavía o atrapadas en clase; y los obreros, en la hora de descanso. Un silencio misericordioso en el aire. A la luz de la primavera, los rostros pétreos de las figuras que nos miraban desde los edificios parecían imbuidos de otra lucidez: era imposible atravesar el patio sin sentirse observada por aquellos gestos reprobadores, bajo el juicio frío de los muertos.

—Así, la *Divina comedia* representa el viaje del alma hacia Dios y no solo influyó en Blake, sino también en nombres como Shakespeare, Milton, Eliot y Beckett, por no hablar de artistas y autores actuales —seguía diciendo con una voz monótona y sin vida—. Pero es el «Infierno» el que con más fuerza ha sabido atraer la imaginación de los artistas, fundamentalmente por saber identificar las innumerables formas del pecado y por la visionaria evocación de los numerosos círculos del averno. Como explica Ciardi en su introducción a la obra, el «Infierno» de Dante representa la realidad de los que han rechazado los valores espirituales para entregarse a los apetitos bajos o a la violencia, o que han pervertido el intelecto humano para ponerlo al servicio del engaño o la malevolencia con sus pares. Es una llamada al *voyeur* que todos llevamos dentro, el «¿y si...?» que apuntala la tentación del pecado y la *schadenfreude* que acompaña de forma inherente al castigo que padecen otros por unos crímenes que también nosotros podríamos haber cometido en su situación.

Se detuvo y echó un vistazo alrededor, puede que sabiendo que por primera vez tenía la atención de todas. Bajó la voz, que pasó a ser prácticamente un susurro.

—*Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate* se lee a las puertas del infierno. «¡Perded toda esperanza los que entráis!»), una frase lapidaria que, curiosamente, tiene el efecto de seducir a quien la lee. Los gritos de los condenados eternos nos atraen, a pesar de nuestro impulso a apartar la vista.

»Puede que ese sea el motivo por el que el «Infierno» continúa siendo una piedra angular de nuestra cultura siglos después de su composición. Y es que ¿quién puede afirmar con sinceridad que las infinitas formas de tentación de la lujuria, la codicia, la traición y la violencia no se ha abierto paso alguna vez en su propia vida? O, más bien, ¿quién podrá hacerlo cuando se encuentre en el lecho de muerte o a la espera de ser juzgado? ¿Quién es capaz de resistirse?

Hubo un momento en el que todas nos examinamos, en que miramos de frente nuestros momentos de duda y de culpa; por una fracción de segundo, al menos, la tensión recorrió la clase como una sacudida. Agotado por la presión, el profesor Malcolm estalló en una tos seca de fumador y eso rompió el hechizo. Incomodadas por el instante fugaz de intimidad compartida, nos removimos todas en los asientos y empezamos a hojear sin atención los apuntes, en busca de cualquier cosa en la que refugiarnos.

Llamaron a la puerta y levantamos la vista, pero perdimos el interés en cuanto vimos aparecer al decano.

—Siento molestar —dijo con un rostro serio e inexpresivo. Saludó y nos miramos—. Vengo a

por una de tus alumnas, si no te importa.

Torcí el gesto ante la perspectiva de que me señalara delante de toda la clase. También me hizo sentir mal que me pescara sentada al lado de Robin, las dos pálidas y con los ojos rojos.

El profesor se encogió de hombros y se volvió hacia la pizarra.

—Robin —dijo el decano—, ¿puedes acompañarme?

Me miró de reojo y yo, al decano, que se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra la puerta mientras Robin recogía sus cosas.

—Claro —respondió y salió de clase.

Nos quedamos todas calladas hasta que el profesor escribió en la pizarra «No fuisteis hechos para vivir como bestias, sino para perseguir la virtud y el conocimiento», y retomó su soniquete abatido de siempre.

De no ser por los autobuses que esperaban detrás del colegio y los conductores que fumaban malhumorados por tener que estar allí a aquellas horas, nada hacía pensar que pasaba algo.

Había chicas por todas partes. Habían suspendido las clases y nos hicieron esperar junto al cercado que rodeaba la mayor parte del patio. Cuchicheábamos, gritábamos y reíamos, llenando todo de voces.

Cuando comenzó a llover, subimos a los autobuses que nos iban a llevar a la ciudad con nuestros padres. Mi madre no, porque le tenía fobia al teléfono; lo guardaba escondido en el fondo de un cajón y nunca respondía, aunque entonces todavía sonaba alguna vez.

Estaba eufórica por tener una tarde entera sin clases y, no en menor medida, porque no había estudiado (de hecho, no sabía ni qué tema había que estudiar). Aunque busqué a Robin, Alex y Grace, no las encontré y tuve que ir sola en el autobús. A mi lado se sentó una chica que no conocía, que no paraba de morderse las uñas y que se negó a mirarme en todo el viaje.

Hasta el día siguiente, no me enteré de lo que había pasado y solo lo hice a retazos, por los chismes que llenaban el tiempo entre programas de radio y conversaciones escuchadas por casualidad en la calle.

Mientras un trabajador cortaba el olmo con una motosierra, de las entrañas del árbol comenzaron a salir borbotones negros. No era savia, aunque tenía la misma textura densa y coagulada, y el mismo brillo vidrioso. Pero el color era inconfundible. En cuanto el primer río de sangre comenzó a correr por las raíces y a empapar y teñir la hierba de negro, el hombre se santiguó y se marchó.

Acudió otro y el árbol volvió a sangrar. Este se estremeció, pero siguió trabajando, haciendo saltar fragmentos de corteza que se clavaban en el fango como lápidas.

Un supervisor que pasó por allí se sorprendió al ver los ríos de sangre resbalar por la corteza, hundirse en las hendiduras y señalar todas las grietas. Dio una vuelta alrededor y se quedó paralizado, con una oración en los labios. Encontró una grieta en la madera, luego otra y otra más. Temblando, metió los dedos por los huecos y despegó la corteza en un bloque. Debajo apareció acurrucado el cuerpo de Emily Frost que estaba encogida y doblada, y lo miraba desde unas cuencas vacías en las que se retorcían los gusanos.

Cuando el último autobús dejó el colegio, llegó la policía. A todos los asfixiaba la descomposición dulzona que llenaba el aire. Decían que el movimiento de las criaturas que pululaban por debajo de la piel hacía parecer que aún le latía el corazón. Por la sangre se podía

pensar que no llevaba mucho tiempo dentro, sin embargo la autopsia demostró que no era así, aunque era una anomalía difícil de explicar. El forense concluyó que llevaba meses dentro y que la introdujeron antes de que el comienzo del *rigor mortis* la encajara en aquella postura. Las marcas de arañazos que encontraron luego llevaron a especular que la metieron cuando todavía estaba viva.

Habían pasado semanas desde que estuvimos en la cala y las cuatro estábamos más unidas que nunca. Con la llegada de la primavera y el regreso paulatino de la vida que llenaba el colegio de colores magníficos y rebosantes, nos sentíamos dueñas de todas las posibilidades, de un potencial inagotable que solo conocía los límites de nuestra propia imaginación. Con la fe impetuosa e imprudente de la adolescencia, creíamos que nuestra amistad era impenetrable, una realidad permanente y eterna.

Incluso un día, cuando estaba con Robin en la cama tratando de conciliar el sueño, me atreví a preguntarle por Emily.

—Solo espero que la encuentren para poder pasar página —me dijo.

Y en efecto, la habían encontrado y a mí la envidia me consumía. Con su regreso, volvían a estar las dos juntas y nuestra amistad se resquebrajaba.

CAPÍTULO 12

Al encontrar el cadáver de Emily, suspendieron las clases y nos dieron una semana más de vacaciones, para que no cundiera la histeria y tuviéramos un tiempo de duelo. La ciudad se llenó de alumnas del colegio exiliadas en cafeterías, pasando el rato en la playa, disfrutando de un helado o esquivando ataques de las gaviotas.

Para la mayoría fueron unas vacaciones más, aunque la tragedia cargaba el ambiente de susurros. Eso sí, todas nos tomamos a broma las precauciones que les llegaron por carta a nuestros padres: no hablar con desconocidos, evitar los callejones oscuros, redoblar el cuidado los días de niebla y no ir solas a ninguna parte.

Pero yo estaba sola.

Robin, Alex y Grace habían desaparecido. No estaban en casa o, al menos, no respondían las llamadas. Y no fueron pocas. Hablé con los padres de Robin y Grace (en casa de Alex, el teléfono sonaba sin parar, cinco o seis minutos cada vez) y siempre me decían en tono forzado que habían «salido», aunque no sabían adónde o (como tardé en comprender) no querían decírmelo.

La cara de Emily estaba por todas partes, era imposible librarse de ella y me aficioné a comprar los periódicos y a colarme sigilosamente en la planta de abajo para ver las noticias cuando mi madre estaba dormida. Me quedaba ensimismada mirando las páginas o la pantalla, como Narciso en el estanque, mientras sus amigas hablaban desoladas de lo buena y lo guapa que era.

Nicky hizo varias apariciones en las que contaba anécdotas apasionantes sobre la amistad entre ambas, aunque, por lo que yo sabía, nunca habían sido amigas, pero ¿quién podría envidiarle aquella atención? Los periodistas también decían que había sido una buena chica, una muchacha dulce y amable, todas las cosas que, en un momento u otro, me había imaginado siendo yo, así que me pregunté si dirían lo mismo de haber estado en su lugar (y en tal caso, ¿habría sido ella buena, amable y dulce de verdad?).

Las demás nos dedicábamos a cuchichear, formando un coro orquestado por Nicky, que llamaba a casa a diario (y yo siempre corría a atender el teléfono, por si eran las otras). Me hablaba de conversaciones telefónicas hechas en confianza y que alguien oía por una extensión, y de madres que se contaban teorías al oído después de beber tres o cuatro copas, mientras sus hijas cotilleaban al final de las escaleras.

Se decía que podía haber sido un accidente, que al trepar el árbol cayó directamente en sus tripas y, cubierta por las ramas, siguió allí hasta pudrirse. Pero Nicky sacudía la cabeza: «Es imposible que Emily Frost trepara a ningún árbol, siempre llevaba una manicura perfecta». Hablaban también de un padre trastornado y de una madre tan aterrorizada que no se atrevía a

hablar, aunque las caras que veíamos parpadear entre la niebla del televisor parecían sinceras, con los ojos devorados por la pérdida.

Circularon ideas aún más estafalarias, que cobraban fuerza cada vez que se susurraban. Un pentagrama tallado en la madera y una carta metida en la garganta, con la tinta emborronada y descompuesta por la saliva y el ácido del estómago. Salía a relucir de cuando en cuando el nombre de la señora Boucher; hablaban de «una bruja», entornaban los ojos y reían al oír la palabra «maldición». Aprendimos cosas que éramos demasiado jóvenes para conocer, aunque eso no lo sabíamos y respondíamos siempre con estudiada indiferencia: que la policía iba a buscar semen o restos de saliva en zonas íntimas para hacer pruebas de ADN, el brillo atroz del luminal, las sombras amoratadas de la lividez y las marcas de unos dedos en los brazos lechosos.

Los periodistas se dedicaban a diseccionar videojuegos y letras de canciones, distorsionándolos hasta convertirlos en acicates para robar, follar y matar; así, aunque nadie conocía más allá de los hechos, a nosotras nos parecía que los adultos no tenían ni la menor idea de nada. Nos daban vergüenza y gastábamos bromas negras y retorcidas que aliviaban el horror de aquel crimen.

Cuando se reanudaron las clases, se formó un altar en honor a Emily en el centro del patio. Habían interrumpido las obras y, a los pies del olmo a medio cortar, aparecieron flores y fotografías, velas que socarraban el pelo de ositos de peluche de supermercado y notas escritas a mano. Organizaron un funeral y suspendieron las clases de música, que cedieron su lugar a ensayos interminables en el salón de actos, desde donde retumbaban la música de cámara y los afligidos cánticos del coro.

Todas me miraban al cruzarse conmigo por los pasillos y callaban en cuanto entraba en una clase. Querían saber dónde estaba el grupo, pero nadie me creía si les decía que no tenía ni idea.

—¡Violet! —dijo el decano en cuanto me vio aparecer en el despacho, con un tono demasiado alegre.

Desde que hablamos de mis amigas, había sido amable en exceso. Optó por no mencionar lo que llegó después, una gentileza que le agradecía, aunque era una realidad que nos pesaba a los dos.

Los demás profesores estaban más callados y distantes. Annabel había cancelado las reuniones de la torre (lo cual no estaba mal, dado que me había quedado sola) y el profesor Malcolm impartió una clase sobre el duelo tan insufrible que a todas nos pareció que nuestros difuntos tenían una suerte enorme de estar muertos.

El decano, por el contrario, seguía tan jovial como siempre. Seguramente se lo exigía el cargo de asesor principal del colegio, aunque habían contratado a asistentes para ayudarlo en esa labor por un tiempo. De hecho casi todas las alumnas recurríamos a ellos y lo dejábamos caer siempre que surgía la ocasión, convirtiendo así el duelo en una competición entre nosotras.

—¿Cómo está mi alumna favorita? —preguntó, recostándose en la silla. Sobre la mesa había sentada una chica alta y de ojos verdes, con el pelo rubio recogido en una coleta y los pies, sobre una silla. Sonrió tímidamente cuando nos miramos.

—Bien, gracias —dije yo y el decano la miró con cariño y una sonrisa cercana—. ¿Vuelvo más tarde?

—No, no es necesario. —Le puso una mano sobre la rodilla y la chica se sobresaltó—. Violet, te presento a mi hija Sophie. El curso que viene también estudiará con nosotros. —Acompañó

aquellas palabras con una palmadita en la espalda de la chica, que se puso roja de vergüenza.

Le sonreí con complicidad, aunque siempre sentía una particular envidia por las hijas abochornadas por sus padres, el deseo de agarrarlas por los hombros y de ofrecerles algún intercambio.

—¿De verdad? —pregunté, fingiendo interés—. ¿Dónde estás ahora?

—Estudio en Estados Unidos —respondió con cierto orgullo en la voz, un aplomo debidamente ensayado—, pero mi madre va a mudarse a Pekín, así que me toca ir con ella o regresar aquí.

—Vaya. —Eché un vistazo alrededor, en busca de la desesperada una excusa para marcharme. En las contadas ocasiones en que mis alumnas descubren que los profesores podemos fracasar en nuestras relaciones personales, es como si se les derrumbara el mundo. Mi reacción en aquel momento con el decano fue muy parecida.

Cogió a Sophie por el hombro.

—Quién sabe. Puede que os hagáis amigas, ¿eh?

La intuición nos dijo a las dos que eso no iba a suceder. Ella era alta, sofisticada y guapa. Yo, todo lo contrario.

Pertenecíamos a círculos diferentes, así que nos cruzaríamos por los pasillos sin ni siquiera vernos y haríamos como si aquella conversación jamás hubiera tenido lugar. Seríamos como el agua y el aceite. Entre mis alumnas, observo esa segregación difícil de definir pero que todas conocen por instinto. Cuando eres niña adquieres la capacidad de colocar a tus iguales en la jerarquía social prácticamente de un vistazo y nunca la pierdes. Es algo despiadado, pero no deja de resultar fascinante a su manera.

Bajó de la mesa y se pasó las manos por la parte de atrás de la falda. «Demasiado corta», pensé yo.

—Bueno, voy a por mis cosas. Nos vemos en septiembre, papá —dijo mientras cogía el abrigo.

El decano se levantó, la acercó a él y la besó en la cabeza.

—Te echaré de menos. —Evité mirar a Sophie. A las dos nos mortificaba la presencia de la otra. Se desembarazó de él y fue hacia la puerta—. Antes de irte, dale de comer a Monigote —le gritó cuando sus pasos sonaban ya por el pasillo, entonces, se dirigió hacia mí y me dijo con una sonrisa—: El gato. Muy bien, ¿por dónde íbamos?

Al parecer, el decano seguía sin averiguar qué unía todos aquellos nombres, y los que yo conocía se mezclaban con otros que no había oído nunca y que aparentemente no guardaban ninguna relación con nuestro círculo ni con su pasado.

Me gustaba saber que mis secretos eran los que él buscaba, era agradable. A veces, hacía pequeños cambios al pasar las fichas a limpio, por lo general para despistarlo, pero otras, no sé muy bien por qué (creo que me parecía una provocación, como si me jactara de lo que él sería incapaz de ver), añadía pequeños detalles ciertos y que solo nosotras podíamos comprender.

Por supuesto, no les conté nada de eso a mis amigas, aunque alguna vez acaricié la idea, normalmente por despecho, después de que Alex hiciera algún comentario condescendiente o de que Robin bromeara sobre secretos que nunca sabría, como si quisiera recordarme que ya eran amigas cuando yo no estaba y que siempre sería un elemento extraño, por mucho que nos acercáramos. Podría haberles enseñado todo lo que sabía, pero eso habría sido renunciar a aquel

vínculo secreto, lo único en Elm Hollow que era mío y solo mío.

Así, aquella tarea se convirtió en una forma de tocar el pasado y de encontrar vida en él: era mi secreto, mi propia historia viva. Sin embargo aquel día, no conseguía concentrarme. Las letras se movían por la página y no lograba descifrar las palabras que se escurrían en negro. Parpadeaba, pero no enfocaba la vista ni comprendía el texto. Nada tenía sentido.

—¿Estás bien? —El decano me estaba observando y, en cuanto levanté la vista, acercó la silla. No sabía cuánto tiempo llevaba así y me dio un escalofrío al pensarlo.

—Sí, señor —respondí casi sin voz.

Se acercó un poco más. Me pregunté cómo se habría hecho aquella cicatriz al lado del ojo y me fijé en las marcas de viruela en el hoyuelo de la mejilla.

—Violet —dijo despacio—, tengo la sensación de que te preocupa algo.

Hundí la cabeza, avergonzada.

—Estoy bien, señor.

—¿Es por Emily Frost? —preguntó, hundiendo los dedos en el brazo de la silla.

Tenía calor y me ardían las mejillas. Se lo iba a tomar por un sí. En el fondo, tenía la sensación de que todo era por Emily Frost, de que todo había sido por ella. Tenía celos de una chica muerta. Una vez más.

—Creo que todo el centro está conmocionado —continuó—. Sé que no la conociste, pero aun así es normal que te afecte, aunque solo sea por tus amigas.

—¿De verdad?

Pareció esperanzado, como si le alegrara que por fin me abriera, como si imaginara que podríamos volver a hablar con franqueza y que reiría de nuevo al oír sus historias, por ridículas y equivocadas que fueran.

—Adelante.

—Si le digo la verdad, es lo que menos me importa del mundo. —Las palabras salieron casi solas. Detuvo el incesante golpeteo del boli y se recostó muy despacio.

Di media vuelta, aunque sabía que me seguía mirando por detrás y comencé a escribir de nuevo. Él continuó observándome, y al rato, cogió aire como si se dispusiera a hablar, pero cambió de idea. Tuve la sensación de que el silencio creció hasta llenarlo todo. Me ardía la cara y me tragué las lágrimas. Por fin, después de lo que me parecieron varios minutos, oí las ruedecillas de la silla sobre la moqueta, un suspiro, el roce del papel y el garabateo del boli.

Me quedé mirando la página, me odiaba por ser incapaz de callarme. Sin embargo era cierto, me daba igual que estuviera muerta, en todo caso, me quitaba un peso de encima. No iba a regresar ni a usurparme mi lugar en el grupo, como tanto había temido, «al menos no, estando viva», pensaba con amargura. Aun así, la aparición de su cadáver me había apartado, ¿qué iba a hacer?, ¿servirles de carabina en el duelo? Como hizo mi madre cuando murió papá, me habían dejado de lado por los muertos, cuyo recuerdo era más vívido que mi presencia.

Me estaba portando como una niña y me avergonzaba tanto por lo que pensaba (de hecho, aún lo hago al escribirlo ahora) como por haberle mostrado al decano aquella envidia pueril, los celos extraños y sin sentido que sentía por la chica muerta. Guardamos los dos un silencio frágil y no sabía en qué estaría pensando él. En otro momento, habría interrumpido de vez en cuando el trabajo para enseñarme algún grabado curioso, leer un párrafo que le resultara particularmente esclarecedor, reírnos de las muertes extrañas e imaginar conjuros con un sentido del humor casi

infantil.

Siempre me prestaba atención cuando me atrevía a contarle mis ideas y, a mi pesar, disfrutaba de aquella atención; me sentía escuchada, como un atisbo del potencial que podría haber tenido de haber dedicado mi energía a los estudios en lugar de a granjearme el favor de Robin y del grupo. Y ahora, eso también lo había perdido.

La torre del reloj dio la hora, nueve campanadas largas y graves. El decano se dio la vuelta con un movimiento pesado, se encorvó sobre un libro abierto y me miró.

—Por el amor de Dios, ¿ya es tan tarde? —dijo, con el pulgar sobre la sien—. ¿Cómo vas a volver a casa?

El último autobús había salido hacía una hora y el aparcamiento estaba vacío. Todas las alumnas se habían marchado ya.

—Yo... pensaba ir andando.

Arqueó una ceja y golpeó la mesa con los dedos.

—¿No vives en la ciudad?

Asentí. Dio media vuelta y miró hacia el patio, frotándose el mentón con los dedos.

—De ninguna manera —dijo, al rato—. No puedes irte así. —Se levantó de la silla—. Mucho menos ahora que... —Lo dejó en el aire—. Dame cinco minutos y te llevo.

—No es necesario... —comencé a decir, con la voz ahogada. No había subido a un coche desde el accidente, desplegando toda mi estrategia para evitarlo y prefiriendo siempre la seguridad tosca del autobús al peligro privado de un automóvil, tan fácil de aplastar bajo unas ruedas.

—No vas a convencerme —dijo, mientras recogía las notas y las guardaba en la cartera sin cuidado—. Tendría que haberte dejado ir antes. Es culpa mía.

Siguió recogiendo sus cosas y de vez en cuando levantaba la vista para mirarme. Parecía siempre a punto de decir algo que se quedaba suspendido, porque al ver cómo lo observaba desde la puerta, cambiaba de idea y apartaba la vista nervioso.

Salimos callados del edificio, unidos por la incomodidad. No quedaban más coches que el suyo y me senté en el asiento del acompañante, echando a un lado con el pie vasos de café y envoltorios de plástico. En la parte de atrás había una pila de trastos abandonados, pedazos de su vida. Libros y cajas llenas de papeles entre mochilas y material de acampada, un abrigo y un bastón de senderismo.

—Lo siento —me dijo—. Reconozco que está hecho un desastre.

El coche rugió al despertar y parpadeó al mismo tiempo que los faros, para acostumbrarme a la luz. Unas figuras levitaron en mi campo de visión, esquivadas blancas que caían atravesando la luz y la hierba que reptaba movida por la brisa. Trasteó con la radio y sonó una canción por los diminutos altavoces; entonces, empezó a cambiar de una emisora a otra y a mascullar por lo bajo.

—Esta me gusta —decidí decir para que terminara de una vez.

—¿Esta? —Fue su primera sonrisa desde que le conté la verdad sobre Emily—. No sabía que Barry Manilow volvía a estar de moda. —Comenzó a dar marcha atrás muy despacio—. ¿Está otra vez en la onda?

Reí por compromiso y sobreactuado.

—Muy en la onda, señor.

Fuimos los dos en silencio rumbo a la ciudad, entre la oscuridad y el sonido de los altavoces

que se entrecortaba al pasar sobre un bache. Me hizo algunas preguntas sobre los estudios, las asignaturas que me gustaban y cosas así, y yo siempre le respondía con una respuesta vaga pero afirmativa, y con una sonrisa de consolación. Tuve que contenerme para no agarrar el volante con las dos manos y traté de bajar las pulsaciones cogiendo y soltando aire muy despacio.

Al llegar, los postes de luz cedieron el puesto a la radiante iluminación del paseo marítimo y al fulgor de las decadentes salas de juego, el Gold Rush, el Caesar's Palace y el Lady Luck.

—¿Sabes, Violet? —dijo muy despacio, sin apartar la vista de la carretera—. A veces me preocupas. Sé que has tenido que superar muchas cosas y... —Se detuvo, para elegir bien las palabras—. Bueno, en ocasiones me pregunto si no deberías abrirte algo más y encontrar a alguien en quien confiar.

Seguí mirando por la ventana, tratando de no escuchar y de centrar mi atención en los que pasaban al otro lado del cristal. Una pareja caminaba cogida de la mano con la cabeza hundida ante la mirada recelosa de una anciana con el pelo enmarañado y el abrigo harapiento. Unas chicas poco mayores que yo y vestidas con faldas de colores neón se tambaleaban de un bar a otro sobre unos tacones de vértigo. Entonces, vi a Robin sobre el rompeolas, se estaba limpiando la nariz con la manga de la chaqueta y miraba ausente hacia la gente. Agarré la manilla y traté de abrir la puerta, pero el seguro estaba puesto.

—No es sano guardárselo todo —decía el decano sin dejar de mirar hacia delante y mordisqueándose la uña del pulgar—. Es normal estar enfadada o triste, pero no deberías afrontar esas emociones tú sola. —Agarré la mochila y, en cuanto el coche se detuvo, quité el seguro y bajé de un salto. La voz del decano quedó ahogada por el estruendo de un coche que me pasó rozando y los gritos del conductor.

Eché a correr a toda velocidad hacia el paseo, pero cuando llegué, Robin ya no estaba.

Me senté en el mismo sitio que ella, como si pudiera seguirla con la mente y cuando comenzó a hacer frío y los casinos apagaron las luces, regresé caminando a casa, seguida por el ruido de mis pasos sobre los baldosines rotos.

—Por fin te encuentro. —Cuando ya estaba a punto de llegar a casa, me agarraron del brazo.

—¡Dios mío! —dejé escapar—. Te he estado buscando por todas partes.

Robin me sonrió. Lucía su sonrisa radiante de siempre, aunque algo apagada, y los ojos los llevaba rojos. Había estado llorando.

—Ha sido una semana de mierda.

—Siento lo de Emily —le dije.

—No lo hagas. Todas sabemos que ella... —vaciló.

Me volví hacia casa. El televisor seguía encendido en la sala de estar.

—¿Quieres entrar?

—¿No te importa?

—No, pero... —Volví a mirar hacia allí—. Tendré que distraer a mi madre. Que no te vea.

Dejé la puerta entreabierta y entré deslizándome sobre la moqueta, en la cocina había una bandeja con la cena cubierta con film transparente. Luego, me asomé a la salita y mamá giró la cabeza. «Tenías que estar despierta precisamente esta vez», pensé tensando la mandíbula.

—¿Dónde has estado? —dijo con la voz abotargada por el sueño. Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina con paso simiesco, el tambaleo que da una tristeza imposible de soportar.

Desde hacía semanas, solo la veía a media luz. Le rogué a Dios que Robin no la viera con

aquella mirada pajiza y enrojecida, y la piel casi transparente de tan blanca, como leche cortada.

Me puso una mano como el hielo sobre el brazo y me dieron escalofríos.

—Cariño... ¿Qué te estás haciendo?

—Nada, mamá. Estoy bien.

—Te pasa algo —dijo—. Cielo, ¿estás tomando drogas? —Robin pasó a su espalda y nos miró de reojo—. Has perdido mucho peso y estás demacrada.

—Solo estoy cansada, mamá. Estoy trabajando mucho. —Traté de respirar y de mantener la calma, pero empezaba a enfadarme, era como una punzada en el pecho—. No puedo creer que me estés diciendo esto.

—No te estoy acusando de nada —dijo, con la voz rota.

—Haces como si el problema fuera mío. Es increíble lo hipócrita que eres —dije despacio y en voz baja—. ¿Cuándo saliste de casa por última vez? Joder, mamá, ¿cuándo fue la última vez que te quitaste el pijama? Es humillante, me das vergüenza.

Me miraba desencajada de dolor.

—Violet... —empezó a decir, apartándose.

—No, mamá. No vamos a discutir sobre cuál de las dos está saliendo adelante. Sé lo que hago, lo tengo todo controlado. En cambio, esto es una leonera. No tienes derecho a decirme nada. —La aparté de un empujón y subí las escaleras, sin dejarle hablar. Oí un sollozo al cerrar la puerta, un llanto mal disimulado. Pero no sentí nada.

—¿Tomas drogas, cielo? —dijo Robin cuando cerré la puerta—. ¿Necesitas ayuda, corazón? ¿Cuchicuchi? ¿Bizcochito?

Tiré la mochila al suelo con una risa tibia, mientras ella inspeccionaba mi habitación igual que hizo la otra vez, examinando a conciencia pedazos de la piel que había perdido hacía ya tiempo. La misma colcha descolorida y raída; los mismos pósteres de revistas y pegados con masilla para tapar el papel pintado de azucenas de color azul sobre fondo rosa; los mismos catálogos y los mismos libros que leía una y otra vez, apilados junto a la cómoda descascarada con los cajones abiertos de los que salía desparramada ropa que nunca me habría puesto y menos entonces, cuando ya no era aquella chica y me consumía pensar que Robin lo creyera.

—¿Qué ha pasado? —Me senté sobre la cama y me quité los zapatos. Llevaba un agujero en las medias, metí el dedo y empecé a hacer círculos y no paré cuando saltó el nailon, sino que seguí clavándome la uña en la piel.

Estiró las piernas y las cruzó con las mías, al levantar los dedos se le relajaron los músculos de las piernas.

—Llevamos toda la semana metidas en comisaría o en casa de sus padres. Ha sido horrible.

Dejé la mano sobre una línea de pelo que tenía junto al tobillo y dibujé un ocho con dos dedos.

—Te has dejado este trozo —dije. Quería que siguiera hablando, pero me contuve de preguntar por qué no me había llamado.

—Fuimos las últimas que la vimos con vida, ¿sabes? Creen que sabemos algo.

La miré.

—¿Y es así? —Silencio—. ¿Sabéis algo?

Me observó, mordiéndose el labio.

—Necesito fumar —dijo, mientras abría la ventana con una mano y rebuscaba en el bolsillo con la otra—. ¿Tienes mechero?

—En la mochila —dijo, señalando el montón de ropa que había junto a la puerta. Bajó de la cama, se agachó y empezó a buscar entre zapatos y abrigos.

—Puaj —dijo, con una sonrisa pícaro—. ¿Hoy te ha preparado mamá el almuerzo?

—¿Qué?

Levantó una fiambarrera sucia con una ensalada acuosa y a medio comer dentro.

—Tiene un aspecto delicioso.

Me acerqué sin bajar de la cama.

—Eso no es mío.

—A ver, Violet, es una guarrada, pero no hace falta que mientas.

—Te lo digo en serio. —Le quitó la fiambarrera—. Eso no es mío. —Me puse a su lado—. Esta mochila no es mía.

—Entonces, ¿de quién es? —dijo, sin creermelo todavía.

—Creo que es del decano.

—Pero ¿qué...?

—Me ha traído en coche... —Se me fue apagando la voz y no terminé la frase.

Cogí la mochila y la volqué en el suelo. Era igual que la mía, una mochila marrón sin nada de especial y con cierres desgastados de metal, pero el cuero era sedoso, mientras que la mía era rígida y de piel sintética. Estaba llena de toda suerte de papeles (trabajos por corregir y pósitos pegados unos con otros), bolígrafos en rojo y verde, aerosoles, pañuelos de papel, un blíster de aspirinas, un cuaderno y un casete a medio rebobinar.

—¡Bingo! —dijo Robin, cogiendo la cinta del montón de cosas—. Vamos a ver qué hay aquí. Seguro que es algo terrible.

Comenzó a rebobinar. Mientras, me senté al borde de la cama, con los pies colgando y abrí el cuaderno, animada por la curiosidad. Al momento, lo cerré. «¿Eso era...?». Miré a Robin que estaba concentrada en rebobinar la cinta y abrí otra vez el cuaderno. Dentro había una portada de periódico doblada. «Nuestra querida Emily», decía el titular. «Hay que encontrar al asesino».

—¿Lista? —Asentí al escuchar la pregunta de Robin; pulsó el botón sin dejar de mirar el casete, que empezó a girar.

Unos minutos de ruido y nosotras, calladas, mirándonos la una a la otra y luego, a la cinta.

—No hay nada —dije yo.

—Chist.

«Emily». La voz del decano retumbó desde la minicadena y nos quedamos petrificadas. «Qué puntual».

«Hola, señor», dijo una chica. Tenía la voz entrecortada, algo más grave que la mía, más profunda y sonora. Por supuesto.

«Ya sabes que me puedes llamar Matthew. —Otra vez ruidos, unos dedos tocando el micro—. ¿Cómo está mi alumna favorita?», me estremecí al escuchar esa pregunta tan familiar. Robin me dirigió una mirada encendida, como la de la noche del ritual (el aire me cortaba el pecho, sentí su compañía y un vuelo, el recuerdo del horror), y volvió al casete.

«Claro, gracias», dijo Emily apagada, atravesada por la sombra de algo que no supe identificar.

«Estupendo, me alegra oírlo. —Carraspeó, estaba nervioso—. Dime, ¿has pensado en lo que hablamos el otro día?».

Un silencio largo y sostenido. Robin tenía erizada la piel del cuello y de los brazos.

—Robin... —dije, pero ella se limitó a decir un «no» con los labios, no supe si dirigido a mí o a Emily.

«No puedo hacerlo, señor —dijo Emily, por fin—. Bueno... no quiero».

Oí el golpe de la puerta de recepción al cerrarse y supe que eran las seis, el sonido de siempre con el que comenzaban nuestras sesiones de estudio. El decano volvió a toser y se aclaró la garganta.

«¿Puedo saber qué te ha hecho cambiar de idea?».

«Es que... me parece inapropiado. —Otra vez silencio—. A decir verdad, no me parece bien que me lo haya pedido». Me pareció escuchar los pasos de la señora Coxon en el vestíbulo, pero no estaba segura. Puede que lo imaginara, de tan bien que conocía aquella rutina. También conocía aquel tono afable y desenfadado, porque era igual que conmigo.

«Vaya, Emily, es una pena. Esperaba que...».

Algo volvió a rozar el micrófono y luego, no hubo nada más que silencio y el ruido del casete. Nos quedamos las dos sentadas y ausentes, hasta que la cinta terminó de dar vueltas con un chasquido.

Con las manos temblorosas y tan blanca como la porcelana, Robin rebobinó la cinta y la escuchó una vez más. Se llevó un vaso a la boca, aunque no bebió. Supe que lo hizo para que no notara que le temblaba el labio y para tragar saliva y las ganas de llorar.

Tendí una mano, pero ella se apartó como si la hubiera quemado.

—Él... —No terminó la frase y me miró desamparada, tratando de hacerme comprender.

—¿Qué? —susurré, aunque ya lo sabía.

Miró hacia la minicadena y luego, se dirigió otra vez a mí.

—Eres gilipollas —dijo—. Gilipollas y retorcida.

Me agarré al borde de la cama y cerré los ojos. «Te odio», pensé y enseguida, pensé también: «Puede que tenga razón».

CAPÍTULO 13

Miré de reojo el dibujo de Robin. Era una cabeza echada ligeramente hacia atrás que había sacado de un manual de medicina. La jerga médica y los términos de anatomía siempre me habían fascinado o, al menos, desde que estuve en el hospital y vi la determinación con la que los médicos se servían de aquellas palabras, como si pudieran resolver algo por sí solas. En ese dibujo estaban algunas de las mejores. Las fui localizando de una en una: plexo braquial, subclavio, laríngeo. Yugular. Carótida. Disección. Tenía el cuaderno lleno de dibujos como aquel (ella decía que eran un «buen ejercicio»), pero faltaban los nombres y yo iba escribiendo las palabras en mi agenda, como rellenando huecos.

—¿Dónde están?

Me miró y se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Llegarán enseguida.

Bebí un trago de café. Estaba helado, así que lo tiré y lancé el vaso de plástico a las vías. A lo lejos, un bramido anunciaba el avance imparable de un tren. Cuando llegó, Robin siguió dibujando y yo vi pasar vagón tras vagón, todos vacíos, con las ventanas doradas por la media luz.

Desde que encontramos el casete, había estado más callada de lo normal, un silencio crispante y casi físico («como si Emily se hubiera entrometido», pensaban mis celos). Me entretenía jugueteando con un cordel que encontré en la playa, lo enrollaba en los dedos hasta que no notaba más que el pulso eléctrico y luego, la sacudida de la sangre cuando la dejaba correr otra vez.

Escuché pasos y ruidos entre las ramas. Alex y Grace salieron de los matorrales y se sentaron con nosotras, sin decir nada. Nos quedamos las cuatro mirando hacia la ciudad y sus luces, que le daban al cielo el aspecto de la ponzoña. Alex carraspeó y miró a Robin, que seguía concentrada en su dibujo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó por fin y no respondió, pero comenzó a hundir el lápiz en el papel. Alex me miró y noté que estaba enfadada.

—Hemos encontrado una cinta de casete —dije yo—. Aparece el decano hablando con Emily. Le pide que haga algo.

Alex arqueó una ceja.

—¿El qué?

—No lo sé, pero no lo hizo. Dijo que era «inapropiado».

Alex miró hacia Grace.

—¿Y no dicen nada más?

—La grabación se corta ahí. Ninguno de los dos dice nada.

Se quedaron calladas, con la vista perdida en las vías. Alex se metió los nudillos en la boca y cerró la boca, dejando unas dentelladas en la piel. Se lo había visto hacer otras veces cuando estaba pensando, y siempre me daba escalofríos.

—¿De dónde lo habéis sacado? —dijo mirando a un halcón que hacía picados sobre el cementerio—. ¿Dónde estaba el casete?

—La llevó a casa —dijo Robin, sin levantar la vista—. En su coche.

Alex se volvió a mirar hacia Grace, recelosa.

—Se me hizo tarde —dije yo—. No quería...

—¿Por qué? —preguntó Alex con un tono tan cortante que me hizo sonrojar; se lo había oído utilizar cuando otras chicas aguzaban el oído para pillar algún cotilleo y me encogí, igual que ellas—. ¿Qué hacías tan tarde en el colegio?

—Hemos estado investigando para un trabajo. Una extraescolar, necesito una recomendación...

—¿Para qué?

—Para la universidad.

Se rio de mí.

—¿Y no te bastaba con Annabel? Con una recomendación suya podrás entrar donde quieras.

—No... no lo sabía.

Alex suspiró y masculló algo por lo bajo. Miró hacia el campo, como cogiendo fuerzas para calmarse.

—Y si se puede saber, ¿qué es lo que estabais investigando? —dijo al rato.

Me estaba clavando las uñas en la palma de la mano.

—¿Es importante?

—Eso yo no lo puedo saber.

Robin dio unos golpes con el lápiz sobre el papel.

—Por el amor de Dios, Alex —soltó—. Qué más da eso. Emily estaba asustada. Le tenía miedo. Por eso estamos aquí y no porque Violet sea una pelota.

—Es que no entiendo qué hace... —refunfuñó Alex con los dientes apretados—. Vale, olvídale.

Grace me miró, parpadeando lenta y pesadamente.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien —dijo Robin sin darme tiempo a responder. Encendió un cigarrillo y el aire se llenó por instante del olor a azufre. Dio una calada y me lo pasó.

—¿Creéis que deberíamos llamar a la policía? —me arriesgué a decir, nerviosa.

Alex resopló y me quitó el cigarrillo cuando me disponía a llevármelo a la boca.

—No —dijo rotundamente—. No serviría de nada.

—¿Por qué no?

—¿Acaso dice «te voy a matar, Emily Frost»?

—No, pe...

—Si no dice algo así, no nos harán ni caso. Míranos. —Me lanzó una mirada y luego, a Robin—. Pensarán que solo queremos dar problemas. Además, ya creen que estamos metidas en algo, gracias a ti.

Robin torció el gesto.

—¿Qué quieres decir?

—Solo digo que ir por ahí con las pupilas como platos soperos mientras deberías estar llorando a tu mejor amiga me parece...

—¿Que «debería»?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pues la verdad es que no, Alex. Acláramelo. —A Robin le temblaban las manos, y empezó a estirar y cerrar los dedos.

Alex suspiró, me miró a los ojos y se volvió hacia Grace, que sacudió la cabeza.

—Déjalo —dijo por fin—. Lo siento, es que estoy cansada.

El halcón se zambulló sobre el cementerio y, por fin, consiguió una presa. Cuando alzó el vuelo, sujetaba entre las garras una rata con la cola enroscada y que se retorció en sacudidas contra la oscuridad.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté, con impotencia. Creo que todas lo sabíamos y que todas pensamos en lo mismo, aunque puede que sea lo que yo quiero creer, que solo podíamos hacer una cosa.

Las chicas se miraron y soltaron un suspiro. Grace sacudió la cabeza y hundió la mirada, Robin volvió a dibujar y todas esperamos calladas a que saliera el sol.

No fui a clase en toda la semana. Borraba los mensajes que el decano iba dejando en el contestador, hasta que decidí cortar la cinta. Los decía con la voz rota, porque estaba «preocupado por mi salud» y necesitaba verme «urgentemente». Yo esperaba a que se hiciera de noche y a que Robin apareciera bajo la ventana. Siempre lanzaba piedrecitas contra el cristal rajado y se decepcionaba al ver que no terminaba de romperlo.

Me llevaba todo tipo de cosas «prestadas». Al parecer, la muerte de Emily había multiplicado su impulso obsesivo por robar y aparecía con ejemplares viejos del *Vogue* que cogía en casa de Alex con las caras recortadas con tijeras de costura, con un ramito de salvia seca atado con cinta morada, con un reloj de plata de origen desconocido y hasta con un librito antiguo de cerillas con Marilyn Monroe en la solapa.

Lo que no había conseguido era lo que de verdad necesitábamos: un cabello, un trozo de uña o cualquier pedacito de él con el que llevar a cabo el ritual. Había ido a su despacho llorando (me lo contó entre risas, imaginé que nerviosas) e incluso volcó la papelería con la esperanza de coger un pañuelo usado, pero en balde.

Para empeorar todavía más las cosas —y tal vez como resultado de mi encierro—, había comenzado a tener dudas. Escuché la cinta sin parar y la rebobiné una y otra vez, hasta que las palabras me quedaron grabadas. En la voz de Emily, había enfado y también indecisión, pero lo que no podía encontrar era el miedo, ese «terror» del que hablaba Robin. Aunque me decía que no la conocía y que no sabía cómo era cuando estaba asustada, la seguía escuchando una y otra vez, como si fuera a descubrir la verdad cuando la oyera quince veces más y luego, veinte.

Esto se mezclaba con mis propias dudas sobre el decano, que me parecía la amabilidad llevada al extremo, casi hasta lo insoportable. Según los informativos, la muerte de Emily había sido espantosa y esa violencia se iba desvelando gradualmente, en pequeños detalles que se colaban en entrevistas y frases sueltas de periodistas y policías. Quince puñaladas, dijeron. Una

muñeca rota con tanta fuerza que los huesos le habían abierto la piel. Cortes profundos en la garganta, como zarpazos (seguramente, cuando aún estaba viva). Y yo me preguntaba si aquel hombre sería capaz de algo así.

Al mismo tiempo, no podía olvidar aquella forma de apretarme la mano o de tocarme en el hombro cuando decía mi nombre. La forma en que se deleitaba después de pronunciarlo, como rumiándolo, como dándole un significado que yo desconocía. No sería la primera vez que malinterpretaba las intenciones de un hombre ni tampoco iba a ser la última. Puede que fuera demasiado inocente, que me faltara experiencia para distinguir a un hombre de una bestia. Puede que las chicas tuvieran razón.

Robin estaba sentada en mi cama, atenta. De vez en cuando, se interrumpía absorta a mitad de una frase y hacía sonar un bastón de caramelo con los dientes, hasta que notó que me molestaba el ruido y echó a reír.

—Qué quejica eres —dijo, con una sonrisa burlona.

—Vete a la mierda. —Me tumbé en la cama y cerré los ojos.

Se puso a mi lado, apoyada sobre los codos. El aliento le olía a fresa.

—¿Te da miedo hacerlo otra vez?

—¿Hacer el qué? —Por supuesto, sabía a qué se refería, pero necesitaba algo de tiempo para elegir la respuesta correcta. Abrí los ojos y vi su mirada radiante y decidida.

—El ritual, ¿qué va a ser?

—No —respondí, con tranquilidad.

—Pues a mí, sí.

—¿De verdad?

—Sí. —Suspiró y se tumbó de espaldas—. Creo que aún no he superado del todo lo de la última vez.

—Han pasado siglos. —Esa vez, me senté yo y me eché sobre ella. Levantó el bastón y lo cogí.

—Ya lo sé, pero... —No terminó la frase.

Sabía qué le pasaba, aunque el orgullo me impidió decírselo. Era la culpa inexorable, la sensación de estar siempre vigilada (por mucho que te repitieras que todo era producto de una imaginación hiperactiva), aquella mano en la espalda y las uñas en las costillas. Una vez se ha invocado a las furias, no se las puede despedir (cuando menos, su idea y su sombra alargada).

—¿Tú crees que deberíamos...? —dije despacio.

—Sí —respondió, buscando a tientas el interruptor. Apagó la luz y me tumbé. Seguía con el bastón en la mano, estaba pringoso.

Cerré los ojos, que me dolían de sueño. Su suave brazo estaba pegado al mío, siempre dormía así, sobre la espalda y tan rígida que casi parecía un vampiro. A veces, al despertar a su lado, le ponía la mano a unos milímetros de la boca para sentirla respirar y, si no notaba el aliento, la tocaba para comprobar que estaba caliente. En cuanto empezaba a desperezarse, me apartaba y me hacía la dormida; contenía la respiración y me devoraba por dentro si volvía a dormirse al momento, sin preocuparse por mí como yo por ella.

Cuando se disponía a decir algo, golpearon la puerta de entrada con tanta fuerza que el ruido sacudió el silencio y atravesó la casa. Me incorporé con el corazón a punto de estallar y un dolor sordo en la garganta. Ví a la policía, a aquella mujer de ojos saltones que me preguntaba una y otra

vez si recordaba lo que sucedió aquel día en el coche de mi padre, si podía ayudarlos; y vi también su cara de decepción, cuando descubriera lo que tramábamos. «Eres una superviviente — me dijo, agarrándome con fuerza de la muñeca—. Eres una chica muy valiente».

Me giré hacia Robin y se encogió de hombros.

—Ve a ver —susurró.

Salí de la habitación y bajé las escaleras. Mamá tenía la mirada perdida en un vídeo casero.

—Abro yo. —No reaccionó; de hecho, tuve la sensación de que ni siquiera lo había oído.

Ví una figura corpulenta al otro lado del cristal y avancé para tratar de averiguar quién era. Volvieron a llamar y me encogí de miedo. Robin asomó al final de las escaleras entre las barras del pasamanos.

—¿Violet? —Reconocí aquella voz al momento, era el decano y parecía cansado—. ¿Señora Taylor? —Miré a Robin y se pasó una mano por la garganta—. Estoy preocupado por tí. Llevo días sin verte. Solo quiero comprobar que estás bien. —El vértigo de la ansiedad y la punzada de la duda. ¿Cómo iba a haber matado a Emily Frost aquel hombre tímido y torpe? No podía ser un asesino...

«Pero entonces, ¿qué hace aquí a estas horas? —pensé hecha un manojito de nervios—. No hay motivo para que venga a hablar tan tarde».

Se acercó y miró por el cristal, manchándolo de vaho. Por fin, al cabo de varios minutos, dio media vuelta y se marchó. Subí las escaleras, arrastrándome como si llevara lastre, y cerré la puerta de mi habitación. Robin estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, pálida y empapada en sudor.

—Casi te pillas —dijo, dejando escapar una risita.

Saqué la silla y me senté, con los codos en las rodillas. Me pasé las manos por el pelo, llevaba las uñas rotas y se quedaban enganchadas.

—¿De verdad crees que...? —La miré—. ¿De verdad crees que fue él?

Entrecerró los ojos.

—¿Tú no?

—No lo sé...

Suspiró y se apoyó contra el cabecero.

—Ya decía Alex que te ibas a echar para atrás.

—Yo no...

—Y que lo defenderías.

—Robin...

Me miró furiosa.

—No, Violet. Si está muerta, es por su culpa. No podemos... —La cabeza entre las manos y las uñas clavadas en la frente; un escalofrío—. No puede salirse con la suya.

Cerré los ojos. La situación me resultaba impostada, como si hubiera sacado aquellas palabras de una película de crimen y venganza, cuchillos, garras y gritos. Era como estar ante una alucinación. ¿Podía haberla matado? ¿Era cierto todo aquello? Volví a pensar en el casete, en el ruido seco de la puerta de recepción. Sabía que estaban los dos solos, igual que había estado también sola en su despacho, igual que recordaba aquella mirada suya al ver mi miedo y su poder reflejados en la mía.

—De acuerdo —dije—. Tienes razón, no lo permitiremos.

Apagué la luz y me eché a la cama. Fuera, un coche arrancó el motor y los faros dibujaron unos dedos que reptaron por la habitación. Robin se quedó dormida agarrada a mi brazo.

Al amanecer, la habitación se tiñó de una luz blanquecina; Robin se dio la vuelta y me tocó la piel del abdomen con una mano helada.

—¿Vas a ir a la fiesta de Nicky?

—Pero si le tienes manía.

Sonrió con picardía.

—La mejor razón del mundo para acudir. —Se dio unos golpecitos en la nariz, como tramando algo.

—¿Y qué hay del decano? ¿Qué hacemos con...?

—Déjalo, Violet.

Cerré los ojos, seguía medio dormida, pero me desperecé de golpe cuando me hundió el codo en el hueso de la cadera. Se marcaba desde hacía solo unas semanas. Puse cara de dolor y ella me pasó el dedo por encima con una sonrisa que me ablandó.

—¿Cuándo es?

—Esta noche.

—¿No se supone que debo quedarme en casa? —dije con un puchero; después de todo, la idea de la cuarentena había sido suya.

Resopló.

—No pensarás que el decano va a estar en la fiesta de Nicky, ¿verdad?

—Entonces, ¿para qué vamos?

Me estiré arqueando la espalda. Me sentía observada, notaba que me recorría con la mirada.

—Vale —dije al momento.

Tenía la sensación de que cuanto más adelgazaba, con mejores ojos me veía ella, que remarcaba siempre las sombras de los huesos y los huecos entre las caderas y las costillas. También tenía la impresión (claro) de que me parecía todavía más a Emily; y, al mirar a las chicas de las revistas, le daba la razón, las mujeres podemos hacernos tan hermosas como los maniqués.

Bajó de la cama con una sonrisa y se soltó el pelo. Mirándome, comenzó a alisarse la camisa, a hacerse una coleta y a ponerse los pendientes.

—Por cierto —dijo al tiempo que sacaba un archivador de la cartera y lo dejaba sobre la cama—, Annabel dijo que por estar enferma no te libras de estudiar.

Me ruboricé al imaginar que Annabel pudiera saber lo que estábamos haciendo y que no estaba enferma, sino que había pasado los tres últimos días metida en casa, viendo la tele y...

—De nada —me interrumpió Robin.

—Perdona.

Dibujó una media sonrisa que no supe interpretar. Por una fracción de segundo, me olvidé de ella y la hice desaparecer.

—Muy bien —dijo, mientras se colgaba la mochila del hombro—. Me tengo que ir, ¿nos vemos luego?

—Sí —dije, incorporándome—. Iré a ver si puedes bajar.

Entornó los ojos.

—No hace falta que te molestes. Apuesto diez libras a que tu madre está inconsciente. —Se despidió con la mano y salió de la habitación sin darme tiempo a responder.

Aquellas palabras me dolieron. Se me apoderaron de pronto el instinto de protección y la culpa por haber sido tan despiadada; después de todo, su forma de tratarla no era más que un reflejo de la mía. No me moví, pero cuando oí el portazo y se sacudió el cristal, me levanté de un salto y corrí hacia la ventana. No pude decirle nada, porque ya iba corriendo y desapareció a los pocos segundos.

Me acurruqué en la cama, mientras el polvo flotaba suspendido en el aire atrapado entre la luz. El archivador seguía sin abrir a los pies de la cama y le di unos golpecitos con la punta de los dedos, como si fuera a arder de pronto. El televisor comenzó a zumbar en la planta de abajo, seguramente mamá se habría despertado al oír el portazo y me estremecí ante la crueldad de Robin. Acerqué la alfombra y la abrí con cuidado.

En la primera página había un trozo de papel sujeto con un clip. Tenía la letra inconfundible de Annabel y solo decía: «Te podría interesar, léelo». Debajo, había una caricatura, obra de Robin (con sus trazos también inconfundibles, aquellas decididas marcas de tinta). Me enfureció que hubiera leído la nota que iba dirigida a mí, imaginé sus manos pegajosas de niña agarrando el papel. Le di la vuelta en busca de algo más (unas palabras para desearme que me recuperase o para animarme a volver pronto a clase), pero no había nada. En la calle, sonó la risa de un niño y un coche que pasó a toda velocidad dio un frenazo en seco y después, reanudó la marcha. Yo volví al trabajo.

«En 1484, Heinrich Kramer puso en marcha uno de los primeros intentos de persecución de mujeres acusadas de brujería —comenzaba diciendo el artículo—. El obispo de la zona lo obligó a abandonar, tras llamarlo “loco senil”, y fue expulsado de la ciudad de Innsbruck. En venganza, redactó el *Malleus Maleficarum*, un texto destinado a convertirse en el tratado más influyente sobre brujería en el mundo occidental y que llevaría a la muerte y al asesinato de miles de mujeres en toda Europa y más allá de sus confines». El ensayo pasaba a detallar la historia de los procesos que siguieron en el tiempo y la propagación como un virus de la creencia en magia popular y de los actos de mezquindad. Imaginé a Margaret Boucher devorada por las llamas y me consumió la amargura ante la crueldad de aquel asesinato tan despiadado.

El artículo terminaba así: «El daño que puede causar una sola persona, la crueldad de un ego agraviado y la sangre fría de un hombre iracundo y despreciado tienen unas repercusiones que es imposible sobrestimar. Solo cabe esperar que nuestra civilización haya dejado atrás tales cosas, pero aun así...».

Pasé la página embelesada, pero estaba en blanco. «Tendréis que sacar vuestras propias conclusiones», nos dijo Annabel un día. «Aplicad estas lecciones a vuestras propias vidas y pensad (siempre) por vosotras mismas».

Había imaginado la casa de Nicky tan opulenta como la de Alex, con ese poso que da el tiempo, una suntuosidad sutil y serena. Pero la realidad era muy diferente. Era de un blanco reluciente, rodeada de extensos prados de césped y abedules blanquecinos, con enlosado de piedra y brillantes cristalerías en la terraza, y una piscina en la que se reflejaba la luz rojiza de la tarde mientras todos se bañaban en ella.

—Nuevos ricos —dijo Robin con acidez.

Volví a preguntarme qué le parecería mi casa y qué le parecería yo, pero al ver a Nicky dando

saltos por el césped, dejé de pensar en aquellas cosas.

—¿No hace frío para estar en el agua? —preguntó Robin cortante.

Nicky dibujó una sonrisa radiante. El rímel se le había corrido y tenía una mancha negra alrededor de aquellos ojos de botón.

—No mucho. Me alegra veros. —Me miró—. ¿Estás mejor?

Asentí.

—Mucho mejor.

—El señor Holmsworth ha preguntado hoy por ti. —Robin y yo nos revolvimos al oír el nombre del decano, así que esperé que no se hubiera dado cuenta—. Es muy simpático, ¿verdad?

—Sí. —Tardé en responder y, en ese tiempo, Robin se reanimó y me agarró del brazo—. ¿Han llegado ya Alex y Grace?

Nicky señaló hacia la casa.

—Están dentro. Id a por algo de beber, Nathan está en la barra.

—¿Es tu novio? —Robin comenzaba a alejarse, apretándome la muñeca.

—Por Dios, no. —Nicky echó a reír—. Es mi hermano. —Le respondí con una sonrisa y me encogí de hombros a modo de disculpa, porque Robin me arrastraba ya hacia la casa, con un desdén que ensombreció a Nicky.

La música sonaba por todo el patio y Robin la tarareaba casi con un gruñido; aún la oigo: *doused in mud, soaked in bleach*. Dentro de la casa, los sofás estaban llenos de chicas apretujadas que bebían en vasos de plástico y comían de cuencos repartidos estratégicamente y en los que alguien había escrito «¡FIESTA!» con rotulador.

—Vaya fiestón —dijo Robin cuando nos sentamos con Alex y Grace. Los sofás estaban cubiertos con fundas de plástico para proteger la tapicería blanca y se nos pegaban las piernas.

Alex sonrió tímidamente; bajo aquella luz resplandeciente, tenía las ojeras de un gris azulado. Grace se mordisqueaba las uñas y observaba a unas chicas que se estaban tirando a la piscina y a otra que intentaba immortalizar el momento sin conseguirlo, porque el *flash* de la cámara siempre se encendía cuando ya estaban dentro del agua.

—¿Estáis bien? —Estaba hecha un manojo de nervios. No habíamos vuelto a hablar desde que estuvimos junto a las vías y al verlas me pareció que no habían olvidado aquella discusión.

Robin se levantó de pronto y me miró.

—Voy a buscar la barra. —Esperó un momento, como si tuviera que seguirla, pero no lo hice, así que dio media vuelta y tiró al suelo un vaso de plástico de un golpe al marcharse.

Volví a mirar a Alex y a Grace.

—Si estáis así por lo de la otra tarde...

—No es por eso —dijo Alex rotundamente—. No eres el ombligo del mundo, ¿sabes?

Grace le puso una mano sobre la rodilla.

—Alex, déjalo.

—Yo no quería... —empecé a decir, pero Grace se giró hacia mí y se disculpó con una sonrisa—. Dios mío.

Volvió a mirar hacia el frente y tuve un escalofrío. Tenía el cuello y la mandíbula amoratados y en el nacimiento del pelo, asomaba piel nueva y brillante. No llevaba el maquillaje que utilizaba siempre para disimular las marcas; sabría que aquella vez no le iba a valer.

—¿Qué ha pasado?

—Imagínatelo. —Alex tenía la mirada hundida en el suelo y se volvió hacia Grace, que le limpió una lágrima con el pulgar.

—No es nada —añadió Grace, dirigiéndose a mí.

—No... —Respiré hondo, para elegir bien las palabras—. No es...

—¿Sabéis qué? —Robin apareció subida al respaldo del sofá y se dejó caer entre nosotras—. El hermano de Nicky está buenísimo. —La miramos, agradecidas por aquella interrupción—. Pensaréis que tiene los ojos de rana como ella, pero no.

—Robin... —dije en voz baja.

Al darme el vaso, el líquido pegajoso que había dentro me salpicó la mano.

—Voy a ver si quiere una de estas. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita de pastillas—. ¿Queréis vosotras? —Nos ofreció la bolsa. Alex y Grace sacudieron la cabeza y yo abrí la mano; dejó una justo en el centro y fue cerrando los dedos de uno en uno—. Disfruta —dijo y me besó el puño.

Las otras dos no dejaron de mirarme mientras la engullía y bebía de aquel líquido empalagoso que envolvió la pastilla en un calor que me llenó todo el pecho. Cuando las miré, apartaron la vista y nos quedamos todas calladas un rato.

—No puede hacerte eso —dije por fin.

—Violet... —me avisó Alex.

—Deberíamos hacer algo, llamar a la policía...

Grace levantó una mano y callé.

—No vamos a hacer nada...

—Pero Grace, Dios santo...

—No. —Estaba a punto de llorar—. Déjalo ya, Violet, te lo pido por favor. —Me miró a los ojos, sabía lo que le quería preguntar.

Crucé los brazos, pero me pareció pueril, así que los separé, mientras el calor suave del alcohol y de la pastilla se filtraba bajo la piel. Alex me apretó el hombro, un gesto que apenas duró nada, y yo me avergoncé de aquella reacción.

—Lo siento —dije, mirando otra vez a Grace.

—No te preocupes, no pasa nada —me respondió y se encogió de hombros.

«Sí que pasa», pensé, aunque no dejé de sonreír ni de sentir el dolor de Grace al devolverme aquella sonrisa. Comenzó a sonar a todo volumen un rap, estridente y repetitivo. Conocía la canción, era una de las favoritas entre las chicas de mi antiguo instituto y, por lo que parecía, también para las de Elm Hollow, que saltaron de sus asientos y comenzaron a sacudirse siguiendo el ritmo. Parecía sencillo ser ellas. Se movían con un desenfado que se extendía a todo lo que hacían. Estaba en su forma de reír y de saltar mientras cantaban la letra, y también en su forma de caminar por el colegio, sin prestar atención a los espectros que las acechaban desde los retratos y los bustos de los pasillos. Incluso entonces, cuando acaban de encontrar a Emily Frost (tras un tiempo de duelo que no dejó de parecerme superficial, como una obra interpretada correctamente, pero sin sentimiento), bailaban y reían como si las cosas solo pudieran ser perfectas.

Ahora sé que esa sensación era tan ilusoria como casi todo lo que creía saber entonces, y que la mayoría de las adolescentes están atormentadas por la mujer que van a ser, por su dolor, por la comprensión repentina de que han malgastado la juventud, de que se acaba y de que la van a

anhelar con desesperación cuando ya sea tarde. Las raras muestras de afecto de chicos primero y de hombres luego; el dolor intenso de la autocontemplación, esa triste lucidez (la conozco y la veo también en mis alumnas). Pero, aun así, en aquel momento, mientras sonaba la música y Grace se retorció en el asiento; mientras una chica señalaba a Alex rapeando un trozo de la canción como si hablara de ella y la miraba airada al no recibir respuesta; mientras me sentía animada y asqueada a partes iguales por las drogas; mientras todo eso pasaba, me parecía que nosotras éramos las únicas de todas marcadas por tal desgracia.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije a Alex. Tuve la sensación de que me movía más rápido que mi vista, de que con el cuelgue, todo era líquido y brillante, tan vívido que llegaba a lo esperpéntico.

Me miró, entrecerrando los ojos.

—Depende de la pregunta.

Me detuve a elegir bien las palabras, aunque no había manera de ser sutil con la duda que llevaba en la cabeza y que, bajo el efecto de las drogas, me consumía entera. Cogí aire.

—¿De verdad crees que el...? ¿De verdad crees que mató a Emily?

Alex se llevó un dedo a los labios.

—Calla. Aquí no.

—Alex, por favor. Sé que Robin sí lo piensa, pero... ¿tú?

Miró hacia Grace, que asintió lentamente.

—Creo que es la explicación más plausible.

—Pero es muy simpático... ¿Por qué iba a hacerlo?

Alex se acercó, vi que aún tenía los ojos rojos de haber llorado.

—Creo que...

Alguien gritó en un rincón de la casa y Robin apareció abriéndose paso a codazos entre la gente, cayeron vasos al suelo y todas nos miraron boquiabiertas cuando me agarró de los brazos y me levantó con tanta fuerza que perdí el equilibrio, me golpeé con la mesita y a punto estuve de romper el cristal.

—Robin, pero ¿qué...?

—Tenemos que irnos. —Me tiró tan fuerte de la muñeca que me encogí de dolor.

—No, Robin, ¿qué pasa?

Me miró fijamente, con las pupilas grandes y negras.

—Nos marchamos —repitió.

—Yo no me voy hasta que no...

—¿Cómo te atreves? —gritó Nicky, desde el pasillo—. Dime, ¿cómo te atreves?

Robin dio media vuelta y me soltó.

—¿Qué has dicho?

—Ni te le acerques —dijo, con la voz rota.

Un chico apareció por detrás. Era alto y delgado, con el pelo rubio de Nicky y sus mismos ojos. Nathan. Se me escapó una sonrisa al saber por qué estaba tan enfadada, la habría pillado sentada a horcajadas encima de él, solo para demostrar que podía. Pero cuando entró en el salón y le dio la luz, le vi un corte rojo en el cuello: dos tajos en forma de media luna por los que rezumaba la sangre.

—Es una zorra —dijo, llevándose una mano al cuello y retirándola enseguida con un temblor y la palma llena de sangre—. Está mal de la cabeza.

Nicky lo miró y se quedó sin aire al ver la sangre. Volvió a mirar a Robin conmocionada.

—Pero ¿qué te pasa?

Robin rio.

—Mira, no es culpa mía si le gusta que...

—Yo no te he dicho que... —empezó a decir Nathan y Nicky torció el gesto al oírlo. Lo fulminó con la mirada.

—Seguro que te ha pegado algo. Deberías hacerte análisis.

El chico cogió aire como si fuera a responder, pero lo pensó mejor.

—Vete de aquí —dijo por fin, con una voz entrecortada que le quitó toda autoridad.

Robin se volvió hacia mí y me cogió de la mano, que aún tenía resentida. Miré a Grace y Alex que se levantaron con calma y vinieron con nosotras. Cuando dejamos atrás la piscina y los abedules, la música sonó otra vez y devolvió la vida a todo.

No dije nada, a la espera de lo inevitable: el comentario ácido de Alex y el estallido a la defensiva de Robin, ante el silencio de Grace y el mío. Elegiríamos bando, nos miraríamos con una disculpa y nos marcharíamos ofendidas, Grace a casa de Alex y Robin, a la mía. Después, todo volvería a la normalidad y las aguas terminarían borrando nuestra pequeña discusión.

Sin embargo, caminamos seguidas por nuestras sombras alargadas y entre los ruidos de los zorros en la oscuridad, sin que Alex ni nadie dijéramos nada. Robin me tiró de la chaqueta y metió unos dedos ávidos en los bolsillos para coger tabaco. Cuando le di un golpe para que sacara la mano, hizo pucheros escarmentada, así que saqué la cajetilla del bolso y se la pasé; me ofreció un cigarrillo, pero no lo quise.

—No podemos seguir así, ¿sabéis? —dijo, con el ascua ardiente moviéndose al ritmo de las palabras. Se volvió hacia las otras dos que no levantaron la vista del suelo—. Puede que vosotras podáis vivir con lo que le hizo, pero yo no. Era nuestra mejor amiga.

Alex levantó la vista con la boca abierta. Al parecer, se disponía a contestar, pero cogió aire, suspiró y sacudió la cabeza.

Robin hablaba con acritud, estaba desencajada.

—Tenemos que hacer algo. No podemos dejarlo...

—Robin —dijo una Alex rotunda—. No voy a llevarte la contraria. Tienes razón. —Miró de reojo a Grace, que asintió con aire de gravedad—. Deberíamos ir a la policía y darles la cinta para que lo investiguen.

Robin echó a reír con frialdad.

—¿Como con el padre de Grace? Porque esa vez salió muy bien... —Un silencio cortante. Alex abrió la boca, pero volvió a cerrarla, estaba aturdida, buscando a la desesperada una respuesta. Robin continuó hablando—: Además, merece algo más de lo que fuera a hacerle la policía. Asesinó a Emily y nada va a devolvérsela.

No me miraba, de hecho, casi parecía evitarme. También recuerdo que, antes de que dijera nada más, supe, no sé cómo, que lo que estaba a punto de llegar iba a dolerme...

—Y nadie puede ocupar su lugar —sentenció.

Aquellas seis palabras se quedaron prendidas en el aire y fue como si me hubieran clavado una espina en el corazón, porque con ellas cobró vida una verdad que hasta entonces solo había

intuido.

Noté que me miraban y que vacilaron por un momento, aunque tal vez no fueran más que nervios. Elegí un gesto y me lo puse como una careta, una falta de expresión que era sin duda el mejor reflejo de mi dolor. Y aunque de decírselo, se justificaría (con unas palabras teñidas de indiferencia, de justa indignación y del calor del momento); y aunque no tenía ni idea de lo había hecho o dejado de hacer el decano, dejó de importarme. Lo único que sentía era la punzada hiriente del rechazo y el sudor helado en la piel.

—Vale —dije, por fin—. No vayas a la policía, pero ¿qué quieres que hagamos nosotras? — Por supuesto, conocía la respuesta y me odié por mi debilidad, por dejarme manipular, por buscar su aprobación tan desesperadamente.

No dijo nada, pero puso su mano contra la mía y seguimos avanzando por una calle sinuosa hasta pararnos frente a una casa con jardín infestado de maleza y hierba hasta las rodillas, que desentonaba con la espeluznante pulcritud del resto del vecindario.

—Por Emily —dijo, prácticamente en un susurro—. Lo haremos por ella.

«Por Emily», pensé herida de celos, aunque en ese momento parecieron pena; no por ella, sino por mis amigas, por la tristeza que compartían y también por mí misma. Si yo desapareciera, si me sucediera algo, ¿les afectaría tanto? ¿O me olvidarían enseguida (como buen entretenimiento pasajero, como caricatura de la amiga a quien querían de verdad)?

Miré a Robin, que soltó el aire en un suspiro lento y profundo entre los dientes, y recordé lo que había hecho por mí, y el grupo con ella. Vi a las furias, nos vi a nosotras vengándonos y vi todas las cosas que podíamos hacer, nuestra fuerza y los sueños compartidos de serpientes, batir de alas y garras desgarrando el aire. Recordé la manera en que Robin nos unía en los momentos de duda, con su confianza, con palabras apasionadas y animada por la legítima ira contra los hombres, la injusticia y la brutalidad.

Asentí y le cogí de la mano, igual que ella hizo conmigo a los pies de la sirena cuando le conté lo de Tom.

—Por Emily —dije despacio y, en mi cabeza, escuché un «por ellas».

Y así, cinco días después, volvíamos sobre nuestros pasos por las calles impersonales de aquel barrio residencial. El cielo cubría con su inmensidad la inercia absoluta del lugar y mientras, nosotras reíamos y charlábamos bajo el bullir del aire. Aún recuerdo la alegría y el entusiasmo, los nervios, la expectación y el miedo que nos corrían por las venas.

—Bienvenidas al infierno —dijo Robin cuando empezamos a recorrer milla tras milla de cubos con fachadas de plástico blanco y gravilla, como dientes podridos, puertas de garaje polvorientas, pavimentos estrafalarios y nombres desentonados: la Cabaña de la Lavanda, el Viejo Establo, la Casita Madreselva...

Me contó que, para conseguir la dirección del decano, fingió que se había torcido la muñeca y que se coló en recepción para buscar el expediente, aprovechando un descuido de la enfermera. Me pregunté si había tenido yo alguna capacidad de decisión hasta llegar allí o si Robin supo prever todas mis respuestas cuando nos detuvimos frente a la casa unos días antes. Me avergoncé por ser tan predecible, aburrida y previsible.

Se paró en el mismo jardín infestado de maleza, que aún parecía peor en pleno día. Luego, seguí al grupo por el hueco que separaba las casas y a través de un portón de metal sin llave.

Al fondo del patio, había un bebedero para pájaros, blanco de excrementos, una regadera volcada y una valla desvencijada. El viento hacía chirriar el tendedero con un par de guantes de jardín colgados y los dedos se sacudían como si unos estorninos se hubieran posado sobre las cuerdas.

Robin deslizó la mano por los bordes de las macetas y las tanteó con los pies hasta dar con una llave. ¿Fue suerte o sabía que estaría allí? ¿Sabía adivinar lo que haría el decano, como hacía conmigo?

El interior era más de lo de fuera. Cortinas corridas, moquetas raídas y suelos grasientos de linóleo gris. En el cuarto de baño, una alfombrilla húmeda a medio pudrir. Un peluche de Bagpuss sobre la cama en una habitación llena de pósteres de revistas y un «No entrar» escrito en la puerta sobre una foto con papá, los dos sonrientes a orillas del mar. Otro latigazo de celos. Tuve que apartar la vista.

—¿Cuándo crees que volverá? —Grace miró hacia la puerta donde estaba yo parada observando aquellos prosaicos pedacitos de la vida de Sophie.

Qué glamurosa parecía hablando de Londres, Nueva York y Pekín... Allí, sin embargo, mientras deslizaba los dedos por los collares que colgaban de una muñeca descabezada, no pude sentir más que lástima por ella. Lástima por una vida que se parecía mucho a la mía. «Puede que le estemos haciendo un favor —me decía, sin mucha convicción—. Puede que no quiera volver aquí».

—Creo que tardará —le respondí, dando media vuelta para salir de la habitación.

Grace me miró apagada y tuve la sensación de que sabía lo que estaba pensando; a media luz, la piel se le veía de un blanco azulado. Entonces, estalló una carcajada en la planta de abajo y las dos nos encogimos.

Al bajar, vimos a Robin desternillada de risa y agarrada a una silla, y a Alex en el sofá, tapándose la boca.

—Chist.

—Perdón —dijo Robin, sin dejar de sacudirse.

Me enfurecí con ellas. Por un momento, odié la cruel frivolidad de Robin, que fuera tan infantil.

—¿Y si cogemos algo y nos vamos de una vez? —dije furiosa, buscando la ayuda de Grace con la mirada.

Se disculpó con una sonrisa y trató de ver lo que tenían las otras dos en las manos.

—¿Qué es?

Con solo pensarlo, echaron otra vez a reír. Alex le pasó a Grace una fotografía y la miramos. Fue como si me hubieran puesto delante uno de esos cuadros del «ojo mágico» que estaban tan de moda (y que yo nunca conseguía ver). Las líneas tardaron en moverse y empezaron a dibujar un enorme grupo de adolescentes, no mucho mayores que nosotras. El decano estaba en el centro de la fotografía (era él, con sus inconfundibles ojos negros y aquellos carrillos) e iba maquillado, con la cara blanca, los labios rojos y el pelo revuelto.

—Qué ridículo —dijo Grace, forzando la voz para no romper a reír.

Yo asentí, sin decir nada. En la fotografía había más gente, todos copias baratas de Bowie con rayos pintados en la cara, brillantina y tupé. Eran chicos y chicas que reían, sin importarles el resto del mundo. Igual que nosotras.

Me llamó la atención una sombra roja que asomaba al fondo. Me acerqué a la ventana con la fotografía y descorrí un poco la cortina para que entrara algo de luz. Al mirar con atención, vi unos rizos, una sonrisa disimulada y un ojo verde por detrás del brazo de un chico.

—Mira. —Le hice señas a Grace, mientras las otras seguían riendo por detrás—. ¿Esta es Annabel?

—Ay, Dios. —Le dio la vuelta a la fotografía y miró otra vez—. Qué raro.

Robin, que estaba revolviendo en un mueble bar lleno de botellas de licor y de libros viejos, se volvió hacia nosotras.

—¿Qué es raro?

—Sale Annabel, mira —dijo Grace—. En esta foto estarían en la universidad, ¿no te parece?

—No sabía que eran amigos —dije yo.

Robin resopló.

—¿No te has fijado en cómo se miran? Cuando lo ve, a Annabel le falta poco para sacar los dientes. Creo que a ella también le haremos un favor si nos libramos de él.

Las palabras se quedaron flotando un momento en el ambiente y, entonces, estallaron. Era la primera vez que nos referíamos abiertamente a lo que estábamos a punto de hacer.

—Voy a por un peine —dijo al cabo de un rato, contenta de que la oscuridad disimulara el reguero de sudor que me cubría la frente y no les dejara ver lo pálida que estaba, tan aterrorizada que tenía náuseas.

—Date prisa —dijo Alex, mirando hacia el reloj que había sobre la repisa y que marcaba con una hora de retraso.

Salí al pasillo. No había ventanas y tuve que ir tanteando hasta las escaleras. El papel de las paredes era aterciopelado y tenía cercos de humedad; vi unos abrigos colgados que apestaban a humo y sudor seco. Di con un pomo y, pensé en huellas, pruebas y evidencias por un momento, pero me lo saqué de la cabeza («ya es tarde», pensé angustiada) y me asomé.

Encontré el interruptor y una luz deslumbrante iluminó la habitación. Del techo, colgaba una bombilla pelada y polvorienta, y lo que vi no fue el cuarto de baño como yo pensaba, sino un garaje convertido en despacho improvisado. Entre bidones de gasolina y herramientas, había una mesa cubierta de papeles y una máquina de escribir con una página en la platina. Eché un vistazo: una maleta, palos de golf, estanterías rotas, macetas fétidas, pastillas azules de matarratas y una jaula vacía.

Entré y cerré la puerta. Todo estaba en silencio, solo se oía el zumbido sordo del viento contra la puerta del garaje y hacía tanto frío que el sudor se me clavaba en la piel. Me sequé las palmas de las manos en la camisa y cogí una hoja de las que había sobre la mesa.

La carta arrancaba con un «Estimado señor Holmsworth: Gracias por hacernos llegar la obra titulada *Las brujas de Elm Hollow: crímenes y leyendas (1604-1984)*. Aunque su propuesta es ciertamente interesante, el contenido resulta demasiado académico para un público generalista. Le agradecemos que haya pensado en nosotros y le deseamos que encuentre una editorial más adecuada para su trabajo».

Había otra: «Si bien la investigación parte de una premisa sugerente, creo que la obra no gozará del reconocimiento de los investigadores. Una opción sería renunciar al formato de ensayo y optar por una novela». Y otra más: «Dado que el misterio más reciente se retrotrae a más de una década, el trabajo pierde relevancia. La investigación lleva tanto tiempo cerrada (y no siendo

previsible que se reabra) que parece más una causa personal (por supuesto, comprensible), y tendría serios problemas para encontrar público en el mercado actual, ya bastante saturado de por sí».

Otro estallido de carcajadas desde el salón que se cortó en seco. Devolví las cartas a su sitio, con cuidado de dejarlas más o menos como las había encontrado, y cogí la pila de papeles que había junto a la máquina de escribir. Todas las hojas estaban llenas de notas escritas a mano por el decano en su inconfundible tinta verde.

El motor de un coche ronroneó en la calle y se detuvo. ¿Sería él? Era imposible, todavía iba a tardar al menos una hora. Aún no habían terminado las clases y debería estar en el colegio.

Apagué la luz y me apreté contra la pared sin soltar los papeles. Me temblaban las manos. Me senté muy despacio en el suelo, en un movimiento más reflejo que consciente, como si tratara de encogerme hasta desaparecer. Lo mismo que hacía de niña, cuando me metía en un rincón y mis padres hacían como que no me veían, metida entre estanterías y patas de mesas. Cuando Anna empezó a andar, echó a perder esa diversión; era incapaz de verme sin gritar mi nombre o de soltarse del adulto que la llevara encima para correr a entrelazar sus dedos diminutos con los míos o a tirarme del pelo.

Se abrió la puerta de la casa. El suave chasquido de la cerradura sonó como un estruendo en medio de aquel silencio y, al cerrarse otra vez, fue como una sentencia de muerte. Se encendió la luz del pasillo y un haz partió la oscuridad total del garaje. Las páginas que tenía delante brillaban en blanco, con las palabras emborronadas por unas manos nerviosas: *Las brujas de Elm Hollow: una historia de crímenes. De Margaret Boucher a Emily Frost.*

Los pasos se acercaban cada vez más y, entonces, se detuvieron. Al otro lado de la pared, cayó un zapato con un golpe seco y luego, el otro. Rozó las demás chaquetas al colgar el abrigo. El corazón me latía al galope, deseando que se marchara y sin dejar de pensar en mis amigas, que seguían en la sala de estar. «Ve arriba —le ordené, como si pudiera obligarlo con la mente—. Sube, nos marcharemos y nunca sabrás que hemos estado aquí».

Puede que el silencio no durara tanto como pareció, aunque también es posible que fuera más largo. Recuerdo (al menos, eso creo) que contuve la respiración todo el tiempo, aunque si duró lo que imagino, sería imposible. Me encontraba mal, ahogada entre sudor y miedo. Miré la página que llevaba en la mano con las palabras flotando por encima: «Es difícil hacerse una idea de lo que son capaces de hacer estas chicas...».

Mientras el decano se movía al otro lado de la pared, me pareció oír unos pasos más ligeros, nada más que un crujido. «Sugerir que podrían matar a una de las tuyas —leí y me apreté contra la puerta al oír un golpe seco— sería exponerme al ridículo». El sonido gélido del acero desgarrando la carne atravesó el aire. Siguió un gemido indescifrable que no era ni de mujer ni de hombre, ni siquiera parecía humano.

«Escribo estas líneas ahora con el convencimiento firme (aunque sin pruebas) de que volverán a matar. Incluso es posible que lo hayan hecho ya». Algo caliente y pegajoso se encharcaba a mis pies, bajo la puerta corría un reguero de sangre que parecía negra en la oscuridad y temblaba a cada nuevo golpe, cada vez más débiles.

«Pero, si lo contara, nadie me creería. Durante siglos, las muertes han seguido una pauta, a manos de unas criaturas demasiado jóvenes e inocentes para que nadie sospeche de ellas».

La risa de Alex rompió el silencio y me arrancó de la postura en la que estaba encajada contra

la puerta del garaje, como una estatua de hielo. Me puse de pie y me limpié la sangre de la mano en los pantalones, maldiciendo aquella mancha delatora.

—¿Violet? —preguntó Robin en voz baja—. ¿Dónde estás?

—Aquí dentro —conseguí decir temblorosa—. En el garaje.

Dejé los papeles en una caja de la estantería que había junto a la puerta y giré el pomo de la puerta.

La mano del decano cayó por la rendija con un golpe seco y tuve que agarrarme a la estantería para no caer de espaldas. No podía dejar de mirar aquellos dedos en un charco de sangre oscura. Recordé el pájaro del ritual y lo que me sorprendió que un ser tan diminuto pudiera tener tanta sangre. Ahora, al otro lado de la puerta había un hombre adulto, un río, un océano. Seguí petrificada un momento y cerré los ojos, como si fuera a desaparecer por no verlo.

La puerta se abrió un poco más y el miedo no me dejaba respirar, se me iba a salir el corazón del pecho.

—Violet —repitió Robin—. Todo está bien, sal de ahí.

«¿Que todo está bien?», el aire no me entraba en los pulmones y se me iban a romper los dedos de tanto apretar las barras de acero de la estantería. Miré alrededor, tratando de encontrar alguna forma de salir sin ver el cadáver, el horror de lo que habían (de lo que habíamos) hecho, pero la puerta del garaje no se podía abrir desde dentro. Agarré un cuchillo Stanley con la hoja oxidada casi roma y lo guardé en el bolsillo. Tenía claro que no iba a utilizarlo, pero su presencia me reconfortaba y eso lo necesitaba desesperadamente.

Fui hacia la puerta, obligándome a no mirar abajo. Si no lo veía, no tendría que enfrentarme a él, su recuerdo no me perseguiría en sueños ni me recibirían sus ojos muertos en cada despertar. Pero la imagen de las chicas cubiertas de sangre, ausentes y con los ojos desorbitados era igual de espantosa. Les chorreaba el pelo y la ropa brillaba como un diamante negro. Robin parecía más pequeña que nunca, como náufraga. Solo Grace me miró un instante, sin rastro de disculpa en los ojos. Una ceja le goteaba sangre y se limpió tranquilamente con la manga. A su espalda, una salpicadura atravesaba la pared y comenzaba a empapar ya el papel aterciopelado con figuras de conchas marinas.

Alex levantó la vista, como dándose cuenta por fin de que estaba allí. Frunció el ceño.

—Pensábamos que estabas en el baño.

—Lo oí entrar... y me escondí. Pero la puerta... —Señalé el cuerpo, sin mirar hacia abajo. No podía. Era incapaz de afrontar lo que sabía: que no lo habían matado por haber asesinado a Emily Frost, sino porque sabía que la habían asesinado ellas.

—¿Está muerto? —La pregunta era retórica (por supuesto que estaba muerto), pero las palabras se escaparon solas.

—Eso parece. —Alex me miró y el silencio pesó como una losa—. El cerdo vino a por nosotras. —Dejó escapar el aire muy despacio entre los dientes—. Menudo psicópata.

«No tuvo tiempo —pensé yo—. Ni siquiera sabía que estabais aquí».

—Nos habría matado —dijo, sin dejar de mirarme—. Ahora estaríamos muertas.

El silencio se hizo más denso. Todas me observaban. Vi el cuchillo temblando en la mano de Alex y la luz deslizándose por la pared. Estaban esperando a que dijera algo, pero no sabía qué.

Alex miró a Robin y luego, otra vez a mí.

—¿Puedes mirar si tiene pulso? —A media luz, le destelleaba la mirada y esbozó una sonrisa.

Me dio un vuelco el estómago y sentí una punzada en el pecho. No podía mirarlo y ver lo que habían hecho.

—Yo... no puedo —tartamudeé e incluso en esa situación, me avergoncé hasta la náusea.

—Vamos —dijo, con una risa implacable—. A ver, es lo mínimo que puedes hacer.

Sabía lo que estaba haciendo, lo que las tres me estaban haciendo, y miré a Robin en busca de ayuda, pero apartó la vista. Me estaban convirtiendo en cómplice (aunque al escribirlo ahora, comprendo que a ojos de la ley ya lo era de un asesinato premeditado y con alevosía; ningún jurado razonable vacilaría en declararme culpable porque yo imaginara que su muerte podría resultar de sortilegios o antiguos conjuros mágicos).

Cerré los ojos, me armé de valor y cogí aire. Tuve que hacer una cosa cada vez, tocar aquel cadáver era demasiado esfuerzo para acompañarlo de nada más.

Seguía con los ojos abiertos de espanto, la sangre que le salía del cuello corría hacia la oreja y llevaba el pelo apelmazado. Una herida tan profunda como la oscuridad que asomaba por ella, un rictus de sonrisa, los dientes manchados de sangre y los labios agrietados. Tenía los brazos levantados para defenderse y atravesados por regueros de sangre. La alfombra se había empapado de negro y del olor ácido de la orina. Compartí su vergüenza, me dolió verlo así y me pregunté si lo último que vivió fue miedo o si habría caído él también en la vergüenza de aquella humillación postrera.

Le agarré la muñeca con cuidado, dando rienda suelta a lo absurdo de la situación. Nunca había tomado el pulso, a no ser que contara una clase sobre anatomía cuando estaba en primaria. Pero fue el mío y aquel bombeo mecánico que sentí en la muñeca me repugnó tanto que dejé de respirar para que parase, aunque para mi espanto, lo oí golpear aún más fuerte en los oídos. Pasé toda la noche despierta, escuchando y sintiendo cómo se sacudían las entrañas contra la piel.

Cuando lo toqué (recuerdo que me sorprendió que siguiera caliente, aunque solo llevaba muerto unos minutos), salió un ruido en la cocina. Grace saltó como un resorte y se agarró al marco de la puerta, Robin me lanzó una mirada de súplica y Alex ni se inmutó. Hubo un golpe suave, un roce. Y entonces, un maullido.

—Monigote —dije, al ver asomar a un gato gordo y con la cara redonda («las mascotas siempre se parecen a sus dueños», pensé con amargura). Se le enroscó en las piernas a Alex y luego, a Grace, en busca de cariño. Al parecer, no le importaba lo más mínimo el cadáver que había tirado en el suelo de la entrada.

Robin dejó escapar una risa nerviosa.

—Creo que acabo de tener un infarto.

—Chist —le dijo Alex, con una mirada fulminante.

—Está muerto —dije yo, a punto de atragantarme con unas palabras demasiado audibles y demasiado reales, y con la carne aplastada todavía entre los dedos (aún la noto a veces y por ese recuerdo no puedo comer carne sin que me duela; en los relatos idealizados de asesinatos nunca se menciona este inconveniente, seguramente por ser menor, pero lo cierto es que la comida vegetariana suele ser bastante insípida y aburrida).

—Alex —dije al rato—. ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé —me respondió, mirando a Grace.

—¿Cómo que no lo sabes? —dije, levantando la voz casi en un grito.

—Que no lo sé —dijo, con una mirada fría—. Espera, calla un momento y déjame pensar.

Miré a Robin, que se encogió de hombros y se volvió hacia el cuerpo. El espanto que había visto en sus ojos minutos antes se había borrado y volvía la luz de siempre, aunque débil. Miré en su dirección y era cierto: cuanto más tiempo estábamos allí de pie, más se embotaba aquel horror. Monigote daba vueltas tranquilamente alrededor y sacó la lengua para beber del charco; al parecer le gustó, porque siguió lamiendo y así, lo único que se oía era el chapoteo de la lengua. Al principio me repugnó, pero también eso se diluyó.

—¿Y si fingimos que fue un accidente? —dijo Grace, que comenzó a limpiar una huella del marco con la manga—. ¿Qué tal un incendio? —La miramos las tres atónitas, hasta que se encogió de hombros—. Vale, como queráis. A ver qué se os ocurre a vosotras.

Continuamos allí en silencio, mirándonos y tratando de encontrar una idea mejor.

—De acuerdo —dijo Alex por fin—, Grace tiene razón. —Señaló hacia la salita de estar—. En esa habitación hay una chimenea. Encenderemos el fuego y simularemos que se descontroló.

A Monigote le destellearon los ojos, como si hubiera visto una sombra. Olía a cadáver, la moqueta cada vez estaba más empapada y el aire se enrarecía, con humedad y tensión. Sacudí la cabeza. Alex se marchó con Grace y Robin siguió a mi lado, sin color.

Me habría gustado que fuera con ellas para quedarme sola un momento y meter el libro del decano en la cartera. ¿Había imaginado aquellas palabras? ¿Lo había leído mal? ¿O decía la verdad, sería cierto que habían asesinado a Emily Frost e interpretado un papel con profesores, padres y también conmigo?

—Vamos —dijo, dando media vuelta. Dudé un instante y se volvió hacia mí—. Todo irá bien. —Me cogió de la mano—. No tengas miedo, no pasa nada.

Pasé con cuidado por encima del cuerpo (bajo la atenta mirada de Monigote, que nos seguía a unos pasos) y la acompañé a la sala de estar. Miró hacia atrás y supe que fue para comprobar que no se había movido, aferrado con desesperación a la vida. La idea me hizo temblar, así que la imité y me estremeció la espeluznante quietud de aquel cadáver corpulento que había perdido la vida y toda la sangre.

Alex y Grace estaban agachadas junto a la chimenea y arrancando hojas de libros, no oía lo que se decían. Robin se acercó al mueble bar y me pasó una botella de whisky, llevaba tanto tiempo allí que se pegaba a las manos.

—No queda mucho —dijo mirando a Alex.

Era mi oportunidad.

—Creo que he visto un bidón de gasolina en el garaje.

—Ni pensarlo —dijo Alex—. Si encuentran gasolina, no parecerá un accidente. —Tardó en continuar—: El horno es de gas, ¿verdad?

Trabajamos en silencio, acompañadas solo por los gritos de las gaviotas y con Monigote subido al sofá dejando caer una pata lánguidamente. Me acerqué dos veces hacia la entrada, sin dejar de escuchar en mi cabeza las palabras del decano. Pero las dos veces, me sentí observada y volví sobre mis pasos.

Alex se limpió las manos en los vaqueros y las motas de sangre seca volaron a su alrededor, como una polvareda.

—Tendríamos que cambiarnos —dijo, soltando una risa siniestra.

—Tiene una hija —dije yo—. Su habitación está en la planta de arriba. Es la primera puerta.

Alex se volvió hacia Robin, una mirada de una fracción de segundo. Sabían que algo iba mal,

pero no sabían qué.

—¿Puedes subir tú a por ropa? —dijo con amabilidad—. Eres la única que tiene los zapatos limpios.

«Y tú podrías descalzarte», pensé enfadada, pero no dije nada y fui hacia el pasillo. Me observaron cuando pasé al lado del cuerpo y miré hacia abajo para no pisar el charco de sangre. Subiendo las escaleras, me pesaban los brazos y las piernas como si fueran de plomo, y tuve cuidado de no tocar la barandilla (aunque la había tocado antes, cuando el asesinato que habíamos planeado era de los que no dejaban huellas). Arriba, me entraron náuseas y temblaba entera, así que me senté al borde de la cama de Sophie echando la frente sobre las rodillas. «No puede ser — me decía—. No han matado a Emily, era la mejor amiga de Robin».

«No, la mejor amiga de Robin soy yo», pensé entonces y si al principio lo dije con celos posesivos, pronto se filtró también el miedo.

Estaba desesperada, quería pensar que nunca le habrían hecho daño, que no podían haber matado a su amiga, por mucho que hubiera un cadáver en la entrada y que tuvieran las manos manchadas de sangre, lo mismo que yo. «Me da igual si es verdad o no», decidí y me levanté de la cama, agarrándome a la colcha. Eso era otro cuerpo, otra muerte, otro asesinato más real que los demás, porque llevábamos las pruebas empapándonos la piel y convirtiéndose en parte de nosotras. Nosotras, una, un todo.

«A menos, que me maten a mí también».

—¿Qué narices haces allí arriba? —bufó Robin desde la planta de abajo.

—¡Ya voy! —grité y me callé de golpe.

Monigote (que por fin se había dado cuenta de que algo iba mal) lanzaba maullidos lastimeros e incansables hasta que lo calló un ruido sordo, un chillido y un siseo. Abajo, lo encontré encogido en un rincón de la sala de estar, moviendo el rabo hipnóticamente de arriba abajo y clavando sus enormes ojos amarillos en las chicas.

Alex se dio cuenta de que lo estaba mirando y se echó a reír.

—Espero que no vayas a darnos una charla sobre crueldad animal...

—No. —Le pasé un montón de ropa y empecé a desabrocharme los vaqueros, para meterme en unos pantalones de chándal. Los botones me daban frío en las pantorrillas y la tela parecía a punto de estallar en los muslos. Sophie llevaba un par de tallas menos y era alta.

Robin sonrió burlona viéndome luchar con los pantalones.

—Ojo con los corchetes.

—Vete a la mierda —dije, completamente roja.

Mientras las demás se cambiaban de ropa, se lavaban en el fregadero de la cocina y se susurraban cosas al oído, me acerqué a la ventana y miré a través de un hueco del tamaño de una moneda. Empezaba a anochecer y el cielo brillaba en rojo y oro. El corazón me latía con fuerza y me encogía de miedo a cada ruido. Cuando pasó un coche retrocedí y me di contra la mesa, tiré un vaso y se rompió contra una silla.

—Por el amor de Dios, Vi —dijo Robin, que asomó hecha un manojo de nervios por la puerta—. ¿Es que quieres matarme? —Me lanzó un mechero, de color rosa fosforescente—. ¿Preparada?

La miré fijamente.

—¿Quieres que...?

—Es lo justo —dijo, sin malicia aparente, nada más que la confianza infantil en el valor de la equidad entre amigas. Oí el chasquido del gas y que alguien abría la puerta de atrás—. Vamos. — Se acercó—. Tú puedes.

—No, no puedo —respondí, casi sin voz.

—Lo haremos juntas. —Cogió una tira de papel de periódico de la chimenea y me la ofreció.

—Robin, yo...

—Vamos, Vi —dijo—. No queda otra.

Pensé en la historia que contaban los papeles del garaje, una historia que nos unía a todas ahora que habíamos derramado sangre juntas. Me agarró del hombro, aún tenía los dedos mojados y le olían a jabón.

—Venga, bizcochito —dijo, una última vez—. Trabajo en equipo —añadió, con una sonrisa torcida.

El mechero chispeó y volvió a apagarse. Rio y yo también reí a pesar de todo..., a pesar del cadáver que nos observaba por la espalda con ojos vidriosos.

Sacudí el encendedor y lo hice chasquear. Por fin se encendió y el papel ardió en chispas doradas. Robin lo lanzó a la chimenea y salimos las dos a la calle. Nos fundimos con el frío y la luz de fuera, cerrando la puerta a los secretos que dejábamos atrás.

CAPÍTULO 14

Annabel colocó el caballete en el centro de la habitación, se apartó y con los brazos cruzados, nos fue mirando de una en una, incapaces todas de apartar la vista de aquella reproducción de papel brillante y pinceladas planas. Todo nos resultaba demasiado conocido, los brazos en alto, las salpicaduras y los chorros de sangre cortando el aire, el claroscuro marcado y el asesinato en la oscuridad... Era una imagen que llevábamos grabada a fuego.

—*Judit decapitando a Holofernes* —dijo por fin Annabel—, de Artemisia Gentileschi, una pintora que inmortalizó a una mujer en el momento de asesinar a un hombre. Una escena que las cuatro reconoceréis, sin duda alguna.

El estómago me dio un vuelco y tuve que hacer el esfuerzo de no mirar a las demás, aunque la pregunta adquirió una presencia rotunda: «¿Cómo lo sabe?». La imagen, aquel monstruoso recuerdo, cobró vida ante nosotras y respirar dolía. Por un instante, olí la mancha de orín y sangre, y la tuve pringosa en las manos. Me pregunté si eso sería la culpa.

Se sentó despacio en la silla, respiró fuerte por la nariz y cerró los ojos.

—Al menos, eso espero. Si a estas alturas no habéis empezado el trabajo de fin de curso, no vais a tener tiempo.

Robin soltó el aire y, a mí, el corazón me latía tan rápido que tuve la impresión de que sonaba aún más fuerte que aquel suspiro.

—Hay quien dice —siguió diciendo Annabel— que Artemisia (esta maestra italiana adelantada a su tiempo) estuvo en contacto con la fundadora de nuestro colegio. Si recordáis, la señora Boucher pasó unos meses en Florencia, donde frecuentó a artistas y mecenas, así que es poco probable que sus caminos no llegaran a cruzarse en algún momento. Sin embargo, a partir de ahí solo cabe hacer especulaciones. Puede que no sea más que otra de las leyendas que han acompañado la historia de nuestro círculo. —Tosió y sonrió al mirar a Grace, que le devolvió la sonrisa impasible, sin rastro del horror que debía de sentir también ella, imaginaba yo—. Se dice que inspiró a Shakespeare para su *Macbeth* y, lo que es más, no a las mujeres que se burlan de él y de Banquo, sino a la mismísima *lady Macbeth*, la fuerza motriz de toda la acción.

»Yo, en cambio, opino de otra manera —dijo, mirando hacia la pintura—. Para una parte de la crítica, esta obra es la materialización del deseo de venganza de Artemisia. Según su relato, Artemisia pintó el asesinato de Holofernes para digerir la rabia que la devoraba tras ser violada y traicionada por un amigo de la familia.

Apartó la reproducción y mostró otra escena similar.

—Aquí, Caravaggio representa el mismo asesinato, la muerte de Holofernes a manos de Judith. Pero fijaos... —dijo y señaló a la mujer—. ¿Veis lo delicados que son sus brazos?

Observad la turbación de su rostro, ¿no veis asomar la duda? —Sacudió la cabeza—. Caravaggio no sabe admitir la valentía... —Calló en busca de la palabra exacta—. No sabe reconocer la fuerza de voluntad que necesita una mujer (el llamado «sexo débil», en lo físico al menos) para cometer un acto como ese. En la obra de Artemisia, en cambio, esa fuerza aparece rotunda e incuestionable. Vemos el enorme puño de Holofernes erguido hacia la doncella, la expresión decidida y obstinada de Judith, la delicadeza del camafeo manchado de sangre, los dedos con los que le tira del pelo... Ella sí conoce la fuerza física y emocional que necesita una mujer para vengarse de un hombre.

Miró a Robin un momento y, luego, a mí. Me hizo sentir tan desnuda que me giré hacia la pintura, como si pudiera leerme los ojos.

—Fijaos también en la diferencia entre las dos doncellas. Caravaggio nos presenta a una vieja arpía que observa a su joven señora cometer el crimen. En Artemisia, sin embargo, las mujeres colaboran y unen sus fuerzas para derrotar al hombre. Casi podemos imaginarlas tramando juntas el asesinato, esbozando una sonrisa al entrar en la tienda de Holofernes y cruzando miradas cómplices cuando se dejara caer él en el sopor hediondo de la bebida.

Devolvió la lámina a su sitio y cubrió la de Caravaggio.

—En otras palabras, al representar el asesinato de Holofernes, Artemisia no da el protagonismo al hombre, la víctima de unas mujeres asesinas (el más aterrador de los arquetipos), sino que muestra en igual medida la fuerza colosal de la amistad entre mujeres, de los secretos que comparten entre ellas en los momentos que los hombres no son capaces de ver por su propia ceguera.

Robin me rozó con el brazo al cambiar de postura y a mí se me erizó la piel, un calor como el que tuve al recorrer con ella las afueras después del asesinato, cuando no se oían nada más que nuestros pasos. El humo no tardó en alzarse en penachos negros sobre las casas y un crujido desgarró la noche, seguido al poco de sirenas. Hubo un instante en que el aire olió dulce a fuego de hoguera, pero pronto lo sofocó todo el olor acre del plástico quemado.

Cuando se derrumbó la casa, empezamos a relajarnos. Ellas lo mataron, era cierto, pero yo encendí la llama que quemó la casa y, con ella, la teoría que el decano tenía sobre las chicas. Sobre nosotras. Todo estaba perdido, lo habíamos destruido. Y estando allí, fuera de aquella casa convertida en tumba, me parecía absurdo haber creído en eso. Por lo menos, haberle dado importancia.

Nos sentamos en el paseo y reímos, escupimos, nos hicimos notar. Entramos en una tienda de regalos, jugueteamos con piedrecitas de mil colores y tiramos al suelo unos tarros de arena, retando al dueño a echarnos de allí y ganándonos una coartada. El hombre iba a tardar tiempo en olvidarnos. Al ver cómo nos observaba, temeroso y sin atreverse a decir nada, me pregunté si no intuiría lo que acabábamos de hacer. Calló cuando Robin se guardó un encendedor en el bolsillo y dejé una libra sobre el mostrador, sin que se diera cuenta.

Por supuesto, sabíamos que las cosas podían salir mal. Podían recuperar el cuerpo (ya no era el decano, ya no era una persona) antes de que las llamas lo devorasen y encontrar aquel espantoso corte en el cuello (yugular, carótida, subclavia, las palabras me venían en un soniquete). Podían encontrar huellas, pisadas en las alfombras, cabellos y saliva. Un vecino podía habernos visto salir por la puerta y echar a correr minutos antes de que las llamas comenzaran a lamer las ventanas.

Y aunque sabíamos que la culpa solo estaba abotargada y que despertaría antes o después,

aquel momento (ya fuera por la adrenalina o precisamente por ser conscientes de que la sensación no iba a durar) lo vivimos como un idilio. Por eso, estas palabras pueden resultar exageradas aquí leídas. He probado distintas formas de decirlo y todas suenan a tópico, pero lo cierto es que, puesta ante un asesinato, la vida se nos presenta apasionante, llena de caos y de potencia. Es embriaguez, arrebató y una luz voluptuosa... Por un instante, no importaba lo que hubiéramos dicho o pensado, solo contaba la intensidad con la que nos sentíamos vivas y la fuerza que tuvimos para hacerlo. La fuerza para matar.

A los pies de la sirena, Alex me puso el brazo sobre los hombros, apretó el mío con sus finos dedos y susurró: «Siento haberte tratado tan mal cuando estábamos en la casa. —Su aliento me entró en el oído—. Estaba asustada, ¿sabes?». Asentí. Lo sabía. Me miró, esperando a que dijera algo: «Yo también. Fue muy intenso».

Se acercó y me dijo un «eso es quedarse corta» que me hizo reír. «No puedo creer que lo hayamos hecho», le respondí y Robin a mí: «Te entiendo». Lanzó un chicle reseco a las gaviotas y añadió en una imitación perfecta del decano, escalofriante y ridícula a partes iguales: «Y eso sirve para demostrar que nunca sabes de lo que eres capaz hasta que lo intentas».

Annabel se recostó en la silla, como solía hacer cuando estaba a punto de terminar la clase, como si el esfuerzo la hubiera sobrepasado o, me pareció aquel día con el corazón de todas atenazado por el miedo, como si quisiera quedarse sola y no tener que seguir mirándonos, como si la hubiéramos decepcionado. «Pero no lo sabe —me decía—, nadie lo sabe». Y era cierto. En el colegio, todo estaba como siempre y, al parecer, no habían relacionado la ausencia del decano con el incendio de una casa a las afueras. Había leído la noticia en la portada del periódico local, seguida por la mirada fulminante del quiosquero cuando lo devolví a la pila sin comprarlo. No mencionaban el hallazgo de ningún cuerpo. Aunque era imposible, teniendo en cuenta que la casa había ardido toda la noche, convertida en un brillo que podía ver desde mi ventana mientras trataba de conciliar el sueño en balde. Estuve en vela, deseando que pasaran las horas y cada segundo parecía estar a kilómetros de distancia del anterior, como si el tiempo se hubiera detenido y la noche estuviera suspendida.

—Tenéis hasta la semana que viene para entregar el trabajo. —Cerró los ojos y vi cómo se le hundía la carne al final del cuello al echar la cabeza para atrás—. Dos mil palabras como mínimo, señoritas. Espero grandes cosas de vosotras.

No abrimos la boca hasta llegar al centro del patio, entre la hierba espolvoreada de margaritas y el azul turquesa del cielo, de un brillo saturado. Nos sentamos junto al olmo donde las tarjetas descoloridas, los ositos de peluche empapados de agua y las flores muertas nos iban a asegurar intimidad. Todas pasaban a cierta distancia, aunque sin dejar de mirar de reojo a las chicas que estaban recordando a su amiga perdida (y a mí, la acoplada del grupo).

Alex se echó hacia adelante y me miró.

—¿Estás bien?

—Sí, bien. —Me molestó que marcara esa diferencia con el resto—. ¿Y tú?

No respondió. Robin arrancó un puñado de hierba de raíz y comenzó a trenzar las briznas.

—No creo que se hayan enterado —dijo, sin dirigirse a ninguna en particular—. ¿Cuándo lo

visteis?

—¿A quién?

—¿Tú a quién crees? —preguntó Alex, dejando escapar un suspiro.

Robin la miró sin comprender.

—Cuando estábamos...

—De verdad, a veces pareces... —No terminó la frase y trató de calmarse—. Dijiste que se presentó en casa de Violet. ¿Cuándo fue eso?

—Un par de días antes.

—Ya, pero ¿qué día?

Robin miró hacia donde estaba yo y se encogió de hombros.

—Fue el martes —respondí—. Estoy segura.

—¿A qué hora?

—¿Cómo?

—¿Que a qué hora fue?

La miré atónita.

—No lo sé. Puede que fueran las once o las once y media.

—¿No lo sabes exactamente?

—Joder, Alex. No llevé un registro, ¿es que importa?

—Podría importar.

Miré a Robin.

—Serían las once y media —dijo, aunque no supe si lo sabía o solo quería que Alex siguiera adelante.

Nos quedamos calladas a la sombra del árbol, observando a las demás chicas ir de una clase a otra y a los pájaros, revolotear entre los edificios.

—Ya empieza —dijo Alex al rato y señaló hacia el edificio principal. La señora Goldsmith, la profesora de música, de carrillos sonrosados y hoyuelos como los de un cerdito de Guinea, estaba hablando con una desconocida. Aunque estaba prohibido fumar fuera de las zonas designadas, encendió un cigarrillo y se limpió una lágrima de la mejilla con la manga de la chaqueta.

Aparté la vista avergonzada (aunque no supe si por mí o por ella; en pocos minutos, todo el colegio estaría al tanto de aquella muestra de debilidad) y vi que Nicky nos observaba desde el otro lado del patio. No se atrevió a acercarse hasta que Alex (para mi sorpresa) la llamó y se levantó. Cuando llegó con nosotras, Alex la envolvió en un abrazo del que no pudo zafarse.

Robin y yo miramos a Grace, que daba la impresión de entender lo que estaba pasando tan poco como nosotras. Alex lloraba desconsolada y Nicky le daba palmaditas en la espalda tratando de calmarla, con los ojos abiertos como platos.

Por fin, Alex se apartó de ella, aunque sin llegar a soltarle el brazo.

—Es que... —comenzó a decir con la voz rota—. Creo que no te he dado las gracias por esto... —Señaló hacia la fotografía descolorida de Emily que había grapada al árbol y su nombre escrito con flores marchitas—. Me han dicho que lo organizaste tú y... lo apreciamos mucho. A Emily le habría encantado.

Me di cuenta de que Robin estuvo a punto de saltar al oírla, así que dejé una mano sobre las suyas; no sabía qué estaba haciendo Alex, pero supuse que el plan no incluía una discusión con

ella. También sabía que Nicky no había montado aquel altar, que era obra del club de canto, iba bien con su dramatismo, era el escenario perfecto para la misa de réquiem que habían ensayado todo el cuatrimestre en su memoria. Aun así, eso no frenó a Nicky para arrogarse todo el mérito.

—Es lo memos que podía... que podíamos hacer —dijo, con sonrisa de satisfacción—. No éramos grandes amigas, pero quería que tuvierais algo para recordarla, ya sabes...

—Lo apreciamos mucho, sobre todo porque... —No terminó la frase y se volvió hacia nosotras tres, que seguíamos sentadas en la hierba—. Sobre todo, porque no sabemos en quién podemos confiar. Tú siempre has sido una buena amiga y no nos hemos portado bien contigo. Lo siento.

Nicky nos miró a Robin y a mí. Sonreí, con la intención de contrarrestar la mala cara que imaginé que estaría poniendo Robin, no me hacía falta ni mirarla. Por suerte, Nicky ya tenía la cabeza puesta en otra cosa.

—¿De quién no os podéis fiar? —preguntó mirando a Alex, que bajó la mirada.

—Olvida que lo he dicho.

—Alex —dijo Nicky, en esa voz baja que tan bien conocía, porque la había usado cada vez que las chicas se marchaban y me quedaba sola (el recuerdo me causó un dolor visceral, el «no eres una de ellas» me desgarró por dentro)—. No pasa nada, puedes contarme lo que quieras. Nighthawks siempre unidas, ¿no? —Dio un toquecito al escudo del colegio que llevaba bordado en la bolsa de deporte y Alex sonrió, con los ojos bañados en lágrimas.

—Verás... Por favor, no le digas a nadie que he sido yo. Mi madre mi mataría si se enterara.

—No lo haré —dijo Nicky, con demasiado celo, casi sin darle tiempo a terminar—. Sabes que nunca lo haría. —Y esa parte era verdad. Siempre que podía, Nicky se aseguraba de no desvelar sus fuentes, pero no por una especie de ética periodista, sino porque prefería ser ella la fuente y se limitaba a sacudir la cabeza con una sonrisa dulce ante cualquier pregunta.

—Bien... —Alex se volvió hacia nosotras, que seguíamos pasmadas, y bajó la voz—. ¿Conoces al señor Holmsworth, el decano? —Con tan solo oír su nombre, vi como un fogonazo la imagen de aquel cadáver. Supe que estaba pálida y miré a otro lado.

Nicky se acercó a Alex y la parte baja de su mejilla relució blanca al sol del mediodía.

—Claro.

—Hace unas noches, estaba borracho... muy borracho, y alguien (no sé quién, sería alguien del bar) le contó a mi madre que decía cosas raras.

Nicky tenía los ojos fuera de las órbitas, lo mismo que nosotras. «¿Qué está haciendo?», me pregunté. No sabía si lo estaba inventando sobre la marcha, era como estar viendo a un equilibrista sobre la cuerda floja y sin red.

—¿El qué?

—Cosas... —Alex suspiró y sacudió la cabeza—. Sobre Emily y lo que le había pasado. Cosas que harían pensar a cualquiera que fue cosa suya.

—Ay, Dios —dijo Nicky.

—Lo sé. Mi madre dice que deberían contarlo a la policía, pero no creo que lo hagan. Todavía no.

—¿Por qué no?

—Es el decano estudiantil —respondió Alex, encogiéndose de hombros—. De este colegio. Nadie va a presentar una acusación como esa sin estar totalmente seguros. Imagina lo que harían

nuestros padres, se volverían locos.

Nicky asintió con conocimiento de causa. Había visto una vez a su madre. Era delgada y con el pelo corto, aparcó su Land Rover a la entrada del colegio y se negó a marcharse hasta que el director se reunió con ella para hablar sobre un artículo del boletín escolar en el que aparecía una referencia sucinta a una antigua alumna de Elm Hollow que había tenido un pequeño éxito en un grupo de rock. «¿A usted le parece que esto es un buen ejemplo? —Se le oía gritar por el pasillo desde el despacho del director—. No se corresponde con esos supuestos valores del centro y, desde luego, yo no pago para que le inculquen a mi hija este tipo de cosas, ¡de ninguna manera!».

—Pero, además —continuó Alex—, decía que quería quitarse la vida. Que no merecía seguir vivo. Sinceramente, si tuvo algo que ver con lo que le pasó a Emily, espero que lo haga. Y que le duela.

Al parecer, Grace se había recobrado de la confusión en que estuvimos las tres sumidas. Se levantó, cogió a Alex de la mano y se fundieron las dos en un abrazo. Alex lloraba con tal dramatismo que se me empezó a dibujar una sonrisa. Me tapé la boca y miré a otro lado, como si estuviera rota por lo que había contado.

—Cualquiera en tu lugar se sentiría igual —empezó a decir Nicky con voz de política repitiendo lugares comunes ante una desgracia (la imaginé pasados treinta años agarrada a un atril, con un traje recién planchado y la manicura perfecta)—. Pobrecita mía.

Alex no respondió y nos quedamos todas calladas, mientras Nicky nos miraba de una en una. La única que parecía no participar en la farsa era Robin, que seguía con la mirada perdida en el altar, mientras el viento hacía crujir el plástico de los ramos de flores.

—Bueno —dijo Nicky, cortando por fin el silencio—, si necesitas hablar con alguien, ya sabes que puedes contar conmigo.

Alex se volvió hacia ella y sonrió.

—Gracias, tesoro. —«¿Tesoro?, ¿a qué viene eso?»—. Pero, por favor, no le digas a nadie que te lo he contado yo.

Nicky sonrió, eso era una autorización tácita para contarle, con tal de no mencionar el nombre de Alex.

—Claro, cielo. —Se acercó y besó la mejilla a Alex, que se puso tensa.

Volvimos a quedarnos calladas hasta que desapareció.

—¿Crees que va a funcionar? —dijo Grace. La señora Goldsmith había abierto un paquete de caramelos mentolados y estaba en el centro de un corrillo de profesores, que hablaban alterados.

—No tengo ni idea —dijo Alex despacio—, pero me da la sensación de que lo descubriremos pronto.

—Cuesta creer que estemos reunidos de nuevo para llorar otra pérdida —dijo el director, paseando sobre la tarima de madera del salón de actos entre lápidas e inscripciones de piedra, con la muerte acechando desde todos los lados.

Por detrás, se vislumbraba el altar y el brillo cegador de la cruz casi resultaba ofensivo. Robin y yo no solíamos asistir a las asambleas que se celebraban cada semana. Las mañanas del viernes eran muy tentadoras, pero estando allí (entre las majestuosas arañas, los frescos desvaídos del techo con acabados en oro y los ventanales policromados que nos hablaban en colores rubí, esmeralda y zafiro), me pareció un lugar precioso en el que estar y pensar.

Sonaron protestas que nacieron entre el equipo de lacrosse y corrieron enseguida por toda la sala, mientras los profesores (quienes, en circunstancias normales, habrían reprendido ese comportamiento) miraron a otro lado e hicieron oídos sordos.

Nicky demostró ser mucho más eficaz de lo que Alex había podido imaginar. En cuestión de horas, aparecieron cartas de protesta en la puerta del director; primero de alumnas y a la mañana siguiente, de padres. Eso sí, cumplió estrictamente con su promesa y nadie supo de dónde había salido aquel rumor, aunque todos lo daban por cierto. Oficialmente, habían convocado aquella asamblea para lamentar la muerte del decano y darnos la ocasión de hablar sobre nuestros sentimientos, pero sabíamos (porque alguien lo había escuchado en el baño de chicas, donde siempre había oídos atentos a cualquier conversación confidencial que se colara por las cañerías) que el director pretendía contener la «histeria» que nos dominaba a todas, según él. «Pero si todo el mundo lo dice...», oyeron responder con dudas al profesor de química.

Y en efecto, todo el mundo lo decía y cada cual (salvo nosotras cuatro, claro está) tenía su propia versión de la historia. Contaban que cogía de la mano (o peor, de la rodilla) a toda alumna que acudiera llorando a su despacho, que agasajaba a las chicas con poca autoestima y les decía que no hicieran caso a los chicos que las trataban mal y que pronto encontrarían a un hombre de verdad que las comprendiera y valorasen tal y como eran... Sabían que todo habría sido con buenas intenciones, pero a la luz de la sospecha, cualquier gesto amable se convertía en macabro y la bondad, en amenaza.

Al creerlo todos (al creer en aquella mentira, en nuestra mentira), Robin se convenció más aún de que estábamos protegidas y de que las furias nos asistían desde que las invocáramos meses atrás.

—Va con sus principios —dijo, mientras paseábamos por el colegio, entre los edificios que la luz primaveral hacía brillar en un rojo ardiente.

—Chist. —Alex la hizo callar y miró a Grace de reojo. En aquella mirada, me pareció que la despreocupación y la frivolidad de Robin hicieron tambalear esa seguridad suya por un instante.

Yo tampoco estaba muy convencida, aunque la sombra de las furias seguía despertándome en mitad de la noche, con golpes despiadados en el espinazo, punzadas en el vientre y el olor a carne en descomposición. A veces, cuando Robin hablaba de aquella forma, tenía la impresión de que quería atormentarme, de que era un señuelo para obligarme a decir en voz alta lo que habíamos hecho y utilizarme para sentir una descarga de adrenalina (aunque la mirada se le apagaba, perdía el brillo de siempre y la voz parecía salirle de una máscara).

Pero a pesar de mis dudas, la idea me consolaba, como si me contagiara de su creencia ardiente. Lo que habíamos hecho (detener el latido de un corazón y derramar sangre inocente que todavía hoy me persigue en sueños) era tan horrible que colocarlo en el terreno de la fantasía e investirlo de ficción parecía hacer las secuelas más llevaderas, aunque fuera por un momento. «Puede que tenga razón», pensé (o, más bien, deseé para mis adentros) cuando abrió el manual por el retrato de Charlotte Corday de Baudry y susurró un «es de las nuestras» con Annabel cerca. A mí me ardieron las mejillas y Annabel sonrió. Me alegré de que no la oyera.

—Puede que nunca sepamos —seguía diciendo el director— por qué ni cómo pudo sufrir un accidente tan trágico...

Al fondo de la sala se oyó una protesta y una de las mayores (no sabía cómo se llamaba, pero me fascinaban su pelo azul verdoso y el *piercing* de la nariz) se levantó con una mirada fulminante y la voz atronadora:

—¡Sí lo sabemos! —aulló. Annabel estaba sentada detrás de ella impasible y con los brazos cruzados, bajo la atenta mirada de los ángeles de piedra. Era la única profesora que no tenía la vista clavada en el suelo y que sonrió por una fracción de segundo, cuando la chica añadió—: ¡Él mató a Emily Frost!

Robin me miró de reojo. Estaba tan blanca como la cal (podía ser resaca, aunque tenía la impresión de que, desde la noche del asesinato, su recuerdo nos golpeaba de vez en cuando a alguna para helarle la sangre). El director carraspeó para corregirla, ante el silencio de los demás profesores.

—No hay nada que sugiera tal cosa...

—¡Claro que sí! Todas sabemos que fue él —gritó otra chica, envalentonada por la primera—. Era un asesino.

—Sentaos —dijo él, con un deje de cansancio que solo sirvió para que se levantaran muchas más.

Se volvió hacia el director del coro y empezaron a sonar los primeros acordes del réquiem, pero las voces ahogaron la música y comenzaron a corear «¡Asesino! ¡Asesino!» cada vez más alto y más rápido, hasta que todas acabaron de pie.

Salvo nosotras. No sé si fue por aquella palabra, por el ritmo despiadado de los gritos de nuestras compañeras o por ser conscientes de haber puesto en marcha algo que estaba fuera de control y que se había hecho mayor y mucho más desalmado de lo que habríamos imaginado nunca. También puede que simplemente fuera por la rotundidad de la silla vacía ante aquella masa dolorosa. Cerré los ojos y traté de que las manos me dejaran de temblar.

Robin se tapó la boca con la manga de la chaqueta y tosió; la miré hecha un manojito de nervios y ella me sujetó la mano con tanta fuerza que me sacudió el brazo. «¿Está llorando?», pensé al verla echarse hacia delante y cubrirse la cara con las dos manos. «No empieces a llorar ahora», supliqué por dentro. Pero entonces, vi que sonreía y que se mordía la mano, tratando de reprimir la risa. Sobre los cánticos del coro, ya no pudo seguir conteniéndose y se derrumbó sobre las piernas.

«¿Qué hace? Esto no hace gracia».

Nos estaban mirando, así que me eché sobre ella, le puse un brazo sobre los hombros como si fuera a consolarla y le pellizqué el suyo.

—¿Qué haces? —Estaba furiosa. Levantó la cara desencajada y con el gesto, me metió pelo en la boca; al ir a sacarlo para no hacerla reír todavía más, se me contagió a mí la risa y tuve que hundir la cara contra su hombro en un mal esfuerzo por disimular.

Las otras dos miraban al frente, con una expresión de espanto que las habría delatado de no ser por el salvavidas de Emily; gracias a ella, al mirarnos, todas veían dolor y era como llevar puesta una máscara. Las cuatro, Grace y Alex (rotas por el horror frío, amargo y doliente), Robin y yo (riéndonos a carcajadas descontroladas y grotescas), estábamos protegidas de nuestros propios actos, éramos inmunes a las consecuencias del crimen y a su castigo. El asesinato, convertido en broma.

Cuando terminó la asamblea (con el réquiem sin acabar y el discurso del director sofocado y olvidado por todas), salimos al patio. Las dos hundimos la cabeza al pasar por delante de Annabel, que miraba hacia unas chicas que hablaban en corrillos del comportamiento «extraño» del decano y de sus comentarios «inapropiados». Iba envuelta en un delicado chal de gasa y se limitaba a observar, sin duda arrebatada por la belleza de la escena.

Cuando aparecieron Alex y Grace, seguíamos en el césped sin parar de reír (aunque bajito, pensando que no nos veía nadie). Los encargados de mantenimiento habían aprovechado que todo el colegio estaba reunido para poner en marcha los aspersores y la hierba estaba mojada.

—Puaj —gruñó Robin, limpiando una mancha de barro de la mochila—. Vaya mierda.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Alex, fulminando a Robin con la mirada. Bajó la voz—: ¿Os estabais riendo?

—Lo siento —respondí, con una sonrisa—. Es que...

—Eres igual que Emily, ¿sabes? —espetó Alex.

Me ardieron las mejillas en lo que primero fue furia y, luego, un miedo súbito.

—¿Qué dices?

—Siempre le sacas la cara, aunque se porte como una auténtica gilipollas. —Despedazó una brizna de hierba y la tiró al suelo—. Das pena.

—Vete por ahí, Alex —dijo Robin enfadada—. Es que tiene sentido del humor...

—Un sentido del humor con el que conseguiréis que nos metan en la cárcel.

—Vamos, no te pongas así. Nadie se ha dado cuenta —dijo Robin. Tenía las pupilas dilatadas y negras, y no posaba la vista en ninguna parte.

Alex miró a Grace.

—Nosotras, sí. La verdad es que era complicado no hacerlo.

—Vale, como quieras. Nada de divertirse nunca más en la vida. Apuntado.

—No estoy diciendo...

—¿Sabes qué, Alex? —dijo Robin, poniéndose de pie muy despacio—. Vete a la mierda.

—Oh, vaya. Qué gran muestra de elocuencia —gritó Alex, mientras Robin dio media vuelta y comenzó a alejarse.

Me quedé parada unos instantes, observando aturdida la escena.

—Genial, muy bien, Alex —dije por fin, poniéndome en pie. Todo se tambaleó un momento en una ola de vértigo que recorrió taciturna los márgenes de mi campo visual.

—Ha perdido el control —dijo Alex con frialdad—. Tienes que...

—Yo no tengo que hacer nada —le reproché—. Igual eres tú la que deberías dejar de ser tan... —Busqué la palabra o el gesto que necesitaba, pero no encontré nada.

Estaba agotada y, de pronto, me sobrevino el peso de todo, repentino y despiadado. Tambaleándome, seguí a Robin entre los edificios. Tardé un buen rato en darme cuenta de que no trataron de impedírmelo.

Estábamos en la terraza en unas tumbonas que habíamos robado por ahí y el frío de la noche nos calaba la piel. Los padres de Robin estaban en un «campamento de diversión forzada, Divertilandia, cortesía de la empresa», me dijo antes de cambiar de tema rápidamente, así que pasamos la tarde en su casa bebiendo sin parar, probando todas las botellas del mueble bar y rellenándolas con algo de agua a cada trago.

Me pasó una papelina con polvo blanco y me lancé a por ella como si fuera a borrar las imágenes que me perseguían y el intenso olor que me atrapaba cada vez que me movía sin saber de dónde salía. Me había duchado, pero no me había lavado el pelo; al pensar en la sangre apelmazada con el tinte negro, un escalofrío me recorría toda la espalda (y no era completamente

desagradable, llevaba consigo la emoción intensa del riesgo).

Se levantó y comenzó a mecerse, cantando con la minicadena y arrastrando las palabras hasta confundirlas todas, *Jesus died for somebody's sins, but not mine*, decía y después de cada frase, le chasqueaba la mandíbula. A mí me pasaba lo mismo y, sin darme cuenta, me mordía la mejilla por dentro y sentía la carne desgarrada y el sabor a sangre. La mandíbula nos daba alivio, aunque fuera por poco tiempo.

—*Jesus died for somebody's sins, but not mine* —repetió y, al ponerse sobre los talones, cayó contra la puerta de cristal y tiró la bebida por toda la ventana—. Mierda —susurró, mientras se giraba para calibrar el desastre.

—Siéntate —dije yo—. Me estás mareando.

—No —respondió, agarrada al respaldo de la silla—. Tú me mareas a mí.

Refunfuñé.

—No tiene sentido.

—Cuando estás delante, es como ver doble —farfulló mientras hundía los dedos en un cuenco de cuentas de cristal. Las tiró por el aire y se encogió del susto cuando cayeron al suelo. Yo me tapé la cara con los brazos, para protegerme de las bolitas que rebotaron como perdigones—. Eres tú, pero también eres ella. No sé por qué.

Desde que salimos del colegio, había intentado volver a la discusión con las otras dos. Alex me había comparado con Emily y esas palabras se clavaban más adentro cada vez que recordaba que estaba muerta y que la habían matado ellas, como sabía el decano. Pero cuando sacaba el tema (que me consumía de tal forma que todos mis pensamientos giraban en torno a él, como el agua que desaparece por un desagüe), Robin me fulminaba con la mirada y, como para hacerme desaparecer, tragaba otra pastilla o bebía de la botella con tanta ansia que yo se la intentaba arrancar, entre promesas de no volverlo a hacer.

La música se aceleró y tuve que sentarme en el suelo. Las láminas de madera me pellizcaron las pantorrillas.

—¿Cómo?

—*Oh, she was so good* —cantaba, «qué buena era», sin parar de dar vueltas—. *Oh, she was so fine*.

—¿De qué hablas? —Casi no se me entendía—. ¿Qué quieres decir?

Siguió bailando con los ojos cerrados y la cara hacia el cielo. Su silueta blanca, borrosa e inmaterial, se recortaba contra la valla del jardín y la convertía en uno de los espeluznantes trípticos de Bacon. Bajo la barbilla, llevaba una mancha negra de algo seco que podía ser tinta o sombra de ojos. Aunque no podía mirarla ni tampoco a ella, sabiendo que en ese momento estaba pensando en Emily, en la chica que había matado y que se parecía a mí, pero que no era yo. Era como si siempre estuviera en la cabeza de alguien.

—Voy a mear —dije y me puse en pie como pude, con la papelina todavía en la mano. Entré en la casa sin cerrar las puertas del patio.

Dentro, me empapé de los recuerdos de su familia y de ella recogidos en pequeños objetos. Junto a las escaleras, estaba Robin a los ocho años en un recorte de periódico; habían elegido un dibujo suyo para la campaña municipal «La seguridad es lo primero». En el fregadero, vi una taza con un «MAMÁ» pintado en enormes letras («Es de mi hermana, ¿no habrás pensado que yo haría algo tan feo?»), me dijo al sorprenderme mirando). No se parecía en nada a lo que había

imaginado. Su habitación estaba llena de tiras de luz y las paredes, de pósteres; había una cama doble con la colcha y las sábanas de color fucsia. Era todo demasiado sencillo y prosaico, demasiado agradable para ser de Robin.

—Mamá es una fanática de la limpieza. —Se encogió de hombros y colgó la chaqueta en un armario blanco con azucenas talladas en la madera.

Me detuve frente a unas estanterías llenas de adornos y de fotografías (Robin y Emily de niñas, provocándome; si las miraba de refilón, podía aparentar que éramos nosotras, como si siempre hubiéramos sido amigas); teteras antiguas y vasos de cristal; una caja de madera con la tapa decorada y un oso de peluche sentado encima a horcajadas. Abrí la tapa, dentro había fotos de carné y llaves sueltas, como destinadas a guardar sus secretos.

—Vamos a salir —dijo, agarrándome los brazos por detrás. Me sobresalté, bajé la tapa y di media vuelta—. Necesito tomar el aire. Además... —añadió, con una sonrisa—, hay verbena en la ciudad y me encanta la verbena.

—Yo la odio —gruñí—, y estoy cansada.

—Venga, vamos, no coordinas y casi... —Eructó y sacudió la cabeza—. Casi no puedes ni hablar. También te vendrá bien, vamos a bailar. —Me levantó de la cama, tenía las manos frías y sudorosas. La canción seguía sonando, cada vez más rápido, hasta que noté una punzada en el corazón.

—Tienes razón —dije las sílabas muy despacio y los dientes me rechinaron al llegar a la «n»—. ¿Lo ves? Coordino muy bien. —Perdí el equilibrio y, al apoyar la espalda contra la puerta para no caerme, me clavé el colgador en el omóplato—. Vámonos...

Echamos a andar y agradecí el aire fresco. La oscuridad se arremolinaba alrededor, aunque el cielo seguía iluminado por un azul denso y profundo que recortaba la silueta sin sombra de los árboles contra la noche. De camino hacia el brillo de la ciudad, arranqué una peonía de un seto y para cuando llegamos a la verbena, los pétalos eran ya una plasta. La recorrimos entre niños y gritos, disparos de escopetas de juguete contra patitos de goma y la mirada atenta de gatos Félix y sonrientes demonios de Tasmania. De cuando en cuando, salía una risa a lo Vincent Price de la casa del terror y un brazo esquelético medio roto se alzaba hacia el cielo al ritmo de un *Thriller* en bucle.

—¿Sabes cómo lo llaman? —preguntó Robin y me metió en la boca un trozo de algodón de azúcar de un rosa chillón.

—No quiero —dije, escupiendo—. ¿A qué?

—A esto, a este momento.

—¿Cómo?

—La hora de las brujas. —Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

Reí.

—Qué apropiado.

—¿Qué tal, chicas? ¿Queréis montar en esta? —Nos llegó una voz a través del aire.

Robin se dio la vuelta y miré en su dirección. Entre el puesto de hamburguesas y la caseta de las entradas, había un tipo alto y delgado con tres botellas de cerveza en la mano, que se balanceaba en el intento de mantenerse quieto y se señalaba la entrepierna. Mientras trataba de descifrar lo que ponía en la camiseta —era un eslogan, pero el estampado estaba descolorido y agrietado—, pasaron por delante unos chicos con máscaras de gas que saltaron a la pista y se

montaron en los autos de choque.

—Pasa de él —dije y seguí andando.

Pero ella se quedó mirando hacia atrás, como petrificada.

—Robin —dije furiosa—. Vamos.

Me miró un instante y sonrió, con esa sonrisa que ardía de provocación.

—No —dijo—. Ven conmigo, tengo una idea.

Se frotó las manos al estilo de un malo de dibujos animados en el momento justo en el que Vincent Price rio otra vez. Resoplé, aún llevaba pegado al paladar el dulzón empalagoso del algodón de azúcar.

Se le acercó y yo me quedé rezagada. Volví a fijarme en la camiseta; al darse cuenta, la alisó como si tratara de limpiar una mancha invisible y derramó la cerveza.

—¿Cómo está, señor? —preguntó Robin con voz de niña dulce y coqueta—. ¿Para quién son esas cervezas?

El tipo sonrió con aire arrogante y asomó un diente descascarado.

—Para alguien con edad de beber.

—Estupendo. —Robin tendió la mano hacia las botellas, pero él las levantó en alto con sorna, así que me dijo—: Ya sabes lo que dicen, perro ladrador...

—Lo de siempre. —Le seguí el juego, cruzando los dedos para que no se diera cuenta de que tenía la voz rota por los nervios—. Vámonos.

Bajó la cerveza y chupó una gota que le había caído en la mano.

—Os las podéis quedar, pero me deberéis una.

—Pfff. —Robin entornó los ojos—. No me interesa, gracias.

Comenzó a alejarse iluminada por el brillo dorado de la noria a su espalda. Daba la impresión de que las luces se movían demasiado rápido, tanto que me mareaban y me hicieron cerrar los ojos.

—Era broma —dijo él enseguida—. No te gusta jugar, ¿eh?

—¿Qué dices? Me encantan los juegos. —Cogió dos botellas y me pasó una—. ¿Te apetece montar en la noria?

Los dos nos miramos, no sabíamos a cuál le hablaba.

—Sube tú. —Bebí un trago de cerveza tibia, con la boca de la botella llena de marcas de dedos. Solo de imaginarme ahí arriba tenía náuseas—. Yo necesito descansar un poco.

Lo agarró del brazo.

—Vale, ven conmigo... ¿Cómo te llamas?

—Mike. —Se puso rojo al oírla resoplar—. ¿Qué pasa?

—Nada, en marcha.

Subieron los peldaños de metal a trompicones, con un ruido sordo que me retumbaba en los dientes. Me senté en el último escalón hasta que me echaron de allí y fui a recostarme contra el piano eléctrico, dejando que la atracción siguiera girando y rugiendo sin parar a mi espalda. Cerré los ojos y esperé a perder las ganas de vomitar; entonces, busqué la papelina en los bolsillos, pero no estaba (seguro que me la había quitado Robin).

Cuando volví a mirar, ya estaban arriba. Iban sentados en una cesta amarilla y Robin balanceaba alegremente las piernas, pegadas a las de él. Le estaba diciendo algo y parecía

animada, desplegando todo su encanto. Bajaron agarrados del brazo, hablándose al oído y riendo (la risa de él era chillona, como la de un crío).

Robin me hizo señas para que los siguiera y a mí los celos me dolieron en el pecho, como siempre que alguien que no fuera Alex o Grace tuviera su atención (a veces también me sucedía con ellas, aunque por entonces era incapaz de admitirlo). Había llegado a odiar el conjuro de amarre (ya fuera por superstición o como simple excusa) y la cicatriz que me atravesaba la mano con un brillo mortecino; a veces me tiraba tanto que me despertaba con un dolor penetrante que desaparecía en cuanto abría los ojos. «Por eso quiero que estemos solas, porque somos como una sola persona», pensaba entonces. Ahora, al echar la vista atrás y superado el arrebató de los celos de juventud, supongo que no era más que envidia. En aquel momento, sin embargo, mientras los seguía de una caseta a otra, el corazón me ardía de ira.

—Me marcho —dije tras ver fallar a Mike por tercera vez en el tiralatas. Traté de parecer indiferente, pero me di cuenta de que sonaba a niña enfadada que no puede montarse en los columpios.

Robin dio media vuelta.

—¿Qué?

—Que me voy. No quiero estar de aguantavelas mientras le pones los cuernos a Andy.

Arqueó una ceja.

—Pero si lo odias.

—Aun así... Además, estoy cansada. Me quiero marchar.

—No te vas. Solo necesitas cambiar de aire. De todas formas, primero —dijo, levantando un dedo—: Andy y yo hemos roto.

—¿Y esta vez va en serio?

—Vaya, gracias por ser tan simpática.

—No quería...

Chistó y levantó otro dedo.

—Y segundo —dijo, mirando de reojo hacia atrás y sonriendo zalamera a Mike, que estaba comprando tres disparos más, decidido a conseguirle un peluche—: no pensarás que voy a liarne con este, ¿no?

—Es lo que parece.

—¿Estás loca? ¿Después de lo que ha dicho?

—¿Qué ha dicho?

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal, chicas? —dijo, con voz ronca y nasal—. ¿Queréis montaros en mi polla?

—Ya te dije que pasaras de él —dijo, entornando los ojos—. Tú has querido...

—¿El qué?

—Darle lo que quería. —Me encogí de hombros.

—¿En serio crees que eso es lo que estoy haciendo? —gruñó. Un niño pasó a nuestro lado, la señaló y echó a reír, a cambio, Robin hizo una mueca, se levantó el labio con los dedos y le enseñó las encías de un rojo intenso—. Por Dios, Violet, qué cortita eres —dijo mientras la madre se llevaba al niño.

—Entonces, ¿qué haces...?

—Tú espera. —Me agarró por las muñecas y deslizó el dedo índice bajo mi pulsera—. No te vayas, ¿quieres?

Tenía claro que lo iba a hacer, pero para hacerme la dura observé a Mike tratando de convencer al hombre de la caseta para que le vendiera un peluche.

—De acuerdo —dije, por fin—. Pero si os empezáis a liar, me largo.

Se acercó y me besó en la mejilla.

—Trato hecho, ahora vamos a sacar a ese idiota de aquí antes de que se haga daño. —Se giró hacia él—. ¿Estás haciendo trampa? —dijo, engatusándolo y eligiendo bien cada palabra para conseguir su objetivo—. Hay que saber perder.

Le cogió del brazo y se recostó contra él, dejando caer el pelo sobre sus hombros, en un movimiento que conocía muy bien. Me lo había hecho a mí muchas veces, cuando quería que le diera alguna clase o trataba de convencerme para hacer alguna tontería. Siempre funcionaba, lo mismo que estaba funcionando entonces.

—Vamos a tu casa —propuso.

—¿Por qué? —le respondió él, apartándose un poco.

—Porque no quiero pasar toda la noche rodeada de niños gritones.

Él se detuvo y arqueó una ceja, sin dejar de tambalearse.

—¿Cuántos años tenéis?

—Los suficientes.

Tuve que reír al escuchar esa frase ridícula y sobreactuada, que parecía sacada de una película de serie B. Los dos me miraron al oírme, sorprendidos de que estuviera allí.

—Venga —dije, al darme cuenta de que me había sonrojado—. Vámonos.

Mike me miró con los ojos vidriosos y volvió con Robin.

—De acuerdo —dijo entonces y empezaron los dos a andar por delante, a destiempo y dando traspies cada vez que trataban de acomodar el paso.

Me miré en los bolsillos, por si Robin había guardado algo dentro (nunca llevaba abrigo, a no ser que hiciera muchísimo frío y se pusiera el chaquetón apolillado, así que me metía en los bolsillos todo lo que fuera demasiado pequeño para ir suelto por el bolso o demasiado grande para llevarlo en el sujetador; algunas mañanas, encontraba pedacitos de ella allí metidos, chismes, tesoros manchados de arena y animales de papel. Nunca me los pedía, así que tenía el cajón de la cómoda lleno de esas cosas, como una galería de noches fragmentadas).

Pero aquel día, no encontré nada. Cada paso que dábamos lejos del resplandor de la verbena me deprimía y tenía la sensación de que los ojos se me hundían en el cráneo arrastrados por la oscuridad.

—¿Cuánto queda? —pregunté sin levantar la voz. No me oyeron o no me quisieron responder.

Cuando llegamos al apartamento (en un bloque de hormigón descascarado con escaleras pestilentes y resbaladizas), estaban los dos en su mundo. De vez en cuando, le ponía él la mano sobre los hombros y la bajaba por la espalda. Robin no se apartaba, pero fingía un tropiezo para que él volviera a subir al cuello y yo sentía vergüenza ajena cada vez que el baile se ponía otra vez en marcha.

Abrió una puerta de color verde oscuro con la pintura desconchada y nos invitó a pasar. Se encogió de hombros al ver que no me decidía y acompañó a Robin. Me quedé esperando fuera, contando los segundos, en el esfuerzo de no vomitar. Me sumergí en un sopor en el que el aire me

quemaba la piel con descargas eléctricas y, a cada latido, me erizaba y volvía a relajarme. Viví ese instante de desolación en el que te preguntas por qué todo ha parecido tan tentador y juras (por la vida de amigas no muy apreciadas y de algún pariente lejano, por si las moscas) que nunca volverás a beber, a drogarte ni a hacer nada parecido, y te dejas seducir por la idea de una vida de ascetismo, metida en un convento o en la cárcel.

Robin asomó la cabeza por la puerta.

—Venga —dijo furiosa y me arrastró dentro. Llevaba corrido el lápiz de ojos.

Recuerdo aquel olor nauseabundo a humedad, las paredes pintadas de verde y las encimeras de formica; el sofá de pana marrón, sucio y raído; y los pies pegajosos en el suelo sucio de linóleo. Había un patinete apoyado contra la puerta, bajo una pila de zapatos sucios y de zapatillas viejas, y la luz naranja de las farolas se colaba débilmente por las ventanas de las que colgaban unas persianas amarillentas.

—Qué bonito, ¿verdad? —susurró Robin, mirándome.

—Precioso —le respondí—. ¿Podemos irnos ya?

Eché un vistazo alrededor.

—Mike, ¿tienes algo de beber?

Se tiró al sofá y señaló hacia un frigorífico sobre el que había varias botellas medio vacías y cubiertas de polvo. Robin me dio la mano y empezamos a examinarlas.

—¿Licor de melocotón? —Se giró hacia él—. Joder, ¿es que eres gay?

Mike encendió la tele y una PlayStation, agarró el mando y empezó a jugar, llenando la habitación de luces y música.

—Menudo idiota —me susurró Robin.

—Deberíamos irnos —le respondí enfadada.

—Lo que deberías hacer es relajarte. —Sacó una bolsita con una cara amarilla sonriente, echó el polvo sobre la tabla de cristal de la cocina y empezó a picarlo con golpes rítmicos.

Miré alrededor y vi una botella pringosa de vodka en lo alto de un estante, subí a la encimera para cogerla y me manché las rodillas y las manos de grasa.

—Esto va siendo otra cosa —me dijo cuando se la di. Abrió el tapón y bebió un trago con una sonrisa pícaro; al pasarme la botella, sacudió la cabeza—. ¡*Salut!* —Bebí un trago y el vodka me ardió en las comisuras de los labios; torcí el gesto con los ojos apretados y me recosté contra el fregadero viendo lucecitas. Había echado el cuello tanto para atrás que me crujieron las vértebras.

La minicadena comenzó a sonar sobre los motores y los bocinazos que salían del televisor. Robin subió tanto el volumen que los platos y los cubiertos del fregadero temblaron. Estaba mareada y, aunque me aparté, aquel ritmo seco seguía metiéndose por las uñas. Al final, caí desplomada en el sofá junto a Mike que, de tan absorto en el juego, ni siquiera se dio cuenta.

Robin se sentó al otro lado sin soltar la tabla sobre la que iba dibujando rayas blancas. Le dio a Mike un empujoncito y luego, otro más fuerte hasta que el coche volcó y cambió el mando por la tabla con un gruñido.

—¿Esto qué es?

—Combustible para la fiesta. —Me lanzó una mirada y enseguida volvió con él—. Vamos, ¿te da miedo? —desafió, mientras enrollaba un billete.

Mike agarró el billete y lo enrolló más fuerte. Cuando se echó sobre el cristal, le vi la cara reflejada, parecía una careta de rasgos deformes. Fue asqueroso verlo aspirar por la nariz, como

sorbiendo mocos. Sacudió la cabeza, cerró los ojos y me pasó la tabla, pero Robin la apartó.

—Ella no quiere.

—Vete a la mierda. —Traté de agarrarla—. Dámela.

Puesta de pie, Robin me miró furiosa y la dejó en el suelo, con un golpe que levantó el polvo.

—Escucha, Violet. Tienes que pasar, ¿vale? —Miró hacia Mike—. ¿Qué haces?

No recuerdo qué le respondí, porque ya no me interesaba (mejor dicho, en ningún momento me había interesado lo que pudiera decir él, aunque si hubiera dicho algo medianamente interesante en algún momento, le habría prestado más atención). Cogí el vodka, bebí otro trago y lo moví por la boca a la niña enfadada. Me eché hacia adelante despacio y pensé con rabia: «No puede decirme lo que tengo que hacer».

Cuando me fui a incorporar, Mike me agarró con fuerza por la muñeca y hundió el pulgar entre los huesos.

—Pero ¿qué...?

Traté de liberarme, pero no pude. Por una fracción de segundo, se me clavaron las ramas del suelo, noté unas manos que me agarraban por los hombros y me dolió la clavícula. Volví adonde estaba, me giré hacia él y empecé a soltarle los dedos con la mano que tenía libre. Tenía los ojos inyectados en sangre y las pupilas, contraídas en un punto; tragó saliva, sacudió la cabeza y tosió. Volví a tirar del brazo y me soltó, desplomándose en el sofá con los ojos cerrados.

Miré a Robin un momento y, al volverme hacia él, vi que le corría un hilillo de sangre desde la nariz hacia la barbilla.

Robin estaba con la boca abierta y la lengua le asomaba entre los dientes.

—Robin... ¿Qué has hecho?

Creo que hay momentos en los que una chica decide en quién (o en qué) va a convertirse. Lo mejor (al menos, lo más habitual) es vivirlos en los apasionantes años de la adolescencia.

Las hay que van detrás de los chicos, tocándose el pelo y envueltas en nubes de perfume de grandes almacenes, aprendiendo el arte de la seducción; a otras les gustan los libros y disfrutan de su soledad, y chicas solitarias que no la disfrutan; chicas que comen y chicas que no comen; chicas con pendientes, tatuajes y cicatrices; chicas furiosas que sacan los dientes y se hacen cortes en los brazos; chicas cursis que consagran su vida con absoluta entrega a una *boy band*, y gritan, lloran y viven a cada respiración; chicas que leen el *Vogue* y pasan los sábados admirando ropa que no pueden permitirse con su paga; chicas que anhelan ser madres ante la mirada de unas madres que anhelan su juventud; chicas artistas y chicas científicas; chicas que saldrán de todo eso vivas y chicas, que no.

Y además, están las chicas invisibles, a las que nadie teme y que se camuflan a la vista de todos, detrás de nubes de colores; las que encienden cerillas y derraman ácido de batería sobre la piel. Las que no siguen las reglas.

Agarré a Robin del brazo.

—¿Está...?

—No creo.

—¿Que no lo crees...?

—Espera —Se acercó a él y le puso una mano sobre el pecho. Contuve la respiración y esperamos hasta que vimos que se movía arriba y abajo muy despacio, y se apartó—. Está bien —

dijo, limpiándose la mano en la falda.

—A mí no me lo parece —dije, sin dejar de mirar el sudor que se le estaba acumulando en la frente y la piel, tan blanca como una pared—. ¿Qué era eso?

—No lo sé, lo encontré en casa de Andy —refunfuñó y me miró con una sonrisa—. Ya te dije que no te metieras nada.

—¿En serio te estás riendo? Podría estar...

Me miró con furia.

—Relájate ya, Violet. Estás desvariando.

—¿Que yo desvarío?

Me hizo la burla imitándome con voz chillona y moviendo los dedos en el aire, como si llevara una marioneta. Me dolía la cabeza y me ardía la piel de rabia.

—Robin, déjalo ya... —dije sin convicción (y con un tono muy parecido al de su imitación, para mi exasperación)—. No deberíamos estar aquí. Lo mejor sería llamar a una ambulancia y marcharnos.

—Les parece bien tratarnos como basura —dijo, como siguiendo una frase que no hubiera oído—. Joder, todos hacen lo mismo.

—Él no ha hecho nada.

—¿Estás de broma? ¿Cuánto nos sacará? —Se acercó a mirarlo y señaló las ojeras y las arrugas que se le marcaban en la piel sudorosa—. ¿Diez años? Y no me digas que no lo sabía, porque nos preguntó.

—Y tú le dijiste que eras mayor.

—¿Como si no supiera la verdad! —Puso cara de desesperación—. Podría haber dicho: «Mirad, soy un hombre adulto y voy a portarme con responsabilidad, así que disculpadme pero pongo punto y final a esta situación en la que me he metido yo solito». Vamos, Violet...

—Claro, porque tú siempre asumes la responsabilidad de lo que haces. —Noté una punzada en el estómago, lo había dicho sin pensar, esas palabras nacían del rencor.

Torció el gesto.

—¿Qué has dicho?

El cedé hizo un chasquido y comenzó a sonar una canción exasperante. Oímos pasos y alguien se movió al otro lado de la puerta, nos quedamos las dos paralizadas. Me miró, tenía los tendones del cuello en tensión y temblaron cuando se inclinó a parar la música.

—¿Qué estás dando a entender? ¿De qué no me hago responsable? —preguntó, al cabo de un rato.

Hundí la cabeza, había un arañazo negro en el suelo.

—Da igual.

—¿Qué has querido decir, Violet?

—Nada. —Parecía una cría caprichosa enfrentada a un padre furioso. Se acercó con los puños apretados y cerré los ojos. Entonces, suspiró y la tensión se disolvió, dejando atrás un chisporroteo.

—Venga, Violet —dijo despacio, al tiempo que deslizaba un dedo por la cicatriz blanca de mi mano, hundiendo la uña en la parte más honda—. Dime qué te pasa.

Suspiré, sin mirarla a la cara.

—Cuando estuvimos en casa del decano, encontré algo en el garaje...

No dijo nada, aunque tuve la sensación de que se puso tensa. Seguí hablando.

—Estaba escribiendo un libro sobre... vosotras. Sobre ti, Alex y Grace. Decía que...

No pude seguir. La miré.

—Suéltalo. —Tenía la voz fría y los ojos le brillaban en oro a la luz de las farolas.

—Decía que la matasteis vosotras tres, porque iba a hablarle del círculo.

Cogió aire, en una respiración lenta y pausada que dio la impresión de durar varios minutos. Esperé a que hablara, entre el aullido de una sirena y los graznidos de las gaviotas.

—¿Eso es lo que crees? —dijo sin levantar la voz—. ¿De verdad lo piensas?

No respondí, aunque desee que me dijera que estaba equivocada. Me habría bastado cualquier negativa —una simple risa, hasta una sonrisa— para hacerme dudar de mí misma. Seguimos mirándonos en el ambiente denso y estancado de aquella habitación.

—Caramba. Vaya...

Se echó para atrás y miró hacia la cocina que quedaba a mi espalda. Pasó de largo y enseguida empecé a oír cajones, sin dejar de buscar palabras con las que arreglar las cosas, con las que arreglarnos a nosotras. La forma de mirarme y contener la respiración mientras lo dije me hicieron dudar, incluso me pregunté cómo había llegado a creer tal cosa.

—Robin, lo siento. Yo no...

Dejó de hacer ruido.

—No pasa nada. —Asomó por la puerta. Llevaba un cuchillo con el mango de color negro y la hoja reflejaba la luz de las farolas en plata y oro. Me quedé petrificada y volvió a pasar junto a mí con una sonrisa, tan cerca, que nos rozamos.

A contraluz, vi que se arrodilló sobre Mike y se acomodó en su regazo. Parecía todo ensayado, era como estar presenciando una puesta en escena macabra e irreal. Se giró hacia mí.

—¿De verdad crees que asesinaría a mi mejor amiga?

Aquella palabra se quedó en el aire, pegajosa y embriagadora por su desnudez. «Asesinar», pensé y me di cuenta de que era la primera vez que una de nosotras lo decía sin eufemismos.

—Yo no... —No sabía qué decir.

Miró a Mike y luego, otra vez a mí.

—¿En serio crees que quería que pasara eso? ¿Tan mala amiga te parezco?

—No he dicho que quisieras. No sé lo que pasó y él tampoco. Yo no...

—¿No qué?

—No leí tanto.

No se inmutó.

—¿Cuánto era?

—Un libro entero. Estaba todo, desde las personas que mataron a Margaret hasta...

Cogió aire y trató de recomponerse.

—Tienes razón, no sabes lo que pasó. No sabes nada.

—Entonces, cuéntamelo.

—Si has estado pensando eso todo este tiempo —dijo, limpiando el cuchillo en el muslo—, ¿por qué sigues siendo mi amiga?

Su forma de hablar me recordó a la de una niña pequeña, con una pizca de dolor que me hizo

sentir culpable.

—Robin, yo no quería...

—¿Sigues conmigo porque no te queda otra? ¿Porque crees que voy a decir que estabas allí cuando lo matamos?

—No, no es por eso.

—Porque si quieres irte, no diré nada. Vete, no se lo contaré a nadie.

—No. —Tenía la voz rota—. No es eso. Quiero ser amiga tuya, soy tu amiga.

—¿O es que te gusta todo esto? —Calló un momento—. Puede que quieras que sea cierto, porque así tu miserable vida resulta algo más interesante. —Mientras lo decía, le puso el cuchillo contra el cuello y apretó tan fuerte que le cortó la circulación—. Sí... puede que sea eso —añadió, pensativa—, que estés aquí porque quieres que lo haga.

—Robin, no, por favor... No...

Pero por mucho que me quejase con voz lastimera, una parte de mí sabía que decía la verdad. Quería que lo hiciera y ver qué pasaba luego. Quería verle la garganta por dentro y la sangre saliendo a chorro a golpes rítmicos, como diminutos fuegos artificiales. Quería presenciar aquel espanto con los ojos fuera de las órbitas y luego, sentir la quietud absoluta.

Era irracional y estaba mal, lo sabía, pero me hacía estremecer con un ímpetu (sería la euforia del asesino, pariente lejana de la que pregonan corredores con subidón de endorfinas y enamorados sin desencantar todavía) que no me había abandonado desde que estuvimos en casa del decano. Todo tenía un tacto delicado, los colores eran deslumbrantes y hasta la brisa del mar arrastraba un perfume intenso y dulce a flores. Todas las cosas desprendían una inmensidad espléndida y radiante.

Dicho así parece una locura, lo sé. Soy consciente y me avergüenza reconocerlo, por supuesto. Pero en ese momento en el que todo eran posibilidades, era un deseo que me nacía de las entrañas.

—Robin —dije al cabo del rato—. Vámonos de aquí, por favor.

Se volvió hacia mí.

—Registra el apartamento, a ver si hay algo de valor.

—¿Qué dices?

—Echa un vistazo. Busca debajo del colchón o lo que se te ocurra. Puede que haya dinero escondido en alguna parte.

—¿No querrás...?

—Violet, no seas así y haz lo que te digo. —A media luz, el sudor de la piel le brillaba como si fuera incandescente. Dejé escapar un suspiro teatral y desmesurado, y fui hacia el dormitorio con cara de pocos amigos y agarrándome donde podía para no caer al suelo.

Al encender la luz, me encontré con una escena desoladora. Una habitación cuadrada con la cama sin hacer y un olor agrio y aplastante a sábanas sucias, tres pósteres descoloridos colgados en la pared, dos de mujeres con más o menos ropa y el otro, de un coche a toda velocidad, con unas montañas borrosas de fondo. Sobre la mesita, una pila de revistas porno y una novela negra a medio leer y con el lomo agrietado. Junto a la cama, una lámpara sin bombilla aguardaba abandonada bajo una espada decorativa. Dentro del armario, vi trajes arrugados y de colores apagados, *blazersbaratos* y polos desteñidos. Al fondo, encontré una pila de cintas de vídeo, viejos partidos de fútbol con los nombres de los equipos mal escritos en las etiquetas; un *walkman* con la tapa aplastada y cajas de zapatos llenas de cromos. Lo dejé todo dentro.

Bajo la cama solo había basura, una colección deprimente de cosas perdidas, las posesiones secretas de un chico incapaz de crecer. Aún más porno metido bajo el colchón, fotografías de chicas más pequeñas que yo. Dejé el colchón en su sitio y volví al salón asqueada.

Robin seguía sentada a horcajadas sobre él, con el cuchillo en el cuello y la cara pegada a la suya, casi tocándolo.

—No tiene nada —dije, sentándome a su lado, en el brazo del sofá.

—Sí que tiene —dijo sonriente.

—¿El qué? —Eché un vistazo alrededor y volví con Robin. Era como un imán, tenía el pelo suelto por la espalda, como tinta desparramada.

Comenzó a hundirle la punta del cuchillo en la piel, como si fuera a partirlo. Contuve la respiración, a la expectativa, con un ardor y un cosquilleo en la piel, los huesos ateridos y los músculos, descontrolados. Se echó sobre él y le susurró algo al oído. No me sujetaban las piernas y tenía tantas ganas de tocarlo yo también que los brazos me dolían, como la envidia, indulgente y amarga.

—Esto de aquí, está empalmado —bufó—. Son unos cerdos.

En la calle, las farolas parpadearon una fracción de segundo. Oí pasos y las carcajadas de una mujer al pasar. «Hazlo —pensé, con una decisión que no parecía mía—. Hazlo Robin, te desafío».

—¿Quieres probar? —dijo entonces.

—¿Qué?

—Si crees que soy una asesina y, aun así, quieres ser mi amiga, tal vez deberías probar a derramar sangre tú misma, ¿no crees? —Se apartó, movió los dedos de los pies como si le hubiera dado un calambre y bajó al suelo, sin soltar el cuchillo. Lo limpió con la falda y me lo tendió por la hoja—. Vamos.

—No puedo.

—Claro que sí. Es muy fácil.

Miré el cuchillo a través de un aire cargado de amenaza. «Cógelo —me dije—, cógelo para protegerte».

—¡Esa es mi chica! —dijo, con una sonrisa maliciosa. La empuñadura estaba mojada y era de goma, como de juguete. No era más que un cuchillo de cocina desafilado por el uso, no daba la impresión de poder hacer ningún daño. Señaló con la cabeza a Mike, que seguía respirando pesadamente—. Vamos.

Creo que allí podría haberme negado, le podría haber dicho a Robin que no lo iba a hacer (con decisión y valentía), pero el momento que acabábamos de vivir había sido tan intenso que seguía bulléndome en los huesos, convertido en la punzada mortecina de la duda. «Al fin y al cabo, es un pervertido —me dije—. Nos trajo aquí sabiendo que somos unas niñas». Nada más que unas niñas.

Fui hacia él, con el corazón dándome tumbos. Tuve que agarrarme al brazo del sofá, me dolía la cabeza y tenía los ojos reseco. Me senté a horcajadas encima y hundí la cabeza para observar aquella rigidez ridícula y extraña, esa cosa deprimente, inútil y masculina. Me reí y Robin rio conmigo. Apreté el mango del cuchillo, estaba blando y lo levanté como le había visto hacer a ella. Le puse la hoja contra el cuello, al lado de la nuez y la piel se le volvió blanca justo en ese punto. «Claro que podría hacerlo, es muy fácil», una idea estremecedora, fría y maravillosa.

—Tú puedes. —Era como si me hubiera leído el pensamiento—. Es fácil.

Tenía la cara llena de mocos y de sangre, y unas burbujas de baba en la comisura de los labios. La barba comenzaba a crecerle, todo en puntos negros. Los globos oculares se movían de un lado para otro bajo los párpados, en convulsiones. Apreté algo más el cuchillo y una diminuta gota de sangre recorrió el filo, densa y sin prisa.

Todavía no sé qué me empujaba en aquel momento. ¿Fue el miedo a conocer o el deseo de olvidar? ¿Fueron la fuerza y el ímpetu de mi potencial (del nuestro)? ¿O acaso la sombra de Emily Frost plantada ante nosotras con las cuencas vacías (ella, la amiga perfecta de Robin, la víctima desgraciada y hermosa)?

Sonó el teléfono y me aparté de un salto.

—Mierda —dije y me giré hacia Robin, que estaba doblada de risa.

—Madre mía —dijo, sin parar de reír. Soltó aire entre los dientes con un silbido—. Pensaba que lo ibas a hacer de verdad.

—Es verdad. —Eso me ofendió—. Estaba a punto de...

Se incorporó y me miró de una forma que no logré entender, había algo en sus ojos que era nuevo, un destello que se consumió hasta extinguirse. ¿Era miedo? ¿La había asustado?

—Robin —dije, hecha un manojo de nervios—. Estaba...

Se acercó y me quitó el cuchillo. Los pantalones de Mike enseguida estuvieron manchados de sangre.

—Vamos —dijo y tiró el cuchillo al fregadero.

Dejé el grifo abierto hasta que desapareció en el agua (creí que así se borrarían las huellas, aunque viéndolo respirar, no habíamos cometido ningún crimen; al menos, no de los de verdad). Y entonces, nos marchamos. Cerramos la puerta con cuidado y corrimos escaleras abajo y por las calles vacías. De vuelta, como siempre, hacia la noche.

CAPÍTULO 15

—*Ruinenlust*. —Annabel dio unos golpecitos en el polvo de tiza—. La belleza de las ruinas, la dicha que solo se encuentra en la decadencia.

A Robin le temblaba la mano y no apartaba la vista del lápiz. Lo apretó tanto contra el papel que partió la punta, se estaba conteniendo. Le di un codazo con suavidad, pero no hizo caso; de hecho, creo que ni siquiera era consciente de mi presencia.

Alex también la observaba, sin saber qué le pasaba. Alargando la mano, le quitó el lápiz y siguió mirando a Annabel con una sonrisa. Fuera, el azul del cielo era cegador; me toqué la sien, tenía un dolor insufrible en los oídos.

Cuando salimos del apartamento, fuimos dando una vuelta bajo el parpadeo de las farolas. Me metió otra pastilla en la boca y se pegó a mi cara tirándome de las solapas del abrigo.

«¿Qué haces?», le pregunté, mientras me acercaba los dedos al cuello y metía las uñas en las partes huecas. Me apretó con fuerza la tráquea y no fue más que un instante, una fracción de segundo, pero me pregunté si eso fue lo que sintió Emily en sus últimos momentos: aquella mezcla embriagadora de amor y odio, la felicidad cruel y espantosa de la amistad.

Se acercó muy despacio y yo seguí paralizada. Estaba aturdida, sintiendo cómo me latía el pulso en sus dedos y sin atreverme a apartarme. Entonces, me deslizó los labios agrietados por las mejillas con el aliento húmedo, me soltó y fue tambaleándose hacia el muelle.

—¿Qué tiene la decadencia para provocar una nostalgia tan dulce? ¿Por qué nos sentimos irresistiblemente atraídas por lo que más tememos? —dijo Annabel corriendo bruscamente las persianas.

Me marché en una soledad despiadada y envuelta en el sudor pestilente (el del chico, el de Robin y el mío mezclados en la piel), el ardor ácido de la garganta y las náuseas; pero a mitad de camino, la culpa me hizo dar media vuelta. Cuando llegué al muelle, no quedaba más que agua. Me pregunté si habría saltado o si se habría caído, y me avergoncé al pensar también si no sería un alivio.

—Incluso los ladrillos de estos edificios terminarán destruidos. Puede que sea en el acto, por obra de las fuerzas de la naturaleza o del hombre, por una tormenta, una inundación o una bomba. Pero también puede ser algo gradual, un lento proceso de decadencia que quizá esté en marcha ya. La podredumbre en unas vigas ocultas, el desgaste paulatino del cemento, los suelos de piedra erosionados por las pisadas, las vuestras, las mías y las de todas las que nos han precedido.

Se interrumpió, nos miró a las cuatro y apartó un mechón de pelo de la cara, para dejar ver una piel llena de surcos, como una hoja escarchada. Grace le sonrió, tratando de desviar la atención de Robin, que seguía con la cabeza hundida y la mirada perdida en el papel. Nicky estiró el cuello

con la ceja arqueada y una sonrisa mal dibujada.

—Para mí, el *ruinenlust* es una clase de embrujo. Al caminar por las ruinas, las sombras de los muertos van a nuestro lado haciendo brillar de nuevo el que fue su mundo. Puede que a la vez seamos su imaginación y que tampoco ellos puedan hacer otra cosa que contemplar el carácter efímero y huidizo de estas construcciones, del legado en piedra al que se pretende dotar de permanencia.

»Y ante esa revelación (la de la ruina, la entropía y la decadencia sin fin), solo cabe preguntarse: ¿qué permanece?

Se sentó despacio al borde de la mesa.

—Creo que quien mejor lo expone es Diderot, cuando dice: «Todo se disuelve, todo perece, todo pasa. Solo el mundo permanece, solo el tiempo sigue adelante».

Todas la mirábamos paralizadas, conteniendo el aliento y expectantes. Levantó un momento la mirada y parpadeó, como si recordara algo.

—Eso es todo, señoritas. Tenéis que entregar el trabajo la semana que viene.

Se levantó de la mesa y miró hacia el campanil por debajo de las persianas. Entonces, se marchó y la clase fue volviendo poco a poco a la vida. Nicky miró de nuevo hacia Robin, luego me miró a mí.

—¿Está bien? —dijo, moviendo los labios exageradamente. Si aún alguien no se había fijado en Robin, la miró entonces con extrañeza.

—Está bien —respondió Alex cortante.

—¿Seguro? —Nicky se nos acercó, poniendo cara de preocupación—. ¿No habría que llevarla a la enfermería? Tiene muy mal aspecto.

Robin se giró hacia ella con los ojos rojos y abiertos como platos.

—¿Sabes qué? Tu hermano es un pedazo de mierda...

—Robin, para ya. —Alex intervino con fuerza y un tono tan tajante que la acobardó, así que sonrió a Nicky amablemente y hundió la cara en las manos.

—Oye, Nicky —dije yo, tratando de ayudar—. ¿Podemos hablar?

Sonrió.

—Claro, ¿ahora mismo?

Asentí y salimos al pasillo, entre miradas suspicaces. No tenía ni idea de lo que iba a decirle, solo quería distraerla y que no siguiera examinando a Robin de aquella manera.

—¿Qué pasa? —me dijo con dulzura—. Pareces cansada.

—Estoy bien. Solo quiero preguntarte una cosa. ¿Qué había que leer hoy para literatura? No lo apunté.

Me miró perpleja y me empezaron a arder las mejillas. Las dos sabíamos que estaba mintiendo.

—¿No me lo podías haber preguntado en clase? —decidió decir.

—Ya sabes cómo son —respondí, encogiéndome de hombros.

—Esto... —Entornó los ojos—. Vale, como quieras. Kafka, el cuento del bicho.

Cuando ya se marchaba, se quedó parada un instante, como si fuera a decir algo. Crucé los dedos para que no me hiciera ninguna pregunta que me obligara a pensar. Pero solo me miró y terminó alejándose por el pasillo.

De vuelta en el taller, encontré a Grace y a Alex junto a Robin, hablando entre ellas al oído.

—¿Qué le pasa a esta? —me preguntó Alex en cuanto cerré la puerta.

—Tiene resaca —respondí sin convicción, no iba a creérselo nadie—. Fuimos a la verbena y...

Alex me miró impasible.

—Esto no tiene pinta de resaca.

—Una resaca malísima...

Suspiró.

—Estamos preocupadas.

Robin se incorporó despacio con una sonrisa en la cara.

—Estamos preocupadas —repitió inexpresiva—. Qué considerado de tu parte, Alex. Muchísimas gracias. —Se levantó agarrada a la mesa para no caer y guardó los apuntes en la mochila—. Vamos, Vivi.

La miré sin saber qué hacer. Tenía la mirada fría y crispada, con un brillo oscuro. Aún le temblaban las manos, una sacudida violenta y descarnada. Se dio cuenta de cómo la miraba y escondió las manos en las mangas, dejando asomar solo las puntas de los dedos.

—¿Creéis...? —empezó a decir Grace y Alex asintió para que continuara—. ¿Deberíamos pedir otra vez ayuda?

Robin la miró boquiabierta. Estábamos las cuatro inmóviles, atrapadas como figuras de piedra immortalizadas en el momento justo de la desesperación, en el instante de mayor dolor. Me miró para pedirme apoyo y cerré los ojos en busca de alguna palabra, una manera de decirle que la quería con locura, pero que las otras tenían razón. Tenía sombras negras bajo los ojos, sudor estancado en los huecos de las clavículas y se le marcaba la respiración en los tendones de la garganta. Era su decadencia. El peligro de que hiciera o dijera algo que nos delatara a todas era demasiado grande.

También vi aquella expresión vacía en mi propio rostro reflejado en sus ojos, con lo que aparté la mirada rápidamente y me pregunté si aplacar su dolor no calmaría también el mío.

Al menos, así me justifiqué entonces. Hoy creo que una parte de mí (una de la que me avergüenzo, un rincón sucio y podrido de mi ser) decidió que, aunque jamás me apartaría de ella por mí misma, podría escapar del horror nacido de aquella amistad si algo la hacía irse.

—Yo no... —dije por fin, casi sin voz. Tenía la piel de gallina y tiritaba, y la mirada le ardía—. No sé qué decir. ¿Y si tienen razón?

Se echó para atrás, como si aquellas palabras fueran una presencia y hundió la cabeza. Miré a Alex y a Grace, pero no podían ayudarme. Robin subía y bajaba los hombros a cada respiración y, al fin, me miró. Estaba furiosa.

—No puedo creer que hayas dicho eso. Eres escoria.

—No digo que...

—¿Sabéis qué estuvo a punto de hacer anoche? —Me señaló con un dedo tembloroso, ante la mirada atónita de las otras dos—. Por supuesto, claro.

Sacudí la cabeza. Estaba al borde de las lágrimas, una punzada me quemó en el pecho.

—Robin, no.

—Cree que asesinamos a Emily.

Cogió aire.

—¿Qué? —dejó escapar Alex en un susurro.

—Cree que la matamos y... —Rio, en una carcajada animal y despiadada—. Y además, le gusta tanto la idea, que anoche estuvo a punto de matar a un tío solo para demostrar que es como nosotras.

—No, yo... —tartamudeé; estaba perdida en una espiral fuera de mi control.

—Pero ¿por qué...? —trató de decir Alex.

—No lo entendéis. Yo no hice...

—No mientas, Violet —dijo una Robin furiosa—. Das pena.

La miré aturdida.

—No miento. Es que...

—Sí que mientes. —Se acercó, le olía el aliento fuerte a amoníaco. El corte de la mano empezó a sangrar, me estaba clavando las uñas—. Eres una mentirosa. Una mentirosa de mierda, me das asco y...

—Robin, ya basta. —Grace le puso una mano sobre el hombro y Robin la apartó bruscamente dando media vuelta.

—Y tú... —Robin se limpió la mano en la camisa, dejando una mancha de sangre sobre el blanco—. Te portas como un angelito, una niñita buena porque tu papá es...

Oí el ruido de los cristales rotos, pero tardé en comprender qué había pasado. El movimiento fue tan rápido que me pregunté si lo había hecho movida solo por la rabia. Robin se giro y miró hacia la ventana. Alex tenía la mano levantada y temblaba.

Nos quedamos las cuatro calladas, desgarradas por el odio. Aterradas, comprendimos que nos habíamos convertido en unas criaturas cruentas, voraces y de dientes afilados, que éramos las furias.

Nos dimos la vuelta al oír la puerta y vimos a Annabel mirando impasible. Suspiró.

—Chicas —dijo fríamente—, marchaos a casa.

Miré a Alex y a Grace, pensando que dirían algo (que se disculparían o buscarían una excusa), pero siguieron mirando el suelo. Alex tenía los puños apretados.

—Marchaos las cuatro —dijo Annabel al rato—. Id a casa y dormid. Os doy permiso.

Me senté al pie de las escaleras. Desde la salita de estar sonaba a todo volumen un anuncio para niños. Mi madre estaría pensando que a Anna le habría gustado lo que vendían. Lo habría sujetado con avidez, a la defensiva, escondiéndolo entre sus diminutos brazos para que no lo viera nadie, como si con solo mirarlo lo estuviéramos robando.

El teléfono seguía en el cajón. Lo saqué y me lo puse en las rodillas. Marqué el número de Robin y jugueteé con el papel pintado mientras sonaban los timbres, uno y otro, a un ritmo casi hipnótico. Apoyé la cabeza contra la pared con los ojos cerrados. «El teléfono al que llama no está disponible en este momento», me dijo una voz entrecortada al rato. Pulsé la tecla de rellamada y volví a esperar. «El teléfono al que llama no está disponible en este momento».

Llamé una vez más y sonó de nuevo: cuatro y luego cinco tonos. Y entonces, un chasquido sordo y silencio. El frío zumbido del tono de línea. Marqué otra vez, esa vez pulsando los números con cuidado y diciéndolos en voz baja al tocar cada tecla. No sonó. Solo sonó un pitido. Alguien había colgado al otro lado. Tragué saliva, me dolía la garganta y tenía la mandíbula aterida. El teléfono de Robin tenía identificación de llamadas.

Mamá se movió en la salita y me puse en pie pesadamente. No me apetecía hablar con ella. En ese momento, no. Cogí el teléfono y subí con él por las escaleras hasta donde me lo permitió el cable. «Me llamará», pensé, así que me tumbé en la cama y dejé una rendija abierta para oír sonar el teléfono. «Llamará pronto. Tiene que llamar».

Sin embargo el teléfono no sonó.

Al día siguiente, preparé un té aguado en un vaso sucio y lo bebí en la cama, sentada entre un montón de libros con dibujos coloridos que no conseguía enfocar, todo verdes y azules exuberantes, cuerpos desnudos, gordos y dichosos. Apenas recordaba el tema del trabajo, solo que había sacado esos libros de la biblioteca hacía semanas, para «investigar».

Salté de la cama en cuanto sonó el teléfono y me lancé hacia las escaleras.

—¿Dígame? —dije sin aliento.

—Buenos días. ¿La señorita Violet Taylor? —dijo una voz jovial.

—Sí. —El corazón se me paró un momento y volvió a recuperar el ritmo con un golpe sordo. No sabía quién era, pero no era ella. Ni las otras.

—Soy Daniel Mitchell, del *Evening News* —dijo—. ¿Podríamos hablar unos minutos?

Me quedé paralizada.

—¿Sobre qué?

—Estudia en Elm Hollow, ¿verdad?

—Sí —respondí, tratando de calmar la voz.

—Fantástico, es un colegio estupendo, ¿no es verdad?

No dije nada, así que siguió hablando.

—Me han informado de que el señor Holmsworth, el decano estudiantil recientemente fallecido, le daba clases particulares.

Torcí el gesto. ¿Quién le había hablado de mí? ¿Por qué?

—¿Podría hacerle unas preguntas? Si no es un mal momento, por supuesto.

Podría haber sido cualquiera. Tal vez una amiga de Nicky que mencionara mi nombre para hacerse notar, llevada por la emoción del momento; o podría haberlo oído en una conversación perdida y tan al vuelo que todos lo habrían pasado por alto, con la atención puesta en otra parte.

Claro que también podría haber sido una de ellas, quizá Alex tratando de desviar la atención hacia mí. «¿Para qué? —me pregunté hecha un manojo de nervios—. ¿De qué le serviría?».

—¿Señorita Taylor? —repitió la voz y me arrancó de mis divagaciones.

—¿Qué quiere saber?

—Bueno —dijo, aclarándose la garganta—. Me preguntaba si observó algún comportamiento extraño los días antes de su muerte. Cualquier cosa que se le ocurra.

—No lo sé...

—Tenía una relación muy estrecha con él, ¿no es cierto?

—¿Cómo dice?

—Bueno, debía... Sí, debían de tener una muy buena relación para que la llevara a casa en coche. Debía de confiar en él, lo mismo que al contrario —añadió, manteniendo un tono alegre, a pesar de lo que daba a entender con sus palabras.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Lo siento, pero eso no se lo puedo decir. Como imaginará, no puedo revelar mis fuentes.

Recordé la reacción de Alex cuando Robin le contó lo de las clases, el reproche y la amenaza velada. ¿Quién más lo sabría? ¿Quién podría haber sido?

—Miente —dije fríamente.

—¿De verdad? —La pregunta era retórica, una reflexión hecha en voz alta—. Verá, no importa que lo hiciera... No importa si le acercó a casa ni va a meterse en ningún lío. Lo único que trato de averiguar es si los demás profesores... Si deberían haber estado al tanto.

—¿Al tanto de qué?

—De que podrían haber tenido... —Chasqueó la lengua para pensar—. Si podrían haber tenido un depredador en el colegio.

Me pregunté si aquella forma de hablar (construida con frases entrecortadas y repeticiones) era inconsciente o una extraña técnica periodística para conseguir respuestas.

—Sé que ha pasado por una mala racha, señorita Taylor —siguió diciendo, para llenar el silencio—. Seguramente seguirá afectada por la muerte de su padre... Tuvo un accidente, ¿no? —Todo empezó a dar vueltas y me agarré a la barandilla para no caer desplomada—. Y la de su hermana pequeña... Es terrible. La verdad es que no puedo ni imaginar qué se siente al haber estado a punto de morir. Pero Violet... ¿Te puedo llamar Violet?

—No.

—De acuerdo, señorita Taylor. No pasa nada por tener miedo. Cualquiera en su lugar...

—Yo no tengo miedo —dije con rotundidad.

—¿Cómo dice?

—Que no tengo miedo. No me da miedo. —Me detuve, creando entonces mi propia pausa dramática (me pregunté si esa inflexión tan impostada sería efectiva)—. Me dan miedo otras personas, por supuesto. —Hacía como si tratara de contenerme, pero no pudiera dejar de hablar—. Pero nunca le tuve miedo a él. Quien le haya contado lo que cree saber le ha mentado. Si fuera usted, iría a hablar con esa persona.

Colgué el teléfono de un golpe, me temblaban las manos. «¿Qué acaba de suceder? —me pregunté horrorizada—. ¿Qué están haciendo?».

Al asomarme al salón de Robin, me saludó mi reflejo en el cristal. Lancé un puñado de gravilla contra su ventana, como ella había hecho tantas veces. Después de aquella conversación, la había llamado sin parar, pero nunca contestó, lo mismo que Grace y Alex. Presa del pánico, mis pensamientos vagaban de una a otra como las olas se azotan contra los muelles; el miedo trataba de abrirse paso con furia, pero lo ahuyentaba con la fuerza de la voluntad, la ansiedad y el mantra «no dirán nada, no dirán nada, no dirán nada...».

Pero la voluntad no bastó, así que al final bajé las escaleras a trompicones, me eché la mochila a la espalda y salí a la calle. Me temblaban las rodillas y tenía calambres a cada paso. Era media tarde y la cafetería estaba prácticamente vacía. Dina leía un libro detrás de la barra.

—¿Las has visto? —pregunté, sin aliento.

Me lanzó una mirada fría y sacudió la cabeza.

—No han aparecido en toda la semana. —Se encogió de hombros—. Por mí, como si no vuelven.

Fui por el muelle mientras la noche comenzaba a adueñarse del ambiente, densa y enmohecida.

Alrededor de la sirena había un grupo de chicas que parecían inmensamente más jóvenes que nosotras (aunque en realidad no podrían separarnos muchos años, me sentía mayor, desgastada por la experiencia, consumida y rota). La casa de Alex estaba cerrada y las luces, apagadas; llamé al timbre pero no contestaron. Desde la calle, la de Grace también parecía vacía, aunque no me atreví a llamar.

El último sitio al que acudí fue a casa de Robin.

—¿Qué quieres? —dijo una voz mientras se abría la puerta principal—. Deberías haber llamado al timbre.

Había visto a la madre de Robin en fotografías. Era sencilla como quería que fuera mi madre y daba la impresión de dar abrazos suaves y reconfortantes. Me miró de arriba abajo como si le repugnara y de pronto sentí vergüenza, me vi devorada por el cansancio.

—¿Señora Adams? —dije, con una sonrisa de disculpa—. Lo siento, creía que no había nadie en casa.

Me miró sin decir nada.

—Estoy buscando a Robin. —Cada vez hablaba más rápido, como solía pasarme con los adultos (en mi antiguo instituto siempre me corregían, pero en Elm Hollow no le importaba a nadie; seguramente los profesores tenían ideas más nobles en la cabeza y dejaban asuntos como aquel en manos de los profesores de institutos públicos, que habían dejado morir sus ambiciones tiempo atrás).

—¿Quién eres? —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho; un botón de la camisa estaba a punto de saltar por los aires.

—Violet Taylor. Encantada de conocerla... —respondí, angustiada.

—Vaya, así que tú eres la famosa Violet.

Asentí, con una chispa de orgullo calentándome el pecho.

—Sí, señora.

—Lo lamento, Violet —dijo, regresando hacia la puerta—. Robin no está en casa y te agradecería que no volvieras a llamar.

—¿Por qué?

—No quiero verte por aquí ni que te acerques a mi hija. —Cerró de un portazo y el cristal de la puerta se sacudió del golpe.

Empecé a aporrear.

—¿Señora Adams! —gritaba con la voz rota—. ¿Robin?

La puerta se abrió de pronto y me eché para atrás del susto. La señora Adams asomaba victoriosa por detrás de un hombre que me observaba con la misma mirada que tenía Robin.

—¿Quién es usted? —dije con hostilidad.

Se echó a reír, con la risa burlona de mi amiga.

—Márchate, Violet.

—¿Quién es usted? —Poco a poco lo iba comprendiendo, desolada—. ¿Dónde está Robin?

—Soy su padre —respondió con una voz apagada y condescendiente.

Recordé nuestra primera conversación y aquel primer acercamiento, cuando me dijo que su padre también estaba muerto y me disculpé por haber hablado de eso. Era imposible...

—¿Su padrastro?

Arqueó una ceja y disfruté al observar su sorpresa.

—No, su padre. Y ahora, si nos disculpas, deberías marcharte.

Cerró otra vez la puerta y yo volví a golpearla con fuerza, hasta que me avergoncé de mí misma. Di media vuelta y atravesé el césped, aplastando los delicados bancos de flores. Al llegar a la calle, miré hacia las ventanas y vi un móvil de pajaritas de papel de mil colores colgado de la de Robin. Ahí estaban todas nuestras notas, suspendidas de hilos invisibles.

—¡Robin! —grité con tanta fuerza que me dolió la garganta.

Las cortinas de la primera planta se movieron y la sombra de la señora Adams se deslizó al otro lado de la puerta.

—¿De qué va esto? —dijo una voz a mi espalda.

—Madre mía, Nicky. ¿Qué haces? ¿Me estás siguiendo?

Resopló.

—¿Qué dices? Ya sé que eres superinteresante, pero, no. Mi novio vive aquí al lado. —Señaló hacia unas casitas adosadas al final de una cuesta, con vistas a la ciudad—. Y ahora dime, ¿qué has hecho para cabrearla? —Estaba resuelta a averiguarlo.

—No tengo ni idea —dije, echando a andar.

—Me habían dicho que su madre es muy simpática, no como ella —añadió, con un disparo certero.

—Sí, eso parece.

—Es maestra. Trabajaba en mi colegio de primaria, aunque a mí no me dio clase. A Johanna sí, y siempre decía que...

Dejé de escuchar. «¿Qué había sucedido? —pensé, devorada por la rabia—. Si no estaba en casa, ¿dónde estaba?». Trataba de reconstruir lo que había pasado, apilando las ideas una sobre otra en total confusión y mientras, Nicky seguía hablando sin parar al lado. «Puede que la hayan ingresado otra vez», pensé, pero lo descarté enseguida; recordé entonces cómo nos miraron Alex y Grace cuando Robin les contó lo que habíamos hecho. Lo que había hecho yo. «No se lo contarían a nadie», no podía calmarme. «¿O sí?».

—Ánimate, Violet, será muy divertido.

Traté de quitármela de encima.

—Odio a esos tíos.

—¿De quién hablas? —Se enderezó al pasar por delante de un escaparate y sacudió la melena, aunque dos mechones se le quedaron pegados a los hombros por el sudor.

Un coche pitó al pasar; Nicky se sujetó la falda contra las piernas y sonrió, en una torpe imitación de Marilyn Monroe.

—De todos, son un asco.

Me miró entornando los ojos.

—Si te gustan las chicas, puedes decirlo.

—No me gustan las chicas.

—Vale vale... —dijo con una sonrisa—. Yo no creo que sean un asco, solo son chicos. Pero la fiesta va a estar genial y va a ir todo el mundo. —Se detuvo—. Bueno, casi todo.

Suspiré. Me estaba tentando y a punto de decir algo que yo quería saber. No quería darle esa satisfacción, pero aun así...

—¿A qué te refieres? —Se lo concedí.

Se encogió de hombros.

—Puede que tú sepas más que yo. Después de todo, son tus amigas.

—¿Qué?

—Verás, Verity Farron vio a la policía en casa de Alex ayer por la mañana y desde entonces, ni ella ni Grace han aparecido por clase.

Me pareció que el mundo se detuvo y que la calle se abrió bajo mis pies con una sacudida que me hizo marear.

—¿Qué dices?

—Sí, es muy raro. —Se detuvo—. Pero bueno, ¿vas a venir o no?

—¿Adónde?

Me dio un golpecito en el hombro, con el puño.

—A la fiesta... —Entornó los ojos—. ¿Adónde va a ser? Violet, estás en las nubes.

—Creo que no. No tengo ganas.

—Eres una aguafiestas.

—Lo que tú quieras. —Señalé hacia la calle por la que acabábamos de pasar—. ¿Tu novio no vivía allí detrás?

—Solo te estaba acompañando un poco —dijo con una sonrisa—. Pero sé pillar una indirecta. Nos vemos, Vivi. —Se acercó y me besó la mejilla con cariño. No me moví, no podía moverme. «Violet», pensé con frialdad. «Solo Robin me llama Vivi».

Esa noche marqué su número tres veces, pero nadie contestó. Tampoco a la cuarta y, a la quinta, ya no sonó. Imaginé a la señora Adams desconectando el teléfono, tirando del cable con los dedos gordos y la piel blanca y agrietada por la lejía.

—Zorra —dije mirando al auricular y repetí—: Grandísima zorra.

Era consciente de que mis llamadas y aquel acoso infantil solo servirían para empeorar las cosas. ¿Habría llamado a la policía? ¿No habrían ido ya las tres para contar lo que habíamos hecho? Seguro que se habían puesto de acuerdo para decir lo mismo y llevarme a mí la contraria, para cargarme a mí, y solo a mí, el asesinato.

Me senté en el suelo y me pellizqué la tripa, echando de menos lo bien que me sentía cuando era otra, infantil, suave y rechoncha como un cachorro. Ya no me reconocía. Las rodillas redondas se habían hecho huesudas, tenía los pies y las manos escuálidos, y la piel me marcaba los latidos y todos los movimientos de huesos y músculos. No sabía cómo me había llegado a convertir en aquella persona. Fue fácil dejarse llevar, absorta siempre en las chicas y en el deseo de ser como ellas, saltándome comidas, bebiendo a morro y olvidando momentos vividos.

Y al final, no había servido de nada. Me había entregado en carne y hueso, hasta que no quedó nada de mí. Y lo único que podía hacer era esperar.

Bajé las escaleras, preparé una taza de té (con leche agria y una bolsita seca) y me senté en el sofá con mi madre, que me miró de reojo angustiada, temerosa de que volviera a decir algo para hacerle daño. Cogí el mando y empecé a cambiar de canal, solo quería distraerme y dejar de pensar. La habitación apestaba a aliento agrio y comida podrida; sobre la mesa, había una fuente volcada y unas patatas fritas con mayonesa traslúcidas, pegajosas y en descomposición. Me mordí el labio y saqué la sangre que dejó un rastro ácido en la garganta.

Mamá movió la mano muy despacio, me agarró el pie y por un momento me dieron ganas de contárselo, de confesarle todo para hacer borrón y cuenta nueva. Me apeteció hundir la cabeza en sus hombros huesudos y que me acariciara el pelo, que me abrazara como antes y oírle decir que era un cielo. Su cielo.

«Pero ya es tarde —pensé, sin dejar de apretar botones hasta que me quedó la marca en el pulgar—. No podría hacer nada, aunque quisiera». La pantalla comenzó a llenarse de los brillantes colores de los dibujos infantiles de la mañana y el parloteo sin sentido de sus personajes. Me tragué las lágrimas, me sentía irremediable y terriblemente adulta. Me incorporé, le lancé el mando de la tele, subí a la planta de arriba y cerré la puerta de mi habitación de un portazo.

Llamé a la puerta del taller con cuidado.

—¿Quién es? —dijo Annabel algo irritada. Asomé la cabeza por la rendija y me invitó a pasar con su sonrisa fría de siempre—. Hola, Violet —me saludó, al verme de pie junto a la mesa.

Empecé a jugar con el dobladillo de la falda. No contaba con que estuviera allí, así no sabía qué decir. Dejó la pluma muy despacio y me miró.

—¿Te puedo ayudar?

—Esto... —Estaba angustiada—. ¿Ha visto a mis amigas? ¿Sabe dónde están?

Esbozó una sonrisa, mezclando la lástima con lo que debía de ser enfado.

—No soy tu asistente personal, Violet —dijo, aunque sin malicia. No sabía si le habrían contado algo.

—Claro, lo siento. Pero es que no están en casa ni responden al teléfono. No sé qué más...

Levantó una mano y no terminé la frase. El corazón me latía con fuerza y me ardía la cara.

—Violet, no puedo contarte nada que no quieran decirte ellas.

«Sabe algo».

—Pero...

—Violet —repitió y cada vez decía mi nombre más despacio, como separando cada letra—. No te portes como una niña. Eres una mujer, no esperaba esto de ti.

Me miré las manos, la laca negra descascarada en las uñas y la piel reseca por el mar. Al levantar la vista, ya había vuelto al trabajo y me marché de allí con los ojos empañados en lágrimas.

El pasillo estaba lleno de gente apretujada, sudor, ropa empapada de cerveza y peste a tabaco. Diferentes ritmos golpeaban desacompañados como latidos y de una habitación al fondo, salía una luz estroboscópica que rebotaba en las bolas de espejo que habían colgado del techo con chinchetas.

—¿Violet? —Unos dedos con la manicura perfecta, en rosa y plata, me agarraron del brazo y Nicky me apretó en un abrazo esquelético y anguloso, con un grito—: ¡Has venido!

Sonreí y me solté.

—¿Cómo iba a negarme?

A su espalda, un chico corpulento y bronceado con insignias de rugby nos señalaba mientras le decía algo al oído a un amigo más alto y con dientes de conejo. Nos estaban desnudando. Les lancé una mirada dura y fría, y rompieron a reír. Ardí de rabia, tan fuerte que me dolieron las

costillas.

—Que os follen —les dije con los labios y ellos rieron todavía más.

—¿Has visto a Robin? —dije cuando Nicky echó a andar. Su olor a perfume metálico y cobrizo se me pegó a los labios.

—¿A que esta fiesta es una pasada? —respondió, como si no lo hubiera oído. Quizá no me oyó; la música y las voces sonaban tan alto que no podía ni pensar—. Qué ganas tengo de vivir sola.

—En un sitio así, no vivirías sola, precisamente. —Una chica en pijama iba dando tumbos por el pasillo, agarrada a una taza humeante y esquivando a unos chicos a punto de enzarzarse en una pelea.

—¿Qué?

—Nada. ¿Has visto a...?

—Joder, qué modorra. Y qué subidón. ¿Se puede estar amodorrada y de subidón al mismo tiempo? ¿Tú qué crees?

—Seguramente —Le quité un trozo de cordel que llevaba pegado al hombro por el sudor—. Oye, Nicky...

—¿Sí? —Me miró con los ojos más abiertos y más negros de lo normal. Todavía recordaba más a una muñeca.

—Da igual.

—¿Estás buscando a Robin?

—Sí, ¿la has visto?

—No, creía que vendrías con ella. Nunca aceptas mis invitaciones.

—Nicky...

—No pasa nada, lo entiendo.

Suspiré y forcé una sonrisa. Me dolió la mandíbula por el esfuerzo.

—Estoy aquí porque me has invitado. Te lo prometo. —Nicky intentaba mantenerse quieta y derecha—. He venido para verte, solo me preguntaba si ella también estaría por aquí.

—Estará con Andy. —Entornó los ojos—. Qué asco de tío, no sé qué le ve.

—Ni idea...

—Pensaba lo mismo cuando estaba con Emily. Los blancos con rastas son...

—Espera, ¿qué has dicho?

—¿Qué pasa?

—Has mencionado a Emily Frost.

La miré. Abrió todavía más los ojos y también la boca, en una «o» diminuta y perfecta.

—¿No lo sabías?

—¿El qué?

—Estaba saliendo con Emily cuando murió. Solo llevaban juntos una semana, pero aun así... Cuando desapareció, empezó con Robin. —Se mordió el labio—. La versión oficial es que los unió el dolor, pero... Bueno, para mí que Robin se portó como una golfa.

La miré.

—¿Solo ella?

—No, claro. A mí no me gana nadie a feminista, él también se portó mal, pero fue muy

extraño, ¿sabes? Me dijeron... —No terminó la frase para mirar alrededor, con una mirada nerviosa que casi me hizo reír—. Me dijeron que llevaba meses coladita por él, desde antes que empezara a salir con Emily.

Toqué una costra negra que llevaba en el codo y la levanté. Me dieron ganas de meter los dedos en la herida y abrirla aún más.

—Qué raro —opté por decir.

—Muy raro. —Se tambaleó un poco.

El chico corpulento la agarró por la cintura y tiró de ella. Nicky chilló, rio y dejó que la arrastrara a otra habitación, despidiéndose con la mano mientras desaparecería dentro. El otro me estaba mirando con desdén (seguramente, sería su forma de seducción o de hacerse el interesante), pero yo seguí por el pasillo hacia las luces.

Después del calor agobiante del pasillo, en la habitación de Andy hacía frío. Las ventanas estaban abiertas de par en par y se sacudían con el viento. El humo se movía pesadamente sobre universitarios echados sobre la cama plegable y tirados en sillas, pufs y mantas tendidas en el suelo. El aire apestaba a chico joven, tabaco y sudor acre, a humedad y a ropa sucia. Busqué a Robin, pero en la habitación solo había dos chicas con el pelo de color rosa brillante, absortas en una apasionada conversación privada.

Me senté yo también y Andy me miró, dejando una frase a medias, estaba nervioso. Quería que se fijara en mí y me dijera dónde estaba Robin. Miré a un chico y fruncí los labios, imitando a la Emily que había visto en las fotos de casa de Robin y que nunca miraba directamente a la cámara (aunque una siempre sabía que la estaban observando, que había una presencia rotunda y decidida al otro lado del objetivo).

—Cuando pierdes a un amigo como me ha pasado a mí, y más si es de manera trágica e inesperada —siguió diciendo Andy antes de beber de una lata; la nuez le subía y bajaba a cada trago—, te das cuenta de lo que es estar vivo y cuáles son las cosas importantes de verdad.

A mi lado, un chico me dio un golpecito con el codo y sonrió.

—Habla de follar —dijo, mojándose los labios. Lo observé inmutable hasta que se le borró la sonrisa—. Zorra —añadió y se levantó del suelo. Me pasó rozando al marcharse.

Andy continuó sin inmutarse.

—No digo que antes no pensara en estas cosas, ya sabéis que siempre he sido muy profundo... Pero ver a un chico así, a un buen tío, morir en la flor de la vida... Es una mierda, joder. Una mierda.

Parte de la congregación asintió con solemnidad y el resto continuó con la mirada perdida en las luces que bailaban ante sus ojos. Un chico con la capucha puesta y la cara al rojo vivo levantó una botella de no sé qué licor tropical.

—Por Tom —balbuceó y todos levantaron los vasos con él. El único que no brindó fue Andy, que me miraba con la mandíbula colgando. Yo también lo miré, el pulso se me había acelerado al oír aquel nombre.

El suelo tembló para anunciar la entrada del equipo de rugby como un vendaval. Nicky iba subida a hombros, dando gritos y palmas con otra chica que perdió el zapato que le quedaba; se tambaleó y en el último momento consiguió agarrarse a una tira de luces que había pegada con chinchetas a la pared. Con la tira, arrancó el cable y la habitación se quedó a oscuras.

—Eh, gilipollas. —Un jugador me pasó por encima para acercarse a Andy—. ¿Tienes hierba? Andy lo miró impasible y en silencio entre las sombras.

—Fuera de mi habitación —se limitó a decir.

—Cuando nos pases algo —le respondió con una sonrisa.

Al acostumbrarme a la oscuridad, me di cuenta de que le faltaba un diente. El labio de abajo era carnoso y el de arriba casi le tocaba la nariz, como un hocico; tenía unos ojos diminutos y rojos, que parecían agujeritos en la piel mojada. Uno de esos chicos de aspecto simiesco que en el intento de compensar su aspecto repugnante se convierten en «personalidades». Y lo cierto era que funcionaba. Se mojó los labios y sonrió a una chica que le devolvió una risita histérica.

—Sal de mi habitación ahora mismo —repitió Andy. La tensión se empezó a acumular en el ambiente y la gente, a ponerse en pie, presintiendo lo que iba a llegar.

Nicky me agarró del hombro desde las alturas.

—Vámonos de aquí.

La miré.

—No, estoy bien —le dije expectante, con un escalofrío y me soltó cuando se la llevó el chico que la llevaba en hombros.

El deportista le dio un puñetazo redondo y contundente a Andy, que se abalanzó sobre él y le mordió el brazo. Me entró la risa. Mientras los dos gritaban y rugían, todo el mundo empezó a salir de la habitación a la estampida, haciendo temblar las paredes.

Me aparté y me dediqué a observar la pelea desde una esquina. La forma en que se embestían era extraña y triste, todo carne y músculo, como bestias. «Al menos, cuando las chicas nos hacemos daño, lo hacemos con cerebro», pensé con amargura.

Como era inevitable, ganó el grandullón por pura fuerza, aunque he de reconocer que Andy se defendió con uñas y dientes. Al terminar, el otro se acercó a su mesita resollando como un oso, vació los cajones y cuando encontró lo que quería, desapareció en el pasillo entre gritos de júbilo: la bienvenida del héroe. Andy se quedó tumbado en la cama sin moverse. Seguramente, no se había dado ni cuenta de que estaba yo allí.

Muy despacio, se incorporó sobre un brazo, gimió y volvió a derrumbarse.

—¿Sigues vivo? —Torció el gesto y se giró hacia mí.

—Ah. —Volví a lo suyo en cuanto me vio—. Eres tú.

Avancé y encendí la luz, pero protestó y la apagué de nuevo.

—¿Quieres un pañuelo? ¿O una tirita? ¿Llamo a una ambulancia?

—Vete por ahí —gruñó—. Estoy bien.

Me incliné sobre la cama. Tenía la cara bañada en sangre y un ojo hinchado y amoratado.

—A mí no me lo parece.

—Estoy bien.

—Lo que tú digas. ¿Has visto a Robin?

—Aaah, por eso estás aquí. Lo tendría que haber imaginado. Mira que pensar que querías hacerme sentir un poco mejor... —Se sentó como pudo y se sujetó al colchón para no caer.

—Te lo he ofrecido, pero no has querido.

—Vaya, ¿así que quieres hacerme sentir mejor?

Me dio asco.

—Ni lo sueñes, pero puedo traerte un vaso de agua, si quieres.

—Una cosa siempre lleva a la otra, así que claro. Si no te importa.

Enjuagué un vaso en el fregadero. El agua salió turbia.

—Gracias —dijo y escupió dentro, un remolino de sangre apelmazada, con hilillos en todas las direcciones.

—Dime, ¿la has visto?

—Lleva dos días sin aparecer. —Se encogió de hombros—. Puede que tres, no lo sé.

—Me dijo que habíais cortado.

—¿Eso dijo? —No mostró ningún interés—. No me sorprende, se estaba portando como una perra. —Dio media vuelta entre gemidos y sacó una bandeja con *grinders* de marihuana, papel de fumar y bolsitas vacías de debajo de la cama.

Lo odié. «¿Cómo te atreves? —pensé instintivamente—. ¿Cómo te atreves a decirle eso?». Me controlé, estaba ardiendo.

—Sí —opté por decir—. La verdad es que sí.

—Vaya..., —dijo con una risa, al tiempo que cogía unas briznas de tabaco entre los dedos—. Yo estaba de broma, pero lo tuyo ha sonado en serio.

Entorné los ojos.

—Lo que tú quieras.

—Me ha hablado mucho de ti, ¿sabes? —Chupó el papel muy despacio, sin quitarme los ojos de encima—. Conozco todos sus secretos.

Su forma de decirlo me puso los pelos de punta (un cambio en el tono de voz que solo aprecié en el momento), con la condescendencia de estudiante de la universidad pública (una mezcla de petulancia y superioridad de la que muchos no se libran, al considerarla un rasgo masculino y personal). Pálido y con rastas, lo imaginé décadas después convertido en un agresivo director de cartera de cuarta y con un lado creativo que añora su vida de universitario y a quien «transformó» aquel año que pasó «ayudando» a la gente en un país del tercer mundo. Ya sabéis cómo son. Se los ve en galerías de arte, comprando ilustraciones pornográficas que no entienden y hablando de su «colección» a mujeres con la mirada vidriosa que luego llevan a cenar a un restaurante, donde serán ellos quienes elijan los platos y hablen sin parar de sí mismos.

—Lo dudo —le respondí.

—Por cierto, estás muy guapa. —El humo iba llenando el aire a cada palabra—. ¿Has adelgazado?

Me costó un poco reconocer hacia dónde estaba yendo aquella conversación y la lascivia que amenazaba en aquel tono. Lo miré impassible.

—¿No te gustan los cumplidos?

—Dame una calada —dije, tratando de distraerlo.

—Creo que no te das cuenta de lo manipuladora que es. —Era como si supiera en lo que estaba pensando—. Utiliza a la gente. Utilizó a Emily, me ha utilizado a mí y, a juzgar por esa mirada, también lo está haciendo contigo.

—¿Qué dices?

—Ay, Violet —dijo con voz de pito, para imitar a Robin—. Está coladita por mí. Qué pena da...

—No ha dicho eso.

—Claro que sí. ¿Cómo se dice? «Con amigos así...». —Empezó a liar otro porro, aunque el que llevaba yo en la mano estaba casi entero. Me lo quedé y el humo me rasgaba la garganta. «No haría algo así», pensé, aunque no era cierto. Por supuesto que lo haría, porque lo hacía con todo el mundo. Incluso sabía el tono provocador que habría utilizado, esa frialdad.

«No le importo —pensé—. Me hizo creerlo y, ahora, me ha dejado. Me han abandonado todas. Me han abandonado para culparme a mí de lo que han hecho».

Me acurruqué sobre las piernas en el otro extremo de la cama y Andy se apoyó contra la pared y encendió el porro. Nos miramos un buen rato, los dos abandonados.

—Te odio —dije, sin dejar de mirarlo.

Dio una calada larga. Se rascó la barba y, al llegar al cardenal, se retorció de dolor.

—Pero lo que he dicho sigue siendo cierto. —Me guiñó un ojo—. Nos hemos quedado solos.

Miré hacia la puerta y me acordé de Tom y de su forma de agarrarme. Se me puso la piel de gallina y el sudor ardiente resbaló por el cuello. Entonces, me pregunté cómo podía Robin estar enamorada de un chico así; pensé en ella y en cómo le hería ese tono cruel y despreocupado que utilizaba él; y pensé también en lo que me dolía a mí lo que ella me había hecho.

—Andy —dije al cabo de un rato.

No abrió los ojos, siguió con la cabeza echada para atrás. Le veía los huesos del cráneo al otro lado.

—¿Sí?

Fui hacia él y me puse de rodillas. Abrió un ojo (puede que abriera los dos, pero uno lo llevaba tan hinchado que era imposible saberlo) y sonrió. Lo odié de tal manera que me dolieron los huesos, pero, en aquel momento, odiaba a Robin todavía más.

Contuve la respiración y le miré la piel grasienta y el pelo mugriento y apestoso; la nariz sangrante y el labio agrietado; la vena palpitante de la sien que le serpenteaba por el cráneo. Me eché hacia él y lo besé, le sabía el aliento a cerveza y a humo estancados. Me metió la lengua entre los dientes, a tientas, a golpecitos ávidos y, con un gemido, me hundí entre sus piernas. «Te odio», pensaba mientras me metía unos pulgares sucios en la piel y me clavaba las uñas negras y secas. Contuve las náuseas y, al agarrarme a su espalda, le reventaron granos. Gritó de dolor y yo gemí en respuesta, fingiendo placer, en una interpretación sublime y obscena.

Cuando acabamos (acabó), me limpié con una camiseta mugrienta y mohosa que encontré junto a la cama y me subí los pantalones; me dolían los brazos del esfuerzo. Estaba agotada y con dolor de estómago, superada por la desolación de aquella victoria, manchada por una traición de la que no iba a liberarme nunca.

—Tengo que irme.

Se dio la vuelta, con una desnudez descarada y nauseabunda, los huesos protuberantes y la piel llena de manchas cadavéricas. Farfulló una despedida y cerró los ojos; había una mancha de sangre en la almohada.

En el pasillo, vi a Nicky detrás de un deportista alegre y corpulento. Ella también me miró sorprendida, así que cuando pasé a su lado, contoneé bien las caderas, para que no tuviera ninguna duda de lo que acaba de hacer.

Las calles estaban desiertas y el sol pendía casi a la altura de los árboles, con una luz vespertina que proyectaba sombras alargadas. Me quemaban los brazos y los muslos se pegaban

debajo de la falda. La ciudad estaba tomada por un calor soporífero. No había aire, como si estuviéramos atrapados en ámbar. Vi a unos hombres al sol, fofos y blancos como un cadáver; solo se movían para llevarse unas latas a las bocas sin dientes. El aire apestaba a asfalto caliente y carne renegrida. Llevaba unas gafas de sol en forma de corazón y brillo de labios. Habían pasado tres días desde la fiesta y no sabía nada de mis amigas.

No me di cuenta de que era ella hasta que la tuve prácticamente encima; una figura con el pelo desteñido con agua oxigenada y la piel enrojecida.

—Ven. —Al cruzarnos, Robin me cogió del brazo y me hizo dar media vuelta.

—Pero ¿qué...?

—Tú ven y no digas nada, ¿vale?

Eché a correr, saltando los baches y pasando por delante de la pintada que cubría el puente del tren y su particular consuelo: «Todo irá bien». Una vez a cubierto, paró y se apoyó contra la pared. Deslizó los dedos por una maraña de pelo y le palpitaron los tendones del cuello al hacerlo.

Se calmó y cogió aire, se le sacudía el pecho.

—¿Qué pasa? —dije, cuando recuperé el aliento.

Se agarró como si tuviera frío. El puente empezó a agitarse sobre nuestras cabezas, un estruendo progresivo y rítmico que parecía que iba a durar para siempre, aunque desapareció al instante. Nos quedamos mirándonos calladas.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Arqueó una ceja, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿En serio? ¿No se te ocurre preguntarme otra cosa?

Me encogí de hombros.

—Te queda bien.

—Gracias. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un chicle. Lo partió por la mitad y me ofreció una parte.

—¿Dónde...? ¿Dónde has estado? —me atreví a decir.

Entornó los ojos.

—Estoy castigada para los restos. Gracias a ti, capulla.

—¿Y qué he hecho yo?

Me pasó una papelina de polvo blanco. La reconocí al instante: era la que había perdido en la verbena.

—¿Te suena?

La miré perdida.

—¿Dónde estaba?

—La encontró mi madre en su caja de recuerdos. —Resopló—. Si te pones a mirar en nuestras cosas, procura no dejar pruebas, por lo menos.

—Ay, Dios... ¿Qué ha pasado?

—No te preocupes. No le dije que era tuya. No es que me creyera, pero... En fin, estoy en la mierda. Así que, muchísimas gracias, Vívi.

Me puse roja.

—Mierda, lo siento mucho. —Me acordé de Andy y sacudí la cabeza. Luego, me acordé de

Nicky. De lo que había hecho y de lo que sabía.

—No pasa nada —Robin se encogió de hombros—, aunque te he estado llamando todo el día. ¿Has hablado con Alex?

—No...

—¿En serio? ¿Dónde te has metido?

—He estado enferma —dije, casi sin voz—. Con la gripe...

—Puaj —dijo, echándose para atrás y poniendo los dedos en cruz—. No me contagies.

—Ya estoy bien, pero ¿qué pasa con Alex?

—Ella está bien, pero el padre de Grace perdió la cabeza. Más. Acaba de salir del hospital.

—Dios mío.

—Sí, por ahora se queda con Alex. Solo me han dejado salir de casa porque le he dicho a mi madre que iba a verla. —Miró alrededor, como si la estuvieran vigilando—. ¿Estás bien? Tienes mala pinta.

—No, no. Estoy bien. —Me calmé, tratando de respirar despacio—. ¿Puedo ir contigo?

—Claro, te he estado buscando por todas partes. Vamos.

Me agarró del brazo y fuimos en dirección al sol. Acarició la piel de gallina que tenía en el brazo con suavidad, pero no pude evitar que un escalofrío me corriera por las venas.

En la casa, el silencio era sepulcral y el ambiente, cargado y rancio. Olía a comida podrida, mezclada con una pizca de tabaco.

—¿Cuánto tiempo lleva tu madre fuera? —le pregunté a Alex al entrar en la cocina.

—Unas semanas —dijo mientras metía en una bolsa de plástico cajas de comida para llevar y botellas, y Robin se afanaba con el viejo tocadiscos; de pronto, estalló en una canción animada y dimos las tres un salto. Conocía aquella voz. Era Nina Simone, la cantante favorita de mi madre cuando todavía cantaba las canciones de la radio y bailaba con Anna en brazos. Empecé a abrir los grifos, como si fuera a lavar los platos que había apilados por todas partes (aunque, la verdad, solo estaba buscando qué hacer para no tener que hablar. Porque, ¿qué podría decir? ¿Qué podríamos decir ninguna?). Déjalo —dijo cortante—. Tardará un tiempo en volver.

Obediente, fui al salón y, con la luz que se colaba por las cortinas, me dediqué a mirar los enormes tomos, las esculturas de latón, las máscaras y los *souvenirs* que llenaban las paredes. Los nombres que en su día desconocía tenían ahora la forma de recuerdo; eran historias de grandes mujeres, diosas y mortales; leyendas de brujas demacradas y altas sacerdotisas inmortalizadas en bronce oscuro; calaveras y pedazos de animales muertos y disecados. Elegí mis favoritos, de uno en uno: el bebé perforado con tornillos de hierro; el cuadro de Dagol, una bestia aulladora; unos dientes limados en punta; y una mano de porcelana con líneas de tinta negra que ofrecían futuros sin garantía.

Ocupamos los mismos sitios que aquella primera noche que pasamos en casa de Alex, cuando todo eran posibilidades y nuestra amistad, algo brillante y espléndido. Ahora, aunque mis amigas hablaban y reían, y todas bebíamos del champán dulzón que Alex había encontrado en el sótano («el favorito de papá», según nos dijo con dos botellas en cada mano), me oprimía el peso de lo que habíamos hecho juntas y de lo que yo había hecho por ellas, mezclado todo en un caos, una red de la que no podría salir.

Al principio, cuando estuvimos en la cala invocando entre risas a criaturas en las que no

acabábamos de creer (más correcto sería decir que no creíamos en nuestra capacidad de invocarlas), todo parecían juegos. Pero la caída había sido profunda y para entonces, yo era la peor de todas. Las había traicionado para devolver una traición que nunca existió. Y no había forma de volver atrás.

—No puedo creer que no me lo hayáis dicho antes —iba diciendo Robin cuando me incorporé a la conversación.

Alex le cogió a Grace la botella y al hacerlo, le puso suavemente una mano sobre el brazo para decirle algo al oído. Llevaba un pegote de maquillaje con el que trataba de disimular una magulladura que todas fingíamos no ver.

—Lo hemos organizado en un par de días. De todos modos, seguro que ya tenéis otros planes, ¿no?

—No me enfada que no hayáis contado conmigo (aunque, por cierto, os podéis ir a la mierda) —dijo Robin, que bebió un trago y me miró—. Pero ¿no parecerá sospechoso?

Alex miró a Robin, con cara de desconcierto exagerada.

—¿Qué quieres decir?

—Desaparecer tan pronto después de... ya sabéis.

Alex rio.

—Vamos, por el amor de Dios... Irse de vacaciones en verano, lo que hacen todos los maniacos asesinos. Menos mal que has pensado en eso. —Bebió otro trago y suspiró—. Además, nadie nos presta atención. La policía encontró la cinta de casete en su despacho, así que esa parte está bien cubierta y...

—¿Adónde vais? —dije, aturdida por el champán. Las tres se giraron hacia mí, como si hubieran olvidado que estaba con ellas.

—A Europa —dijo Alex con rotundidad—. Mi madre va a hacer un viaje de investigación y tiene sitio, así que dijo que podíamos acompañarla.

Robin la imitó.

—A Europa, sortudas de mierda.

—¿Lo propuso ella! ¿Qué íbamos a hacer? ¿Negarnos? ¿Quedarnos aquí contigo perdiendo...?

—¿Sabes qué, Alex? Vete por ahí. Yo no...

Miré a Grace que dejó escapar un suspiro lento y profundo.

—Chicas, ¿qué tal si nos relajamos un poco?

Alex sonrió conciliadora y buscó mi apoyo con la mirada.

—Solo serán seis semanas —dijo—. Volveremos antes de que os deis cuenta. Ya será septiembre y tenemos que aprobar...

Me angustié al pensarlo, porque mis notas habían caído en picado en los exámenes de final de curso. Aunque me disculpaba la marca del decano que me convertía en su víctima imaginaria (ni siquiera me hacía falta decir nada, todos compartían los mismos temores aunque no los dijeran), si quería marcharme de allí al curso siguiente, tendría que trabajar duro para ponerme al día.

—Tiene razón —dije yo y Robin se desesperó al oírme. Me levanté; quería dejar ya ese tema y la casa, la ciudad y el lío en el que estábamos metidas. Comprendía que se quisieran marchar, porque yo habría hecho lo mismo—. Vamos a relajarnos, iré a por más vino —añadí y salí al pasillo, con el corazón golpeándome con fuerza y dolor en el pecho.

En la cocina, cerré los ojos un momento y me imaginé libre de todo aquello; me hundí las uñas

en la cicatriz de la mano y volví sonriente para llenar las copas que me tendieron de un vino tan rojo como la sangre.

CAPÍTULO 16

A pesar de todo lo que sucedió después, el último día de curso continúa cargado de un encanto particular, una melancolía agrisada. Está en los pasillos rebosantes de emoción y expectativas, y en las chicas del último curso ante el umbral de la vida adulta y la promesa de la aventura, abierta de par en par; también lo encuentro en esa pizca de tristeza, el primer brote de la nostalgia, y en el aire saturado de canciones pop elegidas con cuidado para acompañarlas en aquella penúltima salida del colegio antes del baile.

Por primera vez, las alumnas pudimos elegir el tema del baile, quizá para disipar la omnipresente sombra del decano y los rumores que pesaban sobre Elm Hollow. El colegio se llenó de propuestas deprimentes: una chica montada en zancos recorría el patio al grito de «¡Carnaval!», otras se pusieron el corsé (con cara de pocos amigos, los profesores les entregaban mantas para que se taparan antes de entrar en clase) e hicieron campaña por «Moulin Rouge», y también se veían vestidos de los años veinte al ritmo de jazz. Un pequeño grupo apostó incluso con verdadero entusiasmo por el tema gótico; iban todas vestidas de negro y con colmillos postizos, y se sentaban al fondo de la cafetería. Más de una vez, me dio un vuelco el corazón al verlas de pronto, aunque tras esa terrorífica fracción de segundo, echaba a reír; una risa amarga, consciente de que había figuras que no se dejaban ver y que eran infinitamente más aterradoras que ellas.

Pero el día de la elección solo votaron unas pocas y cada una, por su propio tema, así que se produjo un empate técnico entre «Mascarada» y el impreciso «Blanco». El director, agotado a esas alturas de curso y (es de suponer) con asuntos más apremiantes en la cabeza, dejó la decisión en manos de las alumnas que alcanzaron una solución de consenso: un baile de máscaras en color blanco.

Ahora, parece ridículo que algo tan trivial pudiera revestir tal importancia (mi yo adulto no puede evitar avergonzarse un poco al contarlo), pero habíamos crecido viendo películas de institutos, de reyes de la promoción, de besos bajo luces de colores, de música y baile, y todo lo impregnaba además la nostalgia adolescente a la que ninguna era inmune por completo. Incluso nosotras estábamos obsesionadas con máscaras y vestidos; un respiro al horror que lo llenaba todo y que, a veces, parecía brotarnos de dentro.

En la última clase del curso, Annabel retomó el tema de la tragedia, a tono con el del baile. Las máscaras nos miraban libidinosas e impasibles, colgadas de lámparas, descansando sobre libros, suspendidas del techo y balanceándose con el aleteo de pájaros y murciélagos. Entró en la habitación con una mancha de polvo blanco en el brazo y las uñas blancas. ¿Qué habría estado haciendo antes de clase? ¿Qué habría moldeado en escayola?

—Estamos ante el eterno relato de los celos —dijo, señalando a los libros que había sobre la mesa—, la fuerza vital de la envidia. Es una falta mortal que recae sobre la stirpe de Adán y Eva, cuyo pecado original (el pecado de nuestra madre, la debilidad femenina) sigue proyectando su sombra todavía hoy como algo primitivo: los dientes apretados de rabia, la mandíbula tensa y la mirada ausente. «Seré errante y extranjero en la tierra», dijo Caín. El Caín de piedra de las Tullerías camina con la cabeza hundida en las manos y, en el Jardín Botánico de Glasgow, lo vemos sentado para siempre en una escultura llamada *Grande es mi castigo para ser soportado*.

»Así nos habla la Biblia, la envidia es el pecado contra uno mismo y la raíz de todos los males. —Nos fue mirando de una en una. Robin se echó hacia adelante, como doblándose ante su luz—. Pero también en esto, como en todo, nos superaron los antiguos. No, me corrijo: las mujeres de la Antigüedad. Los pintores cristianos del Renacimiento parecían obsesionados por los relatos de hombres y cargaron sus actos de venganza de nobleza y sentido. Pero en la venganza, no hay hombre que supere a Medea, a quien parezco condenada a volver una y otra vez —dijo con una sonrisa—. Ella es el espectro que atormenta lo masculino, la que alzó la espada contra el patriarcado. Fue la única superviviente y salió de Atenas bañada en la sangre de sus hijos y (al menos, como yo la imagino) riendo, porque había sucedido lo peor y había alcanzado la divinidad.

»¿Eso es ser madre? —preguntó y nuestras miradas se encontraron por un momento—. En la *Metamorfosis*, Medea visita a Hécate, la diosa bruja, y en Eurípides, la encarna. Se sumerge en su propio corazón y emerge transformada, como el resultado inevitable de la iluminación: la sombra. —Suspiró—. Para muchos de los antiguos griegos, el camino de la maternidad supone una transformación desde las entrañas a través del dolor desgarrador y del espanto. Así, también ella se hace eterna cuando se le empapa el pelo en la sangre de sus hijos.

Apoyó los codos en el respaldo de una silla y se hizo el silencio. Para sus cuatro alumnas, cada una de aquellas palabras era preciosa (de hecho, aún me estremezco al recordar aquel destello de lo eterno que parecía conjurar con ellas).

—La verdad de la tragedia es esta: estamos condenadas a herir a quien amamos y nuestras faltas van desde un pensamiento fugaz hasta el más atroz de los crímenes. Los pecados mortales no son más que la ira de la venganza convertida en destino y, a su vez, en la caída alimentamos el deseo de una nueva venganza. Las furias se convierten en moiras, las unas no son más que la sombra de las otras. Y por encima de todo, siempre la luna, las diosas que vigilan, Hécate y su prole Medea.

Sonaron las campanas sobre nuestras cabezas y fuera oímos gritos de alegría saliendo del edificio principal. Nos quedamos las cuatro calladas, en una atmósfera electrizante. Annabel sonrió y, cuando nos levantamos, nos dio un abrazo, hundiéndonos los dedos en los brazos, como si fueran raíces. Pareció una despedida, aunque (pensamos cuando se marchó) íbamos a vernos al terminar el verano... No teníamos ni idea. No sabíamos cómo iban a cambiar las cosas en pocas horas ni que esa felicidad efímera se iba a perder irremediablemente.

Mientras las más impacientes comenzaban a regresar al colegio y las decoradoras salían del salón principal, nos quedamos en la torre del reloj que nos ofrecía una tregua del calor abrasador y seco que anunciaba el verano. Abajo, había máscaras colgadas entre los árboles con lamparitas en los ojos y, por detrás, el cielo se teñía de colores cobrizos. Todos los edificios que rodeaban el patio estaban iluminados y la luz que salía de los enormes ventanales se proyectaba sobre el césped, como si fueran enormes focos. Era mágico, tenía un encanto que no había vivido desde

hacía meses y, aunque sabía que era pasajero, no pude dejar de soñar que estábamos liberadas de todo el horror que habíamos vivido.

—Qué buena tarde. —Grace se puso a mi lado en la ventana. Robin por fin había conseguido abrir el mueble bar (después de varios meses de intentos con horquillas y clips de papel), así que me pasó una copa de vino.

Era una tregua tácita, por esa noche al menos. Teníamos cuatro vestidos blancos (los había cosido Grace a mano, con un patrón sacado de una revista) que habían pasado la semana colgados de las estanterías que flanqueaban la cama de Alex y le servían de mesita. Eran sobrios y elegantes, nada que ver con las recargadas monstruosidades que las chicas se enseñaban en fotografías de Polaroid, llenas de aros y de corsés, horribles y decadentes. Alisé la tela del mío y me uní al grupo.

—Dios mío, mira lo que pone aquí —dijo Robin, hojeando el anuario—. «Si llueve, busca el arcoíris; si está oscuro, busca las estrellas».

Alex resopló.

—Qué horror.

—Y... —Robin soltó una risa—. Y esto: «Te estaré esperando siempre, mientras brille el sol». ¿No os recuerda una canción de las Spice Girls, «*I'll be waiting, everlasting, like the sun*», na, na, na?

—Pero lo que escribiste tú, también —dije sentándome a su lado y Alex soltó una risita—. Que lo sacaste de una canción, quiero decir.

—Sí, pero de una buena. Imagina immortalizar tu vida en el instituto con las palabras de la gran poetisa «la Deportista»...

—Seguro que ellas no escriben las canciones —dijo Alex, cogiendo el anuario—. De todas formas, las frases no son la mejor parte. A mí me gusta la de «Yo quiero que me recordéis por...» —dijo, con voz pizpireta de reina de la belleza.

—Yo quiero que me recordéis por... asesinar a un profesor en su casa —dijo Robin, echando a reír—. No creo que pasara el filtro de las redactoras...

No terminó la frase. Alex y Grace miraron a nuestra espalda, con los ojos como platos, la boca abierta y blancas las dos. Me volví a mirar, la puerta que daba a una pequeña cocina estaba entreabierta.

—¿Has oído tú eso? —preguntó Grace, mirando a Alex.

Alex asintió. Robin miró hacia la puerta y luego, a mí.

—Estáis paranoicas —dijo, aunque no pareció muy convencida—. Ahí no hay nada.

—Yo no he oído nada —añadí, nerviosa—. Igual ha sido un pájaro.

—O un murciélago —dijo Robin.

—Chist. —Alex se levantó despacio y fue hacia la puerta, seguida por Grace. Puso una mano encima y la abrió de un golpe. Con el gesto, el pomo sacudió las estanterías y una muñeca de porcelana cayó al suelo en mil pedazos—. Pero ¿qué...?

—Lo siento. De verdad, no quería... —Nicky estaba en la cocina, apretada contra la pared de enfrente y vestida para el baile.

Alex miró a Robin con los ojos encendidos de rabia. Entonces, volvió con Nicky.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo no... —Le temblaba la voz.

—Nicky, ¿cómo has...?

—Vi que la puerta estaba abierta. Solo buscaba...

—¿Qué?

Nicky suspiró y cerró los ojos, para recuperar la compostura.

—Solo quería saber qué hacíais aquí arriba. Sé que habéis estado viniendo todo el curso.

—Zorra chismosa —dijo Robin—. Joder, ya sabía que eras...

—Robin, cálmate —le dijo Alex con la voz fría, entonces, se dirigió a Nicky—: ¿Has estado escuchando?

Nicky sacudió la cabeza.

—No he oído nada. —Alex y Grace se miraron—. En serio. Solo estaba esperando a que os fuerais para marcharme.

—Miente —dijo Robin—. Claro que lo ha oído...

—Robin. —Alex volvió a tomar la palabra—. Cállate, ¿quieres? Aunque sea por una vez.

Robin entornó los ojos y fue hacia la esfera del lado este de la torre, estaba furiosa. Miró a Nicky, que tenía las mejillas encendidas y sudor encharcado en el hueco de las clavículas.

—Deberías irte —dije tranquilamente; era mi oportunidad, si me portaba bien con ella, no le diría a Robin lo que había visto. Un secreto por otro—. Si Annabel te encuentra aquí arriba...

—Vale —dijo Nicky, que agarró la máscara (de plumas blancas, diamantes y una cinta plateada) y fue hacia la puerta—. Además, el baile está a punto de empezar. —Sonrió conciliadora—. ¿Nos vemos allí?

La acompañé hasta la puerta.

—Sí, enseguida vamos.

Nos quedamos calladas mientras el ascensor descendió y hasta que el ruido de la puerta de metal retumbó al final de las escaleras. Entonces, cerré la puerta.

—Nos ha oído —dije.

Alex me miró.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Si no supiera algo, no se habría marchado tan fácilmente.

—Joder —dijo, dando un palmetazo sobre la mesa—. Joder, joder, joder...

—Puede que no diga nada. —Esa fue Grace y casi sonó a pregunta.

—No tendría nada que decir si Robin no hubiera... —le recriminó Alex.

Robin dio media vuelta. Le ardía la mirada.

—Vete a la porra, Alex. Todo es culpa mía, ¿no?

—Bueno, a ti se te ha ocurrido hablar del decano. Siempre jodiéndolo...

—¿Y cómo iba a saber yo que estaba escondida en esta mierda de despensa? ¡Pensé que estábamos solas!

—Aunque lo estuviéramos, la broma no tenía ni puta gracia. Siempre estás...

—Chicas. —Se me iba a salir el corazón del pecho—. Dejadlo ya, esto no sirve de nada.

—Tiene razón —dijo Grace—. Vamos a bajar de aquí y a ver qué hace.

—Y entonces, ¿qué? —A Robin le temblaba un poco la voz. Se recompuso—. No lo puede

contar, no hay que dejarla.

—No, no puede —dijo Alex, que se sentó en el sofá y miró a Robin—. ¿Dónde está el libro?

—Alex —dije yo—. Deberíamos...

—¿Dónde está? —repitió.

Robin se agachó junto a la mesa. Metió la mano debajo del tablero y el libro cayó al suelo con un golpe sordo.

Alex me miró.

—Ha estado aquí todo este tiempo.

—Yo no lo sabía —dije, encogiéndome de hombros.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Robin mientras abría el libro sobre la mesa. Lo hojeó. La luz se reflejaba en los bordes dorados de las páginas, proyectando rayos relucientes en las paredes.

—Ya lo hemos probado antes y no funcionó —dije, buscando alguna excusa.

—Debimos de hacerlo mal —respondió Alex—. Además, para casi todos los rituales hacen falta cuatro personas.

—Pero ella no ha... No podemos...

—Mira, Violet. Sé que te cae bien y que es tu «amiga» —dijo haciendo unas comillas con los dedos—, pero es peligrosa. Sabe lo que hemos hecho, tú misma lo dijiste.

—Ya lo sé, pero...

—De todas formas, ¿quién se dejó la puerta abierta? Yo no he venido desde ayer, ¿y tú, Grace?

Grace y Robin sacudieron la cabeza, por turnos.

Perdí el color. Había subido antes entre clase y clase para coger un manual.

—Puede que haya sido Annabel... —traté de decir, pero la voz se fue apagando sola.

Annabel siempre era muy cuidadosa. No quería que nos sorprendieran y nunca dejaba la puerta abierta. Era innegable, había sido culpa mía. Me senté y traté de calmarme, mientras se pusieron alrededor del libro cuchicheando ideas al oído y leyendo párrafos sueltos.

—Este de aquí —dijo Alex, al cabo de un rato—. Este servirá, vamos a por las cosas.

Robin cogió un encendedor de la cocina y Grace sacó cuatro velas rojas de un cajón. Me dio una al pasar a mi lado.

—Vamos —dijo, apretándome la mano—. Todo irá bien.

Me acerqué a la mesa donde esperaban nuestras máscaras, con los cuernos entrelazados. Las llevábamos viendo todo el curso en las estanterías y pensábamos que eran de decoración, pero un día Robin cogió una para bromear y vimos que llevaban cintas. Eran unas extrañas máscaras salidas de otra época, con rostros alargados y penetrantes, agrietados y fríos. La única que puso reparos cuando pensamos en llevarlas al baile fue Alex, aunque perdió la votación. Según Grace, pareceríamos Flidais, «la diosa de los bosques y reina de las bestias salvajes». Robin se echó a reír al oírlo y, mientras se ponía la máscara, comentó: «Suena perfecto: bestias, demonios, brujas... y nosotras».

Nos pusimos las cuatro alrededor de la mesa y Alex, con el libro abierto delante, encendió una corona de flores secas que metió en un cuenco de cristal en el centro. Robin encendió la vela y las otras tres nos acercamos para robarle un poco de llama. Se le erizó el vello del brazo y el mío quiso acompañarlo. «No quiero hacer esto», pensaba aunque tenía un dolor seco, un anhelo, un

despertar callado en la boca del estómago.

—¿Listas? —preguntó Alex, mirándonos de una en una.

Asentí. Una gota de cera resbalaba por la vela y me preparé para que me cayera en la mano.

Alex cogió aire y cerró los ojos.

—Diosa, escúchanos. Las cuatro te ofrecemos nuestro espíritu en esta noche de verano. Acudimos a ti con el alma desnuda y el corazón, despejado y limpio. —La corona empezó a crepitar, con un olor reconfortante y agrisado—. Te pedimos ayuda para guardar tus secretos y los nuestros, acallando a quien podría revelarlos.

Robin tenía la mirada perdida en su llama. La cera caliente me resbaló por el pulgar, burbujando calor.

—Te damos las gracias, oh diosa, por tus furias y su obra. Envíalas a... —Se interrumpió y el humo negro de la corona le hizo toser.

Se giró hacia la puerta. Annabel estaba en el umbral, mirando las máscaras que había sobre la mesa y el cuenco humeante. Cerró los ojos, como armándose de paciencia.

—Espero que no estéis haciendo lo que creo que estáis haciendo.

—Nosotras...

Levantó una mano.

—Robin, no. No digas nada. Apagad esas velas. —Sacudió la cabeza—. No me esperaba esto de vosotras.

—Pero, Annabel —trató de decir Grace, indecisa—. Nicky nos descubrió, estaba aquí arriba. Annabel la fulminó con una mirada fría y sombría.

—Y como se enteró, ¿decidisteis hacer esto? Pero ¿cómo se os ocurre...?

—No solo estaba aquí —dijo Alex, agotada; era como si le costara decir cada palabra—. Se enteró de lo que le hicimos... al decano.

«¿Lo sabe?», pensé y me giré hacia Alex. Por un momento, imaginé las conversaciones que habrían tenido a mis espaldas y morí de celos, pero los olvidé en cuanto la miré a los ojos. Estaban perdidas y su única esperanza era que Annabel aceptara lo que habíamos hecho. Que les dijera que lo sabía todo y que nos comprendía.

Annabel volvió a cerrar los ojos, como si tuviera que elegir bien las palabras. Cogió aire y se calmó. Volvió a respirar despacio y profundo. Una ráfaga de viento golpeó las esferas del reloj y los cuervos y los murciélagos que vivían en lo alto se agitaron, aunque procurando no hacer ruido, como esperando a que hablara. Hubo un silencio interminable y angustioso, sobrevolado por la cruel verdad de lo que habíamos hecho.

Por fin, suspiró.

—Chicas, ¿sabéis qué? Marchaos.

—Pero... —trató de decir Robin.

—No os quiero seguir escuchando. Vamos, fuera de aquí.

Cruzamos el patio en silencio, pisando flores y escoltadas por las sombras altivas y negras de las máscaras sobre la hierba. Robin me rozó la mano y así, en esa suave caricia, marchamos hacia el salón de actos. El atardecer teñía el cielo de morado y los campos lucían amarillos, como si odiaran la oscuridad que se avecinaba. Pasamos por delante del olmo. El colegio estaba más bonito que nunca. Emily seguía sonriendo desde su fotografía, entre tarjetas descoloridas,

recuerdos y las velas que no volverían a arder. En la última asamblea, nos habían informado de que iban a echar abajo el olmo ese verano y tuvimos que presentarle nuestros respetos antes de las vacaciones.

A las puertas del edificio principal, había grupitos de chicas sacando fotografías y tratando de disimular el sudor de la frente y de los pómulos con polvos que se hacían una plasta. También había unos cuantos chicos de un colegio cercano que tendrían instrucciones muy estrictas de cómo comportarse en Elm Hollow. Miraban embobados el terreno del colegio y también nos miraron a las cuatro cuando cruzamos por delante sin volver la vista.

Atravesamos el vestíbulo entre susurros y conversaciones que se callaban al pasar nosotras. Nunca había disfrutado tanto de ser el centro de atención, el centro de todas las cosas. Le di la mano a Robin y entramos en el baile de dos en dos. El techo de la cúpula estaba iluminado con unos focos de luz cálida orientados hacia los arcos y las lámparas se balanceaban suavemente a cada soplo de aire. Sobre las paredes, enormes sábanas de muselina y estatuas de ángeles y demonios, que clavaron la vista en nosotras al entrar; por un momento, todos se giraron a mirarnos. Atravesamos el salón muy despacio y nos quedamos junto a la pared para verlos bailar otra vez y sentir el murmullo rítmico de los pasos y el golpe sordo de los bajos contra los dientes.

La banda empezó a tocar una canción lenta y sensiblera (la letra parecía ser un «te amo, te amo, te amo» repetido hasta la náusea). Puestos por parejas, todos empezaron a contonearse suavemente al ritmo de la música.

—Menudo asco —dijo Robin, con la voz sofocada por la máscara.

—No está tan mal.

Miré hacia el revoltijo de alumnos. Daban vueltas y vueltas en el centro del salón, bajo colgaduras blancas, nubes de hielo seco y una neblina de polvo. Los frescos que cubrían el techo habían cobrado una nueva vida, realzados por la transformación de la sala. Las moiras (un extraño pastiche de los paneles de la capilla Sixtina) parecían rebosar belleza, desprovistas de las faltas que saltaban a la vista en pleno día. Vi el hilo de Cloto en pan de oro conectando con los bordes dorados que separaban los paneles y uniendo entre sí todas las estampas. Láquesis examinaba el hilo, concentrada en la lectura del destino del espectador, y Átropos estaba en pie con las tijeras en alto, lista para cortar el delicado hilo de la vida por encima de nuestras cabezas.

—¿La veis por alguna parte? —susurró Grace, que se levantó la máscara para ver mejor y localizar a Nicky entre la gente.

Sacudí la cabeza y Robin me agarró del brazo.

—Vamos a por un poco de ponche.

—A mí me vendría bien algo más fuerte. —La voz me retumbó dentro de la máscara.

Fuimos pegadas a la pared, seguidas por Grace y Alex que iban absortas en su propia conversación.

—¿De verdad crees que lo contará? —dijo Robin. Los ojos le destellaban bajo las delicadas líneas del cráneo.

—No lo sé —le respondí—. Si la encontramos, podemos decirle que era broma...

Resopló.

—Una broma para partirse de risa, ¿eh?

—Desternillante —dije yo—, pero todas sabemos que tienes el sentido del humor en el...

Me dio un manotazo en el brazo y me arañó.

—Al menos, yo tengo.

Entorné los ojos, pero me di cuenta de que no podía verlo.

—Lo que tú digas. —Cogí el cucharón pringoso del cuenco del ponche y llené dos vasos.

Robin cogió uno, ofreció un brindis y se apartó la máscara con la mano libre.

—Espero que tenga alcohol.

—Y yo —dije, bebiendo un sorbo de aquel líquido caliente y empalagoso.

Alex se acercó con la máscara en la mano.

—Nosotras nos vamos —anunció, sin preámbulos.

—Acabamos de llegar. —Robin le ofreció un vaso—. Por lo menos, bebe un poco.

—No —dijo Alex, rechazando la bebida—. No me apetece, gracias.

—Vamos, Alex —dije yo, buscando a Grace con la mirada—. No hay que dejar que Nicky...

Un grito estalló en la pista de baile. Nos dimos la vuelta y los profesores fueron hacia allí, diligentes.

—¡Bájame! —gritaba Melanie Barker, retorciéndose en los brazos de un chico con salpicaduras rosas de ponche en el esmoquin—. ¡Bájame ya!

Volví a mirarlas.

—No os vayáis, por favor. Quedaos un poco más...

—Quedaos vosotras —dijo Grace, esbozando una sonrisa—. Divertíos. Además, mañana tenemos que madrugar, aunque nos quedáramos, no os divertiríais mucho con nosotras.

—De acuerdo —aceptó Robin—. Haced lo que queráis.

Miré a Alex y a Grace con una disculpa y nos dimos un abrazo incómodo. Le vi a Grace un moratón en el cuello y torció el gesto.

—Que pases buen verano —dijo, apretándome las manos—. Te echaremos de menos.

Se marcharon a través de la pista, sin quitarse las máscaras y con los cuernos hacia el techo. Le di un codazo a Robin.

—Vamos a pasarlo bien.

Susurró.

—Si mañana van a detenernos, habrá que disfrutarlo.

—Ese es el espíritu.

Y así, a pesar de todo, a pesar de la música horrible, de las miradas, de Nicky y de todo lo que sabía (o no sabía, pensé como si por decirlo fuera a hacerse verdad), a pesar de Annabel, de Alex y de Grace... bailamos. Bailamos de puntillas como si pudiéramos agarrar la música con los dedos, dando vueltas fuera de control, sin preocuparnos por las caras de enfado de las chicas a las que empujábamos para abrirnos paso. Bailamos hasta que nos dolieron los pies, el aire quedó empapado de sudor y las luces se apagaron. Seguimos bailando cuando todas salieron a la escalinata de la entrada y encendieron unos farolillos que salieron volando hacia la oscuridad y pasaron destelleando al otro lado de la cúpula.

—Chicas —dijo el profesor Malcolm—. Es hora de irse.

—Pero aún no me quiero marchar —gimoteó Robin.

El hombre sonrió.

—Venga, a paso ligero. Nos vemos el curso que viene.

—No me quiero ir —volvió a decir Robin, cuando nos desplomamos en los escalones.

Todas se dirigían ya hacia los autobuses que esperaban fuera tambaleándose sobre los tacones y con las caras empapadas en unas lágrimas exageradas, llevadas por un exceso de celo dramático.

—Yo tampoco y menos, con ellas.

—¿Y si vamos a la torre? —Se incorporó sobre los codos—. Podemos pasar ahí todo el verano.

La miré, los faros del primer autobús en salir le iluminaron la cara.

—En la torre hay vino —dije, encogiéndome de hombros; el sudor se me había secado frío en los brazos—. Y también está mi chaquetón.

—Amiga mía —dijo, cogiéndome de la mano—, eres un genio.

La ayudé a levantarse y fuimos hacia allí, ocultándonos entre las sombras cada vez que pasaba un autobús. Cuando por fin quedó todo a oscuras, la luna también se escondió; hacía fresco y el aire olía a hierba recién cortada por la que se movían los bichos. Nos cogimos del brazo y caminamos en silencio. Solo se oían nuestros pasos sobre la piedra.

—¿De verdad quieres ponerte el chaquetón? —dijo mientras abría la reja y entraba—. Hace una noche estupenda.

—Me quedará bien con el vestido.

Entornó los ojos.

—Lo que tú digas, flojucha.

Abrí la sala de la torre e hice una reverencia para dejar pasar a Robin, pero se paró en seco y me miró aterrada. La habitación estaba revuelta, era un caos absoluto, como si un vendaval hubiera atravesado el reloj. Había una botella de vino vacía, pero ningún vaso, una huella de barro al borde de la mesa y papeles tirados por todas partes. Vi apuntes y dibujos arrancados de libros, un reguero de tinta cayendo del escritorio sobre la silla de cuero y una hoja con los bordes chamuscados junto a una pila de cerillas. Cogí el papel, estaba embadurnado de líquido inflamable y me sorprendió que no hubiera prendido la llama. Pero aún me sorprendió más ver que no había nada escrito.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —conseguí decir por fin.

—No lo sé. —Cogió un catalejo que había roto y lo puso a la luz—. Pero me pone los pelos de punta. Cogemos el vino y nos largamos.

Robin entró en la cocina y yo cogí el chaquetón de piel que llevaba varias semanas colgado en el respaldo de la silla. Lo dejé allí un día y siempre olvidaba llevarlo a casa.

—¿Lista? —preguntó con tres botellas de vino en la mano. Me pasó una—. Vamos.

Contemplábamos las estrellas en silencio, tumbadas sobre la hierba. Al pie de la pendiente, el coche del último guarda recorrió despacio el camino de acceso, dejando atrás el zumbido de la noche: grillos, pájaros, el susurro del viento entre los árboles y el rugido del mar a lo lejos. A mi lado, Robin chasqueó el mechero y encendió un porro, dorado como una joya y rojo como la sangre. Dio una calada y nuestros dedos se rozaron al pasármelo.

—¿Esa cosa tiene bolsillos? —me preguntó.

—Sí.

—Entonces, tú te encargas de llevar esto.

Me dio la bolsita, papel de liar y un encendedor; estaba otra vez acogida y envuelta en calor almibarado, y volvió la fiebre incandescente.

—¿Tú crees que...?

—Chist. —Se apretó contra mí y me puso la cabeza en el hombro—. Deja de pensar un minuto.

Me aparté un mechón rubio del labio.

—Estoy segura de que nunca habías hecho un cambio tan radical como este.

—Sí, es horrible.

El viento volvió a soplar y los árboles se agitaron entre crujidos y frío. Aparté la vista y me protegí los ojos de la sal del aire.

—¿Qué vamos a hacer? —dije al rato—. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Robin se incorporó y dejó su cuerpo marcado en hueco sobre la hierba aplastada. Un zorro chilló a lo lejos y unos pájaros salieron a la desbandada de la arboleda.

—¿Y si nos fugamos? —Me miró de frente, los ojos le brillaban a la luz de la luna.

—Claro, sí. Está chupado.

Entrecerró los ojos.

—Lo digo en serio. Tienes dinero, ¿no?

—¿Qué?

—Que estás forrada, ¿verdad?

—Forrada, no —dije, entrecortada—. Solo tengo una paga.

—Ya lo sé, pero tu madre no se daría cuenta sí... Bueno, ya sabes. —Tiritó y miró a otro lado. Era el momento de cambiar de tema.

—¿Tienes frío?

—Vete a la porra, estoy bien.

Eché a reír y me quité el abrigo.

—Toma, te lo dejo un rato. Ahora no me hace falta.

Lo cogió sin decir nada y se lo echó por los hombros.

—Gracias, Violet —dije yo.

—Gracias, Violet —dijo imitándome y destapó una botella de vino—. ¿Quieres?

Sacudí la cabeza.

—¿Dices en serio lo de escaparnos?

Me miró.

—Si no tienes una idea mejor... Nicky le contará a alguien lo que hicimos, si no lo ha hecho ya. Y Annabel nos odia, así que...

—No nos odia.

—Pero ¿no has visto cómo nos ha mirado? Seguro que el curso que viene intenta que nos expulsen. —Bebió un trago de vino y dejó la botella en la hierba—. Nunca la había visto tan enfadada.

—Se le pasará.

Robin se encogió de hombros.

—Además, si todo se descubre, Alex y Grace no volverán.

—Sí volverán.

—No lo harán. Seguro que ya están cancelando los billetes de vuelta.

Cogí el vino.

—De acuerdo, como tú quieras —le dije—. Iremos adonde más te guste. ¿Qué tal París? —Robin puso cara de desesperación—. Lo digo en serio. Lleva la guitarra, iremos tocando por ahí. Yo no sé cantar, pero puedo pasar la gorra.

Robin rompió a reír.

—*La vie bohème* —dijo—. El dueño de un club de jazz clandestino nos descubrirá en la calle, aprenderás a tocar el saxo y nos instalaremos en un apartamento pequeño y sofisticado, en la última planta.

—Te lo compro. —No nos lo creíamos, no eran más que fantasías, juegos de niñas. Ya buscaríamos una salida cuando se hiciera de día, pero en aquel momento, bajo la luna, con la hierba perfumada y cubriéndose de rocío, esas ilusiones nos bastaban.

—Vamos. —Robin se levantó. Bajo el vestido, asomaban unas piernas que eran todo tendones y huesos. Tendí una mano y le limpié las briznas de hierba seca que llevaba pegadas y que le dejaron pequeñas cruces sobre la piel—. Antes de irnos, vamos a sacarle todo el jugo a este vertedero.

Echó a correr hacia el parque. La luz de la luna se escurría por las cadenas de los columpios como si fuera líquida. Fui tras ella y reímos juntas mientras el mundo daba vueltas en la más oscura de las noches. A nuestra espalda, las esferas del reloj se tiñeron de negro y el tiempo dejó de existir para las dos.

VERANO

CAPÍTULO 17

Una lechuza batió las alas y me pareció un disparo, a mis pies los gusanos se revolcaban en la tierra y movían las raíces. Abrí los ojos y la luna creció, empapada de rocío y rodeada de estrellas esparcidas como ascuas en un cielo de madrugada de color melocotón. Tenía dolor de cabeza y la mandíbula agarrotada. Me llevé las manos a la cara, estaban húmedas y olían a sudor. La noche regresó convertida en recuerdos borrosos, vagos y planos; pastillas, frases sueltas de conjuros mal aprendidos y una tormenta de verano que nos caló hasta los huesos.

Estiré un brazo y busqué a Robin a tientas, pero solo había hierba. Me incorporé para llamarla y el mundo entero se sacudió como si fuera líquido.

—¿Robin? —Tenía la voz ronca y la garganta acartonada por el tabaco y la saliva; tosí y escupí metal sobre la hierba, aplasté una margarita entre los dedos y la llamé de nuevo—: ¿Robin?

La primera esquirla del sol partida entre las copas de los árboles, lo mismo que el cielo por la estela de un avión. Los pájaros cantaban y revoloteaban en lo alto de los edificios del colegio y los ladrillos parecían ásperos y fríos a la luz sesgada de la mañana. Me levanté despacio y tambaleante, con los huesos doloridos y los músculos apelmazados. Al darme la vuelta, vi aquella figura balanceándose suavemente arrastrada por la brisa, con las manos agarradas a las cadenas, los pies cruzados justo por encima del suelo, un zapato blanco caído al suelo y las uñas de los pies pintadas de verde turquesa.

—¿Robin? —la llamé—. ¿Robin?

Es curioso cuántas veces dije su nombre. Puede que fuera la única palabra que pronunciara en todo el día: Robin, Robin, Robin... Me acerqué. Me crujía el cartílago, sentía alfilerazos en las pantorrillas y el rocío me lamía los tobillos. Cogí la chaqueta que estaba tirada en el suelo y me cubrí las rodillas con ella al sentarme a su lado.

—Robin.

Tenía la cabeza ligeramente caída, los párpados cerrados y las pestañas mojadas de rocío.

—Robin.

La agarré del brazo. Estaba frío como el brazo de plástico de una muñeca. Apreté, pellizqué, di palmetazos, clavé los dedos en el muslo y dejé las uñas marcadas.

—Robin —repetí por última vez, pero no servía de nada, su nombre se extinguía siempre.

Retrocedí, me incliné de nuevo sobre ella, la agarré por los hombros, me arrodillé a sus pies, cogí una colilla del suelo bajo un trozo de vidrio y, entonces, me di cuenta de lo que le había hecho.

Al meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, noté la dentellada del cristal en los dedos y cerré el puño, sangraba. Miré a Robin, estaba blanca y con los labios agrietados, el azul comenzaba a acumularse en la carne y las sombras grises le vaciaban las mejillas. Dentro estaba el frasco de belladona hecho pedazos y la bolsita de hierba, desgarrada. Las hojas se habían mezclado unas con otras y se me pegaban a la sangre de la mano. Supe que la había matado, que Robin había cogido su propio veneno con los dedos, que lo enrolló en papel y lo hizo arder en la oscuridad de la noche.

Podría haber hecho muchas cosas, pero no las hice. Podría haber llamado a una ambulancia, a nuestros padres y a la policía. Podría haber llamado a Alex, a Grace o a Annabel para pedirles ayuda. Podría haber confesado y contado la verdad de lo sucedido, la espeluznante verdad de la chica del columpio.

Pero no hice nada.

Me quedé sentada a sus pies, observándola con la esperanza de que empezara a respirar.

Al rato, me levanté, susurré su nombre y devoré todos los detalles. El rubor azul pastel por debajo de las uñas; el brillo a clara de huevo de los ojos; el hueco frío y húmedo que era su boca, con una lengua que seguía blanda y los dientes que me arañaron al meter el dedo para comprobarlo.

Me pregunté cuándo y cómo la iban a encontrar, y me pareció nauseabundo y grotesco que apareciera caída sobre la hierba, así que le desabroché el cierre de la pulsera y la enrosqué en la cadena izquierda, porque esa mano no estaba tan cerrada como la otra. Luego, me quité mi pulsera, se la até a la mano derecha y recé para que se quedara como estaba, tan hermosa como siempre deseó.

Y después de todo eso, fui a casa. Cogí el mismo autobús y recorrí las mismas calles; fumé un pitillo a los pies de la sirena y compré una cajetilla en la tienda de la esquina; saludé a la señora Mitchell y a su perro, y seguí adelante cuando cerró de un portazo; entré en casa, preparé una taza de té, pasé junto a mamá que estaba durmiendo, subí las escaleras, cerré la puerta y eché el pestillo.

Me tumbé en la cama mirando el techo, la veía entre las sombras al parpadear, así que traté de no cerrar los ojos mientras ella estaría abriendo los suyos, con las pupilas metidas en el cráneo. Estaba por llegar lo inevitable: el primer impacto en los informativos y la presencia constante en televisión después. Llamarían a la puerta y vendrían policías a preguntar cosas que ya sabían. Fui la última persona que estuvo con ella. ¿Dónde había estado a esa hora? ¿Y a esa otra? ¿Cuándo nos separamos? ¿Estaba viva o muerta?

Le harían análisis de sangre y encontrarían los restos de belladona que seguía metida en las costuras de los bolsillos y que me quemaba la piel al frotarla con los dedos, como una picadura bajo las uñas. Me preguntarían de dónde la había sacado o lo descubrirían ellos al hablar con Alex, que les contaría (por supuesto) que se la habían robado mientras dormía. Robin y yo seríamos las únicas sospechosas y yo, la única en seguir viva: no sería complicado extraer conclusiones.

Lo vi todo con una lucidez absoluta, vi el hilo dorado del destino y no hice nada más que mirar el reloj y ver el día desplegar sus colores, el oro, el rojo, el gris, el azul y el negro, hasta que, como no podía ser de otra manera, llamaron a la puerta.

—¿Violet? —Mi madre intentó abrir con cuidado, pero se encontró con el pestillo—.

¿Podemos hablar?

—Estoy dormida —dije, con el corazón en la boca.

—Solo será un minuto. Cuando terminemos, puedes seguir durmiendo.

Me levanté y abrí la puerta. Estaba envejecida, tenía la piel llena de arrugas y macilenta, como si las lágrimas le hubieran abierto surcos en la cara.

—Cariño, creo que deberías ver las noticias.

Cerré los ojos y contuve la respiración. Sabía lo que pasaba, aunque aún tenía la esperanza de que no lo relacionara conmigo. ¿Le había hablado de Robin alguna vez? Puede que me llamara porque era una chica del colegio.

—Ven —dijo y me agarró del brazo con una mano demacrada; las venas eran cintas azules bajo la piel acartonada—. Es difícil de explicar.

Solo quería que no me temblaran las manos y que se fueran las náuseas, un momento de descanso que no merecía. Me senté en la butaca abandonada de mi padre y me agarré las rodillas cuando cambió al canal de noticias. Miré hacia el aparador de aglomerado que había detrás de la tele, estaba descascarado y la cinta aislante se estaba levantando. Cogí aire para concentrarme.

«EL SEGUNDO ASESINATO EN UNA TRANQUILA CIUDAD COSTERA», decía el titular y una mujer con aspecto de muñeca movía los labios mirando a cámara, sobre un fondo azul y brillante. Yo tenía las pulsaciones aceleradas y el escalofrío enfermizo de siempre: estaba embelesada. ¿Iba a verla en pantalla? ¿Iban a enseñar lo que había hecho?

La cámara dio paso a una furgoneta de la policía de la que salían hombres con monos blancos que se movían con cuidado entre arbustos o se agachaban sobre la hierba. También mostraron imágenes de archivo de la ciudad, más luminosa de lo que era en realidad, tan perfecta como en las postales que venden a orillas del mar.

—Vamos a conectar en directo con el escenario. —Mi madre había subido el volumen y la voz sonó alta y clara. Cerré los ojos.

—Violet —dijo mamá y los abrí, mientras apretaba los puños. En pantalla apareció la casa de Grace, con la ventana hecha añicos. Un policía bajaba los peldaños, pálido y con un espanto mal disimulado. Me eché sobre las rodillas y se me cerró la garganta como si me estuvieran estrangulando.

La reportera iba de un negro impecable y parecía entusiasmada, recién peinada, resplandeciente y fuera de la realidad; miraba directamente a la cámara, me miraba a mí.

—La víctima ha sido hallada muerta esta mañana. Los vecinos llamaron a la policía para dar aviso de lo que describieron como «aullidos de perros» que salían de la vivienda y robaban la calma de esta tranquila calle residencial.

Aparté la vista.

—No puede ser... —traté de decir, pero no me salieron las palabras. Vi los cardenales de Grace, las manchas disimuladas con maquillaje. Todas sabíamos que las cosas podían ir a peor. Que iban a ir a peor. Pero era más fácil ignorarlo; nos justificábamos diciendo que era por consideración, que debíamos respetar su privacidad y dejar que lo resolviera ella. En ese sentido, todas fuimos cómplices.

—La policía ha descrito la escena del interior de la casa como «inquietante» —siguió diciendo la reportera—. La víctima apareció desmembrada y estamos ante uno de los asesinatos más truculentos de la historia de esta ciudad, más conocida por... —No terminó la frase y miró a

un lado. La cámara dio paso a un agente de policía pálido y de mediana edad, con la piel empapada de sudor y con un tono grisáceo.

El hombre se aclaró la garganta, empezaron a dispararse *flashes* y los micrófonos fueron hacia él.

—Esta mañana, en torno a las cinco de la madrugada, recibimos un aviso de lo que parecía ser un altercado doméstico. Dentro de la residencia, los agentes descubrieron un crimen atroz que, sin duda, va a sacudir a nuestra pacífica comunidad. —Se secó la frente con un pañuelo, viejo y raído —. Instamos a los residentes de la zona a mantener la calma. Pondremos todos los medios disponibles para detener al asesino y seguiremos todas las líneas de investigación.

Cogió aire y se le estremeció el pecho.

—Por ahora, podemos confirmar que la víctima es Martin Holloway, de cincuenta y cinco años y propietario de la vivienda...

Me recosté en la butaca y tragué la bilis. Volví a cerrar los ojos, con el borde de la almohada hundido en la base del cráneo, e intenté asimilar lo que estaba escuchando.

—Como es obvio, la investigación no ha hecho más que comenzar y no podemos confirmar nada, pero parece tratarse de un asesinato ritual. En este momento, tratamos de localizar a Grace, la hija del señor Holloway de diecisiete años. No hemos descartado todavía la posibilidad de un secuestro y no lo haremos hasta que hayamos podido confirmar que se encuentra sana y salva. Grace, si estás viendo esto, acude a la policía lo antes posible.

No la habían secuestrado, por supuesto que no.

—No se saldrán con la suya —le susurró a Alex, pensando que yo estaba dormida.

—Tendrían que escoger el momento adecuado —respondió la otra, como si se imaginaran en una obra de teatro y fueran personajes en una situación que nunca iba a darse.

Pero resultó que lo hicieron, como yo también (para mi vergüenza). Tardaron veinticuatro horas más en encontrar a Robin. Seguía sentada en el columpio con el pelo calado ya de rocío y los dedos agarrotados en las cadenas. El guarda la encontró en lo alto de la pendiente al regresar al colegio a por unas llaves olvidadas. De no haber sido por ese despiste, quizá habría pasado allí todo el verano, mecida por la brisa mientras se le levantaba la piel, se le pudría la carne y se le resquebrajaban los huesos. Todavía me pregunto si le habría ahorrado aquella humillación al menos. Me gusta pensar que sí, pero a decir verdad, me parece improbable.

Sonó el teléfono, que seguía en las escaleras. Lo dejé sonar hasta que no puede seguir aguantando el ruido. Descolgué y solté un «¿Qué?».

—¿Violet Taylor? —dijo un voz, era otra vez aquel periodista.

—¿Qué? —repetí.

—Soy Daniel Mitchell, del *Evening News*. Ya conversamos en una ocasión. Me preguntaba si podríamos hablar de su amiga, la señorita Adams.

Entonces, supe quién era, se me despertó la memoria y uní aquella voz a unos ojos que miraban desde una ventana blanca, con la pared llena de pósteres.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Daniel Mitchell. Del *Evening*...

—Espere, ¿Danny Mitchell? ¿Cómo el Danny Mitchell de la puerta de al lado?

Tartamudeó, lo había pillado.

—Mi abuela es su vecina, creo. Yo ya no vivo ahí.

—¿Que lo *crees*? ¿Qué narices estás haciendo, Danny?

—Soy periodista. Trabajo en el *Evening*...

—El *Evening News*, ya te he oído. Pero de qué vas, si no tendrás ni doce años.

—Tengo dieciocho. Estoy de becario.

Me reí con frialdad, al comprender mi error. Claro que sabía lo de mi padre, lo había tenido en la puerta de al lado.

—Por el amor de Dios, Danny.

—Daniel —me cortó—. Me han dicho que si lo hago bien, seguiré con ellos.

—Buena suerte, entonces. No vuelvas a llamar. —Colgué de un golpe, arranqué el cable del enchufe y volví a la cama, estaba frenética.

La vorágine de los medios de comunicación no tardó en alcanzar el culmen. Su silueta no abandonaba la pantalla, salían sus fotos en todos los periódicos y sus dientes separados asomaban en las noticias de la noche. Era imposible evitarla. «Trágica pérdida de una joven estudiante», decía un titular y otro: «El misterio de la chica del columpio». Y mientras, yo esperaba mi destino.

Pero sacudida por dos muertes extrañas (por no hablar del asesinato todavía sin resolver de Emily Frost), la policía apenas le dedicó tiempo a Robin. Con mala formación y poco acostumbrada a tanta presión, se limitó a pedir unas pruebas básicas de toxicología que confirmaron la presencia de drogas en su organismo. Los niveles no eran letales, pero sí suficientes para que los medios de comunicación transformaran su relato en el de una juventud atormentada. Ya no era la alumna prometedora y desbordante de talento, una artista con el mundo a sus pies, sino una muchacha «rebelde» e irresponsable. Nicky apareció desolada en televisión, para contarle al mundo que siempre había intentado salvar a su amiga, convencerla para pedir ayuda y «salir de allí». Robin, la pobre Robin, una muerte que se habría podido evitar, una lección aprendida.

«Robin Adams, alumna de la prestigiosa academia Elm Hollow, era distribuidora y consumidora habitual de estupefacientes, pese a los reiterados esfuerzos de familiares y amigos de hacerla abandonar los malos hábitos». Esa se convirtió en su carta de presentación y la razón que le valió a la policía para aparcar la investigación y confirmar la explicación más sencilla para su muerte. Se presentaron ante las cámaras insistiendo en que investigarían todas las opciones e hicieron declaraciones grandilocuentes para los periodistas venidos de Londres o de más lejos. Pero en cuanto el interés de la prensa se disipó, dejaron de trabajar «infatigablemente» y determinaron que la muerte fue accidental y por causa desconocida. Supongo que en eso tenían razón, al menos.

Donde centraron sus esfuerzos fue en el asesinato de Holloway y, en tono alarmista, dieron a entender que había un depravado asesino ritual suelto por la ciudad. Pero incluso eso cambió cuando salieron a la luz las trifulcas de bar del señor Holloway que, además, debía sumas de dinero considerables a varios prestamistas de la ciudad. De esa manera, su muerte pasó a ser explicable y el secuestro Grace, una fuga. Había escapado de los horrores de su hogar (una vez más, Nicky y su séquito confirmaron los detalles más procaces de visitas al hospital y cardenales en las muñecas) y antepuesto la seguridad del anonimato al mal amor de su padre. La madre de Alex habló en su nombre y confirmó que la policía no había actuado en numerosas ocasiones. Se negó a que nadie hablara directamente con las chicas, las ayudó a desaparecer y a huir de la prensa y de la situación que habían creado.

Yo sabía lo que había pasado, igual que conocía todos los detalles antes de que salieran oficialmente a la luz (la policía era incapaz de mantener la boca cerrada y filtraba información cada vez más nauseabunda a la prensa local, enloquecida de placer). Lo habían apuñalado varias veces en el pecho y el cuello mientras dormía en el sofá. Primero le seccionaron la misma yugular que aparecía señalada con letra infantil en el cuaderno de Robin. Vi a Alex levantando el cuchillo determinada, la fuerza brutal del corte y los chorros espesos. Sabía cómo fue, lo vi con los ojos desorbitados de terror. Aunque esa vez habían ido más allá, en una página del libro en la que no nos habíamos detenido antes: el sacrificio ritual.

Lo habían arrastrado por el suelo, maniatado y retorciéndose de dolor (los rastros de sangre confirmaban que el primer golpe no fue letal, por un tiempo, al menos). Vi a Grace estremecerse al contemplar las manos que tantas veces le habían pegado amarradas con una cuerda de piano que se les hundía en la piel. Vi sonreír a Alex reconfortante y tranquilizadora, con esa mirada que las dos compartían.

Los periódicos hablaron de tortura. Le habían quemado la carne con agua hirviendo y clavado agujas en las ampollas, unas laceraciones estrechas y profundas. Tenía los dedos cortados de uno en uno, y envueltos en toallas de baño para detener la hemorragia y dilatar el dolor. La piel estaba llena de cortes y levantada, Grace lo habría desollado con sus delicadas manos y se le habría metido carne bajo las uñas. Sabían muy bien lo que había que hacer.

No dije nada. Además, ¿a quién se lo iba a contar? ¿Quién iba a creer que dos adolescentes habían asesinado a un hombre corpulento y terrible? Era inconcebible. Hay cosas que son increíbles, por mucho que sepas que son ciertas.

OTOÑO

CAPÍTULO 18

La lluvia golpea sobre las tablas del muelle y sigo parada con los brazos mojados sobre la barandilla. Abajo, los peldaños cubiertos de musgo desaparecen en el olvido del agua verdosa y, más allá, las barcas se mueven infatigables mecidas por el viento. Es temprano y estoy sola. Las campanas suenan a lo lejos como cada domingo y el débil olor a pescado muerto recorta asfixiante el aire.

Hay fantasmas por todas partes en esta ciudad, este pequeño rincón donde termina el mundo y que nunca consigo abandonar. Soy mayor que entonces, pero joven todavía. Tengo la piel tersa y sin poros, y las manos suaves, aunque me muerdo las uñas y las llevo manchadas de tinta y suciedad. En mañanas como esta, fantaseo con que desciendo esos escalones y llego al punto donde la oscuridad se hace inmensa y el mundo que está por encima desaparece, como Perséfone se adentra en el inframundo para estar con las cosas que ama y no volver a tenerlas; aunque ella, como todas nosotras, sabe ver más allá.

Pero siempre termino en una decepción (como con lo de antes). No soy capaz; el eterno lacayo de Eliot se ríe por lo bajo y tengo miedo, es cierto. «En la habitación las mujeres van y vienen hablando de Miguel Ángel».

Escupo, doy media vuelta y me marcho.

Regresé a Elm Hollow para el otoño, cuando el aire huele a caída y descomposición, de vuelta adonde la dejé a solas contemplando dos amaneceres hasta que la encontraron. Me senté sobre la hierba; las raíces del olmo habían dejado unas marcas en la tierra que se arrastraban de un extremo al otro del patio. El director no había contado con que se extendieran tanto y se llevaron mucha tierra consigo. El suelo se desagarró como un cadáver al arrancarlas, un corte a través y todo alrededor. Las esferas del reloj tampoco se encendían y fue imposible abrir la puerta del campanil, por mucho que lo intentaran el director y los conserjes. Mientras bebía café y fumaba, vi asomar dos piernas a mi lado y levanté la vista. Era Nicky.

—Hola —me dijo, sin sonreír.

—Hola —repetí como ella.

Se sentó conmigo y hundió los talones en la tierra.

—Siento lo de Robin. —La miré perpleja—. Es verdad. Era genial...

—Le habría gustado oír eso.

Estuvimos un rato en silencio, mientras los de mantenimiento plantaban retoños entre las hojas secas de los demás árboles.

—No contaste nada —dije al rato—. Después del baile, no contaste lo que nos oíste decir. Me miró con frialdad.

—Sí lo hice —me dijo—, pero no me creyeron, dijeron que tenía mucha imaginación.

Estaba dolida, aunque trató de disimular y yo hice como que no me di cuenta (merecía el gesto, después de todo).

—¿A quién se lo contaste?

—A la señora Goldsmith y ella me llevó al director. —Suspiró—. Me perdí el baile.

Entonces supe que Annabel no iba a estar, que habrían hecho un pacto de sacrificio. «No podemos permitirnos rumores así —diría sin duda el director, retorciéndose el bigote y con cara de satisfacción por librarse de ella—. Lo siento, pero el curso que viene no podrán seguir las clases extra». Sin duda, Annabel asentiría con un silencio más hiriente que las palabras. La imaginé recogiendo sus cosas, abandonándose a la rabia en la torre y saliendo de Elm Hollow sin mirar atrás.

—Lo siento —dije aturdida.

Nicky no respondió. Miró hacia la torre y las esferas apagadas. Puede que ella también intentara abrir la puerta como yo y que viera que habían cambiado las cerraduras.

—Yo también lo siento —dijo casi sin voz—. No quería que pasara nada de esto.

La miré. El sol abría una grieta de luz blanca entre los edificios que tenía a su espalda.

—¿A qué te refieres?

—Lo que le pasó a Emily es culpa mía. Quería su plaza en la clase avanzada. Mi madre también estuvo con la de Alex y con Annabel... Dijo que si no entraba, no conseguiría «desplegar todo mi potencial». —Entornó los ojos—. Se lo pedí a Annabel, pero ya no quedaban plazas.

La miré mientras trataba de juntar las piezas.

—Nicky, ¿qué estás...?

—Entonces, subí al desván y encontré el libro de rituales. Y bueno... Hice uno y funcionó. Emily desapareció y quedó un hueco en el círculo, pero entonces llegaste tú... —Suspiró y empezó a jugar con la falda—. En fin, a juzgar por lo sucedido, puede que fuera mejor así.

—¿Qué conjuro hiciste?

—Uno con un monigote. Enterré una muñeca debajo del olmo. —Calló, miró hacia el hueco donde había estado el árbol y suspiró—. Aunque ya no estará. —Se puso en pie y se sacudió la tierra de los muslos—. En fin, creo que estamos en las mismas, así que lo siento... Espero que pronto te encuentres mejor.

No dije nada y ella echó a andar por el patio, entre una luz brillante y cristalina, y las hojas de rojo y oro. Las nuevas alumnas formaban tímidamente grupitos condenados a romperse y aislarse pronto, lo mismo que nosotras, y se formarían nuevas amistades y nuevas traiciones. Nunca pensé que un año pudiera ser tan largo.

Y luego vinieron más, cada uno algo más largo que el anterior.

Estudí en la universidad de la ciudad y vi reptar las sombras de Tom y Andy por las paredes en las contadas ocasiones en que me convencieron para asistir a una fiesta en la residencia. Una vez con el título, presenté una solicitud de empleo en Elm Hollow e incluso me ofrecí a trabajar sin cobrar hasta que quedara un puesto libre (y lo hice durante dos cursos). Trabajé, impartí clases, asistí a reuniones de padres y los envidié a todos. Me nombraron decana estudiantil y en

ocasiones, veía el cadáver de mi predecesor desplomado contra aquella puerta y contra cualquier puerta que se atascara.

Pero ese no era el único fantasma. La voz de Robin sonaba por todas partes y a ella la veía en cualquier hueco, caminando con paso enérgico entre las nuevas alumnas y sus nuevas vidas. Leí manuales de química, devoré tediosos ensayos de toxicología y libros de historia sobre envenenamientos atroces. Ahora con Internet, cada noche busco nuevas publicaciones con la más mínima referencia a la belladona y sus efectos, porque lo peor de la planta son sus propiedades laxantes y la cantidad que tomó Robin (en un cigarro, además) sería muy pequeña para provocarle la muerte. A ella, el corazón se le paró sin más ni otros síntomas. Murió con una perfección imposible.

Con el tiempo, llegué a convencerme de que las cosas tal vez no fueron como yo pensaba (como hacemos los adultos cuando la imaginación pierde fuerza y reducimos nuestra existencia a lo real). Aunque no podía dejar de pensar en el asesinato del decano, había eludido el castigo (dentro de lo que cabe, siendo que las pesadillas y las sombras nunca desaparecen) y podía aparcarlo en el pasado. ¿Y lo demás no serían simples coincidencias? Tal vez fuera una burla del destino que Tom muriera la noche del ritual y puede que a Robin le dejara de latir el corazón superado por los excesos, que fuera una tragedia, es cierto, pero inevitable. Incluso vista con la perspectiva que da el tiempo, la historia de Nicky no parecía más que un delirio. Cuando volví a verla, tenía hijos y estaba al frente de un negocio de Internet que no llegué a comprender muy bien. Una mujer como ella no podía haber hecho algo tan absurdo.

De adultos, tenemos una manera curiosa de convertir en verdad mentiras así. Es toda una acrobacia mental, pero es más sencillo creer en eso, ¿no es verdad?

Un día en el despacho (que en mi mente seguía siendo el del decano) me entretenía mirando hacia la hierba recién cortada y las alumnas que pasaban el rato entre risas, SMS y libros. Llamaron a la puerta y la secretaria asomó la cabeza por la rendija, con el cuidado de siempre. No me había perdonado, aunque no sabía muy bien el qué. Puede que ser un poco maleducada cuando era alumna o alguna mirada, un suspiro o un gruñido.

—La llaman —dijo sin preámbulos.

—Pásame la llamada.

—La centralita está caída —respondió, dando ya la vuelta para marcharse—. Si quiere, puede atenderla en mi oficina.

Entré en el cubículo acristalado; una impresora del pleistoceno hacía ruidos al fondo y un ventilador se sacudía a mi lado.

—¿Dígame? —dije, cogiendo el auricular.

Esperaba aquella llamada desde hacía tiempo. Mi madre había muerto, se partió el cuello al caer por las escaleras. Lo único que me sorprendió fue la forma, porque me había hecho a la idea de que su agonía sería larga y dolorosa: cirrosis o cáncer, puede que fulminante, si tenía suerte. Dos días después, me reuní con el abogado (un hombre achaparrado y calvo con un hilo deshilachado en la manga que me tuvo nerviosa toda la conversación) y me entregó las llaves de casa. Me marché de allí al terminar el instituto y solo había vuelto en contadas visitas de cortesía.

Era un hogar fantasma. Mi madre pasó sus últimos veinte años entre las ruinas de su matrimonio, sin volver a tocar los objetos que dejamos atrás mi padre, mi hermana y (me conmoví al descubrirlo) yo misma.

Pasé un rato en mi vieja habitación mirando los pósteres de un amarillo desvaído, el papel

despegado y una mancha negra de humedad en un rincón que levantaba la moldura. Vi las pulseras de colores fosforescentes colgando de un brazo de cerámica y trabajos de clase abandonados al marcharme a la universidad. Una nota de Robin: «Nos vemos en clase. Te quiero». Una foto Polaroid de las cuatro, descolorida y con los bordes levantados. Alex está besando a Grace en la frente y Robin me tiene cogida de la mano; las dos reímos, con una vida desbocada.

Apagué la luz y cerré la puerta al salir, imaginando que todo se había acabado. En la cocina había bolsas negras de basura y todos los recuerdos acabarían destruidos.

Entré en la habitación de mi madre un momento. Como era de esperar, era un caos de botellas tiradas, montones de ropa en el suelo, olor a sábanas sin cambiar durante meses (o años) y aire ácido. Vi a mi hermana con los ojos cerrados por el sol y agarrada a una piruleta con la cara de Mickey Mouse. «Su habitación. Voy a tener que vaciarla», pensé.

Antes de entrar, pasé unos minutos junto a la puerta sin dejar de mirar el teléfono como si esperara una llamada, aunque no recordaba cuándo había sonado por última vez, porque lo único que llegaban eran avisos de nuevas publicaciones con mis búsquedas («asesinato en Elm Hollow», «toxicidad de la belladona») y otras cuestiones no resueltas).

El olor era abrumador, una podredumbre nauseabunda, como a agua estancada. Corrí hacia la ventana entre arcadas y la abrí, tratando de respirar; me asomé jadeando hasta que volvió a haber aire. Todo estaba cubierto de polvo, todo gris sobre rosa. El día que murió me burlé de ella por eso. «El rosa es para bebés», le dije al subir al coche y esas son las últimas palabras que me oyó decir.

Junto a la cama estaba la fuente de aquel olor, los restos cubiertos de algas de una pecera. Recordaba aquellos peces, aunque ya no sus nombres. Uno dorado y otro negro; recordaba la diligencia con la que los había alimentado, día tras día, e incluso vi a mi padre limpiando la pecera con mimo. El cuidador. Tenía una colección enorme de chismes para los peces y algunos los dejaba al lado sin mojar, para que tuvieran más hueco para nadar: una rotonda, un tobogán, una casa de campo con las ventanas encendidas con una acogedora luz amarilla.

Me incliné sobre la pecera y miré en el agua gris, densa por la descomposición y el olor a muerte. Se movió un poco y lo que había debajo fue oscuro al principio y se aclaró después. Dentro, sentada en un columpio, estaba Sindy con el cabello levantándose, pero aún rubio platino bajo la podredumbre verde. Me eché para atrás y noté que llevaba algo fino pegado a la palma de la mano: un cabello atrapado en el borde del tanque, con la punta teñida de rojo todavía veinte años después. Era el pelo de Robin, enredado en el de la muñeca. La imaginé allí y sonreír al dejarla caer dentro del agua, viendo a Nicky sumergida: ahogada a la luz del día.

El sudor se me acumuló en la nuca y en las grietas de las manos; vomité caliente y amargo en el cubo que había junto a la cama.

Después de estar en el muelle, regreso a Elm Hollow con la decisión tomada.

Levanto la piedra que hay al pie del campanil y saco la llave de la torre como me enseñó Robin. El ascensor no funciona, así que subo las escaleras despacio y maldiciendo mis articulaciones y el peso que gané cuando murió y que he seguido ganando sin parar desde entonces, cuando mi cuerpo volvió a ser el que era, blando y reconfortante. Nada ha cambiado al otro lado de la puerta, salvo el avance de la naturaleza que ha cubierto la alfombra de cáscaras de huevo, restos de nidos, polvo y excrementos. Dos décadas de inmundicia y de dominio de los animales que han anidado en los libros y dejado un rastro húmedo sobre los muebles. El aire está

llo de cosas que se arrastran y unas alas se agitan en las alturas.

He visto el nombre de Annabel unido al de diferentes internados de Suiza, Francia y Roma, aunque es tan invisible como cabe serlo en un mundo interconectado: su fotografía de presentación siempre es la misma, con los arcos de Elm Hollow al fondo. Me la imagino ahora tal y como era, y me pregunto si habrá envejecido como yo. Si se siente mayor, como yo.

También he visto a las otras dos, aunque me odiarían si lo supieran. Utilizan seudónimos que no les van muy bien. Alex es abogada y Grace, escritora; se la reconoce sin problema en las fotos que he encontrado en Internet, sigue teniendo los mismos ojos. No las he llamado ni escrito, aunque seguramente ellas también me seguirán desde donde estén. No sé si sentirán la misma presión en el pecho cuando vean mi cara, la misma tristeza por lo que podríamos haber sido o hecho.

Pienso en ellas mientras barro el suelo y limpio el polvo del reloj para sacar a la torre de su decadencia empalagosa. Al encender el fuego, las arañas huyen despavoridas de la madera y sobre mi cabeza, cuelgan tranquilamente los murciélagos con las mejillas hinchadas, los dientes fuera y la sonrisa torcida de Robin. Después de espantar a una paloma del sillón, me siento con los ojos cerrados y las imagino conmigo.

Mañana elegiré a las próximas cuatro, a nuestras sucesoras. Lo haré en su nombre (en el de Robin) y en el de todas las que estuvieron antes.

Les enseñaré todo lo que sé y todo lo que mis predecesoras han sabido: la fuerza de las mujeres llevadas por la ira, los destinos que tenemos reservados y las furias que poseemos. Les ayudaré a desplegar las alas y a sacarles los ojos a los que nos miren; les enseñaré a quemar con fuego justo y a purificar el mundo a través del conocimiento. Les hablaré de belleza, venganza, locura y muerte, y si lo calcinan todo y vuelven a empezar, cuanto más, mejor. Para que sean intrépidas y se hagan tan valientes como Annabel quería que fuera yo. Nosotras cuatro, porque aunque nos separamos, el hilo de las moiras sigue en su lugar.

Aquella última noche, mientras el aire fresco traía canciones y bailábamos las dos vestidas de blanco, Robin me dijo: «Pase lo que pase, siempre estaremos juntas». Me arde la cicatriz que llevo en la mano y al mirar desde la torre, veo una sombra que mece el columpio.

«Cuando llegue el fin del mundo, aquí estaremos», añadió y empezamos a bailar. Hoy sé que tenía razón, y sonrío.

AGRADECIMIENTOS

Debo dar las gracias a todos los que han contribuido a que este libro sea lo que es.

A mi agente, Juliet Mushens, por creer en estas cuatro chicas perversas, porque esa fe les dio vida y las hizo realidad.

A mi editora (a quien tengo la suerte de llamar amiga) Natasha Bardon, cuya visión y amor por este libro le dieron una magia que no habría podido crear sin ella.

Al equipo de HarperFiction, a Jack, Jaime, Fleur, Hannah y Fionnuala, y a mi editora de mesa Verity y a mi correctora Linda. Admiro vuestro talento y el entusiasmo que ponéis en todo lo que hacéis.

A Micaela Alcaino por la cubierta y su belleza. Solo espero que mis palabras estén a su altura.

A todos los autores e investigadores cuyo trabajo he consultado en mayor o menor medida para preparar el «temario» del libro. He utilizado diversos recursos en línea, a menudo sin cita, así que para ellos: gracias por compartir con tanta generosidad vuestros conocimientos y enseñanzas. Espero haberles dado un buen uso.

Por supuesto, a los profesores que inspiraron el libro, para bien y para mal.

A las mujeres fuertes que tengo el privilegio de conocer y la fortuna de llamar amigas: Caroline Magennis, Natalie Houlding, Mallory Brand, Laura Bligh y Emma Maisey. Sin vosotras, cometería más fallos y reiría menos. Las chicas de este libro son vuestras.

A los compañeros y amigos de Mash que se han convertido en mecenas por accidente: Chris Wareham, Phil Edelston, Davinia Day, Lynn Booth, Jennie Tubbritt y el resto del equipo, tanto de la oficina como de área.

Y a mi familia.

A Jim Lowe, con quien podría charlar hasta las tantas y para siempre. Tu apoyo constante, tu entusiasmo y tu inspiración han hecho de este libro lo que es. Sin ti, no sería escritora.

A Cathrine Lowe, por un amor y una fuerza que agradezco cada día y que me han convertido en la mujer que soy. Sin ti, no sería lectora.

Y a mi hermana Becky. Estoy muy orgullosa de conocerte y agradecida de tener tu música y tu risa en mi vida.

Para terminar, gracias a todas las chicas, estéis donde estéis. Sois mucho más fuertes de lo que vosotras pensáis.